



José Miguel Desuárez

**LA HABITACIÓN
DEL NORTE**

se

Lectulandia

La presencia de un diario —regalo de regalos— sobre la mesa de una habitación cuya única ventana contempla el Norte, abriéndose a un río de significados y de vidas, es el desencadenante primero y último de una historia de historias. Por una parte, al historia de una familia mutilada por el tiempo encuentra sus raíces más profundas en las palabras del diario y, por otra parte, la historia que el lector descubre al tiempo que todo nace, huye y se desnuda de un modo desgarrador y silencioso: historias que se vuelven «storias»; novelas dentro y fuera del espacio, en el destiempo.

Lectulandia

José Miguel Desuárez

La habitación del norte

ePub r1.0

Titivillus 22.06.18

Títol original: *La habitación del norte*

José Miguel Desuárez, 1999

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Conchi Yoldi, que me animó a ser yo, cosa nada fácil, en este mundo
atestado de espejos sucios.

«... Ten siempre a Ítaca en la memoria.
Llegar allí es tu meta.
Mas no apresures el viaje.
Mejor que se extienda largos años;
y en tu vejez arribes a la isla
con cuanto hayas ganado en el camino,
sin esperar que Ítaca te enriquezca.
Ítaca te regaló un hermoso viaje.
Sin ella el camino no hubieras emprendido.
Mas ninguna otra cosa puede darte».

CONSTANTINO KAVAFIS

El viernes, como siempre, llegué pronto del colegio. Entré en la tienda y vi a mi abuelo. Me dio un beso y me preguntó que cómo había ido la mañana. Le dije que bien y subí arriba a dejar el macuto en la salita. Puse la tele pero no había nada que me gustara. Decidí entonces ir a ver a mi padre que estaba en la habitación. Y aunque eran casi las dos, estaba dormido con los brazos apoyados en la mesa. Lo miré a la cara y me pareció que estaba soñando algo triste. Quizá estaba durmiendo porque ahora se acuesta muy tarde. Dice que escucha un programa de radio que se llama Sonámbulos. Por lo visto, empieza a las once de la noche y termina a las dos. Por eso, muchas noches lo siento reírse o llorar, según sea la historia que cuenten. Es muy sensible y le gusta mucho saber de la gente. Y ha sufrido mucho desde que mamá se fue. Yo también la recuerdo algunas veces. A esa hora, estaría en la cocina haciendo la comida. Seguramente, estaría haciendo tortilla de espárragos. Siempre los cogía salvajes y amargos. Como ella, según ellos.

Vi en la mesa varios libros que mi padre siempre tiene por allí. Estaban apilados junto a la radio. Y también había algo que no estaba antes. Pero tenía los brazos encima y no podía ver bien qué era. Encendí el flexo y me fijé mejor. Parecía un libro. Pero era un libro distinto a los demás. Sé trataba de un ejemplar forrado de cuero marrón. Ahora ya sabía qué era lo que olía cuando entré en la habitación. Miré frente a la mesa, a la izquierda, donde hay una estantería de hierro. Allí, mi abuelo almacena todos los archivos de las cuentas de la tienda. Había mirado hacia la estantería porque creí que el que tenía mi padre bajo el brazo era un archivo. Pero no faltaba ninguno.

Una vez, me dijo mi abuelo algo que no se lo puedo contar a nadie. Como no se lo puedo contar a nadie, voy a escribir sólo un poquito aquí, ¿de acuerdo? Se sabe que en un simple archivo se guardan cuentas, recibos y facturas. Él me aseguró que allí, en aquellos archivos, había también extractos. Pero lo raro estaba en que no eran simples extractos de las cuentas del banco (espero que mi abuelo no se mosquee, porque si no...). Me aseguró que aquéllos eran extractos de algunas de sus poesías, unas poesías que dedicó a mi abuela Eva.

Luego, me llegó un olor muy agradable de la cocina. La criada ya tendrá la comida preparada, pero no quiero despertarlo —pensé—. Nunca me ha gustado despertar a mi padre. Me encanta verlo dormir. Así, es cuando más guapo está. Entonces, fui a ver qué era lo que olía y ya casi estaba. Entretanto, me asomé al balcón de la cocina que da a la calle *Granada*. Desde él se ve la calle todo lo larga que es. Se divisa el bar de Juanito, donde va mucho mi abuelo. Se ve también la furgoneta de mi padre. Está vieja y no anda mucho ya, por eso la dejan ahí. A esa calle da también la puerta del almacén de la tienda, que está justo debajo de donde yo estaba. Salí de la cocina. Quería volver a la habitación donde estaba mi padre, pero antes pasé por la mía para coger una linternita. Estaba ansiosa por saber de quién era aquel libro.

Ya en la habitación de mi padre, oí un ruido al entrar. Cogí y me asomé a la

ventana que está frente a la mesa. Desde esa ventana se ve la otra mitad del pueblo. La calle que está delante se llama *Sevilla*. Es una calle menos larga y, sin embargo, es más bonita porque tiene un limonero cada tres metros en la acera. Se distingue al final de la calle, hacia la derecha, un bar muy grande con un patio delante. Y al lado, hay un llano que era antes el campo de fútbol. Pero ya no lo es. También se puede ver, hacia la izquierda, el otro balcón que hay en la casa. Es el que está en el dormitorio de mi abuelo. Y a lo lejos, no se ve mucho más porque la cuesta arriba se hace cuesta abajo. Y, por lo visto, no pasaba nada en la calle. El ruido era en otra parte. Habría sido un barreno de la mina y, entonces, estaba lejos. Cerré la ventana y seguí con mi curiosidad.

Me acerqué a mi padre y lo miré a los ojos cerrados. Estaba llorando. Lloraba en su sueño. Y como se había movido un poco, pude ver mejor lo que tenía debajo. Ahora podía ver que también tenía un periódico. Pude ver la fecha y era del domingo anterior. Pero seguía sin ver el otro libro, el de cuero oloroso. Lo rodeé por la otra parte. Al mover un brazo, había dejado descubierta parte de la tapa del diario. Entonces, alumbré con la linterna y la vi mejor. Era muy bonita y había algunas palabras escritas en letras de molde: «*Diario personal de...*» —leí—. Y me pregunté qué hacía un diario en las manos de mi padre. Porque sabía que mi padre no tenía diario. O al menos, yo creía que no tenía.

Oí pasos cerca de la puerta de la habitación. El pasillo estaba bien iluminado. La luz provenía de la habitación de mi abuelo. Y él era el que venía, mi abuelo, que me pilló espiando a mi padre mientras dormía. Me preguntó que qué hacía y le dije que no hablara fuerte. Lo que pasó es que creyó que mi padre estaba despierto. No se dio cuenta de que mi padre estaba durmiendo y llorando hasta que se acercó y tropezó con una caja de cartón que había en el suelo. Yo no había tropezado con la caja. Siempre tropiezo con todo y aquel día no lo hice. La caja de cartón fue a parar a la mesa de mi padre, despertándolo.

Mi padre se enderezó muy lentamente. Se limpió los ojos y me miró. Me dijo que le diera un beso. Se lo di y él me dio otro. Después, le pregunté que qué era aquel diario y el periódico. Me explicó que era de un amigo suyo, que se lo había mandado el miércoles.

—Pero no puedes leerlo hasta que tengas por lo menos dieciséis años —me comentó. Sólo tengo doce años, por lo que aún me quedan otros cuatro más. Pero, antes de guardarlo, me dejó verlo por fuera. Me sentí muy bien al sentirme cerca de aquel libro de color chocolate. Cogido como lo tenía, pude olerlo bien. Oía a zapatos nuevos. Y a cuero de verdad. Además, era muy agradable al tacto y pesaba bastante. Daban ganas de abrazarlo como a un gatito. Mi abuelo había encendido la luz, y los dos me estaban mirando. Parecía que les gustaba mi deseo de abrazar aquel diario. Y me gustaba.

Después, leí lo que decía: «*Diario personal de Carlos Sánchez Prior*». Y así, de pronto, me pareció el nombre de un marqués o algo por estilo. Pero mi padre, creía

yo, no tenía ningún amigo de ese tipo. Seguí observándolo y pude leer otras frases más. Estaban escritas con otro color de tinta y parecían una poesía. Sí, era una poesía, y decía:

*“Aguardad vuestro turno
con paciencia y con fe.
Que hay más estrellas que hombres
y hay alas para todos”.*

De León Felipe.

No entendí muy bien lo que quería decir. Pero tampoco me dio tiempo a preguntárselo a mi padre porque guardó el diario en el cajón de la mesa. En cambio, dejó el periódico fuera y se fue a la salita.

Cuando se fueron los dos de la habitación, me quedé allí sola, pensando. Quería coger el diario. Quería leer aquello que pertenecía ahora a mi padre. Porque el diario era ya de él. Quería leerlo, pero no podía. No tengo dieciséis años y quiero mucho a mi padre. No podía desobedecerlo. El sabía que no lo haría, por eso se fue tan tranquilo con mi abuelo. Confían en mí y eso es bueno. Y lo pensé bien. No importa demasiado porque el diario está guardado. Ya lo leeré algún día.

Entonces, me conformé con leer el periódico. Era del día 7 de Abril de 1996, Domingo de Resurrección. Y estábamos a 12 de Abril del mismo año. Habían pasado ya cinco días y el periódico seguía allí. Estuve leyéndolo un poco pero no encontré nada extraño. Habían habido varios accidentes de tráfico, una huelga en la capital y otras cosas más. Pero nada sobre un marqués o alguien así.

Desde la salita, mi padre gritó mi nombre para que fuera a comer. Y al girarme, le di yo otra patada a la caja de cartón. La cogí y la inspeccioné. Era una caja paquete y ponía el nombre de mi padre. Además, decía al lado: «*Documentos personales, no abrir*». Y no llevaba ningún signo de Correos. Probablemente, aquel paquete había sido entregado por el mismo Carlos. Fui a la salita y la comida ya estaba en la mesa. Era sopa con huevos y estaba muy rica. Mi padre estaba muy serio y mi abuelo también. Hablaban algo de escribir una novela y me miraban a mí. Me contaron de qué iba la historia y me dijeron que escribiera esto, que parecía un buen comienzo.

(Tarde del lunes. En la sala de estar,
MI PADRE, MI HIJA y YO, almorzando).

YO.—(A NOELIA). El texto que has escrito es realmente bueno.

NOELIA.—¿De verdad?

YO.—Claro que sí, ¿tú qué dices papa?

MI PADRE.—A mí me ha gustado mucho, vaya.

NOELIA.—Gracias.

YO.—Es que nos seduce esa forma correcta de contar que tienes, de verdad.

ABUELO.—Le ha quedado muy bien, sí señor.

LA NIÑA.—(Sonriendo). Humn juhn...

MI PADRE.—(A MÍ). ¿Ya no comes más?

YO.—No, ya estoy bien lleno.

MI PADRE.—Pues ahora... acuéstate, que a las cinco hay que abrir la tienda.

YO.—Sobre eso quería yo hablaros.

NOELIA.—¿Qué pasa?

YO.—He estado pensando en un nuevo horario para aprovechar el tiempo al máximo.

MI PADRE.—¿Qué has pensado..., parar el reloj?

YO.—No hombre..., je, je. Resulta que, como queremos terminar la novela para el Día del Libro, pues..., voy a estrechar al máximo las horas, ¿sabes?, las voy a enfajar...

MI HIJA.—Sí, ahora el día es más largo, como han cambiado la hora...

YO.—Pero eso no tiene nada que ver.

ABUELO.—Eso da igual.

NOELIA.—Pues yo pensaba que lo decías por eso.

YO.—Entonces..., voy a acostarme todos los días a las cuatro de la tarde y me voy a levantar a las once de la noche.

MI PADRE.—¡Menuda siesta te vas a tirar!

YO.—Sí, pero ya no me acuesto más hasta el otro día a las cuatro de la tarde.

NOELIA.—(Sorprendida). ¿Y qué vas a estar, toda la noche despierto?

YO.—Ahí va...

NOELIA.—¿Y cómo vas a aguantar?

YO.—Es fácil. Duermo las mismas horas que todo el mundo, sólo que de otra forma.

ABUELO.—Claro hija, duerme las mismas horas, sólo que por la tarde.

NOELIA.—Sí, pero..., ¿y la tienda?

YO.—Ahí está. Eso es lo que os quería comentar.

MI PADRE.—Sí...

YO.—Yo creo que bastaría con que la abrierais a las ocho, ¿no? Yo estaré toda la mañana y le iré diciendo a la gente que no venga por la tarde. Total..., parece que ya se han acostumbrado a venir más por las mañanas.

MI PADRE.—Sí, menos mal.

YO.—Así que eso...

MI PADRE.—Pero, ¿y los viajeros?

YO.—Pues igual, les diré que se pasen por la mañana, total...

MI PADRE.—Pues sí..., tratándose de diez días, creo que se puede hacer.

YO.—Yo creo que sí, vaya. Además, hay que hacerlo. Carlos se merece eso y mucho más. Ya sabes lo mucho que me ha apreciado siempre...

MI PADRE.—Eso sí que es verdad.

NOELIA.—¡Oye!, ¿quién es Carlos?

YO.—Carlos es un viajante muy amigo mío con inclinaciones literarias...

MI PADRE.—(A NOELIA). Y le ha regalado el diario a tu padre...

NOELIA.—Ya.

MI PADRE.—(A MÍ). ¿Y qué vas a hacer en toda la noche?

YO.—Pues, como me ha gustado tanto el programa de radio, voy a grabar algunas intervenciones y las voy a incluir en la novela.

MI PADRE.—Eso me parece buena idea, sí señor...

YO.—Además, tengo que ir repasando lo que vais a escribir, ¿no?

ABUELO.—(A NOELIA). Claro.

YO.—Así que ya sabéis, mañana empezamos con la novela, ¿de acuerdo?

NOELIA.—A ver...

YO.—Y yo empiezo ya esta noche grabando el programa...

(Me levanto, salgo de la sala y me acuesto).

Domingo 3 de marzo de 1996, 23:54 horas.

No sabes lo contento que estoy de poder escribirte aquí, en este diario; esta tarde, estuve en la oficina de mi padre y allí lo vi, tan majo; cuando mi viejo me vio babeando me dijo: no lo estoy usando, te lo puedes quedar si quieres; de acuerdo, contesté y me lo traje; eso fue justo antes de ir a buscar a Bea para venimos a Sevilla, pero ¡espera!, quizá me he adelantado; ¿quién es Bea?, /¿quién soy yo?, ¿quién eres tú?/, son preguntas que seguro estás formulándote; pero lo que de verdad importa es que me he decidido a romper el hielo, no sabes lo mucho que me he acordado de ti, colega; ¿cuánto tiempo hace que no nos vemos...?, ¡siete meses!, ¡joder, cómo pasa el tiempo!, y tú tan viejo; la última vez que te vi fue en aquel pub que está cerca de tu casa; me acuerdo que tú ibas con una morena, que no veas cómo estaba la tía, ¡qué suerte!; te vas a poner las botas, dije yo por entonces, que no tenía novia ni nada, ¡qué va!, ya sabes que no soy demasiado estable en esto de las mujeres, aunque me parece que he cambiado de cambiar, que he dejado de ser tan cambiante, ¡vaya!, tú me entiendes; y lo cierto es que no voy a tu casa desde, a ver..., ¡agosto!, ¡joder tío...!; ¡sí, hombre!, que estabas tú arriba con la colega arrimando sudores, y yo fui a comprar las últimas chacinas que me encargó mi madre; no, no creas que las compro aquí ahora, lo que pasó es que, a las dos semanas, los pendones de mis viejos se hicieron un análisis, y les dio el colesterol por las nubes, ¿sabes?, y por eso, pues..., no he ido más a verte a la tienda; me acuerdo de que, aquella tarde, estaba tu padre despachando y sudando la gota gorda detrás del mostrador; me dio dos kilos de morcilla y tres de chorizo blanco y, como me viera un poco desordenado, me preguntó: ¿te vas a dejar el pelo largo Carlos?; pues sí Antonio, voy a ver cómo me queda, respondí; y ésa es otra: desde noviembre, me puedo coger la cola y ya me llega a media espalda la melena; pero ¿quién sabe?, estas modas tan efímeras...

Bueno, ya te he comentado uno de los motivos por los que me he ausentado de ti en estos meses, pero hay dos más, a cada cual más importante; el segundo, es que estoy muy liado con los estudios, sí, sigo en Psicología, ¡en tercero ya!; y casi no sé cómo conseguí aprobar las dos que traía arrastrando de segundo, en septiembre; ¡de puta madre!, dirás tú, y de verdad que sí; aquella vez que fui a tu tienda fue una de las pocas que salí antes de los exámenes; y tú te preguntarás: ¿y cuál es la tercera valla que me ha alejado de ti?; pues eso, una perica que me he echado que te cagas, no veas como está la piba; se llama Bea y es mojina; la conocí en octubre en la Fiesta de la Esquila, en Riotinto, ¿te das cuenta?; pero tú no te quejes, cabrón, ¡qué suerte!, quién pudiera pillar una tan caliente, que me enteré, sí; digo yo, que ya estarás a punto de casarte, ¿no?, ya veremos...

¿Has leído ya algunas de las citas que viene en cada página?, yo me las he leído casi todas y flipan mucho; conforme vayan apareciendo, te comentaré las que más me han gustado; contarte eso, que estoy ahora un poco liado y no puedo despistarme mucho; además, la parienta me tiene pillado, no veas cómo controla; me ha pasado

igual que a ti con aquélla, me he salido del mundo y me he hundido en ella; aunque, para qué mentir, tenía ganas ya de asentar un poco la cabeza, ¡venga ya!, excluirás, ¿tú qué vas a asentar la cabeza?, si no paras ni debajo de agua...; la vida, las vueltas que da...

Lo que sí quiero que sepas es que voy a rellenar este diario entero con las anécdotas e historias que he vivido en estos siete meses atrás, que no son pocas; lo voy a dedicar a hacer una especie de crónica de mi vida, ¿no te parece, tío?; entonces, cuando llegue el día 6 de mayo, que es tu trigésimo tercer cumpleaños (o sea hoy, ahora, cuando lo estés leyendo), te lo voy a regalar como algo muy valioso; voy a aguantarme las ganas de ir a verte con tal de darte una sorpresa que te va a dejar de piedra, ya lo verás; cuando recibas este diario, sin previo aviso, te vas a quedar alucinado, colega; y te he echado mucho de menos, pero ya sabes cómo es la vida; aunque si no me has llamado, es que tampoco te he hecho falta, y eso es bueno, en parte; ¡oye!, ¿cómo está tu querida hija?, estará muy hermosa ya, ¿no?, ya pronto cumple trece; ¡anda!, tienes ahí ya a una mujer contigo, eh...; dale un beso de mi parte, aunque puede que no se acuerde de mí; y a tu padre, tan generoso siempre, dile que se cuide, que no trabaje tanto, que la vida es corta..., aunque él, con sus sesenta ya, sabe más que tú y yo juntos...; ¡qué ganas tengo de tirarme una juerga contigo, viejo!, una juerga de esas que dejan huella; ¿te acuerdas la que montamos el verano pasado en la Costa Blanca de Nerva?, ¡hay que ver!, no nos echaron de milagro, ¿verdad?; espero que no te hayas olvidado tampoco de las que nos tiramos en el verano del 94...; y Bea no se lo cree, tío, no se cree que yo haya sido tan golfillo, ya sabes, de los que no hacen daño a nadie; tengo muchas ganas ya de presentártela para que sepas de la mujer a la que amo y a la que más he amado...

Entonces, he hecho una lista, un poco corta, de lo que quiero contarte para rellenar este diario plagado de frases célebres muy buenas; por ejemplo, ésta, del poeta inglés Alfred Tennyson, que dice: «Yo soy una parte de todo aquello que he encontrado en mi camino», ¿lo pillas?; ya ves, son frases muy buenas; las hay que te partes el culo de lo geniales que son, pero otras no las entiendes por desconocer el medio en que vivió el autor, cosa muy importante al conocer a una persona, el medio (ya sabes mucho de eso, las veces que hemos discutido acerca de qué influye más en la persona, si lo heredado al nacer o el ambiente en que se desarrolla, ¿te acuerdas?; entonces, te comentaré algunas de las frases que encuentre a medida que escriba en el diario; como cada página no tiene más de diez líneas para escribir, pues cada día voy a ver si relleno quince o veinte y, a medida que escriba, leeré las frases y te las comentaré, las que me gusten; te contaba antes sobre una lista de cosas que he hecho, esta es:

- Concierto en Sevilla.
- Carnavales.
- Navidades.
- Año nuevo.

—Peleilla con Bea.

—Mi hermana Guadalupe se quedó embarazada.

—Porrazo con el coche.

Están desordenadas y faltan muchas, pero todas estas cosas te las contaré en Semana Santa que tendré más tiempo; de momento, te vas a tener que conformar con el presente, lo que estoy viviendo ahora mismo, y es lo que cuenta; como dice otra frase, del filósofo norteamericano Ralph W. Emerson: «Grabad esto en vuestro corazón: cada día es el mejor del año»; de verdad que sí, disfruta el presente mientras puedas, atrapa el momento y eternízalo con sentimientos, eso es lo que siempre me he propuesto, y a veces lo consigo...

¡Oye!, ¿sabes otra cosa que he descubierto?, no si está descubridor el niño, dirás tú; pues sí, la vida se ha destapado, más que nunca, ante mí en estos últimos meses; he hallado un programa de radio alucinante; lo pillé la primera vez el miércoles por la noche en que me quedé a empollar Psicometría; me lo refirió Bea y no veas cómo mola, tío; lo que sí sé es que es algo muy acorde con mi forma de ser; llama mucha gente y cuenta alguna anécdota que le haya reportado algún beneficio aprovechable para seguir luchando en la vida, y hay algunas que te ponen los pelos de punta (otras no tanto); pero lo que más mola es la inagotable simpatía y comprensión de los conductores: lo presentan un tío y una tía; el colega está colgado, y ella tiene que estar muy buena por esa voz tan sensual que tiene; y los dos hacen que toda esa magia sonora sea un punto sobresaliente en la radiodifusión actual; lo echan casi todas las noches de once a dos en Radio Hemisur; no sé bien dónde se coge, pero es por abajo del dial, por el noventa o por ahí; el programa se llama Sonámbulos y no hace falta decir que me he enganchado; además, tengo ganas de llamar un día, imagínate: yo en la radio; así que ya sabes, tío, ¡enchúfate a la onda!; yo creo que tú podrías contar muchas cosas, las historias que tú has vivido no las vive todo el mundo; también puedes contar lo de aquélla (me da tanta rabia que no quiero nombrarla siquiera); espero que la morena ésta te haya sacado ya todo lo que llevabas dentro y hayas vuelto a ser el de siempre; seguro que sí...

Bueno, estoy aquí acostado en la cama con mi novia, sí con mi novia (no se lo vayas a decir a mis padres, mamón); los fines de semana, como no está Ignacio (es mi compañero de piso de este año, ya te lo presentaré también algún día), pues coge y se viene conmigo después de llegar del pueblo; aunque hoy está rara (la regla, tío, la regla); pero bueno, no pasa nada, ya me ha dado todo lo que me tenía que dar..., ¡todo!, ¡y yo a ella!, ¡hombre...!; estoy enamorado, quillo, estoy loco por ella; nunca lo creí, pero es así; mis compañeros dicen que me tiene atontado, y yo quisiera que todas las tonterías fueran como ésta; sí tranquilo, espera un poco que ya te la describo; vamos a ver, se llama Beatriz, no Beatificación, ¿te enteras?, sí, y tiene veintiuno como yo; es blanca de piel pero tiene el pelo lacio y muy negro, cortado al estilo de Cleopatra, lo que le da aspecto de diosa intangible; posee unos ojos verdes que me vuelven loco, ¡loco! (se parece un poquillo en eso a tu hija, sí a Noelia, tiene

la misma mirada viva que ella); estudia Pedagogía, el arte de saber enseñar, me dice, y vive en El Alto de la Mesa, en Riotinto, en la calle Roma, en el ciento catorce, ¿algo más?; ah sí, mide uno setenta y cuatro y tiene casi, casi las medidas de una modelo; además, es lista, limpia, ordenada, puntual, simpática y me quiere, me quiere muchísimo; una cosa extra, en la cama, no veas cómo se mueve, /es un terremoto cuando se va/; ¿qué más le puedo pedir a la vida?, hasta yo me quedo flipado describiéndotela; y lo cierto es que me encanta verla dormir, me agrada mucho contemplar esos párpados que ocultan sus perlas verdes; ¡tío!, ¡soy el hombre más feliz del mundo!, y me dan ganas de recitar otra frase célebre que viene en este diario (búscala verás como la encuentras); es del poeta León Felipe, y dice, en verso:

*“Aguardad vuestro turno
con paciencia y con fe.
Que hay más estrellas que hombres
y hay alas para todos”.*

Me gusta tanto que puede que la escriba en la portada del diario para decorarlo; ya he grabado mi nombre y es posible que ponga también la frase, es tan revitalizante y conmovedora...; bueno, ¿qué más te puedo contar de Bea?, ya la conoces casi mejor que yo, colega; lo que sí te digo es que me siento muy agradecido con la vida, de momento (a ver si me dura el motivo), aunque yo creo que sí, va todo bien...

Bueno, vamos a ver qué más te cuento...; ah sí, voy a narrarte ya lo de este fin de semana y ya seguiré otro día, ¿no?

El viernes no salimos porque teníamos que estudiar y estábamos cansados, y además estaba lloviendo; /hay que ver cómo ha llovido este año/; ¿no queríamos agua?, pues, ¡toma agua!; aquí en el pueblo sacaron el santo para que lloviera y ahora lo van a tener que sacar para que deje de llover, jo, jo, para que veas; sigo entonces; el sábado, cuando salté de la cama, fui a buscarla (no hago otra cosa que pensar en ella, de verdad, esto ya es grave), pero no podía salir porque tenía que ayudarle a su madre a hacer las compras; ya entro en su casa y todo, bueno..., hace ya cuatro meses por lo menos (hasta comí en Navidad con ellos); son gente de muy buena condición y posición: el padre trabaja en la mina, en las oficinas, y el hermano, soltero todavía, trabaja en una gestoría en Riotinto; viven en una casa de dos pisos en la calle Roma, ya lo he dicho (perdona es que estoy muy animado esta noche por haber encontrado este diario, no puedo evitarlo, ¡joder!, ¡qué manera de escribir!, ¡no paro!); y la verdad es que son todos muy buena gente: la madre muy simpática, el padre no protesta mucho y bien, todo bien; entonces, sigo con lo de ayer, ah..., fui con ellas a comprar, y después quedé con Bea para tomar café; y venga a llover, venga a llover; estuvimos en la cafetería viendo una película y tal, a su lado todo el tiempo es poco...; pero llegó Lidia, no sé si la conoces, ah no, ¡qué va!, es la amiga íntima de

Bea, como tú de mí, pero más zorrilla (ya te contaré); ésta estuvo un rato allí, pero se fue porque tenía que empollar; menos mal, no la aguanto; por la noche, casi no salimos porque no paraba de llover, pero al final la convencí; estuvimos en el pub hasta las tres, hora en que la llevé a su casa; elipsis...

Después, me vine para Campofrío pero, como dejó de llover, me paré en el puente del Gossam, ya sabes, el embalse del agua ácida, porque me entraron unas ganas irresistibles de oxigenarme un poco; pasé la estrechez, aparqué el coche y me di un voltio por allí; había luna llena y ya no llovía, menos mal; tan sólo se veían algunos nubarrones que iban a toda pastilla y noté, como siempre, la diferencia entre las dos aguas: a un lado, el mar sano que se movía bravo, y al otro, el líquido metaloide que permanecía muerto; no se veía el color pero ya sabes bien que la una es verde opaco como la del mar, los ríos y las riberas, y la otra es de color azul claro; en la sana no se veía nada hacia el fondo y en la de azufre algo en unos tres metros; desde hace algunos meses, voy mucho por allí, sí ya iba antes, pero ahora es más; algunas tardes, cuando estoy hecho una braga, suelo ir para allá y pasear por el puente; la verdad es que me despeja mucho, entre otras cosas, ver el sol rojo descansar en el agua y sumergirse en ella; y al rato de estar respirando la noche entre las dos aguas, emigré hacia Campofrío, hogar dulce hogar; cuando llegué, no había nadie en la calle...; ahora me doy cuenta de que eran casi las cinco de la madrugada, ¿quién cono iba a haber por ahí tan tarde...?

Nada más llegar a mi urbanización, empezó a llover de nuevo, ¿más agua todavía?, exclamé; entonces, entré por detrás para dejar el coche en el garaje y, al ver el muñón del eucalipto quemado, me acordé de la tarde en que lo frieron al pobre; ¡oye!, tú no sabes nada de eso; ¡claro!, fue en octubre, puede que no te hayas enterado; ya sabes que era un pedazo de árbol, sí, cono, el que estaba al lado de mi garaje, ése que era más largo que un día sin pan, ése; era un árbol como pocos se habían visto por allí, taco de alto y fuerte, pero una noche el viento lo sacudió a mala leche partiéndole algunas ramas que cayeron sobre el tejado de mi vecino; y al otro día, después de calibrar los desperfectos (varios metros cuadrados de tejas hechos puré), pensaron en la idea de quemarlo; aquello, había sido parte del balance de una tormenta que inundó también algunas casas del pueblo, yo creo que te tuviste que enterar tío; pues bien, yo estaba ya en Sevilla estudiando, y cuando volví el sábado estaba casi todo el vecindario presenciando su agonía; los colegas se estaban calentando con el fuego que provocaba su desgarramiento hereje; mientras tanto, yo me sentí un poco inútil porque no pude hacer nada: era una decisión de entre todos y ya estaba en marcha; *Eutanasio*, lo hemos bautizado los que lo queríamos como un trofeo de la naturaleza, queda guay, ¿verdad?; lo llamamos así porque con la torpeza de sus ramas ha pedido su redención antes de ser un estorbo mayor para todos, ¿o no?

Ya en la cama, ayer por la noche, todo empezó a darme vueltas (aunque no sé, tanto no privé, tío) y me quedé sobado muy rápido; eso sí, el sueño no me duró mucho porque me levanté a echar la pota; pero por suerte nadie, ni siquiera mi

hermana que tiene un oído muy voraz (y que duerme ahora arriba, al lado de mi habitación), se enteró de mi excursión apresurada al inodoro; y despatarrado allí me acordé de algunas partes de un sueño que había tenido: había soñado que estaba una tarde dando una vuelta por el puente del Gossam y venía un camión y me atropellaba, fíjate; soñé que iba al cielo y que, desde mi punto de mira, me tocaba vigilar que nadie pasara por allí a pie (aquella era mi misión, jo, jo); entonces, metí un monstruo en el agua de azufre y, cada vez que alguien paseaba por el puente, lo asustaba con la bestia; una vez, se acercó por allí (al lugar que yo custodiaba) una media-novia que tuve yo hace algunos años y que se llamaba Laura; en el mundo real, te refresco la memoria, nos habíamos enrollado algunas veces y me gustaba bastante, ¿te acuerdas ya que te dije que no era de aquí?; sí hombre, no te habrás olvidado de que te lo conté; aquella tarde que paseábamos por el puente (en que el mes de septiembre se acercaba gateando sobre las espaldas del verano) y me dijo: mañana me voy, lo siento Carlos, tengo que irme; y me lo tragué como tanto que me queda por tragar; ¡claro hombre...!; entonces, en el sueño, ella caminaba sola por el puente y, cuando estaba mirando al sol, el monstruo le salió por la espalda para comérsela; en ese momento (y no antes), bajé del cielo para rescatarla de su terror; pero ahí, justo cuando iba a darle un beso incrusto (aunque era un ángel, conservaba toda mi masculinidad), desperté para irme a potear, ¡qué sueño tan vomitivo!, ¿verdad...?, je, je...

Y bueno, hoy domingo por la mañana, después de almorzar, fui a buscar a Bea para venirnos a Sevilla; y también se vino su compañera de piso (Lidia); a Bea no le dije nada del sueño porque estaba la otra, y ya no se lo digo, total, ¿qué más da...?; nada colega, que me voy a dormir y mañana o pasado sigo completando este regalo para ti; se me antoja algo bastante original, ¿no crees?, no todos los días se recibe el diario de tu mejor amigo dispuesto a serlo durante muchos años más; Bea se ha quedado dormida con su melena negra sobre mí; no puedo evitarlo, me encanta sentir su pelo suave y lavado con Perlán, je, je...; venga tío, que voy a ver si la pillo en su sueño....

*(Tarde del martes. En la habitación del Norte.
MI PADRE y LA NIÑA hablando).*

NOELIA.—Abuelo, no sé cómo empezar a contar esta historia.

ABUELO.—Es muy fácil, sólo tienes que cerrar los ojos, saber qué quieres decir de cada persona y empezar a escribir. Nada más.

LA NIÑA.—Sí, pero me parece que no me va a salir bien.

ABUELO.—No importa. Si te sale mal al principio, ya lo corregiremos nosotros.

LA NIÑA.—Pero es que me quedo bloqueada al pensar que va a estar mal.

ABUELO.—Y sin embargo, es la mejor forma que hay. Escribe sin pensar en nada más que en escribir. Si escribes a la vez que echas cuenta de cómo queda no harás nada, ¿sabes?

NOELIA.—Sí, me parece que ya entiendo.

ABUELO.—Pues venga, empieza que es lo importante.

NOELIA.—Sí, pero antes tengo que pensar por dónde hacerlo.

ABUELO.—Céntrate en un recuerdo, una escena, un día, una situación y descríbela. Y de ahí partirás hacia lo demás...

NOELIA.—Sí, tú lo ves muy fácil...

(Entro YO.)

YO.—¿Qué?, ¿cómo va eso?

MI PADRE.—Pues, de momento poco...

YO.—No os he dicho que estuve hablando esta mañana con Ramón y...

NOELIA.—¿Quién es Ramón?

YO.—¿No me digas que no sabes quién es Ramón?

MI PADRE.—Deberías decírselo, hijo, es bueno que lo sepa.

YO.—Es verdad. Ramón es un buen amigo mío y el bibliotecario del pueblo. El nos va a ayudar a escribir esta novela. Se va a encargar de pasarla a máquina y encuadernarla debidamente para mandársela a quiénes la van a recibir. Pero también va a colaborar en la escritura. Nos va a servir de lector intrínseco y creativo.

LA NIÑA.—La verdad, eso último, no lo entiendo.

ABUELO.—Sí, hija, nos va a decir qué le parece bien y qué no, qué deberíamos cambiar y qué no. Como sabe de esto, nos va a ayudar mucho. Ya te lo presentaremos.

YO.—Y me ha dicho que no hay que dormirse mucho. Ha estudiado lo que va a ser y dice que, si queremos terminarla para el Día del Libro, hay que darse mucha prisa.

MI PADRE.—Ya...

YO.—Es que, por lo visto, tarda otros diez días en encuadernarla...

MI PADRE.—Entonces, va a ser difícil tenerla lista para la semana que viene...

YO.—Todo depende de vosotros dos, ¡venga!, al lío...

MI PADRE.—Venga...

Dice mi nieta que es difícil empezar a escribir sobre algo, que no es tarea fácil encontrar el punto en que se debe comenzar a hacerlo. Y tiene parte de razón. Sin embargo, voy a hacer lo que le he dicho: me paro un momento, cierro los ojos y miro a mi alrededor. Entiendo que en esta habitación todo parece dispuesto para que nazca una historia, para que un sentimiento brote de mis dedos. Eso es, lo he hecho. He comenzado. ¿Por dónde? En realidad, no era lo que más importaba. Una vez, leí que la crónica de una familia se mide más por los sucesos que por el tiempo que pasa a través de ella. Sé también que en todas las historias es bueno empezar por el comienzo, por el principio de lo importante. Para ello, me he sumergido en el mar de nuestra familia, y me he anclado en una noche que significó el germen de una historia que aún no ha terminado. Ya puedo ver con toda claridad, flotando en el río de la memoria, restos gastados de aquella noche de mayo en que mi hijo viajó un poco más allá de lo consentido. La noche en la que dejó varada para siempre su suerte de principiante en la vida. Así me lo dijo él, y así quedará patente aquí.

En honor a la verdad, he de decir que hemos mantenido siempre una relación de compañeros más que de padre e hijo. Y, ¿acaso no es necesaria una sensación de unión y apoyo con la que hacer frente a la vida, para crear una amistad duradera con los que quieres y aprecias? ¿Basta ello para ser sinceros con quiénes intentan corregirte en la medida de lo posible? La respuesta afirmativa a estas dos preguntas es más que suficiente para que mi hijo —con la confianza que nos une— me lo haya narrado todo siempre con gran detalle. Y, gracias a ello, la vida se nos ha hecho más llevadera a los dos. O, al menos, lo hemos intentado.

El *Romerito*, la romería de Zalamea la Real, se celebraba en unos cerros en los

que la mayoría de la gente del pueblo tenía una casa o chalet, caseta particular o tiendas de camping. Sin embargo, aunque tenían fama de hospitalarios, no era lo mismo —según me contó mi hijo— porque llegaba un momento en que las parejas de caramelo te miraban con otros ojos; te observaban como pidiéndote que te marcharas a la Ermita principal, donde la orquesta se disputaba la hegemonía lúdica entre el frío y los bailarines —sin diploma y algo ebrios— que se agolpaban ante el escenario.

Y allí, en esa romería, se la presentó un amigo. Era un amigo de esos que no piden pan, de esos que si no los ves no los echas de menos, colegas de sábados por la noche, compañeros de digresiones étlicas en torno a un cigarrillo alterado (como diría Carlos); un amigo sin amigar —¡vaya!, un medio-amigo— que se llamaba Fernando y que lo había medio- invitado a su tienda de campaña. Mi único descendiente —me contó más tarde— llegó cuando Fernando estaba con su novia y con toda la *peña* en una actitud, ¿cómo diría...?, muy suya, eso es. Pero le ofrecieron una copa de vino y empezaron a presentarles a algunos de los —y las— presentes.

Sintiéndose un poco prestado, se limitó —en aquella ocasión— a reírle las gracias al consabido Fernando (anfitrión de aquel vaso de vino y de aquel cerro sin ventanas), hasta que una de las chicas que le habían presentado empezó a interesarse por él. Me detalló, con su extraño arte de retratar, que ella vestía con un pantalón vaquero ajustado y una chaqueta de cuero, que resaltaba de su figura un pelo rubio, limpiísimo, que parecía resbalarle de forma continua por los hombros; me describió también cómo unos ojos de ribera azulada daban a su cara una bondad exquisita y dulce, que quiso saborear en cuanto la sintió tan cerca. Pero, de momento, la conversación versó sobre cosas sin aparente importancia —que si mi madre lava con este detergente, que si su abuelo era pescadero, y que no tengo hermano porque no creo en la cigüeña... —: asuntillos que servían, más que nada, para esponjar un poco la fuerza de las miradas que se arrojaban continuamente.

Pero al rato de tanto tenis —en las que las raquetas eran las palabras y las miradas las pelotas—, le propuso bajar al baile a cambiar de juego. Entraron en la Ermita mayor, que aún estaba en obras, y se pidieron un par de cervezas. Mi hijo, a pesar de su corto tiro, había notado ya que allí había algo, y que el aprovecharlo o no dependía únicamente de él.

¿Y Su nombre?

Virginia Ruiz Alfonso.

Después de aquella noche —de cuyo final no tengo detalles—, vino otra. Después otra, y así. Yo creo que les pareció que la vida no se iba a acabar nunca y se entregaron a una tranquila y sosegada forma de amar. Eso fue lo que hizo —y sintió — mi hijo, pero yo lo vi distinto. Y es que Virginia —como lista que era— había adquirido, en no sé qué cara escuela, una admirable capacidad para obligarlo a sentirse bien sólo en su compañía. Bajo mi óptica, aprecié que, en el tiempo que

estuvieron saliendo —cosa de un año y poco más—, les ocurrió como a tantas parejas del mundo que se esposan a sí mismos e ignoran que es importante mantener las amistades. Mi hijo no tenía muchas, pero las pocas que tenía las perdió. Estaba claro que se había abandonado en los brazos de Virginia en detrimento de su vida social.

Hasta aquí todo parece normal, y en verdad lo es (no cabe duda de que es harto vulgar). Pero se sabe que los hombres, para desquitarse de lo irrisorio que la vida les ha otorgado, se meten *en camisa de once varas*. Y por eso, ocurrió aquello, en la fiesta de setiembre del 82 del mismo pueblo, el vecino nuestro.

Como era una fiesta que duraba más de una semana, Juan Antonio —que iba allí todas las noches— se quedaba algunas veces en una casa vacía que tenían los padres de ella. Recuerdo que todo aconteció una noche de viernes a sábado en que me dijo que vendría pronto, y se presentó a las once de la mañana. Su madre, la de mi hijo, que nunca había sido mujer muy preocupada —más bien tranquila—, por poco se muere aquel día de esperarlo. Y al fin llegó, tarde, pero llegó.

Cuando lo vi entrar por la puerta, dejé el periódico y lo examiné un poco. Pero, a pesar de sus intentos, no consiguió disimular el gesto extraviado que arrastraba; parecía como si se hubiera dejado la dignidad en alguna parte, o algo así (la verdad es que agradecí el hecho de que Eva hubiera salido a comprar el pan minutos antes; no me hubiera gustado que lo viera como a un ratón harto de medir las distancias de su jaula-vida). Intentaba adivinar algo en su mutilado gesticular pero no lo logré del todo. Más tarde me revelaría que una sensación mustia, como gastada, lo mantenía atrapado, y lo obligaba a hacer uso de aquella medida con la que se desenvolvía. Al poco de tanto merodeo, me llevó a sentarme en el comedor, y me lo contó sin calma:

—¡Es injusto! —exclamó furioso—, antes de que me diera cuenta ya me había derramado dentro de ella...

—No temas, que los ríos siempre van a la mar —respondí alegóricamente.

Ya sí sabía que estaba buscando la forma de arrojar la culpa que sobrellevaba, como si el dolor se le hubiera macizado sobre la lengua. Pero no podía —o no quería poder— asimilar aquello. No, todavía no.

Cuando más tarde siguió contándome, pareció burlarse de mí argumentando que el alcohol los engañó:

—¿Sabes? Ese error no aparece por ningún lado en las contraindicaciones de la botella de whisky que habíamos comprado horas antes —adujo. Y lo miré desconfiado, pero estaba serio (recuerdo nítidamente la sensación de impotencia que me transmitió en aquella mirada). Luego, pasó de lo cómico a lo trágico y filosófico:

—¿Por qué hay situaciones en la vida en las que, deseándolo con todo tu orgullo, deseas volver atrás y ya no puedes..., ya es tarde, incluso antes de empezar? —preguntó aterrado, en voz alta.

—Algunas veces —quizá demasiadas— la vida es así de puta, hijo. Pero sublevarse contra la madre naturaleza no está escrito todavía como la mejor solución —le recité.

—Pues, si no está escrito yo lo voy a hacer. ¡Voy a escribirlo ahora mismo! —gritó, y se encerró aquí a escribir algo que nunca me ha dado a leer. No sé porqué, pero nunca ha tenido el valor de dármele a conocer. Lo que sí sé es que, cuando salió, se había desatado ya del furor alocado que lo contenía un rato antes, y parecía más dentro de sí. Estaba claro. Había abdicado antes de sentirse rebelde. La escritura había abolido con éxito cualquier pensamiento hereje que hubiera querido germinar en su mollera.

Pero después de aquella mañana, las semanas siguieron pasando lista y pude ver que todo en él era ya más sumiso. Había empezado a trabajar —al poco de aquella aventura líquida— en los albañiles, en una contrata de seis meses. Arreglar algunas calles del pueblo era su mandato más importante en aquel mes de octubre que nacía. Por mi parte, yo seguía con mis habituales viajes en la empresa de transporte (ya contaré algo de esto). Y mi mujer, que siempre había sido una tranquila ama de casa, empezó a preocuparse por —algo que, a menudo, suele ser la insignia vil de nuestras metas— la situación económica. Noté, por entonces, que Eva se pasaba muchas noches dándole vueltas a su delicada cabeza. Estudiaba mucho sobre ello. Tanto fue, que una de las imágenes más gratas que me han quedado de ella, es de una tarde en que la vi sentada en esta habitación garabateando pensamientos. A menudo, se asomaba por la ventana que tengo frente a mí y creía encontrar, como en el *Tragaluz* de Vallejo, la cara oculta de sus ideas. Así fue como una noche se despertó a las cuatro de la mañana y, al rato de estar en esta habitación, vino a llamarme. Mientras me sacaba de la cama, me preguntaba qué sería aquello tan importante que me quería enseñar. Pero, sin darme tiempo a encontrar la respuesta, me trajo a la habitación y me sentó aquí mismo, donde ahora estoy, diciéndome:

—Mira... —anunció señalándome hacia la ventana abierta— ¿verdad que es bonita...? —por mi parte, me limpié las legañas de los ojos, pero nada. AJ menos, creí ver lo mismo que ella. Nada más natural que la luna.

Tras comprobar el inútil motivo por el que me había sacado de las sábanas, me acosté un poco mosca. Pero ella, que también se había acostado, no dejó de preguntarme si la había visto. Me quedé un poco pasmado, a ver si encontraba algo de coherencia en su propuesta, pero no pude. Refunfuñé que me dejara dormir y que ya veríamos al día siguiente.

Y aquella mañana —después de preguntarle a la luna— nos sorprendió a todos con un pensamiento muy lúcido:

—He estudiado un proyecto muy viable —sentenció, cuando estábamos desayunando los tres (ella, mi hijo y yo). Fue la primera vez que la vi importante, casi imprescindible, segura de que estaba haciendo una gran labor social. Al cabo de muchos días divagando, había llegado a la conclusión de que debajo de la casa había un garaje, cosa que ya sabíamos todos. Mi hijo dejó de prestarle un poco de atención cuando explicó que también había un sótano (cosa que también sabíamos). Después aseguró que allí había una tienda.

Y ahí nos perdimos.

(NOELIA interrumpe a MI PADRE).

NOELIA.—Abuelo, la verdad es que no puedo...

ABUELO.—¿Y eso...?

NOELIA.—No sé, no estoy inspirada hoy...

ABUELO.—A ver qué hora es..., las cinco y cuarto...

NOELIA.—Sí.

ABUELO.—Está bien..., vete al Parque a jugar...

NOELIA.—Sí, vale... (*Se levanta*).

ABUELO.—Pero mañana sigues tú...

NOELIA.—Mañana sigo yo, te lo prometo (*Sale*).

ABUELO.—(*Hablando solo en la habitación del Norte*). Aunque, bien pensado, ¿qué va a contar ella?, si aún no había nacido...

Una mañana de sábado del mes de marzo del 83, Juan Antonio se levantó con una extraña alegría pintada en la cara. Explicó que el proyecto de Eva había que posponerlo un poco porque había que ocuparse de algo, si no más importante, más urgente. Nos comentó que había estado la noche anterior con Virginia y que habían llegado a un acuerdo. A los pocos días de aquello, se le terminaba el contrato, y ella estaba ya de seis meses. Como se había quedado sin amigos, y —a la postre— no era muy sociable, habían decidido casarse por lo civil. ¿El lugar de residencia? Sería nuestra propia casa. Como era tan amplia, bastaba con adecuar uno de los cuartos para ellos dos. ¿La fecha de la boda? La habían previsto para dos semanas después de aquella mañana. Era justo el día después de terminarle el contrato: el miércoles 1 de abril de 1983.

Y miércoles era el día de la semana en que montaban —y todavía lo hacen— el rastrillo en el pueblo. Este se colocaba en la puerta del Ayuntamiento —palacio habitado temporalmente por personas que gobiernan lo que otros han desgobernado—, y allí tuvo lugar el enlace entre mi hijo, Juan Antonio Bernal Sousa y, la citada anteriormente, Virginia de la hiel.

La boda fue brevísima. Apenas me había dado tiempo a inspeccionar la sala,

cuando el Juez de Paz les dio la enhorabuena. Me apresuré a salir —con aire de niño zangolotino— a la puerta del edificio para preparar la bolsa de arroz, y al llegar a mi altura, la vertí casi entera sobre ellos, mezclándose los granos con el ¡viva...! de mi mujer y de alguna vecina que había venido a corear la salida. La gente que estaba comprando en el rastro, nos conoció y decidió unirse a la fiesta. Ahora lo recuerdo con mucha alegría, y no me cuesta asegurar que la boda, que era casi de incógnito, se tornó en una de las más originales de aquellos tiempos. Las mujeres hicieron pasar a mi hijo y a mi nuera —ya— por toda la fila de puestos, y en cada uno un tendero le regalaba algo. El gentío que había en el rastro se divirtió mucho, igual que mi mujer y yo, que casi no podíamos creerlo. Cuando llegaron al final del recorrido, tenían los más variados géneros entre las manos. Ella ostentaba numerosas prendas de ropa interior, muñequitas, rollos de tela brillante, pintalabios y cosas por el estilo que cada tendero había puesto en sus manos al paso. Mi hijo llevaba muchos calzoncillos, alguna gorra, un reloj y —creí ver también— una caja de preservativos.

Al día siguiente, se fueron a Torremolinos, a pasar una luna de miel que duró ocho días.

Cuando la vida se asentó de nuevo en la familia, esta vez con otra boca más —y otra, lindísima, que venía de camino—, Eva pudo seguir hurgando en su proyecto. Y es que sus argumentos eran razonables. No consideraba suficiente la paga que yo le entregaba intacta todos los meses, un billete detrás de otro hasta sesenta. Y no bastaba —decía ella— tampoco con que a Juan Antonio lo llamaran en el Ayuntamiento, para trabajar en las calles, cada cierto tiempo. Esas eran las premisas a las que sacaba punta día y noche —tarde y mañana—, para ver si descubría la panacea a nuestro problema doméstico.

Así, otra mañana en que estábamos desayunando —los cuatro y medio—, nos lo contó de una forma que me hizo ver que, en verdad, había estudiado el panorama. Afirmaba que había que buscar una carencia en lo establecido, la información fiable acerca de la rentabilidad de montar algo distinto; dictaba que había que ofrecer al público algo atractivo, coherente y ventajoso. Recuerdo que hablaba con la seguridad de una directora de marketing de una empresa editorial que hubiera entrevistado uno por uno a todos los lectores del país. Así de fuerte. Pero lo mejor era que la tenía. Había encontrado la forma de conseguir aquello tan buscado. Y la condición indispensable era que no había ninguna tienda que abriera todos los días, y hasta altas horas de la noche.

—Sí, ya sé que eso no se puede hacer, pero yo lo voy a hacer —nos decía.

Y no sé cómo, pero nos convenció —o quizá fue la niña que, antes de llegar, nos metió prisa desde su escondite— y le metimos manos a la obra.

Antes de empezar, nos pareció más tiempo —y más dinero— pero, en poco menos de un mes, el plan de acondicionamiento estaba listo. Entre mi hijo, mi mujer, los albañiles y yo, conseguimos acondicionar el garaje que serviría de tienda. Y el sótano, que estaba de humedad que no se veía, también quedó muy bien para

almacén.

Recuerdo perfectamente que el día que abrimos era un jueves. Suele pasar, en estos casos, que una novedad vale más que cualquier rentabilidad demostrada. Y aquello no iba a ser menos. Aquel día, estábamos mi mujer, mi hijo y yo despachando y comprobando que todo estaba en perfecto estado. Pero no había venido mucha gente desde que empezó el turno de la mañana, así que subí a tomar algo arriba a eso de las doce. Y cuando bajé, me quedé perplejo. El ambiente que flotaba en la tienda era sofocante. Había, no humo, sino una niebla densa como la que envuelve los puertos que se ven en las películas de misterio. Reinaba también un ruido que provenía de un gentío indomable y cada vez más exasperante. Yo creo que, si un marciano que se hubiera asomado a aquella puerta, en ese momento, habría creído, sin duda, el fin de una civilización, de un planeta: el momento de la desesperación, del caos, ante la inminente noticia de un arrasamiento total.

Entonces, no supe darle explicación lógica a aquello. Ahora se me ocurre una. Por lo que se ve, Vicente va donde va la gente.

Pero terminaba el mes de junio, y la madre naturaleza nos trajo una sorpresa que ha sido de las más enriquecedoras y entrañables que he recibido en mi vida.

(He de contar ahora, en pocas líneas, que Eva y yo quisimos tener una hija. Juan Antonio se sentía sólo y, cuando él tenía seis años, fuimos a por la que se iba a llamar Carmen. Eva se quedó embarazada y bien. Pero a los siete meses tuvo que abortar porque la niña se le murió. A mi mujer le afectó mucho y no quiso seguir en ello. Así que la llegada de mi nieta la concebimos casi como la hija que Eva y yo no pudimos tener).

El día que nació la niña era un sábado por la tarde. Recuerdo muy bien la impaciencia con la que mi hijo y yo esperábamos en la puerta del hospital. Me acuerdo que, como ninguno de los dos fumábamos, no hacíamos sino andar en círculos concéntricos. Es más, yo creo que cualquiera que nos hubiera visto, hubiera dicho que éramos nosotros los que teníamos que parir —en vez de ella— de lo entregados que estábamos al asunto.

Al buen rato de ingresar, salió una enfermera y nos dijo que había sido una niña preciosa. No sé bien lo que hicimos después, sólo sé que me sentí el hombre más feliz del mundo por ser abuelo. Si ser padre era maravilloso, ser abuelo lo era todavía más. Mi hijo también estaba radiante, fuera de sí; había borrado —por completo ya— aquel vasto sentimiento de impotencia de hacía nueve meses. Lo abracé en un largo gesto y supe con certeza que aquél era uno de los momentos más grandes de mi vida.

Al poco, nos dejaron entrar a verlas y me emocioné mucho cuando vi a mi hijo llorar mientras que la acariciaba. Era muy linda y se parecía mucho al padre,

morenita, con el pelo rizado y los ojos verdes, como los de él. No podía decirse que no era suya. Recuerdo que la vida me pareció más de otra forma, como más ágil. Y puedo decir, ¡claro que sí!, que no hay hecho más reconfortante que el saberte semilla de una vida que, a su vez, ha hecho brotar otra bellísima.

Virginia estuvo un tiempo ingresada porque le habían tenido que practicar una cesárea un poco bestia. Así que cada tarde, cuando la faena amainaba, mi hijo iba a verlas al hospital con una sonrisa en los labios que de pura felicidad no daban más de sí. Y, cuando a los ocho días ya estaban las dos en casa, se puso en marcha el mecanismo social que sigue a este tipo de acontecimientos. Las mujeres llegaban de todas partes a ver a la niña. Le traían regalitos de todo tipo: vestiditos, pijamitas y otras cosas por el estilo. Hubo también —como en todo revuelo local— algunas que creyeron mal y le regalaron pantaloncitos y cosas más masculinas, que en el fondo no había que desechar, porque creyeron que era niño. Le pusieron Noelia, por la madre de ella que se llamaba así. Aceptamos porque el nombre es precioso. Noelia..., la que cantaba Niño Bravo..., Noelia, Noelia, Noelia...

*(LA NIÑA entrando en la habitación.
Se encuentra a MI PADRE desternillándose de risa).*

NOELIA.—¿De qué te ríes abuelo?

ABUELO.—No, de nada..., de lo que he escrito que me gusta mucho...

NOELIA.—Cualquiera que te vea reírte solo puede pensar que estás loco...

ABUELO.—Y lo estoy hija, algo loco hay que estar para sobrevivir.

NOELIA.—No sé, no sé...

ABUELO.—¿Y tú, cómo es que estás aquí ya?

NOELIA.—Es que no hay casi nadie en el Parque...

ABUELO.—Ya, todavía es temprano...

NOELIA.—A ver, déjame leer lo que has escrito...

ABUELO.—Eso, léelo a ver si te inspiras...

Miércoles 6 de marzo de 1996. 21:38 horas.

¡Qué pasa colega!, ¿cómo te va la vida?, a mí, ya ves, más liado que un dedo malo; al final, hasta hoy no he podido volver a escribir en el diario, y es que estoy pilladísimo de tiempo, ¿sabes?; y hoy no está la niña conmigo, pero, ¿qué le vamos a hacer...?; oye, ¡qué jodienda!, no que lleva toda la puta semana lloviendo, tío; desde que empezó el domingo por la noche, aquí en Sevilla, no ha parado de caer agua..., y venga agua, venga agua; esto ya empieza a fastidiar porque me parece que la primavera no vaya a llegar nunca con tanta lluvia...

Pero bueno, yo a lo mío, que es lo que te interesa; esta tarde, que es en la que Beatriz y yo tenemos libre, fui a buscarla a ver cómo andaba; ¿te acuerdas que te dije que te iba a contar lo de estos meses atrás en Semana Santa?, pues veremos a ver qué pasa; porque resulta que me han aplazado un par de exámenes para después de entonces (lo que me da tiempo a estudiar más, y más cómodo); pero, por otra parte, hay un problema: me obliga a emplazar lo del diario; no, si al final me pasará como siempre, lo haré todo con las prisas, vamos a ver qué solución le doy; bueno, llegué a su piso y me abrió Victoria, a la que tampoco conoces, ¡anda que no vas a conocer gente nueva gracias a este diario!; pues bien, Victoria es una rubita de Granada que estudia Pedagogía con Bea y comparte piso con ellas; me hizo pasar a su habitación (a la de mi novia), y allí estaba: tumbada en la cama, mirando hacia la ventana; e intuí (por ese sexto sentido que poseo) que era presa de la nostalgia, por lo que la animé a dar un paseo...; después de andar un buen rato por las calles del centro, amenazados de lluvia, propuse ir a *Beta*, la librería de la Plaza de la Gavidia, a resguardarnos un poco de lo que empezaba a caer; allí, vi algunos libros muy buenos de Psicología que me hubiera gustado comprar (si no se me hubiera olvidado la tarjeta en casa el domingo, sigo igual de despistado que siempre); y cuando dejábamos la librería, he tenido una firme convicción: allí reposan millones de palabras que esperan que otros miles de ojos las saquen del papel y las desmenucen para nadar entre las imágenes que invocan; y tú, ¿qué?, ¿cómo te va con tus lecturas?, ¿aún sigues leyendo tanto como antes?, ya me contarás cuando te vea, viejo; y, como dejó de llover, bajamos hacia la Plaza del Duque, seguimos por la Sierpes y después giramos a la izquierda, hasta llegar a la Plaza del Salvador, para tomarnos un batido en una heladería; esta plaza se pone de puta madre los fines de semana, no se cabe ni de pie, debido al fenómeno de los botellones, algo muy de moda últimamente (tú mismo lo has podido ver cerca de tu casa); pero esta tarde, ni siquiera las palomas sobrevolaban la estatua de Juan Martínez Montañés, para que veas lo que jode la lluvia, tío; en la heladería todo estaba muy bien, menos Bea que estaba a disgusto; caí entonces en que no había hablado mucho en toda la tarde: había permanecido un tanto ensimismada y sin ánimo de contar mucho más que lo de todos los días; la contemplé a mis anchas y pude ver que la luz de sus ojazos verdes estaba apagada; si no hago nada para remediarlo, su actitud de pesadumbre acabará por contagiármeme, me dije en un

arrebato de entusiasmo; así que intenté hablarle de algo pero sus monosílabos no servían sino para aumentar la monotonía del ambiente...

En la heladería sonaba una canción de Oasis, ese grupo que tanto ha dado que hablar, y decía algo de... «youuu seiss miii... bigarer ysss lon you seis miii..., yorrr may guander... gualll...»; y seguí preguntándole acerca de su vida, con una especie de test psicológico, a ver si encontraba el motivo de su pesar, pero no lo conseguía; estaba contándole lo de los dos exámenes, que los tengo los días diez y once (de Psicopatología y uno pequeñito de repaso de Psicodiagnóstico), y de la repercusión de ello en el diario, cuando empezó a diluviar con muchísima fuerza; ya sabes que me gusta ver llover así, me encanta ver la fuerza del agua chocando contra el suelo (esta tarde, el ruido se me parecía al que hacen los caramelos de los reyes magos cuando caen sobre las cabezas de los niños o las ventanas de las casas); miré hacia la plaza y vi que el Salvador parecía pedir: eso, su salvación de la lluvia; entonces, fui a orinar y cuando salí vi que Bea no estaba donde la dejé; se ha marchado, me dijo el camarero, va por allí, me aseguró señalando hacia los jirones de agua que caían sobre la plaza; le pagué y salí corriendo en su busca; estaba lloviendo mucho cuando la percibí, un poco borrosa por el agua, andando despacio por la plaza; /no sabía yo que le gustara mojarse de aquella forma/, ¡vaya neura!, pensé; corrí un poco más y la alcancé; la tomé del brazo y, justo entonces, cuando el aguacero apretó todavía más (casi no la veía de lo que llovía y dolía incluso cuando algunas gotas caían sobre la cabeza), se agarró a mí y me besó fuertemente...; si te digo la verdad, colega, me ha excitado sobremanera esa escena, lloviendo a mares sobre los dos, mojándonos de vida...; me uní a ella acariciando la idea de que romper lo establecido, a veces, sienta muy bien, y he logrado sentirme parte de algo tan natural y bello como es la lluvia que se derrama sobre todo; ese largo beso me ha parecido el mejor de los que me ha dado hasta ahora; no sé explicarlo del todo bien pero te puedo decir que, por su sabor dulce mezclado con la lluvia, se semejaba a un remedio terapéutico contra todo tipo de dolores; lo que vengo a decirte es que si alguna vez llego a ser psicólogo de verdad, y tú sabes que soy bueno, aconsejaré a mis enfermos un beso romántico bajo la lluvia como ése; tú al loro...

Pero al poco (como si el cielo temiera ahogarnos), dejó de llover; y como estábamos empapaditos, cogí el coche y la llevé a su piso, en los Remedios, el barrio irremediable (y donde ponen la Feria); cuando llegamos a su portal, pude ver, por la forma de elegir sus movimientos, cuánto había cambiado desde que estábamos en la heladería; la lluvia parecía haberla purificado (se la veía radiante, reciclada), y descubrí de nuevo la luz de sus ojos (que me guían día y noche); la vi tan llena de luz, tan rebotante de vida, cuando me despedí de ella, que sentí unas irresistibles ganas de vivirla, de decirle: «te quiero, sol de mi sombra, luz de mi oscuridad, alma de mi cuerpo, corazón de mi sangre», pero se me ocurrió después de que se fuera (como casi siempre, había reaccionado un poco tarde); así que me concentré en llegar a mi piso, a reciclarme yo también; este año estoy en la calle San Isidoro (que queda un

poco lejos de ella), una callecita que muere en la calle Francos, y ésta, a su vez, es una de las que desemboca en la Plaza del Salvador; ya ves, cerquita del centro, como tiene que ser; además, estamos solos Ignacio y yo, y nos va bien; él es buen compañero y no demasiado alborotador (después te contaré), ¡ah!, y pagamos cincuenta talegos, no está mal para ser el piso que es (ya te lo describiré más adelante, para que te hagas una idea...); sin embargo, una vez cerca del piso, no encontraba sitio para el coche, y tuve que dar un rodeo muy grande para dejarlo un poco lejos; para que veas cómo es la cosa, no hice más que bajarme, cuando volvió a apretar de nuevo; pero no me importó: me solté la cola y me sacudí el pelo como un loco; y me hacía gracia porque la gente me miraba andar sin prisa, todos se extrañaban de que no me resguardara de la que estaba cayendo; y ahora la lluvia me gusta mucho más; será porque, caminando a través de su cortina líquida, me he visto grande por crearme preso de aquella extravagancia moral; llegué al piso rezumando agua desde los pies hasta la cabeza, pero vivo; y me sentía poseído por una sensación inexplicable que me recorría todo el cuerpo (pruébalo alguna vez, a ver qué tal); tras comprobar que estaba solo, me desnudé allí mismo, en medio del salón, y corrí rápido a ducharme no fuera a resfriarme...; pero, bajo el chorro, me imaginé cómo sería una ducha con la mujer a la que amo, y me puse tan caliente que no pude evitar hacerme una paja, recreándome en cómo sería acariciarla bajo el flujo caliente de la ducha, haciéndole el amor y mojándome en sus profundidades...; y más tarde, cuando salí de la ducha, embadurnado de aquella fantasía y totalmente nuevo, vi que Ignacio había llegado, y estaba ya viendo la tele...

¡Oye!, ¿sabes una cosa?, esto de escribir es flipante, tío; me he dado cuenta de que escribiendo se resuelven más fácilmente los problemas; me está entusiasmando mucho esta manera de expresarme, entre otras cosas, porque me libera bastante de molestias cotidianas; y sobre todo, consigue hacerme sentir más fuerte frente a algunos errores cognitivos, o sea, formas distorsionadas de asimilar algo; ahora mismo, por ejemplo, me ha servido para sustraerme de algo que en psicología se llama *Personalización*; consiste en achacarse uno mismo la culpa de algo que pasa a su alrededor sin ser potencia de ello, y mi caso es éste: Ignacio se lleva mal con su novia por culpa mía; resulta que, al salir de la ducha, me increpó con que yo tenía la culpa de que se llevara mal con Rocío, su novia, fíjate; la verdad es que siempre estoy diciéndole que le haga regalitos, que tenga detalles con ella, que le haga ver que la aprecia mucho con muestras de cariño y tal, pero (por eso precisamente, por mi afán de hacer bien), se ha enfadado conmigo, para que veas; por lo visto, ella le ha dicho a su novio que se deja influir por las cosas que yo le digo, que no tiene porqué hacerme caso y que, cuando ella dice que no, es que no; pero bueno, tío, ¿qué es lo que va a pasar contigo?, le he dicho, si te ayudo mal y si no también, ¿en qué quedamos...?; y es verdad, me mosquea que encima que intento echarle un cable, me critique a mí en vez de buscar en él el problema; ¿sabes una cosa...?, me gusta dar consejos y no dogmas irrefutables que tengas que acatar, le he dicho más serio y parece que se ha

calmado; después, me ha confesado que, de todas formas, Rocío estaba enfadada ya de antemano por otras cosillas, y que me tranquilizara; así y todo, el fin de semana que viene iremos a verla a Zalamea para que me la presentes y la convenza de que aniquile esos pensamientos que no sirven para nada, le he asegurado; e Ignacio, que en el fondo es un pedazo de pan, me ha abrazado y me ha agradecido todo lo que hago por él; luego, como para celebrarlo, nos hemos puesto a devorar comida basura hasta saciarnos; él se ha quedado viendo un partido en la tele y yo me he venido aquí arriba a escuchar la radio...; parece que ha parado un poco de llover, ¡qué bien!; así que, mañana por la mañana (si no se rompe la noche), iré a clase, y el viernes, después de estudiar un poco todo el día, iré a por ella y viviremos una aventura de las buenas: nos vamos a quedar en Sevilla este fin de semana, a ver qué pasa; la lluvia sellará nuestro amor y, si alguna vez la pierdo, podré decirle una frase que me regalaron una vez: *cuando llueva piensa en mí...*

(NOELIA termina de leer lo que MI PADRE acaba de escribir).

NOELIA.—Está muy bien abuelo...

ABUELO.—¿Te ha gustado?

NOELIA.—Sí.

ABUELO.—Pues ya sabes..., síguela tú...

NOELIA.—No sé...

ABUELO.—¿Por qué?

NOELIA.—Si quieres que sea real, tienes que seguir tú. Yo no puedo contar lo que viví en mis primeros días, porque no me acuerdo...

ABUELO.—Es verdad...

NOELIA.—Sigue tú, que yo voy a merendar... (*Sale*).

La niña iba creciendo, y con ella, la familia se iba uniendo cada vez más. La excepción era mi hijo con la mujer, que peleaban alguna que otra vez, con arrojo de trastos y todo. Me di cuenta, ya por entonces, de que Virginia era una mujer con mucho carácter. Siempre tenía que ser lo que dijera ella, y ya se sabe que en esto del matrimonio los asuntos son cosa de dos.

En la tienda la cosa iba bien. Mi hijo, desde que decidió dejar de trabajar en las calles, se dedicaba a ir tres veces en semana a Utrera, a un macroestablecimiento de venta a minoristas, —que ya no existe porque dio quiebra hace unos meses—, para abastecer la tienda casi al completo. El llegaba allí, a veces solo, a veces conmigo, a aquella jungla de estanterías y vitrinas, donde todo estaba caóticamente ordenado —así de complicado—, para intentar apresar lo que hacía falta. Y aquello parecía, en verdad, una lucha instintiva contra los demás; casi no existía cooperación. «*El que llegue antes, gana*», era la ley máxima. La furgoneta en la que íbamos era una Nissan a la que Juan Antonio tiene mucho cariño ya que con ella había aprendido a conducir. Y la cargábamos bastante, a decir verdad, creo que demasiado. Yo no sé cómo no nos dejó tirados más de una vez. Y en la vuelta, como eran casi dos horas, casi siempre parábamos en la Venta de la Plata para comernos aquellos serranitos que ponían, tan suculentos, con jamón, tortilla, pimiento y tomate, que da hambre sólo el mencionarlos —hace tiempo que no voy por allí. Ahora ya no viajamos—. Y cuando llegábamos, a eso de las cuatro y pico, todos en la casa interrumpían lo que estaban haciendo para ayudar a descargar la mercancía. Mi mujer y mi nuera dejaban los platos remojándose en el fregadero y bajaban con esos guantes rosas tan horteras que

tan bien cuidan de las manos femeninas. Eva tenía las manos más bonitas que he visto jamás. Cuando se las pintaba, sólo faltaba que le enfundaran el abrigo de terciopelo que una vez le regalé para parecer una verdadera marquesa. Pero no nos desviemos del tema, estábamos en que bajaban con guantes y todo para descargar la furgoneta. Y después de ello, descansaban un rato, se tomaban un café, y a eso de las seis abrían la tienda. Yo aprovechaba, entonces, para irme a seguir con un campeonato de dominó que teníamos ahí en Casa Juan, al lado de la tienda. Por las tardes, siempre había menos jaleo y, para Juan Antonio, era soportable el colocar la mercancía en las estanterías.

Otras tardes en que no había mucho que hacer —ni siquiera rellenar los estantes—, Eva se sentaba junto a la puerta, en una mesa con flexo que le puse allí, y hacía punto. Aún conservo cuatro chalecos preciosos que me hizo. También le hizo muchos a su nieta, a mi Noelia, que está ahora merendando y viendo la tele.

La impresión que tengo de aquellos tiempos es que las semanas pasaban rápidas, sin decir adiós, y los meses se iban casi sin dejar rastro. Y fue lo que no me gustó de la vida en estos años. Llegó un momento en que no sabíamos en qué mes vivíamos, en que todo nos parecía repetido y copioso. A decir verdad, lo que ocurrió es que la monotonía entró en casa. Sólo se rompía un poco los días que íbamos a Sevilla, hasta que llegó un momento en que también se pasaron al bando de la rutina.

Transcurrieron así algunos años y bien, hasta llegar al 90, en el que nos detenemos para contar algo. Recuerdo que, por entonces, en la casa, sólo se hablaba de la tienda, y en la tienda sólo se hablaba del pueblo: que si menganita había dicho que fulanita era esto y lo otro, y que si fulanito había hecho eso después de tanto tiempo..., etc. Una tienda o local comercial es el mejor periódico que pueda existir en un pueblo. Las «*Marías*» comentan con soltura cualquier acontecimiento, por irrisorio que sea, y lo llevan a máximos extremos. Lo despellejan y lo escupen subjetivamente, manchándolo de ese resabio interior que todos, en algún momento de la vida, llevamos auestas.

Esto sirve de introducción para contar lo que pasó una tarde que estábamos mi mujer y yo sentados en la mesa que está al lado de la caja. Ella estaba haciéndome uno de los chalecos que tengo ahora y yo estaba leyendo el periódico del día, el provincial. A esto que llegó Eugenia, una mujer que vive todavía al lado nuestra y que siempre se ha portado muy bien con nosotros, para comprar algo. Pero mientras pedía, llegó Francisca, otra algo más joven que conocía bien a la primera, y cuando la vio, a Eugenia, que se acercaba a la caja a pagar, le dio conversación:

—Hola, Eugenia, ¿cómo te va la vida?

—Hola, ¿qué haces? —respondió con una pregunta que la otra contestó.

—Pues mira aquí vengo a comprar una lata de atún para mi hijo que va a merendar.

—Muy bien —le repuso Eugenia.

Siguieron hablando acerca de tareas domésticas y llegó un momento en que

parecían seis, en vez de dos como eran. Eva, mi mujer, siguió tranquilamente sentada haciendo punto, advertida por la certidumbre de que aún les quedaba mucho que hablar.

—Oye, Eugenia, ¿sabes de lo que me enteré esta mañana en la farmacia?, ¿no sabes nada de la última fechoría del hijo del *Poquito*? —anunció la más joven, logrando despertar la atención de su interlocutora y un poco la mía.

Sin embargo, antes de seguir, he de comentar que el *Poquito* era, por aquellos días, un hombre de unos cincuenta años de edad que había tenido un bar en el pueblo. Le iba bien la cosa: vivía con su mujer y sus dos hijos y tiraban para adelante. Pero llegó un día en que se dio cuenta de que la mujer lo engañaba con otros. Y como venganza a ello, sin posibilidad de remiendo, desgarró su existir abocándose a una vida de hastío que daba repugnancia compartir. Se le veía todos los días borracho como una cuba, de bar en bar, bebiendo anís. Y le llamaban el *Poquito* porque, siempre que le estaban echando la copa, pedía un «poquito» más. Argumentaba que en ningún bar llenaban la copa como él lo hacía en el suyo, antes de cerrarlo por aquel feo asunto. Como era de esperar, la mujer lo dejó. Y los hijos, que estaban estudiando, empezaron a malvivir a caballo entre el padre y la madre y una serie de fechorías que mantenían a los pueblos circundantes en vilo. Esa —por no decir aquella— es la historia; la historia del *Poquito*.

—Pues, resulta que había allí una viejecita que estaba pidiéndole unas pastillas para la gripe a Ángeles..., y cuando le iba a pagar le dijo que no tenía dinero. Y, ¿cómo es que no tiene usted dinero, usted que es tan buena pagadora? Y respondió... porque nos robaron... —suscitó Francisca.

Por supuesto, dejé el periódico y escuché. Lo había conseguido. La historia era interesante, contada por ella.

—¿A quién robaron...? —preguntamos a un tiempo Eugenia y yo. Mi mujer siguió haciendo punto, aunque quizá escuchaba, porque sus manos trabajaban ahora con más lentitud.

—A dos viejecitas que viven en la calle Juan Ramón Jiménez, en la parte baja del pueblo..., una viejecita que estaba en la farmacia le pidió una caja de pastillas a Ángeles y le dijo que no tenía dinero porque les habían robado —resumió un poco la historia para que yo no me quedara atrás y para reforzar la intriga en la otra—. Y nada, que dijo la viejecita... porque vivimos solas yo y mi hermana. Yo vivo en Barcelona pero me he venido a pasar un tiempo aquí, con mi hermana. Dormimos las dos solas en casa, como su Manuel la dejó hace algunos años —se persignó la narradora, fiel al relato—, pues... Yo me iba a ir a Barcelona ayer jueves, pero el lunes nos robaron... —estaba claro que Francisca tenía algo de juglar.

Llegó a la tienda otra joven y también se interesó por el caso *Poquito*, tan en alza en aquellos tiempos. Y Francisca, contenta de tener más público, siguió:

—Habían entrado por el patio y no sentimos nada. Cuando nos levantamos por la mañana, nos dimos cuenta de que nos habían robado. Habían entrado y se habían

llevado un sobre que tenía yo en la maleta para llevármelo a Barcelona. Se llevó cuarenta mil pesetas que tenía el sobre...

—Y... ¿no han pillado al que es...? —preguntó Eugenia.

—Qué va, qué va..., pero, espera. Ahí no queda la cosa —segundo capítulo—. A la noche siguiente, entró otra vez a robarles...

—¡No me digas...!, ¡qué barbaridad...! —exclamó Eugenia.

—No sé, no sé, nunca segundas partes fueron buenas —me dije yo...

—¡Digo...!, ¡oye...!, ¿tienes jamón cocido, Antonio...? —me preguntó la fabuladora, mutilando la historia. Dije que sí, que tenía jamón cocido. Y Eugenia me miró preocupada porque temía que Francisca hiciera como siempre hacía. Tenía fama de no terminar nunca las historias que empezaba a contar. Sólo sabía dejarte la miel en los labios. Y si lo conocía, el final, era un crimen que no nos lo contara.

—Venga, sigue contando Francisca, que se me hace tarde —le espetó Eugenia.

—Bueno venga, vale... —aceptó la cuentista—, pues... resulta que como el niño se llevó poco, dentro de lo que cabe, pues volvió. Mira niña, la noche siguiente nos acostamos y, antes de quedarnos dormidas, oí un ruido. Mi hermana se levantó y fue al patio a ver...

—Antonio, ¿no hay vino tinto de brik? —preguntó la joven que había entrado en mitad de la historia. Por lo visto, había identificado el hecho y había seguido su ruta de compra.

—Pues, no. Tiene que venir el chaval mañana. Ha estado aquí hoy pero hasta mañana no viene a traer las cosas. Le dije que si me podía traer algunos hoy pero no habrá podido venir. Llévate un par de ellos de cristal... —le dije a la chavala. Y ésta balbuceó algo que entendí como que ya vendría mañana, y se fue.

—Y cuando llegó al patio, el niño estaba allí. Mira..., cogió a mi hermana y la empujó al suelo. ¿Usted sabe...?, nosotras ya viejecitas no tenemos fuerza. El niño como se llevó poco la otra noche, pues diría... ¡ea!, esta noche voy otra vez y les robo el otro sobre de la paga. Mira niña..., nos amenazó y tiró a mi hermana al suelo. Entonces, nos dijo que le diéramos el dinero que nos mataba, ¿sabes...? Y yo le decía..., ¡ay, no mate a mi hermanita, no mate a mi hermanita!, como no tenemos fuerza nos amenazó con que mataba a mi hermanita Clara. Nos pusimos a chillar y él que nos calláramos o nos mataba, ¡no mate a mi hermanita, cabrón..., cabrón...!, chillé..., ¡cabrón, no mate a mi hermanita...!, y se fue...; menos mal que se fue y no nos hizo nada más. A mi hermanita, como la empujó, le ha partido un brazo y le ha hecho un moretón en la cara... —ya lo dije antes, el cántaro que mucho va a la fuente acaba por romperse...

—Pues, vaya si tiene mala leche el niño... —se interrogó en voz alta Eugenia.

—Tiene mala leche..., sí. Mi hijo lo conoce desde chico y dice que siempre ha sido así —corroboró Francisca—. Y ahora está en la cárcel...

—Sí, pero a ver lo que dura... —expuso Eugenia, la duda de todos los tiempos acerca de la Justicia.

—Hay que ver las pobres viejas, no veas lo que han pasado las pobrecitas. Es que dice que cómo no tienen a nadie, pues que no se pueden defender; pero... hay que ver lo que son..., ¿cómo saben que en esa casa no hay ningún hombre que las defienda...? —se cuestionó Francisca que había roto esquemas con aquella historia. Por una vez, había contado el final de una historia que, incluso, no había acabado todavía.

—Porque no tienen otra cosa que hacer en todo el día, nada más que buscar la forma de robar y dar por culo... —sentenció, un tanto resignada, Eugenia.

—Se especializan en su materia —añadí.

—Total..., que las ha dejado a las pobres viejas sin dinero apenas... —consecuencia directa razonada por la narradora.

—¿Y no tienen rejas en las ventanas del patio...? —pregunté yo.

—No, porque dicen que la casa no es suya y que no la pueden arreglar... —he ahí el principal problema.

Cuando se marcharon las dos, me dejaron con la historia dándome vueltas en la cabeza. Eva se había enterado de todo, pero no dijo nada. Quizá barruntó algún peligro en blasfemar porque sí al niño del *Poquito*. Y éste, que estaba entonces en la cárcel, salió a las dos semanas porque no encontraron huellas de él por la casa.

Y la verdad es que, desde aquella tarde de enero del 90, ya no creo demasiado en los periódicos. Sólo me entero de lo que pasa por las «Marías» que entran en la tienda, más que a comprar, a desembuchar ese chisme que acaban de oír que parece que les está indigestando la vida.

(En la salita.

LA NIÑA mira el reloj.

Llega a la habitación.

Le advierte a MI PADRE de la hora que es).

NOELIA.—Oye abuelo, que son ya las siete y pico...

ABUELO.—¿Y qué...?

NOELIA.—Pues, que ya pronto hay que abrir la tienda, ¿no?

ABUELO.—Pues, veremos a ver..., ahora no quiero yo dejar esto...

NOELIA.—¿Tan emocionante es lo que estás escribiendo?

ABUELO.—Sí que lo es, Noelia, me encanta escribir, no puedo remediarlo...

NOELIA.—Oye Abuelo, ¿no te habrás enfadado por lo que dije de tus poesías?

ABUELO.—No que va..., no.

NOELIA.—Es que me salió como algo atractivo, ¿sabes?, también me pasó eso...,

una vez escribiendo no quería parar...

ABUELO.—Venga, déjame seguir que se va a hacer tarde...

NOELIA.—Bueno, ya voy yo y abro la tienda... (*Sale*).

Algunos meses después de aquello, una noche que hacía viento y tormenta, estábamos todos acostados arriba. Llovía en cantidad y no era fácil oír si llamaban al timbre o por teléfono. Y a eso de las dos de la madrugada, Noelia, que ya contaba siete años, se despertó y quería agua; tenía miedo, por lo que el padre la acompañó hasta la cocina. Cuando se acostaron, me levanté yo a orinar y a comprobar que las ventanas estaban bien cerradas. Pero estando en ello, me pareció oír un ruido demasiado constante en la noche. Di una vuelta por la casa, pero nada, no encontré nada extraño. Me puse la bata y me dispuse a bajar abajo. Como iba en chancletas, en cada escalón hacia la tienda, cada paso —plof, plof— retumbaba como si estuviera en una catedral.

Al llegar abajo, me quedé un poco como asustado —pero sin el como— cuando vi lo que había allí. Había cajas tiradas por todas partes. Algunas que yo había dejado bien colocadas, cerca de las estanterías, estaban ahora abiertas y derramadas por el suelo. Descubrí entonces que la puerta por la que entrábamos a descargar estaba de par en par. Y la puerta del sótano, que está junto a la de la descarga, estaba abierta también. Y además, salía luz de ella. No había duda. Habían conseguido forzar la puerta y entrar en el sótano.

Me armé de valor —por un nuevo rayo que tronó— y corrí rápido hacia allí, a ver qué había, pero no encontré a nadie. Defraudado, salí del sótano y me asomé también a la calle para ver si había algo significativo. Llovía como si alguien echara el agua a cubos desde el cielo, ¡qué manera!, y en la calle no había un alma, ¿quién iba a haber? En verdad, se podía decir que la noche estaba terroríficamente preparada para que nadie asomara siquiera la cabeza a la calle.

Encajé la puerta y subí a buscar a mi hijo que se asustó bastante cuando lo desperté. Bajamos a la tienda y vimos que la puerta abierta estaba otra vez abierta. Por lo visto, el que fuera, estaba escondido en algún sitio de la tienda cuando yo bajé. Y al subir, fue la suya.

Se escapó.

Llamamos a la guardia civil que llegó al cuarto de hora derrochando esa parsimonia que les caracteriza. Miraron lo que había, preguntaron por lo que había dejado de estar y, al poco, se marchaban exigiendo que nos pasáramos por el cuartel para firmar la denuncia. No obstante, antes de que se fueran, les preguntamos si era bueno que

llamáramos también a los municipales, pero ellos mismos nos dijeron que no serviría de nada. En vista de lo cual, las tres mil pesetas que había en la caja registradora, los dos jamones y la caja con licores y whisky que se habían llevado, todo ello, estaba más perdido que mi abuela Leonor.

Una vecina dijo que había oído un ruido fuerte pero que le pareció un trueno de la tormenta. Y sólo se nos ocurrió una explicación realmente novelesca: habían esperado el ruido de un rayo para pegarle la patada a la puerta. Pero el caso es que, quienquiera que fuera, sabía que aquella puerta —la del almacén— llevaba dos semanas con una bisagra rota. Y fue ése el fallo que me hizo darle la razón a mi hijo. Cuando le contamos la historia de las viejecitas, dos meses antes, ya lo dijo una y otra vez:

—Hay que asegurarse..., hay que asegurarse —pero no le hicimos caso.

Y cuando Eva bajó, no hacía sino preguntar y preguntar, como si nosotros fuéramos los traviesos culpables de aquel desavío. Yo, en cambio, viví aquello como algo aislado, lamentable, pero con posible enmienda; y por eso insistía en que rumiar la desgracia sin hacer riada no era la solución.

Las crónicas del pueblo se dispararon y se compadecieron un poco de nosotros; y hubo otros —que lo sé— que se alegraron. Eva intentaba explicar lo menos posible acerca de ello pero era inútil. Una de las cosas que más me disgustan de estos tropezones de la vida, es que tienes que contarlos por lo menos ochocientas veces en la vida. Llega un momento en que no sabes si te pasó a ti, o a otro que ya no se acuerda de ello. Más o menos.

Al día siguiente, ya había una puerta nueva y más fuerte. Además ya estábamos buscando un seguro para asegurar la tienda. Nos ocurrió, como siempre he oído decir a mis amigos que le pasa al español, que no sabe sino reparar en vez de prevenir.

(NOELIA llega corriendo y asustada).

NOELIA.—Abuelo, abajo hay dos viajantes y tres mujeres esperando.

ABUELO.—Sí, ya voy. Cinco líneas más y acabo...

NOELIA.—Venga, pero no tardes... *(Sale)*.

Yo creo que el tipo tuvo que vernos cara de memos, porque se empeñó en asegurarnos a todos y por todo. A pesar de que, desde el principio, le pusimos claro que íbamos a asegurar sólo la tienda, esto es, el contenido, estuvo una semana dándonos la vara acerca de todos los posibles seguros. Y no sólo consiguió eso, sino que nos aseguró el continente, se apropió de la póliza de la furgoneta que cumplía por entonces, y convenció a mi hijo para que se hiciera un seguro de vida. Se lo hizo. El

tío se puso las botas con la familia.

Y todavía hoy, casi seis años después, no se sabe nada de si fue el niño del Poquito, o cualquier otro de por aquí. Bueno, me marchó, que me esperan.

Martes 12 de marzo de 1996. 22:09 horas.

¿Qué pasa tronco?, ¿cómo te va la vida?, espero que mejor que a mí; hay que ver lo complicado que es sacar tiempo para escribirte, ¿eh, tío?; bueno, a ver por dónde y cómo empiezo; no sé qué está pasando que todo se está estropeando de buenas a primeras; mi vida, que hace una semana era satisfactoria, por haber empezado este diario para ti, por ir bien con Bea y, en resumidas cuentas, por llevar bien las previsiones, se ha vuelto de lo más caótica que te puedas imaginar; por una parte, río tengo tiempo para el diario, cosa que me apena mucho, no me gustaría llevártelo sin estar completo porque sería un fastidio para mí; y, por otra parte, los exámenes se están amontonando para después de Semana Santa (lo que vuelve a repercutir en el diario); después está la lluvia que no para, y para colmo lo de Bea, ¡qué chasco, tío!, pero espera que te cuento...

El viernes pasado, por un extraño azar, amaneció despejado y no llovía ya; por la mañana, llegué de dar clases, repasé mentalmente lo que tenía que hacer y lo hice; a eso de las ocho y pico de la tarde, fui al piso de mi novia, con el coche para no tardar demasiado (a pesar del tráfico que había, llegué pronto), y allí estaban las dos compañeras empollando, para no tener que hacer mucho más en el fin de semana (igual que yo); Beatriz, que sabía que yo llegaría a esa hora, estaba terminando de arreglarse en el cuarto de baño; y yo, que me asomé al balcón para hacerme una idea de cómo se presentaba la noche, pude sentir, a pesar de las nubes que rondaban, un cierto olor a primavera; cuando Beatriz salió, me dejó tan estupefacto que me pareció que el adjetivo «reina» lo habían inventado sólo para ella; llevaba el pelo limpiísimo y muy suave; iba ataviada con un body blanco y una falda larga de color gris que le daba un aspecto, muy formal y elegante (siempre te he dicho que las faldas enaltecen a las mujeres, ¿sabes?, creo que las adorna con estilo, las exime de la exactitud de los pantalones que abarata la belleza de los cuerpos; y es verdad, créeme; me pasa que siempre que veo a algunas mujeres jóvenes, con esas mallas que se pegan al cuerpo, me da la impresión de no poder encontrarles más de lo que ya enseñan: se muestran tal y como son, no hay más que verlas; la falda, en cambio, realiza una función más noble: cobija el sexo tornándolo misterioso por su inaccesibilidad); estás muy «atractiva», le dije persuasivo, y me besó con fuerza...; después de sonreír, me comentó: aquella neura del otro día bajo la lluvia me vino porque tenía la regla, que me trastorna bastante; a veces, durante el periodo, llego a hacer cosas muy extravagantes (¡anda!, hace seis meses que salimos y es la primera vez que me lo dice; me doy cuenta, cada vez más, de que todo el tiempo del mundo es poco para conocer bien a una persona; /si es difícil conocerse a uno mismo, ¿cómo lo será en otra persona...?/); y nos marchamos, no sin antes despedirnos de las estudiantes...; llegamos a mi piso (Ignacio se había marchado por la mañana, dejándomelo sólo para mí) y bien; ella puso un compact que había por aquí, que era de Rocío (la novia de mi compañero), y resultaron ser rumbas y sevillanas que sirvieron para hacernos entrar

en calor (se llaman «Siempre Así», y son de Sevilla, creo); yo, mientras tanto, me duché, y ella se quedó escuchando una canción que decía algo de...

*... siempre así, te cantamos siempre así...
un universo lleno de ilusiones,
un mundo nuevo de canciones
y el corazón entero para ti...*

Terminé tan rápido como siempre con mi aseo personal y, cuando daban las diez y media de la noche, llegábamos a la Plaza del Salvador que estaba ya empetada; empezamos a privar birra que pedimos en un bareto y nos encontramos con algunos amigos de la Facultad en medio de aquel barullo; pero nos abrimos pronto ya que ellos llevaban otro rollo, ¿sabes?; después, nos marchamos hacia el sur, a una serie de pubs que hay por allí, y paramos en la chupitería para tomarnos un par de chupitos; pero, al final, fueron tres cada uno, u ocho, ja, ja..., (tres u ocho, nos ha dado por decir ahora, no sé qué «u ocho») ¡qué pasón!; y, al salir de allí, nuestros cuerpos, al menos el mío, parecían frascos de nitroglicerina a punto de estallar; estaba claro que necesitábamos quemar todo el alcohol que habíamos ingerido, y la mejor forma que se nos ocurrió fue irnos a bailar a un pub en el que sólo ponen salsa...; ya en el local, /lo veíamos todo a nuestra medida, un poco torciéndose todo hacia el deseo;/ bailamos un buen rato música de Carlos Vives, Paralamas, Los Fabulosos Cadillacs y Maná, entre otros (esto lo sé gracias a la cultura musical de Bea que a cada momento me dice: mira éstos son de aquí, éstos son aquellos...); una vez que fui al servicio, vi justo frente a la pared del urinario una frase que me hizo mucha gracia y decía: «Masturbarse está bien, pero follando se conoce más gente»; cuando salí, se la recité a Bea y se partía el culo de risa, no veas, jo, jo...; pero, cuando (más tarde) estábamos bailando la *Lambada* agarrados fuertemente, llegó un tío y le cogió el culo a ella; fue realmente borde, y, si no llega a ser porque ella me sacó de allí, no sé; será cabrón, ¿qué derecho tiene a cogerle el culo a nadie de esa forma, el imbécil...?, le preguntaba yo a mi propia novia mientras que me sacaba del pub casi a rastras...; sin embargo, al sentir el frío de la noche, recobré la cordura y me pregunté a mí mismo (en esas veces en que te sorprendes de lo que has acabado de hacer) cómo me había ensañado tanto con aquel tío que casi consigue lo que quería (debían haber sido las dos copas de más que llevábamos en el cuerpo, pienso ahora), pero lo olvidé rápido porque no merecía la pena; luego, nos dirigimos hacia la Sierpes, para ir a una discoteca-pub a la que suelen ir muchos americanos y americanas, y, cerca de allí, no veas qué descontrol tío, vimos cómo un grupo de chavales se reían de uno que no veas cómo iba; el nota llevaba una botella de ginebra y la mezclaba con un refresco de limón que tenía; al apurar lo que quedaba de la botella, se manchó la ropa y sus compañeros empezaron a reírse de él, de lo pringado que estaba; y, entonces, al muy

idiota, no se le ocurrió otra cosa que destrozarse la botella contra un coche que estaba aparcado en la acera; ¡será cabrón...!, pensé para mí, intentando mostrarme indiferente; y los espectadores suyos (sus amigos), al verlo, salieron corriendo en dirección opuesta al coche en busca de clemencia; el prenda comprobó que no se había cortado y los imitó..., y en lo que canta un gallo se los había tragado la noche; me acerqué al coche y me fijé en que, a pesar de la bestialidad del golpe, no le había roto nada, y nos fuimos por si acaso alguien se creía lo que no era...; el pub que habíamos elegido estaba cerrado, ¿todavía?, si son más de las cuatro, nos dijimos, pero cerrado estaba; por otra dirección del puzzle de calles que forma el centro de Sevilla, llegamos a otro garito que estaba en la esquina de una calle que no sería capaz de encontrar ahora, fíjate cómo era la cosa; el pub era hondo y oscuro, y resaltaban en la decoración muchas estalactitas y estalagmitas de colores que sobresalían del techo y del suelo (¿respectivamente?, no sé, las confundo); Beatriz se puso muy melosa y se agarró a mí mientras que nos tomábamos una Heineken fresquita, para bajar un poco de alcohol; nos besamos como si fuera la penúltima vez, y nos quedamos largo rato en un rincón muy acogedor del bareto donde también había otras parejas; sonó una vez música de 091, sí, ese grupo granadino que se va a separar próximamente, y la canción era *La vida qué mala es*, con la que ganaron un premio no hace mucho (me parece); tú no eres muy aficionado a la música, yo ahora menos porque tengo poco tiempo, y no te acordarás de lo que supuso esta canción; yo sí, y recordé una noche a principios del 95 que estuvimos de juerga tú y yo en Nerva, en una fiesta que daba un grupo local en la discoteca, ¿te acuerdas ya, verdad?; de lo que no me acuerdo yo es de cómo se llamaba el grupo que tocó aquella noche, sólo sé que era un nombre en latín...; de nuevo en la calle, de camino al Arenal, pasamos por la puerta del Ayuntamiento y vimos otra vez al grupo ése que llevaban al chaval que rompió la botella en el coche; iban gritando cosas de tías, de no sé qué que se lo pasaban de puta madre y que no sentían nada; el nota de antes (el más espectacular del grupo) se cayó hacia atrás (o se tiró adrede) y en ello se agarró a otros dos, desparramándose todos por el suelo que estaba asqueroso de meadas y de vasos; ¡no siento el dolor...!, ¡no siento el dolor...!, gritaba el colega; y Bea estuvo a punto de reírse en su cara, igual que más gente que sí lo hizo, pero se contuvo; ¡como nunca, tío!, ¡como nunca!, ¡y no me dan miedo los polísss...!, ¡los polísss...!, sostenía desgañitándose, incoherente consigo mismo, el nota; pero, cuando nos alejábamos un poco, vi pasar a cierto grupo de gente mayor murmurando acerca de la mierda que tenía el colega y, justo entonces, caí en que me sonaba su cara; no estoy seguro del todo pero me recordaba a alguien, a lo mejor de Riotinto, ¿quién sabe?, igual lo he montado alguna vez en la carretera...; frente a la Catedral, en una calle muy larga, había otro pub en el que mucha gente estaba en la puerta bebiendo y charlando; así que logramos pedirnos un cubata más cada uno para rematar la faena y, cuando lo terminamos, dije de ir al piso a seguir el amor; ella me confirmó con un beso arrebatador que tenía más ganas que yo...

Ya en el portal, empezó otra vez a llover (parecía que nos había estado esperando), y no éramos capaces de meterla, la llave, con las prisas; en el patio estilo árabe que nos separa hasta el piso tuvimos tiempo de acariciarnos, pero ella quería ir al servicio, por lo que me quedé con las ganas de hacerlo allí (conozco a gente que lo ha hecho en los lugares más inesperados, por aquello del gusto de variar); puse el compact de la novia de Ignacio y subimos al entarimado de arriba, donde están las camas, para proseguir con lo que habíamos empezado...; hicimos el amor dos veces con la torpeza de la primera vez; no sé qué nos pasaba que no conseguíamos viajar al mismo tiempo, parecía que nos habían robado ese cajón donde guardamos lo que más tarde la memoria rescata y que llamamos experiencia...; pero, así y todo, estuvo bien, y la segunda vez nos quedamos dormidos...

Sin embargo, a las pocas horas, me desperté alarmado por otro sueño; había estado soñando que el chaval ése que rompió la botella en el coche se había ensañado con mi Corsa y lo había destrozado casi entero; ¡qué sueño colega!, el tío había llamado al portal, donde no conseguíamos meterla, diciendo: ¡déjame echarle un polvo a tu novia por haberse reído de mí!, ¡déjame entrar que si no llamo a los polísss!, ¡me siento como nunca!, ¡no siento el dolor...!, ¿qué cojones hace un rubio como tú con una morena tan rica?, ¿sabes una cosa?, me decía el ente a través del sueño, ¡me la voy a tirar delante tuya para que sepas lo que es una variedad del gusto...!; y desperté con un sobresalto tal que casi me caigo de la cama, sorprendido y exhausto por mi retorcido sueño (recuerdo que la cara que tenía el borracho en el sueño no era la que yo le conocía; los ojos eran colorados y por la boca le salía un humo verde que causaba náuseas); ¡qué cabezada tan... tan horrorosa...!, me dije; pero, al sentirme despierto, lejos de aquellas aberrantes escenas, me creí en un mundo más perfecto, rodeado de algodón por todas partes; pero, como lo bueno dura poco, me di cuenta, ¡pecador!, de otra sorpresa peor si cabe; resulta que, como nos habíamos quedado dormidos tan rápido, el preservativo se había quedado dentro con todas sus consecuencias; la desperté, le expliqué lo que había pasado y se puso a llorar tomando como motivo que la regla le había terminado el miércoles, y que «probablemente» estuviera ya en el período fértil; intenté calmarla aduciendo que no cayera en una falsa preocupación; nada de amargarse la vida antes de tiempo, le dije para tranquilizarme yo, más que nada; ya lo ves, y pensé: /toda mi psicología se ha venido abajo por dos copitas de más/...

Y hoy todavía estoy pendiente de la prueba ésa «auto» que venden en la farmacia; le dije que viniera a verme con lo que fuera (no quiero tirar la toalla pero es lo que menos falta nos hace ahora, en mitad de nuestros sueños y de nuestros estudios, supondría el fracaso total); y ya hoy es martes y aún no sé nada de ella, joder tío, me temo lo peor; aunque, en la duda, estoy un poco tranquilo: sé que es un poco despreocupada y, si no me ha llamado, es que no pasa nada; eso espero...

Viernes 15 de marzo de 1996. 23:17 horas.

El diario, que, en principio estaba, concebido como un regalo para ti, va a ser un tormento por las cosas que te cuento; y es lo que menos me interesa porque no quiero abrumarte con mis problemas, tú ya tienes bastantes (o, al menos, los has tenido); perdóname por usar tu regalo para pensar, aunque no sé si en ello consiste tu deseo, en tener parte de mí, y lo que me ocurre y preocupa es parte de mí; gracias por seguir leyéndome y ser tan paciente conmigo, de verdad; no te arrepentirás de tener esto, te lo aseguro; ¿sabes?, he leído unos versos de Lope de Vega, que retratan de una forma fiel mi angustia en estos últimos días, y dicen:

*“Con viento mi esperanza navegaba;
perdonóla el mar, matóla el puerto”.*

Ayer jueves por la tarde, Bea vino a buscarme; dejé de estudiar y nos fuimos a dar una vuelta; estuvimos en la Plaza del Duque sentados bajo aquellas palmeras larguísimas y un día precioso (quizá por eso la vida me pareció bella y digna de ser vivida; a veces, es bueno decírselo uno mismo que falta hace); le compré una pulserita de cuero que vendía uno de los jipis de los muchos que hay por allí, y estuvimos un rato contemplándolo todo en silencio: los taxis, los autobuses, la gente pasando, la gente esperando en los semáforos, las motos corriendo, los policías nacionales vigilando en las esquinas, los deportistas corriendo, los niños andando, los ancianos sentados..., en fin, todo...; luego, cuando el tiempo se preñó de un tono «embarazoso» (nunca mejor dicho), ella, un poco insegura, fue la encargada de hablar: el test que me he hecho, ha dado negativo..., estaba todavía en el período estéril antes de la ovulación, pero casi la pringamos, explicó Bea, confirmándome con aquellas palabras que ninguno de los dos queríamos un embarazo a estas alturas; y así (sin decirnos nada más), seguimos allí, abortando ideas dinásticas, asimilando el tiempo que se volvía más ágil, lo que requería pararse a verlo pasar; pensando y pensando, luego existiendo, me di cuenta de que deslices como el de aquella noche terminan con muchas parejas antes de unirlos para siempre; hablamos sobre ello y coincidimos en que había que tomar más cuidado cuando bebiéramos tanto; si no estamos en un estado más o menos consciente, /no es bueno adentrarse en las mareas del sexo sin control/ (aduje con gran acierto, otra vez), porque hemos rozado el peligro, y eso, con mucho, es lo peor de la vida: rozarlo y sentirlo que no verlo y obviarlo, reflexioné en voz alta de una forma que hasta a mí me dejó un poco extrañado, ¿me habré vuelto filósofo tan joven?, digo yo ahora...; y bueno, tío, ¿qué dices a ello?, seguro que has estado con el corazón en un puño como yo, aunque me parece que a ti, en este aspecto, no te puedo asombrar; la verdad es que tú no tuviste tanta suerte, aunque depende de lo que cada uno entienda por suerte, claro está,

seguro que hoy te alegras de ello; yo, en cambio, estoy muy contento por haber salido airoso de esta prueba, aunque... ¡hay que tener cuidado!, colega, que la vida es así de puta, cuando más a gusto estás, ¡raca...!

Estoy ahora en el cuarto de mi casa, descansando de esta semana tan ajetreada que terminó cuando nos vinimos esta tarde en el coche; fluía mucho tráfico pero hacía un día tan confortable que no nos importó tardar media hora más que normalmente; llegamos a Riotinto y la llevé a su casa, pero una vez allí cambió de parecer; tengo ganas de estar contigo, me dijo besándome, dejó el macuto y se vino para Campofrío; pero, al pasar por el puente que separa las dos aguas, vimos el sol que se reflejaba fuerte sobre la de la izquierda (la sana); y también por iniciativa suya paré el coche, casi al final del puente, y caminamos cogidos de la mano sobre el asfalto; ¡tío!, parecía que el agua estaba más alta que la carretera, por la luz del sol que la hacía curvarse en una perspectiva caballera hacia arriba, tanto que a veces creí que se iba a derramar sobre nosotros; y, una vez que nos dimos la vuelta, hacia el agua celeste de azufre, Bea me preguntó: ¿no hay forma de quitar ese agua de ahí?; supongo que no tienen un sitio peor donde tirarla, al fin y al cabo, aquí es donde menos daño hace, respondí a la vez que recordaba, mirando hacia la «Curva de la serpiente», cómo hace unos cuantos años (más de siete creo) un camionero cayó en el agua ácida y murió ahogado; dijeron que el camión se había vuelto de cobre en un rato que había estado allí; también /dijeron que el chófer había muerto porque no sabía nadar/, pero en ese agua no es posible bracear porque al tragar un poco (cosa que es muy posible si no sabes nadar) lo corrosivo de sus elementos te asfixia mucho más rápido que si de agua potable se tratase; además, creo que al contacto con los ojos éstos se irritan mucho; es como el agua agria del río Tinto, en el que me caí una vez cuando era pequeño; me acuerdo de que, aquella vez, la ropa se me volvió roja y, cuando se secó, se deshacía como si fuera queso viejo; igual le ocurrió a aquel pobre hombre...

Llegamos al pueblo y, como siempre que llego, una sensación de paz me sobrevino (será en parte por los cerros verdes que se divisan a la entrada, o por la certeza de volver a mi lugar de origen); y, nada más entrar, vimos a mi padre que estaba descargando un camión de ladrillos en la puerta del polvo; le pité, pero el tío no nos vio, estaba tan absorto en su trabajo que no se coscó, tú ya lo conoces; ya en casa, saludamos a mi madre que sigue tan guapa como siempre, dejé las cosas en mi habitación y nos fuimos a dar un paseo por mi barriada, hacia la aldeilla de Las ventas; nada más salir, vimos a muchos chavalillos de doce o trece años que jugaban en el campo de fútbol que está junto a mi urbanización; también pasamos por la Plaza de Toros, ¿te acuerdas de la porfía que teníamos?, pues yo tengo razón, lo he consultado y es la segunda más antigua de España, se construyó en 1716, ¿sabes...?; después, nos paramos a remojarnos la cara en la fuentecilla que hay un poco más adelante, sí, allí donde la gente se pone a lavar los coches los fines de semana, y, paseando por allí, Beatriz me recordó que hacía algunas semanas le prometí que la

enseñaría a conducir...; así que no hizo falta más, fuimos a por el coche y nos pusimos en marcha hacia la aldea; cuando ya no se veía el pueblo, paré y me cambié de asiento; una vez en posición, decía que su padre le había dejado alguna vez el suyo pero que hacía ya por lo menos un año y no se acordaba bien; metió la primera y, a pesar de que el firme estaba totalmente recto (no había cuestas), el coche se le caló un par de veces; miré al sol y estaba rojo (quizá se avergonzaba de lo que íbamos a hacer), ¡venga mujer que tú puedes!, la animé cuando resoplando giró por tercera vez la llave; es que el embrague está muy suave, no es como el de mi padre, se excusó...; y, ya en marcha, condujo más o menos bien en primera; yo la miraba de reojo para no ponerla nerviosa y me recordó la primera vez que mi padre me enseñó a conducir con el camión, ¿te acuerdas que te lo conté? sí, claro; reviví la emoción de sentirme parte de aquella máquina tan grande y tan compleja que me hacía feliz: me sentía protagonista de mi vida igual que lo era ella ahora de la suya; pero como sigas así vamos a ser adelantados por una tortuga que salió hace cinco minutos de Sevilla, le expliqué; ¡tranquilo, Carlos, no corras!, exclamó; miré el reloj de la velocidad e íbamos a veinte por hora; ¡venga!, pisa el embrague... ¡así!, sí..., ¡suéltalo...!, ¡ahora!, ¡venga!, ¡así...!, y le pareció increíble que fuéramos en segunda; luego, para aprobar su forma de conducir y mi deleite, le puse una mano en la pierna y cuál fue mi sorpresa que se quedó paralizada; tenía que girar y seguía derecho..., y, viendo que no reaccionaba, me obligó a coger el freno de mano y a pegarle un tirón al volante; el coche dio un giro muy brusco y a poco estuvo de volcar por mi culpa (después de todo, era por mi culpa); pero, ¿qué haces tía?, ¡tienes que doblar!, ¿o es que no ves?, la amonesté nervioso y asustado en aquel momento; no sé qué me ha pasado Carlos, te dije que me ponía muy nerviosa, se lamentó; y, de nuevo, mi sexto sentido me hizo pararme, intentando analizar un poco la situación, y me di cuenta de que con aquellas duras palabras me había pasado un poco; así no íbamos a ninguna parte porque aquello /podría producirle un rechazo la próxima vez que la dejara conducir/, pensé; tranquila, no es nada, es normal que te ocurra eso porque a mí me pasó igual, le susurré mientras la acariciaba y la besaba; no es nada, de verdad, venga, arranca otra vez; lo hizo y siguió muy bien bastante rato...; pero luego, cuando ya creí que estaba demasiado tensa para seguir, me cambié de sitio y la llevé a su casa; quizá me pasé, tío; tenía que haberle contado que cuando yo cogí por primera vez el camión de mi padre casi nos caemos por un puente abajo, ja, ja, si se lo menciono seguro me pega (pero, pensándolo bien le hubiera restado bastante importancia al hecho); mañana se lo comentaré, sí...

Al regreso, volvimos a pasar por el puente ecuador, la dejé en su casa y quedé con ella para mañana que hay fiesta en Zalamea; tenemos que ir a conocer a la novia de Ignacio...; y hoy vamos a descansar del susto...

*(Tarde del miércoles, en la habitación del Norte.
MI PADRE y NOELIA hablando).*

ABUELO.—A ver si hoy no viene tanta gente. Le he dicho a tu padre que tiene que convencerlos para que compren más por las mañanas.

NOELIA.—¿Pero si tú decías que ya estaban más acostumbrados?

ABUELO.—Pero no creas, fíjate ayer, estuvimos casi hasta las once de la noche, un martes cualquiera...

NOELIA.—Sí, ya, pero...

ABUELO.—Bueno, ¿qué vas a hacer tú hoy?

NOELIA.—Pues estoy empezando a escribir sobre lo de mamá...

ABUELO.—Eso es..., me gusta que ya te subas al carro...

NOELIA.—Pero es sólo para ver si me inspiro. No sé qué me pasa estos días, que no tengo ganas de estar aquí...

ABUELO.—Eso es la primavera, hija...

NOELIA.—Será eso...

ABUELO.—Prueba a escribir en otro sitio...

NOELIA.—¿Dónde?

ABUELO.—En el Parque, por ejemplo.

NOELIA.—Quizá más tarde...

ABUELO.—Bueno, pues yo voy a seguir con la historia, que va interesante...

NOELIA.—Muy bien...

Por aquel entonces, realmente eran otros tiempos. El 92 fue un año de esos que hacen mella en la gente, de esos que rompen con las estadísticas. El mes de mayo era —y sigue siendo— en el que se celebraban todas las romerías de los pueblos de la Cuenca Minera y de toda la provincia. Pero aquí, en El Campillo, siempre era antes que en ninguno. A mí, sin embargo, no me gustaba demasiado, ya que en esto de fiestas he sido siempre más bien corto: donde se ponga una copita de aguardiente con los amigos y el dominó que se quite todo lo demás, pensaba yo por entonces, ahora ya ni eso.

Para nosotros el mes de mayo significó el comienzo del verano, ni tanto. En la

primera semana del mes, la semana de la romería, las ventas se dispararon hasta el punto de que Juan Antonio tuvo que ir todos los días a Sevilla. Pasó lo que siempre ocurría a primeros de mes, cosa que se nota mucho por estos lares: los bancos parecían regalar seguros de coches dada la cola de gente, heterogénea, que se apiñaba a las seis de la mañana para comprobar si le habían ingresado la paguita en la cartilla. Virginia, mi nuera, se vio obligada a dejar sus paseos de tarde con su amiga Maite (una vecina solterona que había superado ya la treintena y congeniaba bastante con la familia. Trabajaba de secretaria en el departamento de información de un hospital en Sevilla, y creo que incluso ella tuvo que echarnos una mano a descargar o a reponer alguna tarde de aquella semana).

Recuerdo que, en los últimos días de aquella semana de romería, no era posible estar en la tienda sin que te pegaran un grito. A mí me arrebatan las cosas de las manos, sólo daba abasto a alargar cosas. Eva no se movía de la caja registradora, y Juan Antonio y la mujer se encargaban de reponer las estanterías. Cuando llegaba algún viajante, era yo el que me encargaba de repasarle y pagarle. La verdad es que yo hacía más bien de director de todo aquello. Por eso, cuando terminamos el sábado por la noche, estábamos reventados y la tienda estaba vacía. Había, sin embargo, otras cosas llenas. Podíamos decir que habíamos hecho el agosto en mayo, así como suena.

No pensábamos salir porque Eva estaba muy cansada. Y yo no lo estaba menos. Pero Virginia, que siempre tuvo mucha marcha para lo que quería, nos medioconvenció a todos. Así que nos arreglamos y salimos por la noche, después de dormir un rato. Estuvimos dando un paseo y después fuimos al baile que se organizó en una de las calles del pueblo. Pero, cuando nos pareció, nos trajimos a la niña y los dejamos a ellos dos en uno de los pubs del centro. Después de todo, lo pasamos bien.

*(NOELIA llega de abrir la puerta de abajo.
No viene sola).*

NOELIA.—Abuelo, ha venido un viajante a verte.

ABUELO.—¿Quién es?

VIAJANTE.—(*Asomándose a la habitación*). Hola Antonio, ¿cómo estás?
(Alargando la mano).

ABUELO.—Ah, Enrique..., eres tú..., pasa, pasa y siéntate.

VIAJANTE.—¡Qué habitación tan..., tan confortable!, ¿no?

ABUELO.—Sí, es la más fresquita de la casa. Es muy agradable...

NOELIA.—Aquí tienes una silla. (*Dádosela al viajante*).

VIAJANTE.—¿Y cómo es que no tenéis abierto a las seis que son?

ABUELO.—¿No te lo ha dicho mi hijo?

VIAJANTE.—No lo veo desde hace quince días, he estado de vacaciones...

ABUELO.—¿Y qué tal?

VIAJANTE.—Bien, muy bien..., me hacían falta ya...

NOELIA.—(*A ENRIQUE*). ¿Quieres tomar algo?

VIAJANTE.—Bueno, un refresquito, pero rápido que tengo que hacer un montón más.

(*Sale NOELIA*).

ABUELO.—Voy a abrir un poco la ventana. (*Se levanta y la abre*).

VIAJANTE.—¿Y el Juanan?, ¿dónde está?, ¿en Sevilla?

ABUELO.—No..., que va. Está acostado...

ENRIQUE.—¿Y eso?, ¿está malo?

NOELIA.—(*Entrando*). Aquí tienes. (*Dándole un vaso*).

ENRIQUE.—Gracias. (*Bebe el refresco. Todos sentados otra vez*).

ABUELO.—No, es que..., estamos inmersos en un proyecto que seguro que te va a interesar.

ENRIQUE.—¿No me digas?, ¿de qué se trata?

ABUELO.—Estamos escribiendo una novela.

ENRIQUE.—(*Sorprendido*). ¿No me digas?

ABUELO.—Digo...

ENRIQUE.—(*Entusiasmado*). No veas Antonio..., eso es estupendo, de verdad...

ABUELO.—Juan Antonio es el que la supervisa, y yo y mi nieta los que la escribimos.

ENRIQUE.—Anda...

ABUELO.—Juan Antonio se acuesta a las cuatro de la tarde y se levanta a las once de la noche...

ENRIQUE.—¿Cómo?

NOELIA.—Sí, pero ya no se acuesta más...

VIAJANTE.—Entonces, ¿se pasa toda la noche escribiendo?

ABUELO.—Bueno, sí, él lo repasa todo y si hay que añadir o quitar...

ENRIQUE.—Pues eso está muy bien..., de verdad. No me cuentes de qué va..., pero cuando la terminéis quiero una copia, ehh...

ABUELO.—Sí, te sacaremos una copia para ti...

ENRIQUE.—No, nada de eso, yo la compro..., ¿sabes?

ABUELO.—No, hombre...

ENRIQUE.—¡Oye!, y la vais a presentar a algún certamen literario, ¿no?

ABUELO.—Eso ya no lo sabemos, pero..., puede que sí..., puede.

ENRIQUE.—Pues, yo... de verdad, os animo a que lo hagáis, porque no hace falta ser artista para escribir una buena novela, ¿sabes? Basta con ser claro y contar algo interesante...

ABUELO.—¿Lo ves Noelia?

NOELIA.—Sí...

ABUELO.—(A ENRIQUE). Es que no sabe cómo hacerlo, ¿sabes?, ha escrito el primer capítulo, que ha quedado perfecto, y se ha bloqueado...

ENRIQUE.—A ver ¿os importaría dármelo a leer..., si no es mucho pedir...?

NOELIA.—¿No decías que tenías prisa?

ENRIQUE.—Eh, sí, pero es que a mí me gusta mucho la Literatura y me habéis dejado... de piedra.

ABUELO.—Dale el relato Noelia, Enrique entiende de esto.

VIAJANTE.—Pero vaya, si no puedo, no. Sois libres de hacer lo que queráis.

NOELIA.—No, toma, léelo, a ver qué te parece. (*Se lo entrega*).

ENRIQUE.—Gracias.

ABUELO.—Yo voy a seguir escribiendo, que se va el tiempo.

ENRIQUE.—(*Mirando hacia la ventana*). ¡Qué emocionante, Antonio!, estoy en el estómago de una novela, je, je...

En aquel tiempo, había un pub al final de la calle, hacia la carretera, que se llamaba

Sebastub (tenía ese nombre derivado del que lo tenía entonces, Sebastián). Era un pub muy bien arreglado en el interior, con mesas y sillas tapizadas de verde, las paredes y el techo de corcho, ventanas de madera..., etc. Y, además, tenía delante una especie de pórtico, con sus hierros y sus rieles, para abrir o no, según interés, al aire libre. Y, aquella semana, el joven Sebastián —que, aunque era un poco miope, tenía vista para los negocios— abrió los rieles e instaló en el pórtico una especie de tarima y dos columnas de sonido. La juventud asimiló muy bien aquel detalle y se lo agradeció con la presencia multitudinaria en aquellos días, montando una increíble juerga afuera.

Sebastián —que no sabemos dónde andará ahora— le compraba las bebidas a Juan Antonio, y podía decirse de él que era buen pagador; siempre que llegaba a los veinte mil duros, decía:

—¡Juanan, venga, que te voy a pagar mamón...! —mi hijo y él se llevaban muy bien, habían sido compañeros de instituto y se conocían bastante, de ahí esta forma suya de comunicarse.

Recuerdo que, en aquella ocasión, le llegó a deber hasta cien mil duros, por aquello de la feria. Pero, al término de ésta, un billete detrás de otro. Sin embargo, terminó el verano y la cosa empezó a flojear. Debió de ser psicológico. Sebastián se casó en septiembre y, en el mes de noviembre, cuando debía doce mil duros en la tienda, cerró el pub y se fue a vivir a Sevilla.

—Tranquilo que vengo este fin de semana, que cobra mi mujer, y te lo pago — palabras que se llevó el viento para siempre.

La mujer de Sebastián era una morena alta que vivía en Riotinto y que había conocido al muchacho el verano antes del que estábamos hablando. Nunca le gustó a Eva el simple hecho de que, en los últimos meses, ella se hiciera cargo de las cuentas del bar. Y ahí lo tenemos, a partir de aquel detalle de los doce mil duros, no hemos vuelto a verlos. No se dignó a llamarnos siquiera, ni una carta, ni un careo. Nada. Y yo me pregunto: ¿Dónde estará el mamón...?, como decía él. Lo que sí sé es que consiguió enterrar, con aquel montoncito de billetes, una amistad de muchos años que mi hijo apreciaba bastante.

Vueltas que da la vida.

Pero, a los pocos meses, el dueño le alquiló el pub a otro individuo, que es el que lo explota actualmente. Se llama Mario y es de Zalamea —ya se sabe, nadie es profeta en su tierra—. Lo rebautizó como *Oíd Bachelor's*, un nombre que alude a ciertos estudiantes ingleses que lograron algunas reformas en la enseñanza de los años sesenta —me contó una vez que lo vi poco atareado—. El pub recibió un cambio bastante pronunciado: cambió las ventanas de madera por unas de hierro, quitó las sillas y las mesas y, en su lugar, puso repisitas para los vasos y banquetas altas. Tras el palo del «*amigo*» de mi hijo, decidimos que había que cambiar de táctica, así que

éste sigue comprándonos los licores, los vinos y lo que le parece, pero los paga al contado. Desde que entró Mario, la música cambió también —por lo visto, algo muy importante en un pub así— y sonaba muy fuerte hasta altas horas de la madrugada. Una noche de sábado, creo recordar, la policía municipal llegó con una orden de denuncia para que cerraran el local a las tres de la madrugada, y no a las seis, como hacía por entonces. Aunque lo cierto es que eso sólo ocurría los viernes y los sábados por la noche —los demás días la música estaba normalmente baja, y la gente a eso de la una se recogía—. Aún así, Anselmo, un compañero mío de dominó, que es un tanto irascible y de sueño delicado, se había quejado. Y a mí, la verdad es que no me molestaba, cuando me acuesto es para dormir y ya está.

Hoy en día, el pub todavía sigue en pie pero la juventud ya no acude tanto a él. Ahora ya no es como antes. El pub abre y, después de haberse gastado un dinero curioso en insonorizar el local, tiene que cortar la música a las dos. Y es que la juventud ha hecho acopio de un fenómeno social muy en boga en los últimos tiempos. Varios jóvenes se apiñan en torno a un coche en el que ponen música de ésa, de bacalao, y beben como condenados de botellas de ginebra, whisky o lo que sea que van mezclando con refrescos de dos litros que han comprado por la tarde en tiendas como la de mi hijo.

El botellón, lo llaman.

Ahora el viejo Anselmo tiene que aguantar más todavía. Tiene que soportar a esas discotecas andantes que se plantan a unos pocos metros de su casa, en un llano muy apañado que está al lado del pub. Es un llano que era antes campo de fútbol, pero me parece que esto ya lo ha contado Noelia. Sí. Bueno, se sabe que éste es un pueblo en el que la juventud que sale está en Sevilla o en Huelva estudiando. Entonces, cuando vienen los fines de semana —los que vienen—, el pueblo recobra ese aire joven que no es fácil encontrar los días normales. Así que, Anselmo hombre, si lees esto, ¡hay que joderse..., hombre!, la juventud manda.

*(MI PADRE termina de escribir y contempla a ENRIQUE,
todavía leyendo.*

Cuando acaba, le pregunta).

MI PADRE.—¿Qué?, ¿qué te ha parecido?

ENRIQUE.—De verdad, está muy bien...

ABUELO.—Gracias...

ENRIQUE.—(A NOELIA). No me extraña que te hayas bloqueado después de parir esta... obra maestra..., de verdad..., esto es magnífico. ¿Te das cuenta, Noelia, del poder evocador que tiene tu forma de escribir?, no dudo que tu padre y tu abuelo te dictaran la idea, pero has sido tú la que ha llevado a cabo el relato...

ABUELO.—¿Te ha gustado, verdad?

ENRIQUE.—¿Es que no lo ves?, estas páginas dan una idea cristalina de lo que es la historia, ¿sabes? Sin conocerla novela, ya sé que tiene contenido, y sentimiento...

NOELIA.—Gracias...

ENRIQUE.—Te lo digo de verdad Noelia, esto es una obra de arte, te lo aseguro.

ABUELO.—Bueno, tampoco es para tanto...

ENRIQUE.—(Guiñando un ojo a MI PADRE). ¿Cómo que no?, a mí, este relato me ha solucionado la tarde, de verdad. Iba un poco apurado porque se me cerraron algunos esta mañana y tal, pero ahora, después de saborear la miel de esta novela, me siento mucho más grande..., ¿sabes?

ABUELO.—Muchas gracias, Enrique, de verdad. Nos hace falta apoyo como el tuyo...

ENRIQUE.—Gracias a ti, por haberme hecho partícipe de la historia antes de serlo...

NOELIA.—Entonces, ¿qué has sentido cuando has leído lo que he escrito?

ENRIQUE.—Pues, yo creo que si la novela es así, si tiene esa magia que se desprende de tus palabras, te aseguro que hasta cambiaría mis próximas vacaciones por leerla, de verdad...

NOELIA.—A ti te gusta mucho leer, ¿verdad?

ENRIQUE.—La verdad es que sí, me encanta. Creo que es una de las cosas más necesarias de esta vida..., ¿sabes...? Así que nada, cuando te pongas a escribir, imagínate que quién lo lea se va a sentir igual que yo, igual de entusiasmado, que me tiemblan hasta las manos, ¡mira!, ¡el vello de punta! (Le muestra el brazo). Recuérdalo Noelia, con lo que escribes, eres responsable de la alegría, de la tristeza, de los sentimientos de la persona que te lea. Tenlo en cuenta... Yo creo que puedes llegar a ser mucho, si te lo propones...

ABUELO.—(Cogiendo el diario). Hay una frase por aquí, de..., a ver si la encuentro..., aquí..., a ver..., ah, sí..., ésta, de un tal Giulio Andreotti, que dice que: «El poder es solamente facilidad de expresión».

ENRIQUE.—Eso es...

NOELIA.—Humn juhmn...

ENRIQUE.—(*Asustado*). Un momento, ¿ése no será el diario que aparece en el relato?

ABUELO.—El mismo.

ENRIQUE.—Entonces..., déjame verlo. (*Lo coge*). Este es el diario al que se alude en el relato... ¡Hostia puta!, ¡esto es asombroso...!

ABUELO.—Tranquilo, tranquilo...

VIAJANTE.—Pero, ¿es que no te das cuenta?, esto destruye uno de los peores enemigos de la novela...

NOELIA.—¿Cuál?

VIAJANTE.—La inverosimilitud.

NOELIA.—(*Sorprendida*). ¿La qué?

ENRIQUE.—El que no parezca real, Noelia. Muchas novelas pecan de ser pura fantasía del autor, ¿sabes?, y ello las hace, a veces, no creíbles del todo por el lector...

ABUELO.—Eso no va a ocurrir aquí...

VIAJANTE.—Por supuesto que no..., y además enfocado desde un narrador testigo..., ¡qué va!, esto es tremendo, créedme...

MI PADRE.—Hay tres puntos de vista en la novela: El de Noelia, el mío y el de Carlos.

ENRIQUE.—¿Carlos...?, ah, claro..., el autor del diario, el móvil de la novela..., ya lo entiendo todo...

ABUELO.—¿Te das cuenta Noelia?, ¿te has fijado la diversidad de sentimientos que has provocado en Enrique?

ENRIQUE.—Y que lo digas..., oye, ¿y cuándo la termináis?

ABUELO.—Pues, lo tenemos previsto para la semana que viene. Así como estamos, apurando el tiempo al máximo, la acabaremos pronto. Seguro.

ENRIQUE.—Di que sí, Antonio, di que sí.

ABUELO.—Muchas gracias por tu apoyo...

VIAJANTE.—De nada. Y recuerda Noelia: ya tienes un lector seguro...

ABUELO.—Ahí va..., eso es...

VIAJANTE.—(*Levantándose*). Bueno, no os entretengo más, dale un abrazo de mi parte a Juan Antonio y dile que mañana vendré a verlo. Como está por las mañanas...

ABUELO.—De acuerdo, como quieras...

VIAJANTE.—Ah, y gracias por el refresco...

NOELIA.—De nada...

ENRIQUE.—¿Me acompañas abajo, escritora?

MI PADRE.—Ve y cierra la puerta, aún podemos aprovechar un rato hoy...

NOELIA.—De acuerdo...

ENRIQUE.—Hasta pronto Antonio, que os vaya muy bien...

MI PADRE.—Gracias, de nuevo, hasta luego...

(Salen NOELIA y ENRIQUE charlando).

Miércoles 20 de marzo de 1996. 19:32 horas.

Todavía me duele el cuerpo, pero me he levantado y estoy sentado en el sofá viendo la tele; hace un rato, Bea me ha llamado y me ha dicho que Sevilla está de puta madre, que ya se empieza a sentir la llegada de la primavera, y que los estudiantes salen ya más por las noches para celebrar la víspera de la estación del amor; me ha preguntado que cuándo voy a ir y le he explicado que preferiría irme mañana jueves, si estaba bueno, para dejar un poco arreglado el tema de las clases (voy a tener que buscar a un par de compañeros que me dejen los apuntes para fotocopiarlos antes del viernes); no ha dejado de repetir que quiere verme pronto, que echa de menos a su príncipe; reina mía, le dije, ordena y seré tuyo; se emocionó un poco y me regaló un beso por teléfono; la quiero mucho, no puedo evitarlo, hasta ahora es la que más me ha dado...

Ayer oí a mis padres hablar de que habían visto en la plaza del pueblo a un mendigo, que pregonaba la buena noticia de que el mundo se acabará antes de que nazca la primavera, pero no le creyeron porque estaban riéndose cuando lo mencionaban; será pobrecillo, ¿quién se va a creer eso?, decía mi padre mientras que yo deliraba por mis costillas atrofiadas por la gripe; vamos a ver si estoy bien para el viernes (aunque si se va a terminar el mundo, no sé, no sé); te voy a contar ahora lo referente al fin de semana pasado, lo hago ahora porque hasta hoy no me he sentido un poco fuerte para escribir; y es que llevo pues... desde el domingo tiritando (todavía hoy, a veces, me entra frío y me duele la espalda), es como si tuviera clavada una espada y se moviera cada vez que respiro (espero que mi amiga «*Gelocatil*» me ayude a salir de ésta); al final, me estoy dando cuenta de que vas a tener un diario muy variado: hay alegrías, esperas, enfermedades, penas..., en fin, tan real como la vida misma, tan real como tú y yo; bueno, sigo, que querrás saber de mí...

El sábado fui a buscar a Bea para ir a Zalamea, como le prometí a Ignacio, y, cuando pasamos por El Campillo, me acordé de ti; no pude evitar contarle a Bea que te conocí cuando me saqué el carnet de conducir; le expliqué que tú te estabas sacando el primera y yo el segunda (por cierto, igual ya te has comprado el camión que te pensabas comprar); le expliqué que coincidimos en Sevilla en el teórico y que, al salir, entablamos conversación; le comenté que te parecí buena gente y que, como iba en autobús, me preguntaste si me quería venir contigo; ¡colega!, hace ya casi tres años de eso, ¡joder, cómo se va el tiempo!; trabaja en una tienda que tiene ahí y que abre todos los días hasta bien tarde (ése es el sello de la casa); y, desde entonces, he ido a verlo cada vez que mi madre me manda a por chacinas (tiene muy buen género), y además puedes ir a cualquier hora de la tarde, le expliqué haciéndote publicidad, para que veas; le aseguré que tú eres mi mejor amigo y que no te veía desde agosto, antes de salir con ella; ¿y por qué no vas a verlo ahora?, me preguntó; pues, la verdad es que no lo sé, se han dado una serie de circunstancias que nos han separado un poco, pero te aseguro que un día de estos iré a verlo; es más, le referí otra vez lo del

diario y le pareció buena idea (por lo visto, no se acordaba de que se lo mencioné aquella tarde en la heladería); manifestó estar de acuerdo en este empeño mío de inmortalizar mi vida de estos meses, dijo que era una forma original de demostrar que sigo apreciándote; luego, me aconsejó también que te mandara alguna nota o algo, algún indicio de vida; pero no es necesario, él sabe que estoy para lo que haga falta, lo que pasa es que cada uno estamos, a nuestra forma, liados y no nos podemos ver, le expliqué; después, ya casi en la discoteca, estuve contándole algunos episodios de tu vida y me dijo que tenía ganas de conocerte, ya ves, lograste suscitarle interés con tu sola forma de existir; para que veas, colega...

En Zalamea, había fiesta de los de Tercero de ESO (del Instituto de Nerva), que recaudaban para irse de viaje de fin de curso; estuvimos allí de copas, bailando de guay con la peña hasta que encontramos a Ignacio y nos presentó a su novia; es una chavalita rubia de 19 años muy mona ella; de verdad, no creía yo que Ignacio, un hombre que no se sale de su ordenador (estudia Informática) y de sus partidos de fútbol, tuviera una media naranja tan bella; se llama Rocío, ya lo he dicho me parece; ¡sí!, /es la gripe que me anestesia los sentidos/; aunque la primera impresión que me dio al verla, tan enguatada en un traje negro de mallas que hacía resaltar su fisonomía, no era la que en realidad tenía; y es que, así como yo la veía, vestida tan provocativamente, se diferenciaba mucho de mi novia (Bea iba con un traje gris de minifalda y chaqueta con camisa blanca, muy formal al lado de la otra, pero a mí me gustaba); Beatriz se puso a hablar con Ignacio y yo me dispuse a soltarle la lengua a Rocío; Ignacio comentaba con mi novia algo de Informática: ¿has visto ya un Pentium?, pude oír que le preguntaba él a mi novia; lo más que he visto es el 386 de mi hermano Agustín que trabaja en una gestoría en Riotinto, le respondió ella...; Ignacio me habla mucho de ti, me dice que eres muy detallista y que te preocupas mucho por nuestra relación, y dio en el clavo Rocío, abrió el paréntesis adecuado para que pudiéramos charlar sobre lo que yo quería; tienes que confiar más en Ignacio, está loco por ti, ¿sabes?; lo que yo procuro es que la relación que mantenéis se vea beneficiada, le comenté; sé que a veces me enfado con él y que te echo la culpa a ti, lo siento, de verdad que lo siento, pero no puedo evitarlo..., es como una especie de defensa que tengo; y allí, en medio de la discoteca, me acordé de una frase de W. Günterdosff, que había leído en mi diario días antes, y que decía que: «El que mete las narices en todo acaba por no saber dónde está el mal olor», lo que me hizo dudar entre si seguir inmiscuyéndome o no en aquel torrente de sentimientos; pero la animé a que, pese a todo, fuera un poco más comprensiva con Ignacio y que confiara en él; y creo que quedó conforme con mi intención porque me dio un beso en la mejilla; y, además, pude observar eso, que es muy lista, pero tiene ese defectillo: se preocupa demasiado por algunas cosas (noté después lo que más le inquieta: tiene celos de que su novio pueda andar liado con otra en Sevilla; es, por tanto, una persona insegura y a la vez manejable, su revelación era muy adecuada: una especie de defensa...); y me quiero casar con él, me reveló bajito a modo de secreto, pero no

se lo digas, por favor, que le tengo guardado mi corazón sólo para él (me pareció un poco cursi pero asentí); ¡ea!, ahí lo tienes, ya conoces a otra persona más, gracias a mí, para que luego digas que la vida es una interacción entre soledades...; estuvimos charlando después sobre cosas más triviales, al tiempo que nos tomamos algunas copas, bailamos un montón de canciones y sellamos una amistad sana, creo yo; así que, cuando nos pareció bien, nos despedimos de la pareja y les deseé que pasaran una buena noche...

En la salida del pueblo, había mucha gente haciendo dedo y monté a tres chavales que estaban al final de la fila; ¿adonde vais?, les pregunté; a Nerva, dijo uno de ellos con una voz fuerte y bronca; os puedo dejar en Riotinto, que voy a llevar a mi novia, les ofrecí como única alternativa que aceptaron...; y, sin quererlo, la noche se había cerrado en niebla y la carretera no se veía a partir de la curva nada más salir de Zalamea (lo bueno era que no llovía, lo malo era que el coche iba bien lleno y la dirección pesaba bastante); puede ocurrir que la guardia civil esté en el cruce, aunque no creo, pensé, con esta niebla cualquiera se arriesga a parar a nadie; ¿habrá alguien en Riotinto a esta hora?, preguntó el chaval de la voz fuerte; no creo, a esta hora... a las cuatro y media que son... me parece que no, respondí; se acercaba el cruce y no se veían casi las líneas en el asfalto, /aminoré, como es lógico/, tampoco se veía ninguna luz verde y azul que girara ni nada por el estilo, o sea, que no había control; la cinta de Revólver que llevaba puesta en el radiocasete se había terminado, me agaché un momento para coger otra, a la vez que entrábamos en la curva, y no sé bien qué me pasó, debió ser la niebla, que cuando estaba en plena curva no encontraba las líneas de la carretera; así que, con cierta dilación, di un fuerte volantazo y coloqué el coche en el carril derecho con una brusca maniobra; pero el violento giro arrancó un hondo suspiro a Beatriz que me pellizcó en la pierna como pidiéndome cuentas por ello (los otros no piaron); y preferí olvidarlo porque, si había habido peligro, ya había pasado; no venía nadie en sentido contrario y el coche aguantó el tirón más o menos bien (ya he dicho que iba cargado y a poca velocidad, ¿no?); sí podíamos haber volcado de haber ido a cien en vez de a sesenta por hora como entramos en la curva; no veas qué susto, tío, se me pusieron de corbata más que nada por el coche, otro porrazo más y mi padre me mata (ya te contaré lo que me pasó en noviembre); yo os conozco a ustedes de algo, ¿no?, le pregunté a los chavales; bueno, es posible, dijo uno moreno con el pelo largo, porque tenemos un grupo; ¿no me digas?, ¿tenéis un grupo?, ¡qué guay!, ¿y cómo os llamáis...?, pregunté entusiasmado; pronunciaron un nombre en latín que decía algo de estrella, de alcanzar una estrella (todos buscamos la nuestra, supongo ahora que sólo veo estrellas cuando me muevo, ¿no serán éstas las estrellas que dijeron?, ja, ja); no me acuerdo bien del nombre, pero entonces me sirvió para relacionar algunas cosas; ¿vosotros disteis una fiesta, hace un año más o menos, en la discoteca de Nerva?, les pregunté creyendo haber encontrado una incógnita por despejar; pues sí, hemos hecho no una sino varias fiestas en la discoteca de Nerva, también hemos tocado en varios conciertos en Nerva, en Riotinto y en

Aracena, comentó, y somos cinco pero los otros estarán con sus novias en Nerva; yo tengo otros amigos de Riotinto que también tienen un grupo que se dedica a hacer versiones, les comenté; sí, los conocemos pero no nos llevamos bien con ellos por un extraño malentendido, me dijeron al tiempo que me daban las gracias, cuando los dejé en la carretera frente a Bellavista; y les anuncié, para dejarles un buen sabor de boca: bueno, ya os veré algún día tocar en Sevilla o en Huelva, ¿no...?; y tuvo que ser así, porque me regalaron tres sonrisas muy sinceras, de verdad, ¡qué dócil es la gente cuando se la alaba...!

Conduje por el pueblo escuchando la música del grupo Nirvana, un compact que Bea me había regalado por Reyes (el *Unplugged in New York*, concierto acústico que había aparecido meses después de que su cantante, Kurt Cobain, se suicidara en su casa de Seattle porque no soportaba que le adoraran), y la miraba de reojo sabiendo que estaría enfadada por lo del cruce; llevé el coche hacia el pantano del Zumajo (nos gusta ir para allá a terminar las noches de los fines de semana) y, una vez allí, vimos que la niebla se estaba disipando: se veían tan sólo algunos hilillos de algodón por encima del agua; y no había luna...; nos acurrucamos en el coche y, sonando la canción de *All apologies*, la besé dulcemente, más que nunca, porque sabía que exigía disculpas; perdóname cariño, no pasa nada, le susurré al oído para ver cómo respondía, eres tan importante para mí que me moriría si alguna vez te pierdo, le recité y se entregó sin decir palabra a mis caricias...

Eran las siete de la mañana y estábamos como dos estatuas espiando lo poco que quedaba de la noche; oímos el ruido de un coche que provenía del otro lado del pantano, por la parte del club náutico (qué pena que ya no se puedan alquilar barcas y que no haya nadie aquí los fines de semana; ¿te acuerdas hace cinco o seis años?, yo venía con mis padres, alquilábamos una barca y pescábamos en el centro del agua; me acuerdo que me embriagaba la paciencia con la que el agua se movía cuando los remos la surcaban, es una pena que todo por aquí esté decayendo, ya sabes, ya nada es lo mismo): y, al rato, a lo lejos, vimos a dos pescadores madrugadores que llegaron y se pusieron a preparar las tanzas y los anzuelos para la faena, mientras nosotros decidíamos quedarnos a ver cómo el sol salía del agua sacudiéndose los restos de la madrugada...

Aún me duele un poco la espalda, porque vaya gripazo que pillé cuando salí del coche a mear; me mudé del calor de nuestros cuerpos al frío de la mañana; ella, en cambio, se quedó allí, mirándome cómo miccionaba, y quedó atrapada por el calor que habíamos fabricado en el auto; ¿y yo?, yo me resfrié, cosa que se ha notado bastante; joder tío, cuando desperté a la una de la tarde del domingo, un sudor frío me recorría la espalda y me dolía todo: al menor movimiento, un escalofrío me latigaba por dentro; la llamé y le dije que se fuera en la camioneta, que ya iría yo el lunes si estaba mejor (creo que esto ya lo he escrito, no me acuerdo bien..., no sé); ¿y qué es lo que hacéis hasta las siete de la mañana?, me preguntó mi madre cuando se dio cuenta de mi gravedad; ¿tú te crees que se puede estar por ahí tan tarde un sábado

cualquiera?, decía irónica cuando me veía temblar y me tomaba la temperatura con la mano en la frente; pero hoy ya me encuentro mejor; bueno, te dejo que me llaman para comer...

Ya he vuelto de almorzar; qué rápido, ¿verdad?; eso es lo bueno que tiene la escritura que no se notan tanto los cambios, se puede jugar con el tiempo, y eso es ya un placer (algo que no podemos hacer en la vida real); hay una frase por ahí (o sea, en este diario) de Antonio Machado que dice: «Sin el tiempo, esa invención de Satanás, el mundo perdería la angustia de la espera y el consuelo de la esperanza», y es verdad, sin el tiempo la vida sería otra; por eso escribo, para contarte mi vida...; y te preguntarás que porqué vuelvo a escribir la cita si ya está en el diario, y no es que quiera rellenarlo con las frases que ya trae, no, nada de eso, es que así me las aprendo mejor para decirlas cuando vengan bien; y es que, quieras o no, te vuelves más sabio, las tienes todas archivadas y hay ocasiones en que las dices y quedas como un caballero, todos te miran como si fueras alguien especial, ¿sabes?; por ejemplo, hace un rato, cuando estábamos almorzando, mi madre dijo que tenía la faena atrasada por haberse levantado a las once, entonces yo me acordé de una de las frases del diario y dije: ¿sabéis lo que dijo un tal Archibal Whaterley?, ¿no?; pues dijo: «Pierde una hora a la mañana, y todo el día andarás a la caza de ella»; y anda que no quedé bien, mis padres se quedaron como asustados, tenían los ojos como platos; tranquilos, que no lo he dicho yo..., les dije para que se calmaran...

A ver si para el viernes puedo ir a la Fiesta de la Primavera, porque el año pasado estuvo de puta madre; tú no te viniste porque tenías que currar, me parece, pero te acuerdas que te conté que estuvimos en los Bermejales, en un descampado todo lleno de coches, donde la gente estaba de botellones y de guay, ¡qué juerga nos tiramos, tío...!; ahora que, cuando llegamos a casa el domingo, mi madre me preguntó si habíamos estado en la playa de lo morenitos que estábamos; y tú también te quedaste extrañado al verme tan quemadito, yo, que siempre he sido muy rubio; me acuerdo ahora (y me cuesta reconocer lo que puede cambiar la vida de un año para otro) de que estuve allí con Javi, que este año está en Huelva estudiando Minas; Javi se quitó de Económicas porque se lo follaron por todos sitios; era mi compañero de piso el año pasado junto con otro de Riotinto; y no veas cómo era el piso: era uno muy viejo, muy viejo..., y tenía un pasillo donde podías hacer atletismo de largo que era; tú no lo viste, me parece, por eso te lo describo un poco; recuerdo que lo pasamos bien pero, después de la Fiesta de la Primavera (en la que, dicho sea de paso, ligamos algo), Javi hizo unos cuantos de exámenes y le fue muy mal; así que, en el mes de mayo tiró la toalla y nos dejó solos el cabrón, hasta que terminamos nosotros; el otro chaval se llamaba Andrés y ya hace algún tiempo que no lo veo; fue él quién me presentó a Beatriz en aquel botellón de la Profe, en la Esquila, pero eso ya te lo contaré más adelante (a ver cuándo); este año, dicen, hay algo nuevo en la Fiesta de la Primavera porque, además de ser en los Bermejales, también en la antigua estación de Plaza de Armas, frente a la nueva, van a montar otra fiesta paralela los estudiantes

de mi universidad (serán los de Filología y los de Medicina, entre otros); dicen que va a haber concierto el viernes y el sábado; el viernes van a tocar dos grupos; me parece que uno de ellos son los Mártires del Compás y de los otros no me acuerdo; el sábado, comentan, van a tocar en total siete grupos de los cuales tres son buenísimos (me lo ha contado Bea esta tarde) y me parece que son: Malparaíso, que no los conozco de nada; Parachokes, que son de Sevilla, no le gustan mucho; también tocan, me parece, un grupo de Huelva que no sé ni cómo se llaman, «púrpura» o algo así; toca un tal Paco Loco que no sé quién es ni qué pinta aquí (por el nombre parece que se ha escapado de la serie de Loquillo, el pájaro loco); pero, según me ha contado ella, los tres fuertes son Lagartija Nick, que dicen que dan mucha caña; los Enemigos, que son muy buenos; y, por último, Siniestro Total, que no veas cómo son; yo la verdad no los conozco mucho, a Siniestro los he escuchado algunas veces y creo que son unos punkies que se meten con todo el mundo; los que me hacen gracia son los que se llaman Lagartija Nick, que son de Granada, me ha dicho ella; así que le preguntaré a Victoria a ver si los conoce...

*(Tarde del jueves.
YO y RAMÓN subiendo la escalera.
Afuera hay tormenta y llueve).*

YO.—Vaya tarde que se nos ha presentado hoy...

RAMÓN.—No creas, es bueno para nosotros, los alérgicos.

YO.—No lo niego, pero..., a mí, por ejemplo, me alteran mucho estos días...

RAMÓN.—Tendrás tus motivos...

*(Entrando en la habitación del Norte.
Allí están MI PADRE y NOELIA sentados).*

YO.—Claro que los tengo..., hola, ¿qué pasa?

MI PADRE.—¿Tú no estabas durmiendo?

YO.—No, hoy no tenía sueño. Así que he ido a ver a Ramón...

RAMÓN.—*(Estornudando)*. Ay, ¡qué pasa!

ABUELO.—Ahí lo tienes Noelia..., Ramón, el bibliotecario.

RAMÓN.—*(A NOELIA)*. ¿Tú eres la que no sabe cómo seguir escribiendo después de haber empezado la novela?

NOELIA.—Sí, señor, yo soy.

RAMÓN.—No me llames señor, por favor, que me haces más viejo de lo que soy.

NOELIA.—¿Cómo le llamo entonces?

RAMÓN.—Pues por mi nombre, y ya está, pero, ¡oye!, por lo que he leído, tú tenías el pelo negro y rizado...

ABUELO.—Sí.

RAMÓN.—Entonces, ¿cómo es que se te ha vuelto casi pelirrojo y lacio?

NOELIA.—Pues, la verdad es que no le hemos encontrado explicación. Tengo fotos de cuando tenía dos o tres añitos y era así, con el pelo negro y rizado.

ABUELO.—Sí, pero con el tiempo se le cambió de color y se le quedó lacio..., ¿verdad Juanan?

YO.—Digo, así de curioso...

RAMÓN.—Bueno, tampoco es una cosa tan importante. Anda, ven que te explique

algo sobre lo que te pasa. (A MI PADRE). Antonio, después tengo que comentarte algo importante.

MI PADRE.—De acuerdo.

(NOELIA y RAMÓN salen de la habitación.
YO y MI PADRE nos quedamos allí. Llegan al comedor).

NOELIA.—Tengo varias dudas respecto a la novela.

RAMÓN.—Dime, a ver si te puedo ayudar.

NOELIA.—Es que he estado mirando los libros de Literatura y resulta que no hay muchos escritores que hayan escrito a mi edad.

RAMÓN.—¿Qué edad tienes hija?

NOELIA.—Trece, hago en Junio.

RAMÓN.—Vaya, vaya, eres joven. Sí, es verdad, pero eso no quita que puedas aportar tu granito de arena a la novela, ¿sabes? Olvídate de eso y céntrate en la comunicación que vas a mantener.

NOELIA.—Sí, pero es que me parece que no va a ser un buen escrito.

RAMÓN.—Tienes que olvidarte de esos chismes... Al principio, tienes que lanzarte a escribir, sin pensar en nada más..., y verás cómo disfrutas.

NOELIA.—¿Tú crees?

RAMÓN.—A mí me pasa que, cuando me siento a escribir, disfruto mucho con los personajes que acabo de inventar, ¿sabes? Llega un momento en que me parece que soy un lector más de la historia, más que el creador. Y ahí, sólo ahí, es cuando el goce es máximo y puedes sentirte grande...

NOELIA.—Sí, pero aquí no inventamos nada. Lo que contamos es real.

RAMÓN.—Ya, pero otra de las metas del lenguaje literario es la comprensión y la aceptación de lo que se escribe por medio de ésta, de la escritura. ¿Sabes? Escribiendo sobre uno mismo, sobre su pasado, te llegas a conocer mucho mejor y puedes incluso reírte de ti, escribiendo...

NOELIA.—¿Y tú crees que alguien querrá leer lo que voy a contar...?

RAMÓN.—Yo creo que sí, que seguirán leyendo si lo que escribes te brota directamente del corazón, si lo haces con la ilusión que esta novela se merece...

NOELIA.—Tengo otra pregunta: ¿quién lea lo que yo escriba, sentirá lo mismo que yo?

RAMÓN.—Eso es lo que realmente pretendemos tu padre y yo, que la novela llegue a reflejar —siquiera una cuarta parte de lo que sentís...

(YO y MI PADRE en la habitación del Norte).

MI PADRE.—¿Crees que será posible convencer a la niña para que siga?

YO.—(Mirando por la ventana). No lo sé, papá. No lo sé, todavía...

MI PADRE.—Yo creo que lo que le pasa es que no quiere recordar lo mal que lo pasamos...

YO.—Es posible...

ABUELO.—¿Qué miras ahí?

YO.—Me encanta ver esta forma de llover, me recuerda a Carlos. ¿Te acuerdas de la historia que contaba en el diario?

ABUELO.—¿De aquella tarde en Sevilla?

YO.—La misma.

ABUELO.—Claro que me acuerdo. Me parece estar viéndolo ahora, como si fuera una película.

YO.—A mí me pasa igual. Veo a Carlos en la plaza, corriendo bajo el agua, hacia su novia que andaba despacio. Y llegar, y besarla.

ABUELO.—¡Cuánto sentimiento hay en este diario!

YO.—Y que lo digas, papá, y que lo digas...

ABUELO.—Bueno, voy a seguir escribiendo.

YO.—(Abriendo la ventana). Aunque, ya era hora de que lloviera, Ramón por poco enferma...

ABUELO.—Y, sin embargo, me recuerda tanto a aquella tarde...

YO.—Claro...

A partir de aquel año glorioso, la cosa cambió. Después de la tormenta ágil llegó la tempestad mansa que inyectó un poco de pasividad al todo de nuestro alrededor. La Expo se había terminado y, con aquel encuentro cultural y tecnológico a grandes dimensiones, se iban años de bienestar político y económico a nivel nacional. El poder empezó a flaquear —o quizás se vio que nunca había sido fuerte—, pero no entremos en algo tan ambiguo y lejos de subsanar correctamente como es la política.

Siempre que haya intereses habrá desinteresados.

Por nuestra parte, las ventas bajaron considerablemente —entre otras cosas— porque la compañía empezó a decir que iban a cerrar la mina y, ya se sabe, si cerraban la mina todo se iba al carajo. Las más de ochocientas familias que vivían de ésta en activo emigrarían a la capital sin ni siquiera pensarlo. Había además algunos cientos de pensionados por la compañía que perderían buena parte de la paga de la que disfrutaban entonces. La gente estaba asustada y con motivo. En resumidas cuentas, la Cuenca se estaba marchitando. La vida que se respiró en mayo del 92 no se vivió en el año siguiente, ni mucho menos, porque la gente estaba como cortada por un reajuste de los bolsillos.

Juan Antonio seguía con la tienda. Cada ciertos días iba a comprar a Sevilla, pero cada vez menos. Yo seguía con mis viajes en la empresa, las mañanas que tenía que ir. Eva dejó pasar un poco el tiempo en la tienda y se volcó en su nieta y en sus lanas. Noelia era la que nos mantenía alejados de la sensación de pereza que se desplegaba en los pueblos (corroídos por las noticias de que la mina iba a ser cerrada). La niña, con sus diez años ya, se pasaba el día preguntándonos sobre todo lo que su cabecita tenía una mínima duda —manía de la que aún hoy día no nos hemos librado—. Era, sin embargo, una forma de hacernos ver que los sueños seguían existiendo. Ella nos decía lo que quería ser de mayor, lo que todos íbamos a ser, lo que podía haber sido en otra vida. Le gustaba mucho imaginar que había sido astronauta o médico, boxeador o ingeniero de minas. Nos encantaba verla hablar como si supiera, acerca de esas profesiones, cosas que ninguno de nosotros podíamos desmentir. Y es que, si algo tiene esta niña, es una imaginación sin límites.

En contrapunto a Noelia, Virginia promovió un sentimiento de hostilidad con todo el mundo en aquellos meses. De alguna forma, empezó a llevarse peor con el marido y con toda la familia por no sé qué sentimiento de hastío que sobrellevaba.

—¡Esta no es la vida que me habías prometido!, no me gustaría quedarme para el resto de mi vida amarrada en este agujero... —le oí decir alguna noche cuando discutía con mi hijo.

Por las tardes, para paliar un poco ese sentimiento de agobio (o para hincharlo), frecuentaba mucho la casa de nuestra vecina Maite, y se iban las dos al Parque de los Cipreses, uno de los atractivos más irresistibles de nuestro pueblo.

Siempre me ha gustado imaginarme a aquellos ingleses de hace ochenta años sembrando las docenas de cipreses que hoy respiran en el Parque. Ignoro si adivinaron lo que, con aquella magnífica plantada, estaban provocando; pero el caso es que el Parque no fue tal hasta hace unos dieciséis años (cuatro después de la dictadura). Desde entonces, tiene las tres hectáreas que lo conforman, pobladas casi en su totalidad por cipreses de todos los tamaños y edades. Los hay muy altos, de veinte metros o más; pero también hay bastantes que los sembraron el año pasado y que aún no llegan al metro siquiera. Entre los más viejos, hay varios que pertenecen a una especie que sólo hay en dos lugares más de España. Después, en la parte baja del

terreno, hay una especie de cercado en el que habitan ocho ciervos (dos de ellos con cuernos) que, al acercarse uno a verlos, se alejan cautos; también hay varios chivos, patos, palomas y faisanes. Hubo antaño tres monos, pero uno fue robado y dos murieron con el tiempo. Más cerca del centro, hay varias depuradoras inservibles que adornan el parque y que hacen las veces de escenario para conciertos que se realizan de vez en cuando en el recinto. Hay, además, en una parte que se me antoja la más alta del Parque, un punto de estrategia que el ejército colocó hace ya tiempo y que han utilizado alguna que otra vez en maniobras militares.

Pero lo que más atrae del Parque —aparte de ser un gran pulmón en medio de esta cuenca de minas— es su amplia utilidad. Dentro de éste se despliega un circuito de arena que se utiliza para hacer «footing», o para pasear. Además, cada ciertos metros, hay tablas para hacer ejercicios de relax y columpios que los facilitan. Este circuito recorre casi todo el recinto y se utiliza también para hacer carreras de bicicletas en verano. El Parque es también útil —¿cómo no?— para acampar y comer allí en una parranda los fines de semana, ya que ostenta barbacoas y bancos de madera fijos en torno a una mesa de hormigón. Y, en verano, se usa, sobre todo, para refresco de sus visitantes. Es un lugar muy fresquito durante todo el día —los jóvenes estudiantes dejan descansar sus cejas quemadas y se abandonan con cierta parsimonia junto a los árboles o en los brazos de sus compañeras—, y la gente se queda hasta bien tarde en la terraza del bar del Parque que tan bien atiende mi amigo Manolo.

Pero seguimos con Virginia. Una tarde calurosa de septiembre del 93, nos contó a mí y a mi hijo que la amiga tenía un piso en Sevilla y que allí sí que había vida:

—Antes, con la Expo, no se cabía de gente, pero ahora sigue siendo una maravilla —detalló excitada, como si hablara de un oasis nunca descubierto.

Sabíamos que, en aquellos ratos de paseo, albergaba nuevas ilusiones y anhelos; fantaseaba demasiado acerca de una posible tierra de Jauja. Mi hijo me explicaba que hacía tiempo que no la comprendía, que algo inexplicable —tanto como un deseo sin medida— la había trastornado, y que sólo pensaba en que irse a Sevilla era lo mejor que podía pasarle en la vida. Por eso, cuando llegaba del Parque, era otra. Parecía contagiada por el verde respirar de los árboles, satisfecha del rencor que llevara antes de haberse ido a pasear. Y sus ojos delataban que había encontrado un camino sin vallas, a pesar de que entre nosotros no le faltaba de nada.

Le aconsejé a mi hijo que tuviera cuidado porque le había oído decir a alguno de mis amigos que, cuando una mujer le dice al marido que se tire por la ventana, es mejor que viva en el primer piso (porque tirarse se tiene que tirar). O, al menos, eso era lo que les había oído. Aunque yo, la verdad, no podía decir eso de mi querida Eva, siempre dispuesta a todo y por todos.

(NOELIA llegando apresurada a la habitación.

*MI PADRE ha terminado de escribir.
YO sigo en la ventana).*

NOELIA.—Abuelo, déjame seguir a mí, necesito escribir...

ABUELO.—De acuerdo, hija...

NOELIA.—(A *MI PADRE*). ¿Sabes?, esta tarde me recuerda tanto a aquella otra...

MI PADRE.—(*Mirándome a mí*). Sí, Noelia, es idéntica..., sólo que ya somos más viejos... y estamos más solos...

NOELIA.—Tú nunca serás viejo, mientras que haya gente que te quiera...

ABUELO.—¿Tú me quieres?

NOELIA.—(*Casi llorando*). Te quiero mucho abuelo, gracias por seguir con nosotros... de verdad.

ABUELO.—No digas eso, nunca se sabe...

YO.—Vámonos papá, respeta el momento...

ABUELO.—Sí, vámonos. (*Salimos*).

La noche que mamá se fue hacía mucho frío y llovía, igual que hoy.

Aquella mañana, tenía que ir a una revisión de los pechos, a Sevilla. Pero, como era viernes, papá no podía llevarla. Y se fue con Maite, que se vendría por la tarde de trabajar allí. Maite se iba a las siete y mamá se fue con ella. Yo estaba durmiendo todavía cuando vino a darme un beso. La vi salir de mi cuarto muy bien vestida. Estaba muy guapa. Parecía que se iba a una fiesta de fin de año de lo elegante que iba.

Al rato, me levanté, me asecé y me fui al colé. Cuando volví a casa, le pregunté a la abuela por mamá. Aún no ha llamado, me dijo. Y, después de comer, me acosté a la siesta.

Cuando me desperté, ya era de noche. Llovía mucho y tronaba muy fuerte. Miré el reloj: eran las siete de la noche. Bajé a la tienda y vi a mi padre que atendía a una diente. Mi abuela estaba en misa y mi abuelo estaría en el bar jugando al dominó (le regalé una caja con fichas nuevas de dominó por su cumpleaños, pero no jugaba en casa, le gustaba más el bar). Estuve un rato con mi padre, esperando a mamá. Papá llamó al piso de Maite pero no estaba.

—Sólo nos queda esperar —dijo muy serio mi padre.

Me subí arriba y me puse a ver la tele. Al rato, llegó la abuela y se quedó ella en la tienda. Papá subió arriba y llamó otra vez al piso de Maite, en Sevilla. Pero no

contestaba nadie. Entonces, se sentó conmigo a ver la tele.

—¿Vendrá pronto mamá...? —le pregunté.

—Tranquila, se habrán parado a comer algo por ahí —me dijo.

Al poco, fue a su habitación. Pero, al pasar por el comedor, sonó el teléfono. Yo quería que fuera ella. Me quedé mirando la tele mientras papá hablaba por teléfono. No se oía lo que decía. Hablaba muy bajo, como si temiera despertarme. Entonces, se puso a llover como nunca había visto yo. Y, cuando él estaba hablando por teléfono, se fue la luz. Yo me quedé sentada, escuchando la lluvia correr por la calle. Recuerdo que, una vez, vi la luz gris de un rayo que cayó cerca. Estaba cerca porque sonó muy pronto. Y mi padre seguía hablando con el teléfono. Y seguíamos sin luz.

Cuando colgó, vino adonde yo estaba. Estaba todo oscuro y tropezó una vez con algo. Llegó a mí y noté que estaba raro. Estaba llorando. No sabía porqué pero estaba llorando mucho. Me llamó y me lo dijo. Llorando.

—Mamá se ha ido, Noelia, mamá se ha ido.

Y yo, que también había empezado a llorar, grité:

—¡Mamá...!, ¡mamá...!, ¡no te vayas...!

Lloraba porque no sabía si era verdad o no. No sabía o no quería creerlo. Mi madre no se podía ir sin mí, pensé. Yo soy más suya que mía, pensé. Pero me equivoqué de verbo. Era.

Y, al poco de estar allí, llorando, vino la luz. Y mi abuela, que se había enterado desde abajo de nuestros gritos, subió a vernos. Cuando llegó y nos vio tan encogidos, se puso ella también a llorar. Y no sé qué más pasó, porque me quedé otra vez dormida. De la pena que me entró, me quedé frita en el sofá. Y soñé que mamá llegaba de Sevilla con Maite. Que la llamada que mi padre contestó era falsa. Soñé que ya no llovería nunca más como aquella noche. Pero lo soñé.

Y, cuando desperté, era ya de madrugada. Y seguía lloviendo y tronando. Me asomé a la ventana y vi un rayo muy largo caer en los cerros. Me imaginé en medio del campo viendo caerme un rayo así. Y me dio mucho miedo. Ahora, siempre que veo caer rayos, me recuerdan a aquél cayéndome a mí. Busqué a mi padre en su habitación, pero no estaba allí. Lo busqué por toda la casa y no lo encontré. Mis abuelos sí estaban en su cama, pero no quería despertarlos. Bajé por las escaleras porque vi una luz. Creí que sería mi madre que ya había llegado. Pero también creí que nos habían robado otra vez. Y, justo al llegar a la puerta de abajo, sonó otro rayo. Entonces, vi una luz pero era constante. Era el flexo del rincón, que estaba encendido. Y mi padre, que estaba sentado en la mesa. Me acerqué a él y le puse un brazo en el hombro. Estaba llorando. En silencio. Me dio un beso y me pidió que me acostara. Me pidió que lo dejara solo. Pero, antes de irme, le pregunté si sabía algo de mamá. Me contó que se había quedado en el piso de Maite aquella tarde. Y me explicó, llorando, que no iba a volver nunca.

Y no dijo nada sobre mí. Podría haber dicho algo, pero no dijo nada sobre mí.

Después, se puso a llorar ruidosamente y se volcó sobre la mesa. Me agarré a él y

lloré por la madre que me había tocado. Más tarde, me enteré de que se había liado con el médico que la revisó de los pechos. Pero, a pesar de todo, sigo recordándola. Es mi madre.

*(MI PADRE entra en la habitación. Le seguimos
RAMÓN y YO.
NOELIA está dormida sobre la mesa.
No podemos evitar sobrecogemos).*

ABUELO.—¿No es preciosa esta niña?

RAMÓN.—Sí que lo es..., y ha vivido tanto...

YO.—Yo creo que tiene mucho más que eso.

MI PADRE.—El caso es que se ha quedado dormida. Cógela y acuéstala hijo.

YO.—Está bien. *(Cojo a LA NIÑA en brazos, que se despierta un poco, y me la llevo).*

RAMÓN.—Vamos a leer lo que ha escrito, ¿no te parece?

ABUELO.—Yo ya sé lo que ha escrito, me lo comentó ayer.

RAMÓN.—*(Después de leer un poco).* Esta niña es un tesoro.

MI PADRE.—Y que lo digas, el tesoro que la vida nos ha guardado.

RAMÓN.—Esto ya vale para la novela...

YO.—*(Entrando en la habitación).* He estado pensando en decirle a Noelia quién es Carlos. Creo que esa es otra de las cosas que la está bloqueando.

MI PADRE.—*(A RAMÓN).* Le dijimos el otro día que es un viajante al que ella no conoce, pero no sabemos si se lo ha acabado de creer...

YO.—*(A RAMÓN).* Es que ella conoce al Carlos verdadero...

RAMÓN.—Sin embargo, no podemos decírselo..., si lo hacemos lo desvelará demasiado pronto, ¿no habéis visto lo sincera que es? *(A MI PADRE).* Igual que ha desvelado lo de las poesías que tú tienes, puede hacerlo con lo de Carlos...

YO.—Y, entonces, ¿qué propones?

RAMÓN.—Hay que afianzarse en que Carlos es un viajante, ¿sabéis...?, al no conocerlo, seguirá escribiendo hasta contar lo que nos falta...

MI PADRE.—¿Y el lector?

RAMÓN.—El lector sabrá eso: que la niña está siendo engañada. Sin embargo, él sabe que el diario es real. (*Cogiendo el diario y abriéndolo*). El lector sabe que Carlos es un estudiante de psicología, y con eso le bastará para seguir leyendo.

YO.—Sí...

RAMÓN.—Además, tenemos una ventaja: la niña no lee todo lo que escribimos, y ahí, o sea, aquí, en este preciso instante, sí que se desvela quién es Carlos.

YO.—De acuerdo, seguiremos apoyándonos en esa premisa...

MI PADRE.—(A RAMÓN). ¿Qué era lo que me tenías que comentar?

RAMÓN.—Ah, sí..., he visto un defectillo en la configuración del narrador, de tu parte de narrador.

ABUELO.—A ver, explica eso...

RAMÓN.—Verás, has empezado diciendo que eres un simple chófer en una empresa de transportes..., ¿sabes? Yo creo que cualquiera que tenga determinados conocimientos literarios no se va a creer que una persona de ese rango social e intelectual pueda escribir de la manera en que tú lo haces...

ABUELO.—Entiendo...

RAMÓN.—Así que yo creo que basta con que aclares, en algún momento de la narración, las circunstancias que han propiciado ese dominio que demuestras...

YO.—Claro papá, nadie va a saber, si tú no lo escribes, que tú ibas camino de ser profesor, que estabas estudiando Bachiller y que lo tuviste que dejar para suplir el puesto de trabajo que dejó vacante tu padre al morir de ese cáncer...

ABUELO.—Y que, después de casi veinte años trabajando en la mina, fundé la empresa de transportes con los socios que conocéis...

RAMÓN.—Ahí va, así de sencillo...

ABUELO.—Bueno, y ya de paso, también he de explicar que nunca dejé de leer y de hurgar en la Literatura, pero que, por falta de tiempo, nunca escribí demasiado...

YO.—Eso es..., esta novela es la oportunidad que has estado esperando durante mucho tiempo...

MI PADRE.—Claro...

RAMÓN.—Así que ya sabes..., Antonio, basta con que justifiques un poco todo eso

que hemos comentado, y todo quedará más coherente, más verosímil...

MI PADRE.—De acuerdo.

RAMÓN.—Venga Antonio, que eres un monstruo...

MI PADRE.—Gracias...

YO.—Nos vamos, papá...

MI PADRE.—(*Sentándose*). Y yo voy a seguir, que ya es tarde...

RAMÓN.—Hasta luego...

MI PADRE.—Hasta luego, que os vaya bien... (*RAMÓN y YO salimos*).

Al día siguiente de que Virginia se fuera, supimos que se había llevado una maleta con casi todo lo que le pertenecía. Por lo visto, lo tenía planeado y había tenido suerte. Si digo la verdad —aunque sea un poco tarde ya—, aquella muchacha nunca me gustó. La veía demasiado capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya (sin embargo, era la que me había tocado por nuera). Y, cuando se marchó, no lo sentí por ella, sino por lo que había dejado atrás.

La que más sufrió su marcha —aparte de mi hijo y la niña— fue, sin duda, mi mujer que se pasó muchas noches en vela, llorando igual o más que su hijo. Era tan grande el amor que le tenía a su único hijo que quería llorar más que él para evitarle el dolor. La niña la olvidó pronto, o al menos nos lo pareció, porque hacía su vida muy a las mil maravillas. Cierto es que, cuando ella llegaba, no estaba permitido hablar de la prófuga; su recuerdo se borraba del aire como si hubiera sido un fantasma vano de otra familia. El padre —mi hijo y el marido— había sufrido un duro golpe y lo pasó muy mal, tanto que al principio no había forma de hablar mucho con él.

Por entonces, iba yo solo a Sevilla porque él no quería oír nombrar la capital siquiera. Se pasaba las horas sentado en esta habitación, en la habitación del Norte. Gastó muchas horas encerrado aquí para que su hija no lo viera desangrarse de pena por los ojos.

Después de aquella noche de primeros de noviembre, todos los fines de semana nos íbamos al campo, más que nada, para escapar de la monotonía del pueblo. Además, fue por entonces cuando Carlos vino a ayudarnos tanto. Lo había conocido unos meses antes, y recuerdo que venía casi todas las tardes y se llevaba a Juan Antonio a pasear, o al campo, o a los pantanos. El caso es que intentó, al menos, hacerle la vida más agradable.

Y así se lo estamos agradeciendo aquí.

Juan Antonio lo pasaba muy mal siempre que alguna vecina, o algún viajante, le preguntaba por su mujer. Muchas veces me pareció que se iba a poner a sollozar allí en medio de la tienda. Por eso, yo evitaba, en la medida de lo posible, comentar nada sobre ella estando él delante. Recuerdo que una noche, después de un día duro, socialmente hablando, me dijo esto:

—¿Será posible lo que me ha tocado vivir...?, hay días que me gustaría poner un cartelito en la puerta de la tienda para que la gente no pregunte más... —me dijo consternado.

—¿Y qué pondrías en el cartel...? —le pregunté, temiendo saber la respuesta.

—«La puta de mi mujer me ha dejado por un *don Tetás*» —profirió. Y yo no contesté.

Cuando llegó la carta de anulación del matrimonio, mi hijo la inspeccionó como si la hubiera estado esperando ansiosamente —como si se tratara del premio de un certamen literario o algo así—. Aunque hacía algo más de un mes desde que Virginia se había marchado, a mí me pareció demasiado pronto para que aquella insolente carta, con el sello del Juzgado de Paz de Sevilla, se hubiera presentado sin más en nuestra casa.

Pero allí estaba.

Y recuerdo, casi lo olvido, que traía otro remitente. Además de ser enviada por el Juzgado de Paz, venía escrita en una letra no muy legible la nueva dirección de la que se marchó: Virginia Ruiz Alfonso, calle Virgen de Luján, 51, 2º C, Los Remedios, Sevilla. Ahora comprendo porqué Carlos dice en el diario, acerca del barrio donde para su novia, el barrio irremediable.

Era 10 de diciembre del 93, el día en que mi hijo, Juan Antonio Bernal Sousa, firmó el acta que admitía la renuncia al matrimonio, por parte de Virginia Ruiz Alfonso.

Pero el tiempo pasaba con su algodón sedante y, a los pocos días de llegar la carta, ya se vino conmigo a Sevilla a comprar. Entre Eva y yo habíamos conseguido convencerlo de que tenía que seguir con su ritmo habitual de vida, que no podía seguir pasándose las noches llorando en la habitación del Norte. Noelia seguía con su colegio y mi mujer se quedaba al mando de la casa y de la tienda. Todos lo hicimos como supimos; sin más.

Anudamos la vida.

Jueves 21 de marzo de 1996. 22:27 horas.

Me encuentro ya casi bien del todo: aún noto cierta flojera en los brazos, pero es normal; ya hoy puedo decir que la vida me ha vuelto a sonreír, puedo volver a escribir aquí con toda mi lucidez y tengo todos mis recuerdos disponibles para este regalo que te voy a hacer el día que cumplas la edad de Cristo, ¿o no?; hay una frase de Albert Camus, ese extraordinario escritor, que dice: «Darse no tiene sentido más que si uno se posee», y es verdad, por eso me entrego en este diario: para poseerme y que poseas una forma de autoposesión, que no es poco, redundantemente hablando; pero bueno, vamos a lo que vamos: hoy ha hecho un día magnífico, un sol radiante ha dado la bienvenida a la primavera y, por cierto, el mundo no se ha terminado, jo, jo; esta tarde, a eso de las cinco, cuando llegaba a Sevilla por el Puente del Alamillo, me ocurrió algo digno de contar; justo al cruzar el puente, sonó en la radio una canción de Revólver que me transportó en el tiempo a unos cuantos años atrás (la música, me he dado cuenta, tiene ciertos poderes sobre mi persona); me ocurre mucho desde hace algún tiempo (creo que tengo una aptitud muy buena para ello) que, cuando quiero que una escena se me grabe, fijo toda mi atención en lo que está a mi alrededor (los colores, los movimientos, las diferentes fuentes de luz, los olores, la temperatura, etc.), concentro mis sentidos para asimilarlo todo a la vez que escucho la melodía que me impresiona; normalmente, suele ser una escena de interés, un cuadro que guarde connotaciones especiales, tanto que nunca se olvide por tiempo que pase; y, esta tarde, gracias a la canción que escuché, pude recordar un viaje que hice a Valencia en septiembre del 92, una vez que estuve en casa de una tía por parte de mi madre; recuerdo que lo pasé bien allí con mi primo, salimos algunas veces y muy bien; concretamente, esta tarde, recordé una de las últimas noches de las quince que estuve allí, ¿sabes?, y la acción empezaba en un pub que se llamaba «Azules»; allí vi a una chavala sentada en una mesa con las amigas, pero se notaba que estaba en otra parte (como perdida en su pasado); entonces, me quedé mirándola, intentando encontrar la dirección de sus pensamientos y, más de una vez, sus ojos lejanos se encontraron con los míos, lo que ya era algo; ¡mira qué mujer!, le dije a mi primo al rato, y, sin pensárselo dos veces, me arrastró hasta ella y nos presentó con su descarado tono, haciendo hiperbólicas reverencias que no venían al caso; éste es Carlitos el guapitos, ¿y tú...?, Anabel, dijo ella, eso es, Anabel la de los ojos de cascabel, ¿no oyes, Carlos, la música que emana de sus luceros?, recitó mi querido pariente; acto seguido, las amigas se pusieron a charlar con él, y Anabel y yo nos quedamos solos; en aquellos primeros momentos, la miraba y sentía cómo, a cada segundo que pasaba, mi asombro crecía y crecía; tenía un pelo precioso y moreno, casi pelirrojo, que se confundía con el color de los chorros del oro; sus ojos negros sobresalían de su figura como dos ideas ateas en una discusión sobre religión, algo así; daba gusto verla con su vestido blanco de vuelo, escotado y apto para seducir; y eso fue lo que pude apresar antes de que empezara a contarme su vida: he estado dos años saliendo con

un chaval pero me dejó por otra hace un mes, me reveló cuando le dije que la había visto un poco enajenada del grupo; y debió ser gracias a aquella premisa descubierta, que adquirimos tal naturalidad al hablar, que parecía que nos conocíamos desde niños (fue una de esas veces que piensas que nunca te cansarás de hablar con la persona que tienes delante, simplemente, porque existe una magia que elimina todo silencio); estudio Tercero de Administrativo y había pensado en casarme con Manuel (mi ex) cuando terminara la carrera, siguió hablando; entretanto, tomé un poco de cerveza y, al ver a Juan Jaime un tanto meloso con una de sus amigas, añadí: tiene fama de ligón en la familia, no me extraña con ese nombre de telenovelas; y se rió a carcajadas...

La verdad es que, por aquellas fechas, yo no estaba muy experimentado en mujeres; había tenido varios rollos pero nunca había pasado de ahí; era virgen, lo que se dice virgen, de hembra; ¡vamos!, que no sabía manejar a las hijas de Eva (sentía que no me acoplaba correctamente a sus deseos, me parecía que iba a menudo demasiado rápido o demasiado lento, en cuanto ellas demandaban; aunque también podía decirse que era, simple y llanamente, víctima de una cuestión de velocidad); recuerdo que intentaba mirarla directamente a los ojos (siempre me ha gustado mirar a los ojos) porque descubría en su mirar esa tranquilidad de las mujeres expertas en el amor: una especie de parsimonia que las adorna de cierta madurez (pero lo más terrible es que saben aguantar la mirada sin moverse siquiera, parecen transmitir un mensaje indescifrable con la quietud de su pupilas); una vez, así lo hizo y me descompuso entero, casi no sabía donde meterme; estás nervioso, vamos a dar una vuelta, me dijo; y, entonces, mientras me llevaba a otro pub de por allí cerca, le pregunté: ¿y mi primo?, se ha quedado allí; tranquilo, no te vas a perder conmigo, articuló, y me asomé un poco por lo ambiguo de la respuesta; perderme, ¿a qué se refería?, ¿tú sabrías explicármelo?; en el siguiente pub, nos tomamos otra cerveza y seguimos conversando sobre los dos; esta vez fui yo quién le revelé que iba a hacer COU y que, si aprobaba, me vendría a Sevilla a estudiar Psicología (cosa que ha resultado ser cierta años después); también le expliqué, entrando en otros temas, que no había estado nunca con una chavala saliendo más de cuatro o cinco semanas y que hacía ya algunos meses que no estaba con ninguna; ¿por qué?, me preguntó curiosa; no... porque no he visto a ninguna que me guste, nada más; cómo no, le hice saber que estaba allí de vacaciones y que pronto me iría, pero, acto seguido, se levantó y me llevó a la pista del local donde, por lo visto, estaba sonando una canción que ella había identificado; ¿no la conoces?, preguntó advertida por mis ojos de plato, es preciosa, se llama Bendecida, de los Héroes..., ¡venga, ánimo!, me gritó al oído moviéndose al ritmo de la música (recuerdo con toda exactitud sus palabras y sus gestos, a pesar de que sólo compartí unas pocas horas con ella); cuando terminó la canción, se abrazó a mí (y creí que allí caería, pero no fue así); nos sentamos otra vez, no sin antes pedir otra cerveza; la canción que sonó entonces, fue la que escuché esta tarde cuando llegaba a Sevilla (puede ser quizá un recuerdo triste pero a la vez se me antoja muy enriquecedor; he aprendido, también en estos meses, que la tristeza es

más rica en emociones y sentimientos que la alegría, más compleja al menos; es cierto que hace más consciente al que la sufre, pero poco más, tú lo sabes); era un tema de Revólver que se llamaba Dentro de ti, una balada muy romántica dedicada a Valencia...; ¿todavía te gusta tu ex?, le pregunté, intentando averiguar si su corazón estaba libre de rencores y de situaciones bloqueadoras; claro que no, no quiero quererlo, susurró, y me desconcerté de nuevo ante las respuestas tan extrañas que daba aquella mujer...

Su mirada paseaba ahora por el techo, a la vez que silabeaba la canción...

*Y los coches y la gente y la lluvia en el cristal
saben bien lo que es vivir en ti ciudad.
Avenidas de gigantes, calles desnudas sin luz
el amor de una y mil vidas eres tú...*

La contemplaba mientras que, absorta, se sumergía en sus recuerdos, nadando en la canción de su vida; recuerdo que la impresión que me dio es que se había marchado ya y sin despedirse; sus ojos se paseaban por sus recuerdos a la misma velocidad que mis manos deseaban acariciar su cuerpo inasible: lentamente...

Pero lo más bello vino cuando la canción arrancó con el estribillo...

*Y yo, que llevo escrito en la cara
mil guerras y una ganadas,
que es estar dentro de ti...*

Es difícil de explicarlo igual que lo sentí, muy difícil; pude ver, desde mi lejana presencia, cómo sus pupilas se humedecían; y pronto dos lágrimas empezarán a correrle por las mejillas, pensé, tengo que besarla antes de que le lleguen a los labios, me impuse en décimas de segundo; apoyé una de mis manos temblorosas en su hombro y volvió la cara, la cara más bonita que había visto jamás; no puedo, no puedo besarla, me dio tiempo a pensar mientras dos metáforas líquidas resbalaban eternamente hacia los labios; aquel rostro humedeciéndose parecía comunicar mucho más que un mensaje: sin duda, /se trataba de un bello poema de reconcilio consigo misma, que me abría las puertas a su corazón/ y, antes de que fuera demasiado tarde, la besé en los labios...

El sabor dulce de aquel beso valenciano me pareció exótico; ¿cómo puede un hombre abandonar algo tan exquisito?, me pregunté mientras degustaba el manjar de su boca y, al momento, el salobreño de sus lágrimas vanas, vino a otorgar a aquel beso cierto sello de inevitable curso que me dejó enamorado hasta los huesos (tanto que ya hoy me parece un poco cursi hablar de esto, pero es como lo sentí entonces);

un rato después, caminábamos por las calles de Valencia abrazados, encadenados a ese sentimiento de bondad que nos vuelve tontos de verdad; y ya casi no hablábamos: nos mirábamos y nos besábamos...; sin quererla, habíamos llegado a su bloque de pisos; ¿qué es eso?, ¿un Parque?, le pregunté al verlo enfrente, al otro lado de la carretera; es un Parque que tiene pistas de baloncesto y algunos jardines muy bellos al estilo romano con un atrio y sus columnas; aunque los hay también de imitación árabe con fuentes cristalinas...; pero, lo que más llama la atención, es una cascada que cae en un lago artificial en el centro justo del Parque; por detrás de la cascada hay una cueva en la que la temperatura es siempre muy agradable y se ve el agua caer transpirando la vista que queda delante; pero está cerrado, me aseguró descubriendo mis intenciones; deseo, más que nunca lo he deseado, estar al margen de la ley y escapar del mundo por un instante, evadirme de todo, menos de ti, le susurré al oído mientras la acariciaba en la espalda; me miró y, sin palabras, cruzamos la calle que nos separaba del Parque de la Avenida de Burjassot: un gesto suyo había permitido la libertad a mis deseos...; en la puerta, la besé con fuerza, al estilo de las películas, como si de una despedida se tratase, y se abrazó a mí pensando, quizás, que pronto me marcharía y la dejaría al amparo de Valencia, /dentro de ella, fuera de mí/; nos saltamos la verja, que no era tan alta, y nos deslizamos hacia la cascada; y, una vez allí, nos acomodamos en el fondo de la cueva iluminados por una débil luz proveniente de un foco que se reflejaba directamente en el agua cristalina (el agua caía como una cortina de cristal que se derramase para ocultar el fondo de la cueva); se notaba que allí no había entrado mucho la luz del sol por el olor a humedad que había; pero aquello no nos importó; sin más, ella empezó a desnudarme y, antes de darme cuenta siquiera, me había quedado sin una sola prenda sobre mi cuerpo; se las había ingeniado de tal forma que me parecía llegar de un viaje por los pasillos del tiempo incasillable, el del deseo; y, cuando me vi desnudo ante ella (sin adornos artificiales), nació en mí, no el miedo o la vergüenza, sino todo lo contrario: un sentimiento de bondad y seguridad que ella sintió y acogió como recibimiento al amor...

Empezamos a hacerlo torpemente, quizás por el alcohol, quizás por otras cosas; recuerdo que yo estaba como loco, pujando por satisfacerla, olvidándome de mí, sólo me importaba su goce; y ella intentaba asirse a mis movimientos, pero mi frenesí lo descontrolaba todo; me fastidiaba mucho que se saliera tanto, lo que me parecía que me iba a delatar como virgen (temía, en principio, un rechazo por su parte si lo averiguaba); por eso, cuando el preservativo (que llevaba seis meses en mi cartera) se rompió, se vino abajo mi idea original de un orgasmo dual y satisfactorio; no te preocupes..., me dijo ella con un brillo en los ojos que encendió mi calor más aún; estoy en el periodo estéril antes de la regla, me animó con más deseo que yo (lo que nos hizo ignorar algunas premisas que hoy día, y entonces, son intachables a la hora del sexo); seguimos y seguimos, hasta que nos llegó el relevo y nos abandonamos en el suelo...

Estuvimos un buen rato acurrucados el uno contra el otro, usando como mantas el sentimiento de catarsis y el brillo del agua cristalina (el único ruido que se podía distinguir desde allí); entonces, tararé el estribillo de la canción de Revólver y me brotó una lágrima que fue a romperse en su hombro; la miré a la cara y vi que estaba impregnada de una felicidad que bien pudo partirme el corazón en dos; ¿cómo voy a decirle que me marcho mañana?, no puedo, pensé...; ¿te ha gustado?, le pregunté para ver si había notado algo; me ha gustado mucho, lo haces muy bien...; oye, ¿dónde aprendiste a besar en el cuello de esa forma tan sugerente?, me dijo maravillada, y decliné, por tanto, en mi intención de revelarle que era la primera vez; la miré a los ojos y la besé en aquellos labios degustando por última vez su sabor de miel salada...

Y, esta tarde, cuando llegaba a la capital, mi memoria parió aquel recuerdo en pos de una nostalgia a la que soy muy dado; ya sabes que me gusta vivir en el presente pero, a veces, es bueno recordar..., y no olvidarse de los buenos amigos, lo sé...; por eso escribo esto, para que comprendas que no me he olvidado de ti, viejo...

Nada más llegar a Sevilla, fui al piso a dejar el macuto y lo demás; después, llegué al de Bea y estaba solamente Victoria que me hizo pasar; Beatriz ha salido con Lidia y otras amigas para buscar apuntes que les faltaban a unas y otras, me comentó la que se había quedado en el piso estudiando; no me había fijado hasta entonces, pero llevaba un chandal que no ocultaba su fisonomía envidiable por cualquier mujer que se precie; como viste siempre de una forma impropia (ropas anchas y no muy ajustadas, que despistan a los que acostumbran a girarse cuando una mujer pasa a su lado), pues no me había fijado nunca, aunque, de todas formas, tiene novio (no nos ha hablado mucho de él, pero sé que lo tiene); le he preguntado por el grupo ése que toca mañana, y me ha dicho: ¿Lagartija Nick...?, son muy buenos; en directo tienen un sonido impecable, recalco, ¡impecable!; además, el cantante y bajista, me reveló, estuvo en tiempos en la banda 091, también de Granada, que está a punto de separarse, me explicó, cosa que yo sí sabía (te lo mencioné hace poco, ¿recuerdas?); y Antonio Arias, de los «Lagartija», es un poeta y un monstruo del rock capaz de crear frases como aquella suya que dice: «El rock es un trampolín para los mediocres»; espera que tú no te sientas mediocre ahora que gozas de tan buena compañía, ¡colega!; no, claro que no, no somos nada de eso, tú lo sabes; más bien nos sentimos «tipo culebra», ¿no? (otra de las cosas que decimos ahora); estuve un rato más esperando a Bea pero no aparecía, así que me despedí de Victoria con una pregunta: ¿te vas a quedar para la Fiesta de la Primavera?; no, mañana por la mañana me voy, tengo un deber que cumplir allí, comentó como si de una misión intachable se tratase...

Cuando llegué cerca del piso, no conseguí dejar el coche bien estacionado, y lo aparqué en una calle no muy ancha (espero que no me lo chafen); siempre lo dejo en una plaza de forma triangular que queda cerca de mi calle pero, cuando llegué, no había sitio; bueno, colega, que voy a ducharme...

Viernes 22 de marzo. 01:23 horas.

Cuando he salido de la ducha, me he puesto a comer algo y ha llegado Ignacio tan callado como siempre; ¿has convencido ya a tu bomboncito para que venga a la Fiesta de la Primavera?, le he preguntado; el domingo nos peleamos, suspiró; ¿y eso?, le pregunté extrañado (aunque la verdad es que no lo veía desde el sábado por la noche, no había podido enterarme en otro momento); sí, porque miré a otra mujer que iba cerca nuestra paseando con una minifalda muy provocativa, explicó; ¡vaya por Dios!, exclamé; no creo que esté muy cabreada, pero va a ser difícil que venga, aunque tenga ganas de ver a Siempre Así (el disco que tantas veces he puesto, se lo regaló Ignacio por su cumpleaños), /es capaz de joderse un poco la vida con tal de hacerse notar/, me aclaró un poco desganado; no creo que la cosa vaya por ahí, de verdad, Ignacio, créeme..., lo mejor que puedes hacer, tal y como está la cosa, es darle una buena sorpresa, le expliqué; ¿qué quieres que haga?, dime tú; me suplicó casi de rodillas; ¿ella trabaja en algo?, pregunté; no, dejó de estudiar el año pasado en GOU; pues, ¡entonces...!, ¿a qué esperas?, ¡ve y tráetela!, seguro que le gusta, le dije, aportando una solución, que es como se ayuda a los amigos cuando éstos te comunican algún problema: les das una opción a escoger y lo ven todo más claro, más fácil, sólo de pensar que hay otros que harían esto o lo otro y que todo tiene solución; hay una frase por ahí que mi profesor de Psicodiagnóstico siempre que puede la suelta y queda muy bien; es de un tal Clare Booth Luce, y dice: «En la vida no hay situaciones desesperadas; sólo hombres que se desesperan a causa de ellas»; la frase en sí invita a encontrar todas las posibles soluciones en cualquier problema o, más que eso, demuestra que todo en la vida es cuestión de actitud, que la forma en que asimiles las cosas te hará ver la solución más pronto o más tarde; por eso, siempre que la vida me hace un limón me hago una limonada, esto es, todo consiste en saber cambiar de paradigma en el momento adecuado, saber encontrarle el jugo a todo lo que te ocurre, sea bueno o sea malo, ¡vaya!, que todo tiene un provecho que se puede guardar; ¿sabes lo que te digo tío...?, que tienes una novia preciosa y que merece la pena luchar por ella, te envidio un poco por tener una mujer que te quiera tanto, porque (le comenté como el que no quiere la cosa) si se ha enfadado por eso es que te quiere en demasía; no la pierdas, es para ti; rematé seguro de hacer mella en su congoja...; luego, se puso a comer conmigo y, al poco, he visto que había encontrado un poco de luz en sus pensamientos; me he sentido feliz porque he colaborado en algo grande (y a la vez simple): he dado una solución a alguien que no la encontraba (es el motivo por el que estudio Psicología, espero ayudar a mucha gente con mis tratamientos); tengo una tía en Huelva que es psicóloga, y siempre que la veo me cuenta cómo le va con aquella paciente anoréxica, con aquel chaval que padece una patología en el lenguaje que ha influido en su desarrollo escolar, etc.; me gusta mucho oírle hablar de ello porque me deja un buen sabor de boca; aunque, por otra parte, comprendo que a veces el trabajo de un psicólogo se hace desagradable; sin

embargo, sé por mi tía Manoli que la sensación de confianza de un paciente recompensa cualquier amago de rechazo que pueda haber en esa profesión (y ésta es, a la vez, la base de toda actividad: la ilusión y la confianza en que lo que uno hace es fruto de una sana ambición, sin ánimo de lucro vacío e insensible); pero ya se sabe que, después de todo, es eso: una profesión a la que puede llegar (si se desatienden los mecanismos adecuados) el momento del hastío y de la monotonía; también leí hace algunos días, cómo no, en el diario, otra frase que me encantó y que viene a ilustrar perfectamente esto que digo; la pronunció con gran acierto un tal Pierre Demayet: «Las pirámides son el ejemplo de que, en cualquier tiempo y lugar, los obreros tienden a trabajar menos cada vez», ¿te das cuenta...?

Cuando he llegado, he dejado mi coche en la plaza triangular, donde había un sitio más, me comentó Ignacio, te lo digo porque, viniendo hacia el piso, he visto el tuyo aparcado en una calle no muy ancha; ya sabes que al mío, hace un año y medio (que paraba en este mismo piso con otra gente), le bollaron toda la parte derecha, me dijo sereno, también sabes lo que sigue: todo el mundo dice que debió ser el camión de la basura que pasa arrollando a los coches guiado por la simple excusa de que el trabajo es el trabajo; y, desvelado por las palabras de Ignacio, me vestí corriendo y, mirando el reloj, me apresuré a ir a cambiar el coche...

No te lo vas a creer tío; llegué adonde lo dejé y me quedé de piedra; el camión de la basura estaba arrastrando, literalmente, a dos coches en la calle donde estaba el mío; y el ruido era insoportable; el motor del camión, que relinchaba salvajemente, y el crujir de las chapas de los dos coches, formaban una música del demonio que hacía temblar los dientes; como mi Corsa estaba a unos diez metros de donde estaba el camión, les grité a los dos que van montados detrás que pararan, que mi automóvil estaba delante y que lo iba a destrozar; empezaron a vociferar una y otra vez pero el chófer no se enteraba (o no se quería enterar); que me lo bolla el hijo de puta, pensaba yo; y me apuré de verdad cuando llegó al que estaba justo detrás del mío; entonces, no tuve más remedio que montarme por encima de otro al que ya había arrugado las dos puertas del lado derecho (me daba pena tener que montarme por aquel coche, pero no había otra alternativa, tío); y, cuando iba por encima, me acordé de una vez que vi en Aracena cómo dos niños iban saltando de un coche a otro en una fila de más de treinta, en una noche que había concierto allí; pero aquel acto de vandalismo poco tenía que ver con la sangre fría del chófer del camión de la basura...; el monstruo de hierro seguía arrastrándose por el coche que estaba detrás del mío (sobre el que yo ya me había montado) y, con el vaivén de la embestida, casi me caigo incluso entre el camión y el auto (cosa que hubiera sido de lamentar); el tanque de la basura estaba ya muy cerca del mío, pero aún me dio tiempo a mirar hacia atrás y ver lo que había quedado del Laguna negro que estaba al principio de la calle; exasperado, me agarré con furor a la puerta del chófer y le golpeé en el cristal, pero no se inmutó; seguía adelante (debió creer que yo era uno de sus compañeros); se mostraba inescrutable, con una larga barba y una gorra negra, hasta que, al fin,

quiso oír que le gritaba que parara, que el Corsa que tenía delante era mío; y no dijo nada, se quedó mirándome con unos ojos muy negros y afilados; me entró tal mala leche (porque seguía avanzando), que pensé en abrir la puerta y pegarle dos hostias al hijo de puta, pero me contuve (sabes que siempre he sido una persona mansa, no me gustan las peleas), quizás porque detuvo el rompecoches medio metro antes de hincarle el diente a mi Corsa; me bajé del camión y me acerqué dubitativo a mi coche, temiendo que, incluso conmigo dentro, fuera capaz de bollármelo; será un resabiado al que su mujer le pone los cuernos, pensé para mí, al tiempo que me montaba en el coche por la parte derecha; y, mientras me cambiaba de asiento, lo que yo te diga, tuvo la santa cara de pisar arrogantemente el acelerador como en señal de: ¡venga-qué-pasa-contigo-que-te-voy-a-dar-por-el-culo-niñato-de-mierda...!; quité el auto y lo dejé en el hueco que Ignacio había visto un rato antes, pero me quedé montado mientras que pasaba el camión realizando su «trabajo»; /es cierto que trabajan con la mierda que tiran los demás, pero eso no les da derecho a tratar las pertenencias de los otros como si fueran una mierda/; será que tienen un chollo con el de los seguros de automóviles, me he dicho más calmado, ya que casi todo el mundo que viva por aquí tendrá un seguro a todo riesgo, ¡digo yo!, será cabrón el tío...

Le di las gracias a Ignacio y me puse a escuchar el programa de Olga y Mariano; ya estoy más tranquilo, pero no veas qué pasón, esto no mola; y bueno, ya que estoy aquí en mi camita, limpito y cómodo, me gustaría comentar un poco la actitud del chófer del camión de la basura, a modo de ensayo...

«El amor engendra más amor, el odio engendrará más odio».

Sobre esta frase se apoya una teoría realmente demostrada; aquella de que todos llevamos al nacer la semilla del amor, pero también tenemos latente la semilla del odio y la violencia; hace poco, leí un libro, de Luis Rojas Marcos, que me gustó mucho, y se llama Las semillas de la violencia; trata éste la violencia en sus formas y el modo de erradicarla...; advierte que las semillas del odio laten dentro de cada persona junto a las del amor y la tolerancia, y que dependiendo de las circunstancias sociales en las que el individuo se desarrolle, pueden potenciarse unas u otras; aquí veo ya claro lo que te comenté al principio de este diario, lo del medio y la persona, ¿te acuerdas?; pues bien, ya lo sabes, valen las dos cosas, aunque el medio es el culpable; bueno, sigo con el ensayo: «es cierto (adaptando textos del libro), que un grupo reducido de la población lo forman hombres y mujeres vengativos (como el chófer del camión de la basura), envidiosos o psicópatas, pero no menos real es que la inmensa mayoría de las personas son compasivas, generosas y abnegadas; de hecho, nuestra especie no hubiera sobrevivido si no estuviéramos continuamente sacrificándonos los unos por los otros»; desde aquí, gracias Luis...

Y, antes de acostarse, Ignacio me dio una carta que había llegado al piso y que era de Beatriz; me pregunté cómo no me había dicho nada de ella el miércoles, cuando estuvimos hablando por teléfono, pero así fue; la escribo aquí porque suelo perder las cartas, sería una pena que esto se perdiera...

Querido Carlos. ¿Cómo te va, cariño?, son las doce de la noche de hoy martes. Mañana te llamaré por teléfono a ver cómo estás. Tengo muchas ganas de que vengas a Sevilla para pasar un fin de semana de miedo. Te preguntaré porque escribo a esta hora tan extraña para mí, pues bien, resulta que ayer conocí a una nueva persona. Se llama Estefanía y está también en Pedagogía (como hay tanta gente, nunca se acaba de conocerlos a todos). Me la presentó Lidia y es muy mona, como yo, morena y con el pelo largo. Lo que vengo a contarte es que esta mujer es un poco especial porque se dedica, aparte de sus estudios, a escribir. Le gusta mucho la Literatura. Ha participado en varios certámenes y ha ganado algunos de relato corto. Me habló tan bien de lo que hace que me ha picado la curiosidad. Me dibujó un mundo realmente maravilloso: el que se siente al escribir. Le mencioné que tú estás escribiendo un diario y me explicó que ése es uno de los métodos para escribir una novela. Ella está trabajando en una que quiere presentar en un certamen literario, aún no sabe a cuál, pero ya tiene las bases de más de quince de ellos. Le pregunté que dónde se podía enterar una de eso y me dijo que en el teletexto de las cadenas de televisión y en los periódicos. Cuando se fue, me dejó un sabor de boca muy agradable. Eso sí, había quedado con ella este mediodía en su piso, en Triana, para que me dejara algún relato suyo. Esta tarde fui a verla, después de llamarte, y me enseñó algunos. Están muy bien. La verdad es que me parece una buena escritora. Después me reveló que se viven sensaciones maravillosas al narrar bajo otros personajes, que es algo muy bonito sentir cómo sienten otras personas que, incluso, has inventado tú.

Me dijo que porqué no lo intentaba yo, «no creo que sepa», le dije, a lo que contestó que «nadie nace sabiendo y, ni mucho menos, sabiendo cuál es su campo más provechoso, aquél del que podemos sacar mucho partido en la vida». No sé cómo, pero me convenció. En mi piso, miré en el teletexto y encontré, en el apartado de cultura, bastantes certámenes de novela y de relatos. He seleccionado algunos y me he puesto manos a la obra. Me lloró de las manos, como si lo llevara escrito hace mucho tiempo, esto que te mando. Es un minirelato que me ha parecido, a voz de pronto, muy original y simpático. Eso es, «algo original y simpático, es lo que demanda el público; algo digerible y, a la vez, con un provecho ineludible hoy en día como es la evasión», me dijo Estefanía Turia, que se llama mi amiga.

Lo he escrito desde una perspectiva totalmente contraria a la mía. Me he imaginado que soy un hombre tímido que ve a una mujer. La verdad es que he utilizado algunas de tus historias personales, las que me has contado. Puede que te veas reflejado en el relato. A mí me ha gustado mucho, espero que a ti también. Léelo.

No pude resistirlo más, colega, mi novia seguía sorprendiéndome cada día mucho

más; me zambullí en la historia...

«Historia de un minuto»

¡TIEMPO! Tengo que contar una historia, tengo que... UNO. Vamos a ver qué podemos... DOS. ¡Ya, ya la tengo...! TRES. Iba yo por la calle el otro día que era Jueves... CUATRO. Y vi a una muchacha muy guapa que se... CINCO. Llamaba Amanda...; le... SEIS. Pregunté si me podía decir la hora... SIETE. La había observado antes de llegar... OCHO. A su altura, y vestía... NUEVE. ¡Uy, que me queda menos...! DIEZ. Una falda negra de vuelo... ONCE. Con una camiseta blanca de mangas... DOCE. Cortas, de mangas cortas... TRECE. Mala suerte... CATORCE. Tenía unos brazos ebúrneos... QUINCE. Y esbeltos..., eran... DIECISÉIS. Muy frágiles o, al menos, me... DIECISIETE. Lo parecieron a mí. El pelo... DIECIOCHO. Le resbalaba por los hombros... DIECINUEVE. Con una naturalidad que parecía... VEINTE. Prestada por la misma Afrodita... VEINTIUNO. ¡Qué pelo tan divino...! VEINTIDÓS. Los ojos, ¡qué puros...! VEINTITRÉS. Eran de color verde... VEINTICUATRO. Aceituna... Se veían desde lejos... VEINTICINCO. Porque brillaban como dos... VEINTISÉIS. Luciérnagas en la noche de:... VEINTISIETE. Mi soledad, la que arrastro... VEINTIOCHO. Desde que mi mujer me... VEINTINUEVE. Quise amarla, desde lejos... TREINTA. Me queda la mitad... TREINTA Y UNO. Como si mi corazón... TREINTA Y DOS. Pudiera volar de un salto... TREINTA Y TRES. Hacia el suyo...¡oohh...! TREINTA Y CUATRO. ¡Qué maravilla de mujer...! TREINTA Y CINCO. ¡Premio...!, ja, ja... TREINTA Y SEIS. El tiempo que pasó hasta... TREINTA Y SIETE. Me pareció muy largo..., TREINTA Y OCHO. Tanto, que tuve ocasión de... TREINTA Y NUEVE. Arrepentirme varias veces en... CUARENTA. Mi deseo de hablarle. CUARENTA Y UNO. Ella tuvo que sentirlo..., CUARENTA Y DOS. Lo intuí en sus pasos... CUARENTA Y TRES. Se bajó de la acera por... CUARENTA Y CUATRO. La que se derramaba mi dolor... CUARENTA Y CINCO. El dolor de verla sin... CUARENTA Y SEIS. Poseerla, allí como estaba... CUARENTA Y SIETE. Tan virginal y seductora... CUARENTA Y OCHO. Ella sí que me poseyó con absoluta... CUARENTA Y NUEVE. Entereza antes de percibir su olor... CINCUENTA. De ángel fieramente humano. CINCUENTA Y UNO. ¡Espera!, le dije. CINCUENTA Y DOS. Bajé los ojos y me concentré en respirar... CINCUENTA Y TRES. Su respuesta... CINCUENTA Y CUATRO. La que iba a nacer de sus labios. CINCUENTA Y CINCO. Se lo pregunté, mirándola... CINCUENTA Y SEIS. A aquellos luceros... CINCUENTA Y SIETE. Con un leve temblor... yo. CINCUENTA Y OCHO. Acercó su brazo a mi cara..., CINCUENTA Y NUEVE. Sonreía con parsimonia... SESENTA. ¡Y no tenía reloj...! ¡TIEMPO!

P.D: Espero que te haya gustado. Mañana se lo voy a dar a Estefanía para que lo

lea, a ver qué le parece. Bueno, Carlos, que te quiero mucho y que tengo muchas ganas de verte. Un montón de besos.

Cuando lo he terminado, me he partido de risa, no veas lo bueno que es; de verdad Bea, le diré cuando la vea, esto es un relato original y todo lo demás es cuento; ¡muy bien!, está muy bien; /a ver si sacamos una artista en la familia, ¿quién sabe...?

*(Mediodía del viernes. Almuerzo en la salita.
YO, MI PADREA NOELIA).*

MI PADRE.—¿Y qué?, ¿cómo van las reescrituras hijo?

YO.—Eso os iba a comentar..., van bien pero hay que ir un poco más rápido. No nos queda mucho tiempo...

MI PADRE.—Ya...

NOELIA.—¿Cómo va lo de la radio?

YO.—Ah, pues va muy bien, ya he encontrado varias historias muy interesantes. También tengo un par de noticias que son comentadas por oyentes y tal...

MI PADRE.—Muy bien...

YO.—Pero yo creo que sí, vaya, yo creo que para el martes estará lista. Hoy viernes...

MI PADRE.—Sí, tenemos todo el fin de semana para seguir...

NOELIA.—Bueno, yo ya he terminado de comer..., me voy a escribir. *(Sale)*.

ABUELO.—Parece que Ramón supo convencerla ayer...

YO.—Ya ves...

Cuando llegué de la escuela, la tienda estaba cerrada. Una vecina me dijo que mi abuela la había cerrado a las once y media. No sabía si se había ido o no. Sólo sabía que había cerrado la tienda. Y temí que hubiera ido en busca de mi madre.

Me quedé con Eugenia, que me dio de comer. Y, desde su casa, llamamos a la mía por si mi abuela estuviera allí durmiendo. Pero no contestó. Como yo no tenía llave, no podía entrar. Tenía que esperar a mi padre y a mi abuelo que habían ido a Sevilla a comprar. Me quedé con otras mujeres esperando en la puerta de la tienda. Allí, había algunas que decían que la habían visto muy triste en los últimos días. Otras decían que mi abuela nunca había sido muy alegre tampoco. Pero Eugenia dijo que no hablaran más tonterías, que así no conseguían nada. Y se callaron todas. Y yo, que estaba muy preocupada, me alegré mucho cuando vi llegar a mi padre y a mi abuelo. Me lo vieron en la cara.

Pero, aunque ellos tenían llave, no pudieron abrir tampoco. Las puertas estaban cerradas por dentro. Por lo visto, mi abuela no había ido a ninguna parte.

Mi abuelo estaba triste y callado. Había perdido su actividad. Fue mi padre quien lo hizo todo. Intentó doblar algún barrote de las ventanas pero no pudo porque eran

rejas macizas. Menos mal que un vecino trajo una radial para cortarlas. Y, al buen rato, después de traer un alargador, pudo cortar tres barrotes de la ventana grande. Era la ventana que está cerca de la puerta de la tienda, donde estaba mi padre la noche que se fue mi madre. Después de romper el cristal, me dijo que entrara yo, que era más pequeña, y que abriera la puerta.

No supe entonces porqué pero me repitió varias veces que no mirara nada. Sólo tenía que entrar y abrir la puerta. Esa era mi misión. Me metieron por la ventana rota con mucho cuidado. Y, ya dentro, me asusté porque mi padre me gritó:

—¡No mires nada Noelia!, abre la puerta principal. ¡No mires nada!

Pero yo no entendía bien todo aquello. Era una situación nueva. Y, como no comprendí la razón de su advertencia, no pude resistirlo. Me agaché y miré hacia la puerta de la casa. Pero estaba normal. También miré hacia el fondo de la tienda. Y pude ver que salía luz del sótano.

—¡Noelia!, abre la puerta —voceó mi padre muy serio.

Fui a la puerta y vi que la cerradura no había sido corrida del todo. Por eso no era posible abrirla desde fuera. Pero, nada más abrir, me entró un ansia increíble y me dirigí corriendo hacia el sótano. Pero me tropecé con una caja que había en el suelo. Y vi a mi padre entrar por la puerta gritando:

—¡Niña!, ¡vete fuera!, vamos, ¡vete fuera!

—Papá, en el sótano hay luz... —le dije.

Me cogió brusco y me empujó hacia la puerta haciéndome tropezar con mi abuelo. Este parecía que estaba entrando en un sitio extraño. Me produjo la impresión de que había cambiado. Parecía que había envejecido varios años desde que lo vi cuando estaba fuera. Además, andaba con miedo a pisar algo. Las piernas se le doblaban y miraba todo con asombro. También creí verlo llorar.

—Noelia, vete con Eugenia —me suplicó señalándome la puerta.

Me dirigí hacia la puerta y allí estaba Eugenia. Antes de que me llevara, pude oír a mi padre gritando algo que no entendí.

*(MI PADRE entra en la habitación.
LA NIÑA está pensativa).*

ABUELO.—¿En qué piensas?

NOELIA.—En la abuela...

ABUELO.—¿Has escrito sobre aquella tarde?

NOELIA.—Sí, pero no puedo seguir...

ABUELO.—¿Y eso?

NOELIA.—(*Levantándose*). He contado lo que vi, nada más. Ahora te toca a ti.
(Sale).

ABUELO.—(*Mirando hacia la ventana llena de sol*). Adiós Noelia..., adiós Eva...

El terror se iba apoderando de mí a medida que me acercaba al sótano. Las piernas me temblaban sólo de pensar lo que Eva habría sido capaz de hacer. Caminaba mirando hacia las estanterías intentando encontrar un signo que me guiara en la indecisión de aquellos instantes. Pero, cuando oí gritar a mi hijo, sentí cómo el corazón se me salía del pecho. Quería andar hacia el sótano mientras que mis piernas parecían haber adquirido autonomía y habían decidido no moverse. Miré detrás de mí y las vi a todas perpetrando en la tienda. El sol que entraba por la puerta me hizo verlas como si fueran fantasmas de ella, corriendo hacia mí. Y, el grito de mi hijo, al chocar contra mis tímpanos, me reveló lo mucho que la había querido, el cielo que se había derrumbado para mí.

—Nooo, mamá..., no, ¿por qué...?, ¿por qué? —quise no oír.

En los escalones del sótano sentí un vértigo tal que casi me caigo rodando por ellos. Bajé sólo dos y, cuando la vi suspendida de una de las vigas del sótano, supe que mi vida ya no sería la misma jamás. Intenté no mirarla a la cara pero me resultó imposible. Los ojos, nunca olvidaré aquellos ojos, me miraban pétreos e implacables, como pidiendo una última oportunidad al tiempo. Y, arrebatado por el dolor, corrí y me aferré a ella. Quise cogerla en alza y reprimir el posible dolor que le quedara, agarrándola, intentándola salvar de su irremediable viaje.

Allí, abrazado a su cuerpo, supliqué en lo más hondo de mi corazón que la niña estuviera lejos para no ver aquello. No sabe Eugenia cuánto le agradezco su esfuerzo por retenerla en su casa aquella tarde. Sobre todo, quería, más que nada en el mundo, que la niña no sintiera la rabia que me poseyó en aquellos momentos. Dicen que una pena sin recuerdos, o con recuerdos vacíos, se olvida mejor, que se cura antes que otra cargada de imágenes, palabras y llanto como la que mi hijo y yo llevamos grabada para siempre en nuestra memoria y en nuestro corazón. Y lo cierto es que hoy, a los dos años y medio, aún me da escalofríos entrar en el sótano y recordar el cuerpo de mi querida Eva suspendido en el aire que respiramos.

Al tiempo que la bajamos, sentí detrás nuestra cómo la gente entraba en el sótano. Las mujeres, en su afán de sentirse partícipes, pisotearon nuestro dolor con sus presencias inhóspitas. Nos robaron, durante aquel instante, y muchos que siguieron después, el único consuelo que existe y al que conlleva la muerte de un ser querido.

La soledad.

Deseé, más que nunca en la vida, no haber tenido aquella tienda que me obligaba a ser socialmente conocido y, por tanto, pisoteado —como bien dijo mi hijo— en mi intimidad. Por eso, cuando vino el médico y ordenó a todo el mundo que se fuera a su casa, argumentando que allí no hacían sino molestar, me sentí mejor. Después de los formularios convenientes, se dispuso todo de acuerdo para que el entierro fuera al día siguiente a las doce.

Pero, por la noche, en el velatorio, la crueldad siguió. Mi hijo me llamó una vez aparte y me contó que había visto cómo alguna gente, de la que estaba arriba llorando por mi mujer, había entrado por la tienda y había sustraído alguna cosa de las estanterías. Y decidí, en aquel momento, cegado por la ira, que el hombre cuando más sufre más le es dado sufrir por sus convecinos, y que las penas grandes con la soledad se apagan más que con hipocresías tan enormes como la que estábamos viviendo. Vimos a gente que nos debía dinero, que no pagaban porque no le daba la gana, mujeres de las que Eva se veía obligada a rajar, que ahora venían a velarle. Y se me antojó que la muerte es el recurso más logrado para mostrar las dos caras de cada persona, que no hay cosa más falsa que la única verdad que no se puede cambiar.

Escuché los argumentos que siempre había criticado en mi hijo: «que la muerte es algo absurdo, que eso de cumplir con la gente es un rollo, que al final es lo mismo». Juan Antonio, al que yo había visto como muy dejado en ese aspecto, ahora venía a darme una solución llevadera a aquel problema. Así, deseé que en aquel velatorio —del que también estuvo ausente mi querida nieta— se destruyeran de una vez los impuestos necrosociales que obligan a los familiares a soportar (la palabra más dura que se me ocurre) la inútil y pesada presencia de cierto tipo de gente que no hace sino prolongar indebidamente el sentimiento de rabia e impotencia ante una muerte tan indeseada.

Y, desde aquel día, la tienda ya no es la misma. Debió ser quizá porque la gente supuso nuestro sentir hacia ellos —o por otras cosas que ignoro—. El caso es que los que antes venían por obligación ya ni vienen siquiera. Pero, pese a todo, nos va bien la cosa.

Gracias a Dios.

Sábado 23 de marzo de 1996, 15:08 horas.

Y aquí estoy otra vez, en mi piso de alquiler, en mi vida de ayer; estoy tumbado en el sofá y he estado viendo un poco la tele pero no hay nada que valga la pena; así que voy a contarte cómo me fue ayer en la Fiesta de la Primavera; no veas, tío, ¡qué juerga!; el año que viene prometo traerte; pase lo que pase, te mereces vivir una juerga como la que yo viví ayer; ¡joder tío!, ¡qué manera de disfrutar!, ¡como un enano!

Ayer viernes por la mañana, estuve en la Facultad para agenciarme los apuntes que había perdido por mi griposa ausencia, y ¡fíjate!, allí vi a Andrés, el que estuvo el año pasado conmigo y con Javi en el piso; ¿cómo te va tío...?, le pregunté; ¡también me echado perica tío! (una morenita de Sevilla que está en su clase con la que lleva dos meses y de la que está muy enamorado); /al final caemos todos, colega/, sentencié, recordando lo que él me refirió cuando me presentó a Beatriz; me gustó mucho verlo porque era una buena forma de empezar la mañana, sin duda; después, arreglé algunas cosas que tenía pendientes, me aseguré de las fechas de los exámenes en abril y me fui al piso; Ignacio ya se había ido a Zalamea y lo había dejado todo impecable, como siempre hace, no quedaba ni rastro de él; me duché con parsimonia, disfrutando del agua caliente; me vestí con un pantalón y una blusa nada más, me engominé un poco el pelo y me lo recogí en una cola; también me eché agua de colonia en las axilas, para oler a hombre limpio; en fin, me aseguré de que todo mi cuerpo estaba sano y dispuesto para una juerga como la que me esperaba; salí del piso, pero dejé el coche aparcado donde estaba, en aquella placita triangular a salvo del cabrón de la basura, y me fui a buscar a Beatriz en autobús...

En el piso de Bea, estaban ya preparándose para salir; Lidia había quedado con un amigo suyo y se iban a los Bermejales; Victoria se había ido a Granada, como me dijo el día antes; y a Bea le di un beso como hacía tiempo no se lo daba; acto seguido, la felicité por su recién estrenada inclinación literaria: me ha gustado mucho el relato tía, es muy original, le aseguré; he estado esta mañana con Estefanía y, después de leerlo, también lo ha alabado en cantidad, fíjate; es más, me ha dicho que escriba una novela, comentó Bea, y el caso es que estoy pensándomelo; es muy buena idea, aporté, de verdad me parece algo de puta madre, es lo mejor que puedes hacer, de verdad, créeme, me gusta cómo escribes; después, estuvimos charlando y comiendo algo y, a eso de las cuatro y pico, nos fuimos en el C1 a la antigua estación de Plaza de Armas; como era de esperar, en esta temporada que ha comenzado, un sol radiante calentaba y un cielo azul celeste daba a la tarde un aspecto de bondad purísima; cuando llegamos, aún había poca gente; las barras estaban funcionando ya, y la música sonaba bastante fuerte en aquel gran salón que antaño cobijaba a trenes y vagones (que transportaron a miles de personas); después de un par de entrevistas, conseguimos apañarnoslas para estar en nuestras respectivas barras, Psicología y Pedagogía, a la misma hora, de seis a siete, para no perdernos el uno de la otra...

Después de esta inmensa juerga, me duele un poco la cabeza, me temo que la gripe no se ha marchado del todo; no sé si acostarme un rato o no...; sí, lo mejor será que me acueste, además, ella todavía no ha despertado, es normal....

Sábado 23 de marzo de 1996. 19:14 horas.

Beatriz me ha sacado del sueño con un beso, se va a su piso a por ropa y a buscar a Lidia; después vendremos a por ti, me ha dicho; no..., no vengas que tengo gripe otra vez, id vosotras solas, que yo prefiero perder una noche a perder toda la vida por esta puta gripe que me tiene harto ya, tenía que haberme quedado en casa hasta ayer y ya está, le he contestado; bueno, tu di lo que quieras pero, de todas maneras, vendremos por ti...

El turno que nos tocó no fue muy abundante, aunque llegaba gente continuamente, no había bulla todavía; yo me tomé un par cervezas que (¿cómo no?) pagué porque los fondos iban destinados a mi Facultad para comprar material nuevo de consulta, o para sufragar algún gasto imprevisto (no sé cuánto sacaríamos, ya lo veré el lunes); y, como las barras de Psicología y Pedagogía estaban la una enfrente de la otra, yo la veía a ella (que estaba a unos veinte metros de mí) cuando sus manos llenaban los vasos de cerveza en la máquina; así, una vez que estaba yo sirviendo a dos rubias de mi Facultad, que estaban de muy buen ver, miré hacia la barra en la que estaba Bea, y me asusté de las coincidencias que pueden llegar a haber en esta vida; puede parecer algo ficticio, como de novela, pero fue así: en la barra de Pedagogía, estaban pidiendo el chaval ése que iba borracho el otro día y sus amigos; no podían ser otros, los reconocí al punto (el que apareció en mi sueño iba vestido con un pantalón negro, una camisa blanca y un chalequillo de casimir rojo); pero no tenía porqué preocuparme, estaban completamente serenos y no parecían peligrosos, se les veía tranquilos (todavía) y con ganas de pasarlo bien, simplemente; y ella tuvo que reconocerlos también porque miró hacia mí y me guiñó un ojo; la vida, las vueltas que da...

A las siete y pico, dimos por terminado nuestro turno y nos pusimos a comer algo en el chiringuito que estaba en el centro del salón principal; la música sonaba bien en todo el local ya que el escenario quedaba al fondo y el sonido estaba orientado hacia la puerta; entonces, se oía una canción de Blur (me parece que se llaman), sí hombre..., esos británicos que se disputan el reino del pop con los otros que se llaman Oasis; y daba gusto admirar desde allí toda la amplitud de la estación: el pabellón grande con su cielo alto de vigas de hierro, el pabellón anexo donde la gente más madurita charlaba y flirteaba, junto a las barras de Derecho y Arquitectura, entre otras; a nuestras espaldas, la entrada con sus columnas blancas y las puertas abiertas libremente al público, hasta las diez en que costarían mil pelotas entrar...; y la mayoría de la gente estaba todavía en los Bermejales, en aquella orgía de coches y botellones al aire libre, tostando sus ilusiones cerca del puente del «Paquito» (le llaman así porque se parece al de San Francisco, no sé si lo sabes ya o no); pero los que entendían un poco de la historia se iban para la vieja estación directamente, como nosotros; éstos sabían que, a partir de la hora en que se terminara la juerga en los Bermejales, sería muy difícil entrar en la estación, donde la gente permanecería hasta

las tres o las cuatro de la madrugada, o quizá más...

Después de comer, nos dimos una vuelta por la nave adosada y notamos que la música allí era más débil, sonaba pero más lejos; es más, parecía que había una puerta dimensional entre los dos pabellones; cuando subías el escalón que había que franquear para cruzar del grande al pequeño, el fresquito imperante se hacía notar y te relajaba los sentidos (puede que por eso la gente allí se tomara la fiesta de una forma más sabia, más tranquila y sosegada); allí, el techo era más bajo y la luz más fuerte; además, había humedad en las paredes, lo que contribuía a mantener la temperatura fresca a pesar del buen tiempo que hacía...

A eso de las ocho, cuando estábamos bailando, bien acompañados por el calor del ambiente y la gente que se hacía cada vez más numerosa, vimos aparecer entre la multitud a Lidia y a un chaval que venía con ella; ella lucía un bronceado bermellón en la cara que le sentaba bien, tan pálida siempre, tan distinta en color a mi novia; y el chaval que la acompañaba tenía una pinta bastante parecida a la mía: llevaba el pelo largo, recogido en una cola, y unas ropas de pijo que no podía con ellas; vamos, yo no soy tan pijo; me llamo Tony y estudio Filología Hispánica, segundo, me dijo dándome la mano, conocí a Lidia el fin de semana pasado que salió con otras amigas suyas por Sevilla, la vi en un pub y le entré, me explicó antes de ir a pedir una copa con Lidia...; y, mientras que estaban pidiendo, dio la casualidad de que Bea encontró a Estefanía por allí (ya sabes, la escritora); la llamó y me la presentó; hola Carlos, ¿qué tal...?, contestó entusiasta; pues muy bien, respondí, y me quedé mirándola un poco pensativo; Bea y ella hablaron un poco hasta que yo intervine: oye, ¿puedo decirte algo?, le pregunté a Estefanía; sí, claro, ¿de que se trata?; pues resulta que tengo un diario en el que viene una frase célebre cada día y, observándote, me he acordado de una de Ramón Gómez de la Serna que dice que: «El lunar es el punto final del poema de la belleza», ¿sabes?, te queda muy bien ese lunar que tienes en la cara, de verdad, deduje en voz alta; muchas gracias, dijo ella sonriendo a Bea; mi novia iba a decirle algo más pero Estefanía le cortó con un beso: tengo que irme, dijo dándome otro beso a mí, me esperan; y se marchó entre el gentío, hacia la puerta de la estación; es muy simpática ¿verdad...?, comentó Bea; sí que lo es..., y muy lista, se ve que entiende bastante por esa mirada que tiene, ¿no crees...?; humn jum, asintió Bea viendo llegar a Lidia con Tony...; se notaba que estos dos (Lidia y Tony) estaban muy enrollados, se besaban continuamente, en contraste con nosotros que, a pesar de ser novios, no somos tan empalagosos; pero, al rato, cuando se terminaron la cerveza, Lidia se fue al servicio con Bea y nos quedamos solos los dos; como tardaban un poco, viendo que se le había terminado la copa, lo animé a que se tomara otra conmigo...; aquel detalle abrió al máximo su personalidad, se manifestó muy contento de estar allí conmigo; me contó bastante sobre lo que estudia, dónde vive, y qué hace: soy de Sevilla y no tengo muchos amigos porque se han echado perica, decía, me gusta mucho Lidia y quiero ir con ella en serio; mal asunto amigo, le aconsejé, Lidia no es de las que gusta de la permanencia; pero no me hizo mucho

caso, y siguió hablando con una gran fluidez sobre todo tipo de cosas...

Cuando llegaron las mujeres, nos tocó a nosotros ir al servicio y, por el camino, nos encontramos con un verdadero *Nilo* de gente que fluía hacia el fondo de la estación; aunque eran casi las nueve de la noche, aún se veía con la claridad de fuera; al llegar a las columnas blancas, oí una música que me resultó familiar (la había oído cantar varias veces a Bea, mi proveedora musical actualmente); me giré y ya sí que reconocí los melódicos acordes de otra canción de Oasis; torné los ojos, porque me pareció un momento precioso para eternizarlo en mi memoria, y recorrí todo el campo visual a mi alrededor: el pabellón pequeño atestado de gente que bebía y charlaba en compañía, afuera las barras de Psicología y Pedagogía, entre otras, repletas de gente pidiendo; al fondo, estaba el escenario sobre el que pululaban varios pelilargos (como yo), que supuse serían los montadores; también me fijé en la amplia dimensionalidad que daba al local el techo altísimo de vigas de hierro; pero, sobre todo, me asombré del aire en forma de humo que brotaba de las cientos de personas que vivían el momento bajo la bóveda de hierro; y, desde mi otero vi a mujeres reír, jóvenes saltar, otros muchos bebiendo, grupillos sentados en el suelo fumando y bebiendo; en fin, una demostración de que la vida allí estaba muy de moda, y que, pasara lo que pasara, eran conscientes de aquel momento que exprimían; estaba claro que se sentían parte (pieza irreversible) de una generación tan viva como ésta; a fin de cuentas, conformaban una gran familia que disfrutaba de la entrada del ciclo más hermoso del año; y todo ello sucedía en aquella vieja estación preparada para ver nacer escenas como la que yo estaba sintiendo en aquellos instantes, aderezadas con la canción de Oasis; ¡eso es...!, un oasis perfecto era aquello, para que durase eternamente...

Al entrar en el servicio, nos sorprendimos un poco cuando oímos gritar a dos chavalas que (sofocadas por la orina o hartas de esperar en la cola femenina) se habían infiltrado ilegalmente en el aseo de los caballeros y pedían, por favor, que las dejaran utilizar los reservados, que se meaban encima; pero, como no las dejaban, se agacharon allí, en medio de todos, y se pusieron a hacerlo en el suelo; simplemente, les dio igual que algunos de los presentes se agacharan para verles el sexo, el caso es que en vez de reventar, se iban a quedar muy a gusto; y Tony, que había sido uno de los ocurrentes que se agachó, se dirigió a mí en voz alta: ¿te has fijado, la cara que tienen las tías?; dicho esto, una de ellas le espetó en tono arrogante: ¡más cara has tenido tú, que te has agachado para vernos el coño!, ¡so cabrón!; pues, haber esperado como las demás, respondió mi acompañante; déjalas en paz tío, no podían aguantarse, ya está, manifesté yo antes de que llegara la sangre al río; y, justo entonces, me fijé bien en el suelo, descubriendo que lo que había bajo nuestros pies no era un río sino un océano entero; y no era precisamente porque las dos impacientes se hubieran desangrado en el suelo (era difícil saber qué era exactamente lo que, una de ellas, había desalojado de su cuerpo; más que un residuo de orina, un flujo menstrual o, incluso una deposición, aquello parecía el aborto de un *Gremlin*, sin exagerar), sino

porque la mayoría de los urinarios estaban atascados; si no fuera por el indescriptible color que había por todo el piso (amarillento verdoso tirando a rojo azulado, en las zonas menos densas), se diría que allí había habido una inundación de esas que irrumpen en casa cuando llueve mucho y el caño del patio no traga lo bastante; y, para solucionar aquella riada de efluvios humanos, los tíos tenían que mear desde lejos, para no mancharse de lo que estaban soltando en los meaderos; los había que lo hacían en los lavabos que aún no estaban entapados; esto último, era casi mejor que decidirse por los inodoros, en los que había que esperar a tres o cuatro para descargar, y también estaban insoportables (en algunos habían vomitado y el olor era asquerosamente irritable); desde luego... ¡qué generación tan cerda!, pensé /intentando comprender que las necesidades prevalecen sobre todo/; Tony echó el pato en un lavabo, lo que produjo que algunos, que por allí andaban, se rieran de él en vez de..., ¿en vez de qué?, me pregunté yo, si potea es porque se ha pasado bebiendo, allá él con lo que hace, ¿o no?; si no sabe beber que no beba; y yo, tras esperar a tres, oriné en un cagadero que estaba en un estado lamentable: estaba adornado con abundantes vómitos y no pocos restos de materia fecal esparcida por todo el suelo; casi vomito yo también, pero de asco, no de exceso, que no es lo mismo...

Tony dijo: vamos a tomar algo, me pidió para que Lidia no se enterara del regalito que él había dejado en medio de aquella podredumbre; paró en una barra y me invitó a una copa al tiempo que él se tomaba un whisky solo; y no se te ocurra decir nada de que he poteado, me advino; pero yo, simplemente, le hice ver con un gesto de hombros que a mí no me importaba lo que hiciera con Lidia, y, al poco, añadí: haz lo que quieras, pero te recuerdo que es más lista de lo que tú te crees...; parece que la conoces muy bien, ¿no...?, me comentó irónico; como si la hubiera parido, le destruí la intención...

Llegamos adonde estaban las chicas y había muchísima más gente que antes; aunque las luces de las paredes se habían encendido ya, en el centro del pabellón reinaba la oscuridad que se mezclaba con el brillo de los ojos del gentío; ahora, y cada vez más, se veían aparecer rostros realmente marcados por el sol; también desde allí, se veía la puerta en la que se amontonaba un mogollón de gente esperando para entrar; en el pabellón principal no era posible, a aquella hora, estar bailando sin que, a menudo, te empujaran unos cuantos por un movimiento sísmico o etílico, ¿quién sabe...?

Nos fuimos los cuatro al edificio adosado, para paliar un poco la sensación de estar sumergidos en las olas de los cientos de cuerpos que se arremolinaban constantemente, sin marea ni explicación; había allí algunos grupos que se habían sentado a esperar y, como nos daba igual, los imitamos; se notaba que Tony estaba bastante pintón, al igual que su compañera; en cambio, Beatriz y yo habíamos bebido menos y estábamos más sobrios, pero no menos cansados ya que llevábamos allí más de cinco horas seguidas; una vez miré hacia el local principal, donde se oía mucho ruido cuando una canción terminaba, y vi cuando pusieron una de Bruce Springsteen

provocando que la gente se volcara apasionada a bailarla, a sentirla en sus venas, al igual que los cientos de litros de alcohol que habían consumido; y sólo menciono el alcohol, porque estando apoyados en la nave de las charlas, nos llegó un olor muy dulce que nos alegró un poco los sentidos; no hace falta que te diga que eran cigarrillos alterados que yo no suelo fumar, más que nada, porque no sé fumar; no he aprendido a tragarme el humo, por lo que no me hace efecto apenas, ¡vamos, que no!, que yo de porros no quiero saber nada y de tabaco menos, ahí no entro; pero, aún así, me tocó aguantar a mis tres compañeros de juerga que fumaban como indios cabreados...

Ya otra vez en el edificio principal, aparecieron en escena los reclamados Siempre Así, y nos pusimos a bailar en el mar bravo que formaba el público sintiendo las canciones de los Sevillanos en su tierra; cuando terminó la tercera canción, yo estaba ya muy animado, el cansancio que un rato antes empezaba a picarme había desaparecido; una vez más, había comprobado que /estar cansado y parecerlo es la única forma de no pasártelo bien en una fiesta/; después, Beatriz me llamó aparte y me pidió que fuéramos al pabellón de al lado; allí me contó que, mientras que Tony y yo habíamos estado en el servicio, había aparecido el chaval de la otra noche, ése que tenía una trompa de campeonato, y que se había puesto a decirle cosas; ¿qué cosas?, le pregunté; cosas que soléis decir los hombres, me dijo ella; la besé y la tranquilicé, pedimos una copa y volvimos adonde estaban Lidia y Tony; tardamos un buen rato, pero al final los encontramos; estaban cerca de una columna discutiendo acerca de que si el sabor de él era un poco extraño; Tony empezó a contarle que había vomitado un rato antes, cuando una canción de los que estaban en el escenario vino a reconciliar cualquier malentendido; sin más, nos pusimos a bailarla agarrados, que es como se baila mejor, y decía algo así...

*... y mira corazón si yo la quiero
que yo no puedo estar sin su mirada,
que yo no sé qué hacer sin sus caricias,
que yo no sé vivir, si no me ama...*

Al rato de estar con los sevillanos, miré el reloj y eran las dos y pico de la mañana; estábamos, yo por lo menos, bastante cansados y nos fuimos los cuatro a sentarnos a la nave contigua; allí, escuchamos la canción más conocida que tiene este grupo sevillano que, curiosamente, no es original de ellos, y se llama A mi manera; cuando acabó, fui a por dos refrescos: uno para mí y otro para mi novia, los otros dos no querían nada; iba por las naves pequeñas porque en el otro lado era imposible pedir; ésta se dividía a su vez en otras varias, separadas por puertas abiertas, y en cada una de ellas había algo distinto; pasé por una en la que dos jóvenes tenían sendas guitarras flamencas y tocaban canciones del pop actual, creí reconocer, alguna canción de

Loquillo; en otra, la luz era más débil y la gente estaba reunida alrededor de dos chavalas que bailaban con una gracia sobrenatural en medio de la sala; y en la última, había menos gente ya que muchos estaban sentados, e incluso pude ver a algunos durmiendo; creí también reconocer algunas caras pero seguí porque tenía que pedir; en la barra de Derecho, vi a los que acompañaban al borracho (ya lo conozco como tal), pero no a éste, por lo que me preocupé acerca de lo que Beatriz me había contado; me apresuré en pedir y desde lejos vi a mi novia discutiendo con alguien al que no podía reconocer dada la distancia todavía grande entre nosotros; llegué a ellos y mis sospechas se confirmaron: era el borracho...

Enfurecido por mi visión (y no por mis oídos), le arrojé al tío los vasos de refresco que yo llevaba y se quedó un poco como pasmado; pero, al momento, bravo por el insulto, se abalanzó sobre mí logrando hacerme virar hacia el suelo; nos revolcamos un poco hasta que Tony consiguió separarnos; Beatriz no paraba de repetir que no era para tanto: sólo me ha pedido un beso, nada más, gritaba; ¿un beso?, te parece poco, ¿verdad?, vociferé yo a los dos o a ninguno; realmente estaba colérico y necesitaba descargar; perdona tío, no sabía que tuviera novio..., si lo sé, no me meto en nada de esto, perdona de verdad, se lamentó el otro que, visto más de cerca, no parecía mala gente; déjalo Carlos, te has pasado un poco, ¿no crees?, sentenció el otro borracho; vamos Carlos, no vale la pena, olvídalo, me restregó Bea, ya has organizado bastante jaleo; entonces, y no antes, miré a mi alrededor y pude darme cuenta de que se había instalado un gran tumulto de curiosos en torno nuestra; observé al joven, que no sé cómo se llama todavía, y me dio pena verlo tan abasurado, con la camisa y el chalequillo mojados; ¡perdóname, colega!, se me fue la olla tío, ¡perdona!, le dije a la vez que le daba la mano; y me conmovió mucho aquello, porque era una mano cálida, fuerte y agradable al tacto; se notaba, por aquel apretón de manos, que allí no había más que escarbar...; ¿de dónde eres, colega?, le pregunté para ver si conseguía quedar un poco bien, al menos con él, porque conmigo era ya imposible; soy de Nerva, tengo dos amigos que están estudiando aquí en Sevilla y me quedo con ellos en el piso (habló pausadamente); por supuesto, no pretendo nada con tu novia ahora que sé que lo es, perdóname tú también, me dijo dándome otra vez la mano; la semana pasada, monté en Zalamea a tres chavales de Nerva que tienen un grupo, le dije para demostrarle apoyo por los suyos; sí, yo he estado en ese grupo, me aseguró firme; ¿y por qué no estás ya...?, si no es mucho preguntar, propuse; y se le notó en la cara que lo que me iba a contar lo había hecho ya cientos de veces, que era de esas cosas que te pasan que se las tienes que contar a todo el mundo; me peleé con el grupo porque dos de ellos no hacían sino retrasarlo todo, por eso, cuando me echaron en cara que yo también tenía que progresar, no aguanté más y me largué; la verdad es que estaba un poco liado con el trabajo y había dejado un poco el conservatorio, ¿sabes?, entonces, pasó lo de siempre, nos echamos tierra unos a otros hasta enterrar el compañerismo, dijo; ya, comprendo..., y ¿qué instrumento tocabas?; tocaba, y toco, el saxo, respondió; me parece un instrumento

maravilloso, es uno de mis preferidos, le declararé...; ¿de dónde eres tú?, me preguntó ahora él; soy de Campofrío, respondí; de Campofrío son muy buenas las fiestas en verano, me comentó halagado, ¿sabes que estuve unos meses saliendo con una chavala de allí?, me preguntó animado; no, no lo sabía...

Seguí contándole que había ido (contigo) a una fiesta que hizo su grupo hacía casi un año...; pero llegué tarde, cuando entré ya habían tocado, ¿sabes?, tengo ganas de verlos, le aseguré; posiblemente, en aquella fiesta, yo todavía era miembro del grupo pero dejemos eso..., ya no siento ningún rencor hacia aquellos dos porque, en el fondo, son muy buenos amigos míos; así y todo, me gustaría formar otro grupo para que me puedas ver tocar; ya veremos..., me dijo entusiasmado, como si aquello que había dicho pudiera llegar a ser verdad con sólo pedirlo...

La gente que se había amontonado sobre nosotros en busca de algún atractivo morboso, hacía rato que se había marchado por donde vino y la cosa continuaba su ritmo; pero, antes de despedirme de él, vimos a dos guardias de seguridad que venían con la fusta al aire para erradicar una pelea que, decían, había junto a la barra de Arquitectura: ¿habéis visto alguna pelea por aquí?, nos preguntó uno de los musculitos con cara de gilipollas; nos miramos el uno al otro y, en respuesta, movimos los hombros como diciendo: ¿y yo qué cono sé..., payaso?; el saxofonista se marchó, no sin darme un cálido abrazo; y no quise comentarle lo de la otra noche, cuando iba tan borracho, parecía tan buena gente que me dio lástima mostrarle su cara vil, su otro rostro (el que todos llevamos oculto y que sólo en algunas circunstancias se manifiesta exteriormente, como en aquella noche de alcohol); cuando Bea y yo nos despedimos de Lidia y Tony, hasta el día siguiente, para ir al concierto de los Siniestro Total, eran las tres y media de la madrugada...

Beatriz iba tarareando la canción de Oasis, aquella que tanto me gusta, a la vez que se dejaba llevar hacia la salida por la nave adosada; después de un buen rato, cuando aún no había empezado la segunda actuación, conseguimos salir...

En la calle hacía un frío seco que luchaba por asentarse en la despierta ciudad; también había muchos chavales y chavalas en la puerta, bebiendo y cantando, esperando la entrada al recinto de la vieja estación, sin saber que estaba llena hasta el tapón, rebosante de almas; Bea tenía hambre y no parecía enfadada por el incidente de hacía un rato (pero tampoco parecía alegrarse); yo creo que, simplemente, lo había olvidado, porque carecía de importancia, si es que la tuvo; eso sí, nos había servido para conocer bastante mejor al que vimos aquella noche desabotonándose la vergüenza en mitad de la calle; te acuerdas que te lo describí, ¿verdad?; cruzamos la calzada atestada de coches, motos y bicicletas que se dirigían hacia la calle Torneo; seguimos andando un poco más y fuimos a darnos de bruces con un local que está muy de moda ahora, y ello, gracias a un contrato de publicidad barata que han conseguido en el panel nacional; ¿el móvil?, una voz que dijo lo que todo el mundo sabía y nadie se atrevía a admitir; al fin y al cabo, estaba allí, con las persianas de las puertas rotas; y ahora me gustaría contarte algo sobre esto, a ver qué opinas tú;

resulta que la opinión pública no se explica cómo, pocos meses atrás, decenas de jóvenes menores de edad se prostituían a cambio de algunas miles de pesetas por noche en aquel pub; les parece mentira lo que la zona aquella ha tenido que soportar durante «x» tiempo aunque, cursos de la vida, no imposiciones; en contraste a ello, escuché ayer en el programa de Olga a un hombre que reprochaba a la gente de criticar y de echar tierra a los imputados en el caso que estaba comentando: «no son niños de ocho o diez años, sino jóvenes con dieciséis y diecisiete que bien saben lo que hacen, señores, no hubo tal manipulación de la que se jactan los medios de comunicación, es la gente ansiosa de aniquilaciones aberrantes y de sadismo que transforma la vida íntima de unos cuantos, un poco rara y exultante (pero suya), en un escaparate de sus propias fobias y complejos sociales..., a sabiendas de que nadie está a salvo de la ley», declaró el sujeto...

Intentamos tomarnos una tapa en el bar de al lado, que no sé cómo se llama, y el sieso del tío que estaba allí no quiso atendernos; si te digo la verdad, parecía que exigía, con aquella cara de sargento que tenía, el pago de una especie de cuota moral para sufragar la mala andanza de sus convecinos (tan mariconazos ellos, pero sin ofender a nadie); y es que, a quién le importa con quién se acueste nadie, ni lo retorcida que, en el fondo, es la gente que nos rodea; /allá cada uno con su cruz/, digo yo, en consonancia con el que llamó a la radio, ¿o no?, ¿tú qué dices?, cada uno a su bola...

Dije de coger un taxi pero Beatriz quería andar, y yo, de mala gana, acepté temiendo resfriarme de nuevo ya que sólo llevaba una blusa y estaba empapado en sudor; nos dirigimos andando a mi piso, a éste que ahora me acoge, y cuando pasamos por la Plaza del Salvador recordé, con ella a mi lado, aquel día en que llovía y ella se fue corriendo de la heladería; poseído por aquel recuerdo, la besé y la retuve a mi lado mientras tarareaba la canción de los británicos; no había duda, estaba más sobria que la noche del viernes de hacía dos semanas, caminaba más derecha y la voz le salía más compacta; yo, en cambio, después de la pelea que los guardias de seguridad evitaron (jo, jo...), no sentía sino un vago sentimiento por haber cerrado las puertas al ocio y haber entrado en un pasillo más estrecho y frío: el de la realidad, la cruda realidad; ¡vamos!, que me cortó el punto, ¡caray!, tú me entiendes...

Llegamos al piso, y caí en que casi no nos habíamos encontrado con nadie en el camino, si acaso un par de parejas que iban al encuentro del amor o, mejor dicho, al desencuentro de la noche por el túnel del sexo...; me puse a ducharme para que mis axilas despecharan aquel olor a sudor que mantenían y mi cuerpo recuperase su temperatura ambiental; y, entretanto, ella se quedó echada en el sofá, viendo una película subtitulada en la dos que se llamaba *Bailando en la oscuridad...*; Bea, ve arriba y me traes una toalla para secarme, le dije tras cerrar el agua de la ducha, pensando que estaría cerca; y, al poco, la cortina se descorrió y pude saborear con los ojos el cuerpo desnudo de mi reina; ahí está la toalla, pero antes me voy a duchar contigo, me dijo en un tono relamido que me impresionó y me sacudió de placer; y,

sin más, me sometí al ritual: abrí el agua para que no sintiera frío y se metió en la bañera conmigo...

Fue una sensación maravillosa: en la ducha con la mujer a la que más quiero, y acariciándola a mi antojo; reinicié de nuevo mi ducha al par de la de ella, mientras que nos besábamos entre las pompas de jabón y el chorro .del agua caliente...; luego me enfrasqué en una exploración por su limpio cuerpo; embadurnada con el agua caliente y el jabón, su espalda me pareció un oasis donde mis dedos descubrían sensaciones táctiles hasta ahora desconocidas por mí; sus senos calientes me parecieron la mejor meta de mis caricias, a la vez que ella derramaba su largo pelo sobre mi espalda, y yo la halagaba con el teléfono de la ducha...; más tarde, cuando me abracé a su escurridizo cuerpo, impregnado de espuma de sales, derritiéndose de gusto, tuve la sensación de estar aprehendiendo a una diosa del Olimpo dotada de una divinidad perenne...; después le tocó el turno a ella: me masajé la espalda con sus manos y sus uñas, y me sentí abierto en canal a su corazón; abrí las piernas y me acarició el sexo mientras me mordía el cuello, lo que me hizo ver que (bajo aquella agua milagrosa) estábamos tergiversando los papeles: ella acariciaba y yo sentía, y viceversa...

Ahora no sé cuánto tiempo pasamos allí, sumergidos en el vapor de nuestros deseos, en el agua de nuestra imaginación, en la intemporalidad de nuestro calor, en aquel oasis de espuma y caricias, obnubilados por el ansia de dos enamorados que disfrutaban de sus cuerpos y de sus sueños; sólo sé que después cogimos la toalla y permanecemos amordazados el uno al otro bastante rato, el justo para que llegáramos a sentir frío y tuviéramos la necesidad de buscar el calor de las sábanas (o el recíproco que de nosotros emana dentro de ellas); y entonces me lo confesó: voy a escribir una novela preciosa que se llamará como tú quieras; y me sentí el hombre más feliz del mundo; porque te quiero, Carlos, te deseo locamente y quiero que nunca me abandones pase lo que pase; sí, Bea, nunca lo haré, nunca te dejaré, te lo prometo, yo también te quiero a morir; y, después de aquel amasijo de miradas y palabras hirvientes, nos acostamos con los cuerpos todavía húmedos de vapor de pasión, de espuma de sueño, e iniciamos el preámbulo del amor, aquél tan necesario y, a la vez, olvidado por las parejas antes de llegar al escalón mojado del viaje a los sentidos...; hicimos el amor varias veces en un interminable efluvio de gemidos y de movimientos pélvicos, al ritmo de las canciones de Siempre Así, y cuando nos dormimos era casi de día...

Soñé que vivía en un mundo de algodón donde toda la gente paseaba desnuda, que asistíamos a un concierto como el que habíamos presenciado horas antes, pero donde todos se amaban al ritmo de la canción de los Oasis; éstos tocaban también desnudos, al igual que todo el público, sobre un escenario de algodón azul que les permitía flotar de vez en cuando exentos de gravedad, divinos en su gracia musical; soñé que veía al saxofonista y que lo abrazaba para pedirle perdón en el fondo de mi alma, que lloraba por haberme propasado con él, hasta que llegaron los guardias

preguntando si habíamos visto alguna pelea...; pero desperté en mitad del sueño y reconocí, como a un enemigo de la infancia al que siempre tuvimos miedo, los síntomas inequívocos de la gripe en mi espalda; era, sin embargo, el precio que tenía que pagar: someterme a los azares de la salud...; miré a mi amor y la amé más que nunca porque horas antes me había entregado su cuerpo limpio y libre de tabúes, porque había partido su corazón en dos y me había dado una parte que supe digerir muy a gusto bajo la fuente de sus sonidos; la quise porque su pelo la protegía de todo odio, porque sus párpados ocultaban de nadie más sus perlas verdes, porque había destapado su imaginación ante mí al regalarme aquella llave en forma de toalla; la quiero porque no puedo hacer otra cosa que quererla, y sólo sé que eso es lo que soy: un ser que ama...

A veces, me sorprendo de lo maravilloso que es esto de escribir: me transporta, me saca del tiempo real, me introduce en la lavadora de mi subconsciente y nado entre mis recuerdos, probando de nuevo aquellos que me gustaron, desperdiciando aquellos que no me satisficieron y, ante todo, eligiendo en mí lo que pienso; me siento muy lleno cuando levanto la vista del diario y veo la escalera de madera encima del televisor, y miro hacia atrás, a la ventana, y me da igual que haya o no luz; el tiempo se ha detenido, soy un ente pensante (o más bien recordante) que bucea entre las líneas y me zambullo en las palabras, las condecoro, las limo y les saco gusto, a veces salobre, a veces dulce como un flan; está claro que me gusta escribir porque separa mi cuerpo de mi mente o, más bien, separa mi mente de lo actual: me desconecta de lo real, de lo que nos encontramos a cada momento; navego en un «tempo» flexible que me permite existir en una extensión mucho mayor de la que en realidad poseo..., pero aquí vienen estas dos mujeres, a ver qué dicen...

Se han marchado ya y me han dejado solo con mi crinitis psicológica, esta gripe que me tiene hasta los huevos (hasta los huevos me duelen cuando pienso en lo que me estoy perdiendo); pero bueno, como dicen los viejos de mi pueblo: tranquilo chaval, que más se perdió en la guerra y aquí estamos...; ahora, cuando las he visto salir a las dos, me ha venido a la memoria otro día en que me pasó algo parecido; mi memoria se ha desplazado a un viernes del mes de diciembre del 95 en que Bea se presentó con Lidia para salir, pero yo no podía porque tenía un examen el sábado; después de ponerme los dientes largos, se fueron por ahí de juerga; llevábamos ya pues... dos meses y pico saliendo y, al igual que hoy, yo era muy respetuoso con ella, veía todo lo que hacía como algo bien hecho..., y vi bien el que se fueran de juerga sin mí...; sin embargo, a eso de las cuatro de la madrugada, llegaron un tanto «contentas»; ya ves, por si fuera poco con la primera visita, vinieron también en mitad de la juerga a calentarme los morros; no obstante, yo pasé un kilo de ellas; yo estaba arriba, sentado de espaldas a la escalera y estudiaba sobre la mesa, a la luz del flexo (que presta una luz tenue y apagada fuera del campo de acción de éste); y, entretanto, las sentía abajo reírse por lo ebrio de su estado...; pero pasó un rato y pareció que se habían calmado un poco; parecían haberse quedado dormidas, por lo

que seguí empollando, consciente de que, en el fondo, eran responsables y sabían lo que hacían; pero, de pronto, oí pasos en la escalera; Bea sube para darme ánimos, pensé, y seguí volcado en los libros esperándola; llegó y, abrazándose a mí, apagó la luz del flexo; empezó a besarme en el cuello, en las orejas, y me levantó de la silla arrojándome a la cama; allí, me cubrió de besos y me repasó con dos manos que me llevaron sagazmente a una esfera hasta entonces desconocida para mí en el amor, o más que eso, en el sexo; pobre Lidia, debe estar ahí abajo durmiendo en el sofá, me dije mientras que la besaba y me quitaba la camisa; pero, cuando comencé a abrir la suya, sentí abajo una voz lánguida que reclamaba una presencia ausente: Lidia, tía..., ¿dónde estás?, Lidia, tía..., ven; al principio, no reaccioné, debido al estado mágico en que estaba sumido, pero cuando caí, sentí una punzada en el corazón que me dolió como una daga afilada; no había duda: estaba acostado con la mejor amiga de mi novia, y en su ebria presencia; aparté su cuerpo en silencio, alejándome del delito carnal, del éxodo sentimental al que había sido condenado, y sin mediar palabra, me propuse algo irremplazable: socorrer a la pobre Bea (triste marioneta de la noche), pobre por lo que se había perdido: la consciencia de una traición...; rehice mis ropas y me lancé en busca de mi ángel descarriado; Dios sabe que no quise serle infiel, fui engañado por la oscuridad de la estancia de arriba y por la similitud corporal que existe entre las dos amigas; mientras bajaba las escaleras, las examiné mentalmente, a la luz cetrina del asombro, y sólo pude encontrar una diferencia digna de mencionar entre las dos: el color del pelo; el de Bea es negro mientras que el de Lidia es rubio de oro; aunque después tienen otros muchos rasgos, como el color de los ojos, la nariz, la boca, que las hace más diferentes, pero, por lo demás, son casi idénticas...

Cuando llegué abajo, abracé a Beatriz, que estaba semidormida en el sofá buscando a su amiga, y la entretuve mientras que la otra bajó sigilosamente dirigiéndose al servicio, con lo que la excusa estaba facturada; llevé a mi novia arriba para que durmiera en la cama de Ignacio (que aquel fin de semana tampoco estaba); y la acosté con el cariño de una madre que arropa a su hijito de cuatro años, tan travieso él, que se sale del parque donde juegan los demás niños, y se va a coger renacuajos al río que está en las afueras del pueblo con su amiguito que se las da de listillo; cuando bajé de acostarla, Lidia estaba en el sofá fumándose un cigarrillo; la analicé con la mirada y descubrí que estaba más encajada que la otra pobre que dormía arriba; se terminó el cigarro y, sin decir palabra, la dueña momentos antes de mí, tomó partida hacia la noche fatal...; y en los días siguientes, le agradecí que le contara a Bea que se fue porque recordó que tenía que coger temprano el autobús; le explicó, además, que ella no hacía nada en mi piso a aquella hora tan inusual y en las circunstancias en las que se encontraban: una ebria dormida y otra ebria «despierta»; en aquellos días recientes, agradecí también, desde lo más íntimo de mis emociones, lo que me hizo sentir aquella noche: la forma en que se prestó a despertar el instinto sexual de mi ego varonil; hasta entonces no me había sentido amasar por una erudita del amor como ella; supo hacerme algo que mi novia no me había hecho nunca; pero el tiempo pasó

y ocurrieron una serie de cosas que anularon todo aquello que sentí por Lidia, Bea me ha dado ya mucho más que ella, y que todas; a ti te lo confieso: Beatriz ha superado con creces todo mi pasado y te aseguro que la quiero mucho; sin embargo, una duda (fruto de la coraza que otorga el tiempo) me asoma: no sé si la estoy queriendo más que a ninguna otra; ya sabes que de eso tiene la culpa el tiempo, que enseña que no hay nada para siempre, que nunca puedes decir esto es lo más, que te hace desconfiar de todo, y te inculca una verdad: hagas lo que hagas, siempre habrá otra cosa que lo supere todo; creo que es una jugarreta de la conciencia que nos impide disfrutar de lo que tenemos, ¿no?; en cuanto a Lidia, ya te contaré después de Semana Santa porque no me cae bien ni siento ningún acomodo por ella; sólo te adelanto que, por su culpa, casi no estoy ya con Bea; estuvo a punto de destrozarnos nuestra relación, casi, casi...

Pero lo que importa ahora es el presente; las he visto marchar a las dos tan iguales, tan diferentes, en busca de una noche de música como la que van a poder disfrutar, y he recordado aquélla en que me quedé a empollar (ah, por cierto, aprobé); así que, hoy toca otra vez descanso; ahora voy a ver algo en la tele, y si no, me acuesto y ya está...

*(Mediodía del sábado. Almuerzo en la salita.
Los tres en la mesa).*

YO.—Al final, no terminamos a tiempo...

MI PADRE.—No te apures hijo...

YO.—Sí, pero es que ya es tarde...

MI PADRE.—Ya te lo dijo Ramón, que para el Día del Libro era imposible...

NOELIA.—Y además, yo creo que estamos cortando demasiado las historias...

MI PADRE.—(A MÍ). ¿Te das cuenta?

YO.—Sí, pero no hay más remedio..., si pasa mucho tiempo, esto no servirá para nada.

MI PADRE.—Pero, ¿qué más da una semana más que menos?

NOELIA.—Es verdad...

MI PADRE.—Noelia tiene razón, estamos apresurando demasiado los hechos...

YO.—Sin embargo, hay que pasar ya a la siguiente historia, a lo de Rosario.

NOELIA.—Pero eso es eliminar un año y pico de la historia.

YO.—Pero ocurre, Noelia, que, en ese año y medio, nuestra vida entró en una especie de barbecho.

NOELIA.—No entiendo lo que dices.

ABUELO.—Sí, Noelia..., la vida en la familia se hizo muy normal, no pasó nada nuevo. Tú ibas a la escuela, tú padre en la tienda y yo en mi trabajo.

NOELIA.—Sí pasó algo nuevo. Entró Marisa como criada...

ABUELO.—Bueno sí, la hija de Eugenia entró como criada. Tu padre dejó de ir a Sevilla porque cerraron el almacén y porque no tenía tiempo; dejó de salir los fines de semana porque le gustaba mucho irse al campo. Y yo trabajaba cada vez menos y esas cosas...

NOELIA.—¿Entonces...?

ABUELO.—Pero son circunstancias que no abren ninguna expectativa, sino que las cierran. Es el resultado de dos despedidas sin adiós...

NOELIA.—También, por entonces, venía mucho Carlos, el chaval rubio de Campofrío, ¿te acuerdas papá, de las veces que te fuiste con él aquel verano?

YO.—Sí, me acuerdo.

NOELIA.—Y después estuvo un tiempo sin venir, hasta hace un par de semanas.....

YO.—Sí...

NOELIA.—¿Era él el que estuvo aquí el Viernes Santo por la noche, no?

YO.—Sí, Noelia...

NOELIA.—¿No será ese Carlos el que te ha mandado el diario?

ABUELO.—Ya te hemos dicho que es un viajante amigo de tu padre al que tú no conoces...

NOELIA.—Bueno, yo sólo quería estar segura...

ABUELO.—(*Un poco enfadado*). No habrás leído el diario, ¿no?

NOELIA.—No, que va...

YO.—Tranquilo papá, no lo va a leer..., ¿verdad Noelia?

NOELIA.—No lo voy a leer, pero esto me parece muy extraño. No me dejáis leer el diario ni muchos capítulos de la novela, y ustedes sí podéis leer lo mío...

ABUELO.—Noelia, confía en nosotros. Si quieres, cuando terminemos la novela te dejamos leer el diario, o la novela entera, pero antes hay que acabarla...

NOELIA.—De acuerdo...

YO.—Compréndelo Noelia, hay que seguir con la novela, mantén la paciencia unos días más...

NOELIA.—Entonces, ¿empezamos ya con la historia de Rosario...?

YO.—Eso es, hacemos una elipsis...

NOELIA.—¿Una qué...?

ABUELO.—Se dan por entendidas algunas cosas y nos centramos en lo importante.

NOELIA.—Entonces vamos al mes de junio del 95 ¿no?

ABUELO.—Así es...

NOELIA.—Me gusta, me gusta...

YO.—(*Levantándose*). Una cosa sí os digo..., si queréis podéis ser un poco más minuciosos en esta historia. Noelia tiene parte de razón respecto a lo de que estamos contando poco de las historias.

ABUELO.—De acuerdo.

NOELIA.—Entonces, empiezas tú abuelo...

ABUELO.—¿Y eso...?

NOELIA.—Yo voy a dormir un rato, que me dijo Ramón que así se escribe mejor, recién levantada, ¿sabéis...? (*Se va*).

MI PADRE.—(*Mirándome*). Este Ramón ha conseguido transformárnosla en una verdadera artista.

YO.—No creas, ya lo era antes...

MI PADRE.—Menos mal que no ha seguido preguntando sobre Carlos...

YO.—Sí, menos mal... (*Me levanto para acostarme*).

Mi hijo la conocía desde niña —desde que ella tenía unos cinco años y él catorce—. «Era de esas chiquillas con las que te gustaría casarte, de tiernas y bellas que se ven que van a ser», me ha contado recientemente, para ilustrar esta novela.

(Puede parecer una idea descabellada pero yo tengo un amigo que, cuando contaba diecinueve años, se enamoró de una amiguilla de su hermana pequeña. Y aunque la niña tenía sólo ocho años, él ya veía en su cuerpecito la simiente de un gran amor. A pesar de la diferencia, la esperó y me parece que se han casado. Un día de éstos le preguntaré al hermano a ver qué me dice).

Ya de mayorcita, Rosario —que así se llama la que nos ocupa ahora— había empezado a estudiar una carrera, pero se cansó. Y, en el pueblo, se encargaba de llevar las cuentas de su padre que tiene una frutería en la plaza. No es que hubiera muchas cuentas que llevar, pero a ella le gustaba moverse todas las mañanas entre aquellos bocados de vida —tan apreciados por la gente y recomendados por los médicos—. Si hay algo que nosotros nunca hemos vendido demasiado ha sido la fruta y el pescado fresco. Eso lo dejamos para la plaza, una tradición que se está perdiendo. Y el mes pasado perdimos hasta la plaza. Una máquina estaba como un toro encabritado derribándolo todo para reformarla. Algunos de los puestos que había, han cerrado provisionalmente, y otros se han montado en el viejo cine que hace las veces de teatro y de sala de fiestas.

Corría el mes de junio del 95 —ya había pasado la romería, un tanto floja— lo que hacía que el pueblo se despertara un poco más aclarado cada mañana. Los días eran más azules y las casas se despojaban, a fuerza de horas de manos de obra en pintura, de la humedad que las había ido empañando a lo largo del invierno. Habíamos notado ya en la tienda, igual que cada año, un incremento en el consumo de pinturas para fachadas e interiores.

La acción se centra ahora en una tarde mansa de jueves. Yo estaba jugando al dominó en el bar y Noelia se encontraba en el Parque rodeada de naturaleza viva. Mi hijo, sentado en la mesilla que está junto a la caja registradora, daba rienda suelta a una de las mejores cosas que le ha contagiado Carlos: la lectura. Y puedo decir, al cabo de un año casi, que nos ha Servido para sentirnos más fuertes en esta empresa.

Ya se sabe, la realidad se desmorona sin fantasía.

Rosario llegó como aturdida —me contó Juan Antonio—; recuerdo que la sentí entrar en la tienda y la creí indefensa librándose de la cortina de tiras de plástico que había. Pero al poco, cuando hubo comprado algo, manifestó plenamente su misión. Aunque parecía inverosímil, buscaba un libro que, si bien entretenía, contribuía también a elevar la temperatura ambiental del cuerpo:

—Se trata del *Libro de Buen Amor*, del Arcipreste de Hita. Me lo ha recomendado una amiga que está estudiando Filología Hispánica. Me ha dicho que puede ser un buen entretenimiento a mi vida, tan monótona últimamente —argumentó Rosario.

Aunque mi hijo no había leído el citado ejemplar, le constaba, por sus estudios que realizó hasta Tercero de BUP, que era algo picante y que rayaba en lo erótico (pese a haber sido escrito allá por mil trescientos y pico, creo recordar). Sopesando un poco las expectativas, encajó la puerta de la tienda y subieron a la casa a ver si encontraban, en nuestra biblioteca particular, el ejemplar que le había pedido.

Nos pusimos a hablar sobre cosas de negocios, sobre la gente cómo es, y —según me contó— me ocurrió que, cuando llegué arriba, me había olvidado del verdadero motivo que nos llevó al comedor. Y, ya allí, caí en la cuenta de que también me había conseguido evadir por unos minutos de la cruz que llevaba a cuestas, de los fatales acontecimientos todavía frescos que me acosaban. Desde la muerte de mi madre y la marcha de mi mujer, no salía mucho; a decir verdad, me encontraba inmerso en una etapa muy emotiva y había decidido —iluso de él— arrebatare, si cabía, un poco más de cordura y felicidad. Estaba, por tanto, bastante aislado de la vida social del pueblo. Menos mal Carlos, que me sacaba de vez en cuando.

—Si no tienes mucho que hacer, ¿qué te parece si nos quedamos un rato aquí charlando?, hace tiempo que no hablo con alguien algo que no sea del negocio —propuso ella, viendo que no encontrábamos el citado libro, olvidando la premisa que le había llevado hasta allí.

—De acuerdo, sentémonos en el comedor —acepté. Y eso hicimos, el uno frente a la otra.

El comedor sólo goza de la luz que otorga la ventana que da a la escalera (y que baja a la tienda). Es una estancia pobre de claridad, por tanto. Aquella tarde, en cambio, sí entraba un grito de luz por la puerta que conduce a la salita. Ésta estaba bien

ventilada y el sol se asentaba en los muebles que descansaban —y descansan— allí. El mobiliario del comedor estaba, aquella tarde, compuesto por dos sofás individuales en torno a una mesita de cristal muy fino que los separaba. Detrás de cada sillón, colgados en la pared, había dos cuadros a cada cual más bello. Detrás del sofá en el que se sentó mi hijo, había uno del poeta Gustavo Adolfo Bécquer, en la que se destaca esa imagen romántica que ha perdurado del célebre sevillano. Y, justo a las espaldas de donde se sentó ella, brillaba un cuadro que le gusta mucho a Juan Antonio; se trata de una copia del óleo de Tiziano, de la era renacentista en Venecia: *La Venus de Urbino*. El cuadro muestra en primer plano a una joven morena, con el pelo largo y rizado sobre los hombros, posando desnuda en un lecho. Lo particular es que la joven se abriga el pubis con una mano casi sin vida, como caída allí. Y, a sus pies, duerme un perrillo, que es el único signo de abandono en el cuadro. Al fondo, en otra alcoba muy cercana, como para reafirmar la inflexibilidad del entorno, se ve a una matrona castigando a una niña vuelta de espaldas y arrodillada en el suelo. Una ventana, a través de la que se ve una columna, un macetón y nubes negras que anohecen, es el punto de escape del cuadro, allí donde la imaginación se dispara. Y, hacia el oeste, estaba el mueble bar, en el que había más tonterías que en un mueble bar, valga la escasa originalidad y la total redundancia de la comparación.

Aquella tarde —pude ver yo después con mis propios ojos—, Rosario llevaba una faldita corta y una blusita blanca que no le ocultaba demasiado la ausencia del sostén. Cuando se sentó frente a mí —me contó muy bajito—, con aquella faldita celeste, me costó bastante reprimir una furtiva mirada hacia sus piernas. Así que, como no soy muy disimulado, me fui a la salita a poner algo de música en el equipo. Y una vez allí, no se me ocurrió otra cosa que darle al «play» en la cinta que estaba puesta: una de Isabel Pantoja, lo que produjo cierta confusión en el ambiente.

—Oye..., ya que estamos..., ¿te gustaría tomar algo?

—Me gustaría mucho una cervecita, si tienes... —dijo ella.

Yo no solía —ni suele— tomar alcohol pero, acariciado por la luz del sol y una ilusión emergida de lo más olvidado de mi juventud, consentí en beberme otra a la par de ella. Luego, cuando volví ante ella, empecé a hablarle de mis cosas, pero no pude evitar mirarla a las piernas. Justo entonces, cuando saboreaba con la vista el color de sus nalgas, las descruzó y las volvió a encajar de la misma forma en que la sensual Sharon Stone lo hacía en la película *Instinto básico*. Pero yo creo que ella debió notar que la miraba mucho, porque se giró para comentarme algo acerca del cuadro que tenía detrás. Una *Venus* detrás de ella, un poeta detrás mía. Explosiva amalgama de artes. Pero, en definitiva, uno sólo.

El arte de seducir.

Charlamos un buen rato sobre sus estudios, los que había abandonado hacía un año, sobre su tienda y sobre la nuestra. En cierto momento, ella mencionó que hacía

tiempo que no me veía por ninguna parte pero, cuando iba a explicarle el consabido porqué, me cortó con otra pregunta:

—¿Qué te parece si vamos al Parque a dar un paseo...?, aún es de día y no hay mucho que vender ahora que ha pasado la romería —me propuso divertida.

Y acepté, más que nada, porque estaba empezando a molestarme algo en la entrepierna de imaginarla desnuda entre mis brazos, entregándose a mis caricias en mi lecho nupcial, tan cojo en los últimos meses... Pero, al levantarse, repitió el famoso descruce de nalgas. Y pude apreciar, gracias a una rendija de luz que se reflejó en la mesilla de cristal, y que fue a parar justamente a sus piernas —me lo juró—, el vello tupido de su vientre. Y, por un instante, pensé que toda ella tenía un parecido insoportable con la mujer del cuadro. Caí en la cuenta de que poco distaba entre la belleza virginal de las dos, aunque sabía que Rosario de virgen tenía más bien poco.

Mi hijo cerró la tienda a eso de las nueve, violando la original anti-ley que mi mujer había regalado a su clientela (la casi permanencia de horario por las tardes provocaba el que hubiera noches en que la gente llegara a partir de las diez. Por eso, en ocasiones cerrábamos a eso de las doce o la una de la madrugada. En verano, claro está), y se dirigieron al Parque.

A medida que caminábamos por la calle Cervantes, en la que hay un bar que se llama El Quijote, la conversación se hacía más fluida —me contó mi hijo—. Habíamos congeniado de una forma tan mágica que, en una ocasión, me sorprendí a mí mismo en el amago de acariciarle el cuello por debajo del pelo. Quizá por la proximidad del Parque, una renovadora esperanza se abrió ante mí. De la misma manera en que las aguas del Mar Rojo se abrieron ante Moisés en la película Los Diez Mandamientos, vi apartadas las aguas oscuras que mantenían sumisa mi capacidad de ser feliz. Y me sumergí en un pensamiento claro y celeste.

Estaba flirteando.

Ya en el Parque —siguió narrándome mi hijo—, la gente nos miraba como si fuéramos compañeros sentimentales de toda la vida. Paseamos un rato entre tanta vida, a través de los árboles, y vimos a unos chavales que jugaban un partido de fútbol en un llano que hay a la izquierda. Seguimos por el camino central y divisamos a muchas parejas, besándose tiernamente en los bancos, junto a los niños que correteaban por entre los columpios. La increíble verdad es que tuve que hacer un esfuerzo desesperado para no tomarla de la mano. Sabía que no había nada de malo en ello, pero no era lo más... ¿ético? Y la contradicción, como en todo, llegó: ¿acaso era ético, y aceptable moralmente, que una joven de veintidós años se presentase en casa de un hombre de treinta y dos, con una faldita celeste, sin bragas y con una intención disfrazada de libro? No, no lo era. Pero me resistí fuertemente a cogerla de la mano.

Y esta vez, fue ella la que me invitó a otra cerveza en el bar. Aunque creo que quizá lo hizo por ahorrarme un dolor de ojos de tanto mirarla a esas piernas perfectas, embadurnadas de juventud, que me regalaba. También yo decidí que ya era demasiado acusado el hecho de mirarla a su extremidades inferiores y me senté a su lado, en vez de enfrente. Nos tomamos otra cerveza más mientras vimos al sol perderse a lo lejos, incrustándose en uno de los cerros que quedaban hacia el oeste —allá por donde Dios pegó las cuatro voces y nadie las oyó—. Pero, antes de perderse, el sol, me pareció que éste se había ocultado detrás de un ciprés para espiarnos; y hasta tuve la sensación —un poco inútil— de que todos me observaban estando con aquella muchacha.

(Lo malo de los pueblos es que todo el mundo conoce a todo el mundo, y no es fácil, por no decir imposible, hacer algo sin que se sepa a las veinticuatro horas en cualquier recoveco de la localidad. Lo que sentía Juan Antonio es que, al día siguiente, todas las «Marías» hablarían de un posible romance entre el hijo del Bernal y Rosarito la frutera. Y en eso no se equivocó demasiado).

Anocheció demasiado pronto, o al menos así me lo pareció a mí, y se encendieron las luces del Parque que, si bello es de día, más lo es de noche iluminado sólo en los puntos precisos para ser guiado a través de los árboles. No me dejó pagar las cervezas que nos tomamos, y volvimos a salir de la naturaleza. No obstante, al alejarme de allí, me dejé guiar por la esperanza de que entre ella y yo podía haber algo más que un chisme popular. Y, al dejar el Parque, me pregunté algo no muy normal, algo que uno no se cuestiona todos los días. La pregunta era: ¿quién acompaña a quién? Esperé un poco a ver si venía la respuesta.

Pero me temo que nunca llegaré a saberlo.

Cuando pasamos por la puerta de su tienda, todavía en la plaza vieja, ella la observó con satisfacción, como dueña de su trabajo, cosa de la que en verdad podía sentirse orgullosa. Y me refirió, al pasar por la tienda —pero mi hijo no hizo mucho caso a la clave de sus palabras—, que los muchachos del pueblo hacía tiempo la tenían en «desuso» porque la veían como más «ceporra», en comparación con las contemporáneas de su edad, que estaban en las capitales estudiando una carrera, o intentándolo.

—No todo el mundo vale para estudiar, Rosario; y nadie es menos que nadie por no haber hecho lo que creía insuficiente y antirentable —respondí, tomando el buen sentido de la palabra.

Ya en la puerta de nuestra tienda, pude ver a Noelia jugando con sus amigas, y me

retraje un poco pensando quizá que la niña no viera bien aquello. Pero Noelia, al reconocerla, se acercó a ella sonriendo y le dio un beso —algo muy normal en las mujeres—. La niña manifestó abiertamente su acuerdo en que yo hubiera salido a dar un paseíllo —sin toros— y me olvidara un poco de mis cosas. Entonces, Rosario la atrajo hacia sí y le preguntó una cosa al oído mientras que yo las examinaba exento. Y creí ver, engañado quizá por el deseo, que se parecían tanto la una a la otra que a cualquier viandante, desconocedor de la historia, no le hubiera costado reconocer que eran madre e hija, en vez de hija mía y amiga mía.

Tras escuchar aquellas palabras, que aún hoy son vedadas para mí —y, por supuesto, para mí—, la niña volvió con sus amiguillas.

—¿Qué te parece si salimos el sábado por la noche a tomar un par de copas? —me preguntó, allí como estaba la calle de gente, Rosario.

—Está bien..., de acuerdo... —manifesté sorprendido y ojeando a mi alrededor.

—Mañana vengo a buscarte a las diez, ¿de acuerdo? —me dijo al tiempo que me daba un beso rápido de carmín cremoso. Acto seguido, se marchó calle arriba.

Y me quedé mirándola cómo se llevaba esa fragancia de melocotón que me dejó en aquel beso inesperado pero bien recibido.

—Juanan, no sabía que fueras tan ligón —le dije yo que llegaba del bar de jugar al dominó. Los había visto, y aparecí justo a tiempo de acariciar con la mirada aquel cuerpo moreno, de bellas piernas, que se marchaba calle arriba.

—¿Papá, tú tienes un ejemplar del *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita? —me preguntó, quizá sólo por evadir mi comentario, creí entonces.

—¡Claro que sí!, precisamente ayer se lo presté a mi amigo Amando —le contesté rápido. Amando es el vecino de Rosario, que tiene una hija que se llama Adela, de la misma edad que la frutera, muy amigas ellas dos. Todo encajaba. Buscaba el *Libro de Buen Amor* que sabía que tenía, pero no en ese momento.

(NOELIA entra en la habitación, semi-dormida, y se sienta.

MI PADRE ya está allí).

NOELIA.—¿Te queda mucho abuelo...?

ABUELO.—No, ya he terminado con la primera tarde...

NOELIA.—La primera tarde, ¿de qué?

ABUELO.—La tarde en que Rosario vino a ver a tu padre...

NOELIA.—Sí, eso es..., entonces, yo seguiré con lo del Parque...

ABUELO.—Ahí va. ¡Exacto! Una elipsis perfecta. Pero recuerda: sé un poco más minuciosa en los detalles.

NOELIA.—Sí, abuelo...

ABUELO.—Sigue tú con lo del Parque, que yo voy a escribir un par de cosillas más...

El proyectil social no se hizo esperar. Al día siguiente, parecía que la gente no sabía hablar de otra cosa. En la tienda, muchas mujeres se anticiparon mucho antes al simple hecho de que mi hijo estuviera saliendo con la frutera. Incluso algunas me congratularon por ello. Otras me acosaron con preguntas de todo tipo, pero yo las evadía simplemente señalándome el reloj.

El tiempo diría.

Aunque no podía ser descortés porque, en verdad, no había motivo para serlo: mi hijo había salido a pasear con Rosario y habían quedado en verse el sábado por la noche, ésa era la verdad. Y, a pesar de que hacía sólo unas pocas horas de aquel extraño paseo sin bragas, la gente ya sabía con pelos y señales —casi mejor que yo— hasta de qué habían hablado, qué habían bebido, qué habían hecho arriba en la casa, y todo tipo de detalles fantasiosos. Hasta hubo un momento en que creí escuchar, a través de las estanterías, algo acerca de una próxima boda.

Fíjate.

Llegado a este punto, me gustaría hacer una mini-tesis acerca de ese órgano que todos poseemos y del que casi nadie hace un uso correcto:

Está claro que somos seres sociales y que, en la mayoría de los casos, nos vemos obligados a sucumbir a esa oleada de rumores gratuitos, bautizados también como «el qué dirán». Pues bien, ante este inevitable rumor, hay dos tipos de respuestas individuales. La primera, y la más común, es la de escuchar pero no atender, esto es, consentir en oír lo que se dice acerca de algún rumor pero dejarlo resbalar de la misma forma en que lo percibimos. El segundo tipo, al que pertenece mi querido hijo, es el que se apiada de lo que las lenguas gratuitas (llamémoslas así por lo poco que cuesta hablar de algo) comentan sobre los chismes que aparecen en la historia cotidiana de un pueblo, y se siente invadido por los reclamos que, en estos casos, se hacen a los protagonistas de la aventura.

Para más datos, me gustaría comentar un caso que ocurrió hace algunos años, creo, no más de seis. Era un lunes de julio y, antes de abrir la tienda, había ido al bar de Juanito a tomarme una copita de aguardiente. Estando allí, llegó uno de los carniceros de la plaza de abastos, Rafael, y pidió un café. Luego, contó, a quién quisiera oírlo, que habían robado a José María, su convecino carnicero:

—Han entrado en el garaje de José María y se han llevado la furgoneta que tenía. Pero espera, antes de irse, la han llenado de carnes y otros artículos que tenía en el puesto. Fíjate, han cargado lo que les ha parecido y se han pirado, los cabrones. No les bastó con romperle la puerta del garaje y llevarse el coche, sino que, además, le destrozan la puerta del puesto y se lo llevan casi todo. Y lo malo no es eso..., lo malo es que no tiene seguro de robo ni del coche, ni de la tienda. Así que no veas, la que le ha caído al pobre José María... —explicó el carnicero un poco asqueado.

Y aquella era la verdad. No había más vueltas de hoja. Terminé la copa y me marché a la tienda un tanto dolido por la suerte que le había tocado al compañero.

—Vaya manera de empezar la semana —le dije a mi hijo cuando se lo conté.

Pues bien, en el transcurso de la mañana, la noticia rebotó por el pueblo igual que si de una pelota de tenis con motor se tratase. En un momento de aquel lunes —para reafirmar lo dicho anteriormente—, llegué a oír que el pobre hombre había dejado, en la noche del domingo, el coche en la puerta, abierto, con las llaves puestas y cargado de carne.

En verdad, aquello era demasiado. No podía creerme que la gente, en su afán por hablar, pudiera ser capaz de distorsionar tanto los hechos. Parecía ahora, según la controversia social, que incluso el bueno de José María les había regalado el cargamento de carne —coche incluido— a los héroes del robo. Y aquel hecho me vino al dedillo para demostrarle a mi hijo —y a mí, por entonces presente, querida Eva— que no hay que echar mano nunca de lo que se dice en la calle, que las habladurías sólo deben ser atendidas cuando quieran ser empleadas como propaganda. Una cosa sí es cierta, tanto albedrío lingüístico popular sirve algunas veces para socorrer más rápidamente a algún necesitado que sufra tal o cual percance. Por poner un caso, el día que murió Eva, el interés de la gente levantó claras sospechas mucho antes de ser tristemente corroboradas.

(NOELIA interrumpe a MI PADRE que está escribiendo).

NOELIA.—Oye abuelo, toma que ya he terminado.

ABUELO.—¿Ya?

NOELIA.—Pues sí, ya...

ABUELO.—Bueno, pues dámelo a ver que lo lea...

NOELIA.—¿Lo vas a leer ahora?

ABUELO.—Sí, claro y después bajaré a ver a tu padre.

NOELIA.—Espero que te guste...

ABUELO.—Me gustará...

NOELIA.—Bueno, yo me voy a jugar con Cristina, ¿vale?

ABUELO.—Sí, ten cuidado. (*Sale NOELIA*).

Mi papá es un santo. Es un santo porque me quiere con locura.

Me gustó mucho que quedara con Rosario aquel sábado. Cuando los vi juntos, me parecieron muy buena pareja. Me acerqué a ella y le di un beso. También me dijo algo en el oído que no puedo decir aquí porque mi padre lee lo que escribo. Él me ha dicho que tengo que contar cosas muy bonitas. A veces, no son tan bonitas, pero las cuento. Aunque soy joven, la gente dice que escribo muy bien. Por ejemplo, mi maestra dice que, si sigo así, puedo llegar a ser escritora. Y es verdad, quiero ser escritora.

A menudo, me acuerdo de mi abuela cuando me leía libros para que me durmiera. Me leyó muchos. Y los que más me gustaban eran los de una mujer muy guapa que se llamaba Isabel Allende. Me gustaban mucho los cuentos de Eva luna. Eran cuentos muy bonitos que nunca quieres que se acaben. Ni que se vaya nadie. Además, me gustaban mucho porque así conocí a mucha gente de todo el mundo. Otras veces, me leía algo de otro hombre que se llamaba Gabriel García Márquez. Y también sabía contar muy bien. Me parece que eran amigos los dos. Isabel y Gabriel. Sus nombres riman.

Mi abuelo dice que mi padre tiene mala suerte, pero yo no creo eso. Yo digo que tiene un gran corazón, y que me quiere mucho. Y que no se merece todo lo que le ha tocado vivir. Es muy bueno y lo quiero mucho, más que a mi madre. Claro.

El sábado que quedó con Rosario hacía un día muy bonito. Yo estaba con mi amiga Cristina jugando en el Parque. También estaban mi amigo Sergio y el amigo de Cristina, José Antonio. Pero ellos iban en bicicleta. Ya sabes que en el Parque hay un circuito por donde corren las bicicletas y que en verano hacen competiciones deportivas. Siempre que llega el verano el Parque es otro. La gente va mucho allí y se está en la gloria. Por entonces, ya era verano y la competición estaba cerca.

Y Sergio era muy bueno con la bicicleta. El año anterior había ganado el segundo premio en su categoría. Por las tardes, se iba allí y corría como una liebre por los carriles de arena. A veces, se caía pero, como iba protegido, no se hacía mucho. Una vez que se cayó, sí que se partió un brazo. Pero ya no se cae porque no la coge. Aquella tarde, algo le hizo cambiar.

Aquel sábado, estábamos mi amiga y yo jugando, cerca de la vieja locomotora, y llegaron ellos. Nos preguntaron que porqué no montábamos en bicicleta. Y les respondimos que no nos gustaba. Pero Sergio se puso pesado y me dijo que me dejaba la suya. Yo seguí en que no, pero ellos insistieron a ver si nos convencían.

Cristina dijo que no se montaba si no lo hacía yo. Yo no quería pero, al final, nos convencieron. Yo me monté en la de Sergio y Cristina en la de José Antonio.

Al principio, nos dimos una vuelta por el carril principal, porque a mí me daba miedo ir por los carriles de arena. Pero nos dijeron que éramos unas cobardes y que teníamos miedo (aunque era lo mismo). Y Cristina se hizo la valiente y se metió en uno de los carriles de la competición. Yo no quería, pero la seguí con miedo a que me dijeran cobarde. Y con miedo a caerme.

La verdad es que Cristina iba muy rápida por los carriles de arena. Era difícil andar por allí porque había muchos baches y muchas curvas. Le grité que no corriera tanto pero no me escuchó. Y no sé cómo fue, pero me caí. Me caí y me golpeé con la cabeza en el suelo. Y además, se me quedó una pierna atrapada en el cuadro de la bicicleta. Y me dolía. Me dolía mucho. Lloré y grité, pero no me oían. Cristina había seguido adelante y no me había visto caer. Yo estaba junto a un árbol y no se me veía bien. Intenté sacar la pierna de la bicicleta pero no podía. Entonces, me toqué la cabeza y cuando me miré la mano tenía sangre. Me entró mucho miedo al pensar que podía morirme allí sola. Y me acordé de mi madre, pero no vino a ayudarme. Hacía tiempo ya que dejó de hacerlo. Demasiado.

Recuerdo que me dolían mucho la cabeza y la pierna. La pierna me dolía más y no podía moverla. Menos mal que, al rato de estar chillando, llegó Cristina con Sergio. Y cuando Cristina me vio la cabeza llena de sangre, se puso a patalear la bicicleta de José Antonio. Le pegaba patadas como si la bicicleta tuviera la culpa de mi caída. Y ahí me di cuenta de que estaba hasta más asustada que yo. Sergio estaba callado y me miraba con los ojos muy abiertos. Yo lloraba y tenía miedo, pero creo que todos estaban más asustados que yo. Yo creo que ahora eran ellos los que pensaban que me iba a morir allí mismo. De ahí su miedo.

José Antonio se fue corriendo y llamó al guarda del Parque. Y cuando vino el guarda, corriendo, también se cagó bastante. Me miró la pierna y con una navaja me cortó el pantalón. Tenía clavado parte de un pedal en la pierna derecha. Y me dolía mucho. Pero José Antonio se había ido otra vez, para llamar a mi padre y a mi abuelo.

No sé cómo fue, pero llegaron muy pronto. Y estaban, cómo no, muy asustados.

—No es nada, no os preocupéis... —les dije llorando.

No sé porqué, pero me parece que aquel día todo el mundo tenía ganas de asustarse. Yo, en cambio, como fui la que lo viví, supe que no era grave al verme la pierna. Y como seguía despierta, pensé que tampoco sería mucho lo de la cabeza. Pero lloraba.

Eran ya las nueve de la tarde, y mi abuelo le dijo a mi padre que él me llevaba al hospital. Y yo sabía porqué se lo decía. No quería que mi padre perdiera su cita. Mi padre es un santo y mi abuelo también.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —dijo mi padre.

Me llevaron entre los dos al coche. Al sacar la pierna del pedal, había empezado a

sangrar mucho. Pero mi abuelo me había tapado la pierna con un pañuelo y me miraba. Estaba muy preocupado pero no lloraba. El que sí que lloraba era Sergio, que se vino también al hospital con nosotros tres. Yo creo que se sintió muy culpable. Lloraba mucho y le temblaban las piernas. En el camino, mi padre le preguntó que qué había pasado. Se lo contó con la voz temblándole. Se le notaba el miedo, se le notaba mucho. Y me dio mucha pena que sufriera por mí porque, en el fondo, él no tenía la culpa de nada.

En el hospital fue todo muy rápido. Me metieron en una habitación donde había muchas tijeras y cuchillos en una mesa. Y ahí sí que me entró miedo. No quería que me operaran con aquellos cuchillos. Temía morirme clavada con uno de ellos. Pero, sin preguntarme si quería o no, me durmieron. Cuando desperté, ya era domingo y estaba en la camilla de una habitación. Antes de nada, miré a mi lado. No había cuchillos ni tijeras. Y me quedé durmiendo otra vez.

Pero, al rato, estaban allí mi padre, mi abuelo y Sergio. También estaban Cristina y José Antonio. Después entraron los padres de mis tres amigos y algunas vecinas.

Y también vi a Rosario junto a la ventana.

(En la habitación del Norte.

MI PADRE solo.

Llega un AMIGO DE DOMINÓ).

AMIGO DE DOMINÓ.—¿Se puede?

MI PADRE.—¿Quién es?

AMIGO DE DOMINÓ.—Soy Miguel.

MI PADRE.—Ah, hola Miguel, ¿qué pasa?

MIGUEL.—No, nada que he venido a comprar algo..., le he preguntado a tu hijo que por dónde andabas, y me ha dicho que estabas aquí...

ABUELO.—Pues ya ves...

MIGUEL.—¿Qué te pasa ahora que no vienes a jugar al dominó?

ABUELO.—Es que estoy haciendo unas cosillas que me tienen demasiado liado.

MIGUEL.—(*Inspeccionando la mesa con la vista*). ¿Qué escribes?

MI PADRE.—Pues..., no te lo vas a creer...

MIGUEL.—¿De qué se trata?

MI PADRE.—Estoy escribiendo una novela...

MIGUEL.—¡Una novela...!, vaya lo que te faltaba a ti ya...

MI PADRE.—¿Por qué?, ¿qué pasa?

MIGUEL.—No, nada...

MI PADRE.—Ya iré a jugar al dominó, ¿no...?

MIGUEL.—Desde luego Antonio, que cada día estás más echarcoño...

MI PADRE.—Oye, Miguel, ¿yo te digo algo cuando te vas a cazar los domingos?

MIGUEL.—No...

MI PADRE.—(*Ofuscado*). Pues, entonces. Si yo te respeto, ¡respétame tú, coño!

MIGUEL.—Bueno, no te pongas así por una novelita de nada.

ABUELO.—(*Enfadado*). ¿Cómo?

MIGUEL.—Parece mentira Antonio, a tu edad, y en estas vainas...

MI PADRE.—(*Levantándose enérgicamente, empujando a su amigo hacia la puerta*). Considero inoportuno prolongar por más tiempo esta conversación...

MIGUEL.—(*Retrocediendo*). ¿Cómo dices?

MI PADRE.—¡Adiós, coño! (*Cerrando bruscamente la puerta, dejando fuera a MIGUEL*). ¡Fuera! (*Hablando solo, mirando hacia la ventana*). La verdad es que no soporto a gente así. No los soporto. ¿Es que no pueden respetar un poco a los demás? Sólo piensan en jugar al dominó, en cazar, en vivir, y no saben que hay sensaciones mucho más grandes que eso. A ver si te enteras, Miguelito...

Hay ocasiones en la vida en las que te impresionas más de la cuenta. Hay momentos en que el peligro no es nada y, con el encadenamiento propio de imaginar lo peor, sufrimos más antes de sentir lo que es. Así, cuando José Antonio vino acojonado a decirnos aquello, lo primero que pensé es que ya era demasiado, que cómo podía la vida castigarnos de aquella forma, precisamente el día en que mi hijo tenía una cita.

No sabía si iba a aceptar o no, pero me ofrecí a llevar a la niña al hospital, y que él se quedara en casa para salir con Rosario. Sonaba duro pero era lo que yo quería para él. Era, sin embargo, una cuestión difícil. Quise verle una interrogación negra pintada en su frente cuando se lo dije, pero fue rápido y exacto, consciente de que podía perder uno de sus pocos tesoros ya, no sopesó siquiera el riesgo. Lo obvió. Aunque, en honor a la verdad, la respuesta que me dio fue muy convincente:

—Hay más.

Se me antojó prestada de algún libro, pero era cierto: había más días, más

mujeres, más lunas, más corazones que le estaban esperando.

Y tenía razón.

Aquel mal rato no podía durar para toda la vida.

Cuando Noelia salió del quirófano, le preguntamos al médico sobre la gravedad del asunto:

—En la pierna no tiene mucho más que el corte producido por el pedal. Ha dañado un poco un par de ligamentos pero no afectará en gran medida a sus movimientos básicos. Le hemos dado cinco puntos y, cuando se los quiten, con un par de semanas de rehabilitación, estará bien. Ahora —después de haberla sacado del quirófano— vamos a proceder a hacerle un análisis completo de la cabeza para ver qué es exactamente lo que tiene. La hemos examinado mientras que le cosíamos la pierna y no le hemos visto mucho. Pero, a pesar de haber llegado consciente, no me atrevo todavía a descartar que sea algo más que un golpe —nos reveló a los tres. A mí, en particular, me inquietó mucho cómo lo dijo el doctor Ignacio Gómez.

Algo más que un golpe.

Era ya la una de la madrugada, y aún no había salido de la prueba. Veía a mi hijo agachado en la sala de espera. Lo notaba preocupado, y no sabía si era por su hija o por su cita perdida —o por las dos cosas—. También estaba allí Sergio, mirando hacia la calle, hacia la luna que esperaba ser relevada por la mañana. Noté, por sus manos que se cerraban y abrían con rapidez, que estaba afligido y trémulo. Y, a pesar de que lo conocía bien —era vecino nuestro—, no se atrevía a mirarme. Por eso, una vez en que mi hijo fue al servicio, lo llamé y le pregunté más calmadamente lo que había pasado. Me lo contó todo de punta a cabo y no había duda: la autoculpabilidad lo estaba asfixiando.

—Tranquilízate Sergio..., cosas como ésta pasan muy a menudo. No es nada, de verdad..., ¡anda!, reza un poco por Noelia —le comenté, pensando que aún le quedaría una pizca de ese arraigo heredado de sus padres católicos que le permitía verlo todo tan claro, tan estructurado bajo la religión de Jesús. Cuando ganó el segundo premio, el año anterior en la carrera de bicicletas, dijo que lo había conseguido porque había rezado diez padrenuestros y diez avemarías antes de correr. Nada más darme la vuelta para salir a tomar un poco el aire, se puso a rezar en silencio.

Pero a las dos menos cuarto, vino el médico y nos enseñó el informe de la prueba:

—No hay derrame ni nada que lo augure; está, por consiguiente, fuera de peligro. Si no hay ninguna contraorden de última hora... el lunes se le dará el alta —no era más que un golpe; un simple golpe.

Le preguntamos si podíamos pasar a verla pero nos aconsejó, fijándose en

nuestros rostros, que nos fuéramos a casa que todo estaba controlado. La parsimonia con la que hablaba aquel hombre nos convenció plenamente. Reconocimos estar cansados y además dejar descansar a la niña.

—Vendremos mañana a verla —acertó mi hijo a decir.

—A partir de las once, cuando quieran —comentó el doctor Gómez. Le dimos las gracias y nos fuimos.

En el regreso, sentí a mi hijo debatiéndose entre si salir o no salir; me contó después que quería ir al pub para ver a Rosario que estaría esperándolo, pero, a la vez, se preguntaba qué diría la gente de él: «mira, la hija ingresada en el hospital y él aquí de cachondeo». Y no podía, iba más allá de sus posibilidades. Nunca se lo perdonaría —me confesó—.

Cuando llegamos al pueblo —casi a las tres—, oímos la música del pub y mi hijo cogió por otra calle. También recuerdo que, cuando nos bajamos del coche, se quedó mirando a la luna llena. Yo lo imité y me pareció que alumbraba sólo para él, para consolarlo en aquellos momentos de terror interno —momentos de silencioso ruido que lo acompañaron toda la noche—.

Cuando entramos en la casa, vacía de mujeres, no me lo pensé dos veces. Comprobé que todo estaba en orden, le deseé a mi hijo buenas noches, y me acosté.

Y hoy, casi un año después, dispongo de un documento que retrata de una forma fiel cómo le fue aquella noche. Lo apuntó entonces, pero me lo ha dado redactado con una técnica que le ha dictado Ramón, un monólogo, y me parece que ha quedado muy bien:

«¿Qué estará haciendo ahora? Espero que haya salido. Al menos, eso espero. Una mujer tan joven como ella no debe sufrir mucho. Si se sufre tanto llega un momento en que pierdes la noción del tiempo y te empantanas en tus lágrimas y tus sentimientos. Quisiera dejar de sufrir de una vez para ser feliz. Me parece que todos desean eso de mí. Mi padre se portó muy bien cuando me preguntó qué iba a hacer. Pero lo primero es lo primero. Y mi hija es lo primero. Si no fuera por ella mi vida no tendría mucho sentido. No. Cada mañana me levanto con la luz de sus ojos verdes. Me encanta cómo es. Me emociona mucho cómo escribe. Y Rosario, ¿qué será de ella? ¿Me estará esperando o estará de juerga en el pub? ¿Qué hora es? Las cuatro y media. Siempre cierran a las cuatro pero igual hoy cierran más tarde. Ha sido un día tan atípico. Y yo creo que me estará esperando. Pero no puedo ir a verla. No está nada bien. Además, hace tan poco tiempo que se fueron ellas. Algunas noches deseo que estén cerca para susurrarme al oído. Susurrarme al oído palabras de aliento. Aunque quisiera ir al encuentro de sus labios. De los de Rosario. Pero sería demasiado. Demasiado es todo lo que me ha tocado. Demasiado es todo esto que está demasidado por demás. Mi vida está demasiada. Demasiadada. No sé cómo queda esa palabra pero me gusta. Más o menos significa que mi vida ha sido torturada más de lo debido. Demasiadada. Me gusta. No me gusta que mi vida esté así. Me gusta la palabra. Igual que me gusta el cuadro de la Venus. Me recuerda a aquella tarde. Y no

hay muchas tardes como aquélla. No todas las tardes viene una joven de veintidós años a pedirte un libro prohibido. No todas las tardes viene una joven a descruzar las piernas en tus narices. Siempre que miro al cuadro me la recuerda. A ella. Y a su hendidura púbica...

En el balcón se respira el aire de la noche. Hace mejor buen tiempo que malo. Aunque, ¿qué más da el tiempo si no lo aprovecho? Y aún no han cerrado. Pero ya poco les queda. Entre tanta gente nunca podré verla. Es como ver una gota de agua en el desierto. Algo casi imposible. Tan imposible como poseer la luna en un bolsillo para contemplarla a mi antojo. A veces, me parece verla tan cerca que incluso distingo algunas piedras. Puede parecer una tontería pero así la siento. A lo mejor ésa es la recompensa a mi sufrimiento. El poder ver las cosas tal y como son. Pero no. Debe ser que lo he visto en la tele o en algún reportaje. Nadie es capaz de ver la luna sin cristal. ¿O no? Nadie excepto yo que soy un sonámbulo de la vida, un lunático de mis días y desolado de mis noches. Aunque me quedo más con la luna. Y me pregunto cómo será vivir allí. Tan solo. Y tan tranquilo. Deseando haber tenido siempre ese espacio en la luna. En la luna de nuestros sueños. Esa que nunca se apaga. Sólo cuando lloramos, que la vemos borrosa. Que se nos desdibuja y se nos derrama ante los ojos derritiéndose de pena. Llegará un día en que todos tendremos un espacio en la luna. Igual que Carlos. El me recuerda al camión que pensábamos comprarnos. Un camión fuerte para correr por el mundo... Pero no hemos llegado a comprar aquel camión. Quizá porque no es posible sacarlo de la luna. La que nos iluminaba entonces. Que se apagó cuando se fue Virginia. Y reventó cuando se marchó para siempre mi madre. Desde entonces, así lo veo. Andamos como descarriados buscando los trozos de nuestra luna. La que se demasió. El satélite de nuestros deseos. Por eso creí ver restos de piedras en esa luna real que sirve de espejo a todas las de cada uno».

*(YO entrando en la habitación.
Encuentro a MI PADRE que ha dejado de escribir).*

YO.—Papá, ¿cómo va la cosa?

MI PADRE.—Acabo de pasar tu monólogo, el que me diste sobre la noche del accidente de Noelia.

YO.—(*Sentándome*). ¿Has cambiado algo?

MI PADRE.—No, lo he dejado tal y como está, me parece que está bien...

YO.—Gracias...

MI PADRE.—De nada...

YO.—Oye, ¿qué le has dicho a tu amigo Miguel, que se ha ido como si llevara un fantasma detrás?, ni me ha dicho adiós.

MI PADRE.—Es posible que no vuelva en unos días.

YO.—¿Y eso?

MI PADRE.—Porque me llegó diciendo que porqué no iba a jugar al dominó...

YO.—Hum junm...

MI PADRE.—Y cuando le expliqué el motivo, se empezó a reír...

YO.—Es normal...

MI PADRE.—¿Normal?, ¿qué hay de normal en que no te dejen hacer lo que quieres hacer?

YO.—Sí, ya, pero no todo el mundo escribe una novela...

MI PADRE.—Pues por eso mismo...

YO.—¿Sabes lo que me pasó a mí esta mañana?

MI PADRE.—¿Qué?

YO.—Pues, estaba en la tienda, ¿no?, y llegó una mujer preguntándome sobre el libro y tal...

MI PADRE.—Sí...

YO.—Y se notaba que me miraba con cierto miedo, como temiendo que la usara como conejillo de indias en la novela...

MI PADRE.—Es curioso, ayer tuve la misma sensación con varias mujeres, ¿sabes?, se movían más lentamente de lo normal, hablaban más despacio y menos. Era eso, como si temieran que las fueras a meter en el saco de la novela...

YO.—¿Te das cuenta de que tenemos en nuestras manos algo poderoso?

MI PADRE.—Sí, pero creo que es más bien por desconocimiento, ya sabes, sólo se le teme a lo desconocido, sólo se adora lo incomprensible...

YO.—Como a Dios...

MI PADRE.—Ahí va...

YO.—¡Venga sigue!, que el mundo es nuestro... (*Salgo*).

A la mañana siguiente, después de lo de Noelia, cuando estaba arreglándome en el cuarto de baño, llamaron a la puerta. Eran alrededor de las nueve de la mañana, y mi

hijo estaba todavía acostado. Me asomé al balcón de mi dormitorio, y allí estaba, en mitad de la calle, Rosario.

—Déjame entrar Antonio, que quiero ver a tu hijo —me pidió desde abajo.

—Pero si está acostado todavía, ¿no ves que es domingo? —aduje.

—Es que hasta hace un rato no me enterado de lo de la niña. Me he asustado mucho y he venido a preguntarle —me confesó apenada.

Bajé con la cara llena de espuma de afeitar —y uno de los lados ya afeitados— para abrirle la puerta. Me fijé en su cara y parecía que no había dormido mucho, tenía ojeras y se tambaleaba un poco. Vestía de una forma más formal, con un pantalón corto y una camisa, toda beil. Subió arriba conmigo, como si fuera parte de la casa, y se sentó en el comedor frente al cuadro de la *Venus* que le regalé a mi hijo.

—Juanan, ¿a que no sabes quién está en el comedor...? —hablé en la oscuridad de su dormitorio.

—¿Quién? —dijo una voz a lo lejos.

—Rosario, y te está, esperando... —respondí con tranquilidad.

Sonó un ruido que pareció un vuelco. Otro ruido y, al poco, una luz se encendió. Vi a mi hijo revolviéndose en el suelo, que se había caído del susto. Pero se levantó de un salto, como si hubiera serpientes, y se vistió. A los tres o cuatro minutos, ya estaba en el comedor. Yo no sabía porqué, pero tenía casi las mismas ojeras que ella. Después me enteré de que había dormido muy poco.

Al rato, llegó Sergio con los padres y decían que también iban a ir a ver a Noelia. Como Rosario estaba charlando con mi hijo en el comedor, me tocó a mí atenderles. Rosario se estaba disculpando por no haber sabido lo de su hija, y él hacia lo propio por no haberla llamado. Cosas de gentiles.

Y no eran las once todavía cuando llegamos al hospital. Para ver si hacíamos tiempo, fuimos a ver al doctor Gómez, pero no estaba. Había otro en su lugar y no supo decirnos nada acerca de la paciente, sin verla. Una enfermera nos llevó hasta la habitación y la vimos que estaba semidormida tumbada boca arriba. A pesar de la venda en la cabeza, se la veía contenta en su letargo. Mi hijo la despertó besándola y nos recibió a todos con dos lágrimas en los ojos. No sé qué tiene esta niña que sabe hacernos sentir tanto con esos ojos acuosos que nos regala —está poseída de sentimientos—; es imposible conocerla sin ni siquiera amarla un poco.

Eso es, conocerla es amarla.

Llegaron también los padres de José Antonio con su hijo y alguna vecina de la calle. Entretanto, como estaba ya bien acompañada, fuimos a hablar con el médico:

—Mañana le daremos el alta —nos aseguró—, aunque tendrá que estar en reposo al menos quince días para que se le cure bien la herida. Después, ya veremos en rehabilitación.

Llegó la hora en que el hospital reducía las visitas (ahora las reducen a todas

horas) y todos se marcharon, excepto Rosario y Juan Antonio. Por lo visto, mi hijo quería quedarse también al cuidado de la niña. Así que lo llamé aparte:

—Por favor, hijo, tienes que llevar a Rosario; de momento, no eres tan útil aquí —le comenté sin dejarle opción a escoger.

Se marcharon él y Rosario, para el pueblo, y me contó esto después:

«Ya en el pueblo, ella propuso invitarme a comer. No quería aceptarlo pero al final me autoconvencí porque los padres de ella no estaban en casa, se habían ido a la playa y no vendrían hasta la medianoche. Después de comer, nos sentamos en el sofá a ver la tele y a tomarnos el café. Y me pasé un buen rato insistiendo en que tenía que ir a por mi padre, aunque tanto yo como ella, oímos que no fuera a buscarle hasta las diez, la hora en que cierran el hospital; la hora en que los enfermos se quedan más solos.

Estando allí, viendo la tele, ella me besó dulcemente en la boca. Y al sentir el vigor de aquel cuerpo joven entre mis brazos, caí en la cuenta del tiempo que hacía que no besaba y me abandoné a ella. Anonadado por aquel sentimiento que Rosario demandaba, me vi cómo me llevaba al piso de arriba, a su cuarto, y me desnudaba.

Ya inmersos en la fase de resolución —después del ajeteo y broche de oro— llamaron a la puerta de su casa. Rosario me pidió que me vistiera corriendo, pensando que eran los padres o algún hermano».

(Tiene dos hermanos, uno que es carnicero en la Plaza de Abastos de Riotinto y otro que es representante de productos lácteos).

«Ella bajó antes que yo y abrió la puerta. El que llamaba era un joven rubio de unos veintitantos años que, a pesar de ser verano, venía muy bien vestido con una chaqueta y corbata. La verdad es que parecía que se había escapado de un anuncio de ropa. Rosario nos presentó de una manera confusa ya que, según aquel ritual de presentación, yo era profesor de EGB y el joven era administrativo en un banco de Nerva. Este se sentó con nosotros y se tomó un café a la vez que hablaba mucho con ella. No obstante, una vez que Rosario fue a la cocina, me insinuó estas palabras:

—Es una maravilla, ¿verdad?... —comentó, guiñándome un ojo.

La forma descarada en que el joven la miraba y aquel atrevido comentario, lo delataron como un amante suyo que se vio aplazado cuando ella me besó delante de él. Fue curioso porque, justo después de ese beso, perdió toda la tranquilidad que había demostrado hasta entonces y, conmovido por una extraña prisa, el supuesto administrativo del banco, se marchó casi sin despedirse. Lo seguí con la mirada por la ventana y vi cómo se subía a un Laguna verdemar metalizado.

—Me gusta mucho ese coche y algún día, si puedo, me lo compro —le dije a Rosario».

Y, cuando llegaron a las nueve y media, noté algo distinto entre ellos. Ya no quedaba rastro de esas miradas rápidas y entrecortadas que se dirigían sólo unas horas antes. Se comportaban con mucha naturalidad el uno con el otro. Noelia había pasado un buen día y estaba contenta porque al siguiente le daban el alta. Cuando llegamos al pueblo, Rosario pidió que la dejara en su casa porque estaba muy cansada. Y se le notaba que lo estaba, las ojeras que tenía no eran precisamente gratuitas. Se despidieron de una forma muy romántica: él la besó en una mano y quedaron en verse al día siguiente por la tarde.

Lunes 1 de Abril de 1996. 23:32 horas.

En el programa de Olga y Mariano, acaban de poner la canción de Los Secretos, *Ojos de gata*, que me encanta y me ha hecho llorar, llorar de dolor, llorar de amor...; llevo bastante tiempo sin escribir porque he estado nadando en un insoportable mar de desgana; lo estoy pasando muy mal tío, la cosa fue grave, al menos yo la creo así; he estado dudando tanto de todo, que no sabía qué hacer, al final me he decidido a seguir escribiéndote, para que me comprendas, y para comprenderme yo mismo y salir de dudas...; en estos días, más que nunca, he leído las frases célebres del diario y he encontrado algunas muy significativas que configuran mi estado actual; por ejemplo, ésta de Bécquer me identifica eternamente como alguien frente al mundo: «La soledad es muy hermosa... cuando se tiene a alguien a quien decírselo»; y es cierto, me siento solo, como sé que algunas veces tú te has sentido...; espero no abrumarte con estas frases, pero me ayudan a respirar en estos instantes de incertidumbre; lo siento, no puedo, quise que este diario fuera algo feliz, algo entusiasta y abierto a la vida, pero ya sabes que soy humano, para qué nos vamos a engañar, tengo mis debilidades y tú las has comprendido mejor que nadie, de verdad te lo digo...; este regalo va camino de ser un tormento para ti, cuando lo leas, y no es ésa mi intención, repito, es sólo que no encuentro otra forma de desahogarme, la escritura me permite pensar más lentamente, más en línea, y sopesar los pros y los contras; lo siento, pero necesito que me ayudes, «Ayudadme a comprender lo que os digo y os lo explicaré mejor», dijo Antonio Machado, y qué razón tenía...

El sábado por la noche, Beatriz y Lidia se fueron al concierto que había en la estación vieja, y yo me quedé en el piso a merced de unos síntomas que casi me hacen fallecer de horror; sabes que había estado aquella semana con gripe en casa, desde el domingo anterior, y el jueves había llegado a Sevilla; salimos el viernes y muy bien, ¿te acuerdas, verdad...?; el sábado, en cambio, te conté que estaba un poco resacoso y notaba que los síntomas de la gripe aún no se habían marchado del todo; por la noche, decidí quedarme en el piso viendo la tele o lo que fuera para estar bien al otro día; además, sabía que el concierto supondría otro gasto fuerte y no estaba el bolsillo para tanto, por lo que opté por quedarme en el piso...; pues bien, vamos a lo realmente grave, la duda que me trae de cabeza desde entonces; al poco de marcharse ellas, un dolor de cabeza me sobrevino como una amenaza sin fin; la vista se me desvirtualizaba ya que, donde miraba, no veía sino un vacío borroso; un sudor frío me recorría la frente, y una fatiga, a veces fuerte, me hizo retirarme a la cama; miré por todas partes a ver si había alguna pastilla que tomar, pero no encontré nada; en la cama, recordé aquella vez de hace casi cinco años en que sufrí de fuertes jaquecas durante una semana; aquello fue insoportable, no hacía más que quejarme, ayyy..., recuerdo que repetía constantemente; la sensación que me produjo (el sábado del que cuento) aquel dolor de cabeza es que algo desconocido estaba apartando mi masa cerebral para que naciera un cuerno, sí, un cuerno; pensé eso y me reía delirando; un

cuerno... ja, ja, ja...; pero no llegó a salir...; mientras me retorció en la cama, como si fuera la niña de El exorcista, llegué a pensar cosas inimaginables: que mi coche lo estaba arrugando el cabrón de la basura, que mi novia era raptada por algún amigo mío..., entresoñaba, despertaba delirando, vomitaba; y el frío de la espalda me atravesaba a cada momento, como si alguien me estuviese clavando algo en la espalda continuamente; me sentía morir...; gritaba incluso que me extirparan el cuerno que iba a nacer en mí...; la verdad es que creía que me iba a volver loco, y soñé otras cosas que no soy capaz de recordar ahora después de tanto tiempo; ¡qué pena que no pueda escribir lo que por mi cabeza pasó entonces!; si existiera una máquina capaz de transmitir lo que un enfermo mental y delirante pueda llegar a pensar, creo que llegaría el día en que los libros dejarían de existir; sabes que es la única diferencia entre las personas de un libro y los de la vida real: de los unos se sabe todo, de los otros lo que dicen; por eso te lo cuento todo: ojalá yo fuera sólo un ente ficticio en la mente de algún escritor, ojalá lo fuera, de verdad... y todo sería mejor...

Un detalle más: aquella noche, todo se entremezcló con la música del compact de la novia de Ignacio, lo que produjo que, desde entonces, lo aborrezca; sólo de recordar alguna parte de las canciones se me ponen los pelos de punta; he ahí el potencial mnemotécnico de la música...

Y a eso de las cinco de la mañana, cuando me encontraba en el decimocuarto sueño, medio despierto, empapado en sudor, desnudo en mi cama, con el pelo suelto y pringoso (me compadezco ahora de la pinta que tendría), llegaron Beatriz y Lidia; yo sabía que iban a venir, pero jamás me hubiera imaginado que lo hicieran en aquel estado de gracia que traían; nunca las había oído así, nunca..., repito, había oído a nadie así (incluso el saxofonista, me pareció más digno aquella noche que lo vimos desvariando); lo cierto es que ahora me aferró a la distorsión de la gripe para atenuar un poco lo que sentí, ¿sabes?; me inunda a cada momento la sensación de que la vida es una apuesta por lo inapostable, algo perdido antes de empezar, más o menos; por eso, quiero creer que se me confundieron los sueños con la realidad, que parte de lo que viví era producto de mi imaginación, y así aliviarme el peso de la duda; bueno, a ver si consigo describir lo que sigue...

La forma en que llegaron, me recordó un poco al caso que conté de diciembre (pero sólo en una mínima parte); venían presas de una elevada euforia etílica que las eximía de vergüenza y de madurez; parecían niñas asombrándose de cualquier tontería; oye, mira tía, qué sofá tan erótico, me lo voy a follar, dijo Lidia con su fuerte voz; Caarloosss... ¿dónde estás querido?, preguntó Bea, pero no pude contestar (estaba demasiado débil para levantarme siquiera), sólo me tapé un poco para que no me vieran si subían...; y continuaron riéndose de todo, como poseídas por un mal espíritu, ensañándose con cualquier cosa que encontraban a su ebrio paso...; y pasó un buen rato así, hasta que Bea subió al entarimado donde yo estaba, con una botella de cubata en las manos; vestía con un pantalón celeste muy ajustado y una camisa

blanca manchada por varios sitios; incluso tenía una manga hecha jirones, lo que le daba un aspecto imborrable de náufraga, el pelo (algo tan bello en ella) le caía sucio por los hombros y se le enredaba en la ropa; sin duda, había extraviado esa majestuosidad en los gestos que la caracteriza(ba); movía las manos con parsimonia de desquiciada, las piernas como si llegara de correr treinta kilómetros, y los ojos, no quiero recordar aquellos ojos tan hondos, que parecía que miraba con unos prismáticos; tenía una mirada tan ausente que hasta me dio miedo hablarle; opté por moverme un poco, para ver si veía algo, o por el contrario, estaba cegada por la ira del alcohol, y me siguió (o creí que lo hacía porque no lograba encontrar la dirección de sus pupilas); y lo primero que se me ocurrió, para explicarme su desastroso estado exterior, es que había sido atacada por un león, fíjate, así andaba yo de lucidez por entonces, un león en un concierto, hay que joderse...; estoy malo, Bea, tengo fiebre y unas jaquecas de cojones, pero no llega ni a la mitad de la mierda en la que te has metido tú...; ¿qué te has hecho hija de puta?, me atreví a proferirle para ver si respondía; pero no se inmutó, se quedó pensativa, como si tuviera que buscar la respuesta en un libro de citas, y se dejó caer lentamente (también vacilando en el gesto) en una silla que hay al lado del espejo; luego, miró hacia el frente, ignorándome; me resulta imposible olvidar aquella escena: su rostro mutilado por la noche, trastornado por el alcohol, reflejado en el espejo dorado que la madrugada anterior poseyera nuestros jóvenes cuerpos haciendo el amor apasionadamente...; pero, sobre todo, en aquellos instantes de pavor, sentía miedo de que hubiera hecho algo de lo que se pudiera arrepentir...; y bailaré sobre tu tumba..., guan chi gua... gua chu... guat, voceaba Lidia (la otra loca hija de puta que tiene la culpa de todo); y cuando se cansó de cantar, se enfrascó en un soliloquio en el que asomaban las más disparatadas e inverosímiles historias; se rameaba de haberse follado a un tío con el que había hablado sólo tres palabras; y me la metió allí mismo entre los dos coches, ja..., ja..., ja, exclamó al aire que nos contenía; y yo, en aquel mar de malos presagios, no quería creer que era verdad; por supuesto que es mentira, me dije a mí mismo, en un arrebató de lucidez; ¿dónde habéis estado?, ¿dónde te ha llevado?, responde por favor, Bea, ¡háblame!, le repetí al cuerpo que se desmoronaba ante mis ojos; y éste, el cuerpo de ella, al percibir mis insultos, se giró y me miró lascivamente sonriendo; sabía que se reía de mí, lo intuía y no sabía bien porqué; pero no hizo más, no contestó, y me sumergí en un torrente de pensamientos que me sacó por unos instantes de aquella amenaza: pensé, en aquellos momentos, que su extraño comportamiento, casi de fiera amoral, podía ser derivado de algunas pequeñas disputas que hemos tenido a lo largo de nuestra relación; me dispuse a desenterrar el pasado reciente de nuestra unión: será por la vez aquella del coche, será porque no la hago feliz; la vez que se fue de la heladería lloviendo, o quizá, el día aquel que se me pinchó el coche en Carnavales y no pude ir a por ella; no sé, quizá aquel otro día en que me vio llegando al piso con una compañera de mi clase que vive ahí en la calle Regina; no lo sé, ¿qué le he hecho yo aparte de quererla?, ¿qué más puedo darle?,

pensé removiendo trapos sucios mientras ella torcía el cuello alrededor de sí misma, como si una extraña órbita girara por sus pensamientos; y descubrí en sus labios entrecerrados un mohín de amargura y desprecio que me regaló; yo no me merezco esto, no lo merezco, pensaba...

Cuando Lidia subió las escaleras y se plantó adonde estábamos, desprovista también de su entereza corporal, no supe bien qué cree; lo que sí supe es que el abuso a mi persona se estaba inflando ya demasiado; así lo pensé: esta situación me está subyugando, me va a derrotar...; puede parecerme algo exagerado, pero así fue: Lidia estaba semidesnuda, con las tetas al aire; tendrá calor, me dije, o querrá otra cosa...; y, en aquel momento, corroído por la gripe y por mi asombro, creí que me iban a coger entre las dos y me iban a violar allí, eso fue lo que creí cuando la vi casi en bolas junto a Bea; en otro momento, quizá me hubiera abrumado por su belleza, por su atractivo, pero aquella noche Lidia no era ni un asomo de algo apetecible, ni mucho menos; me fijé en que sus ojos estaban rojos y se le cerraban a menudo, que su pelo, tan largo como el de mi novia, exhalaba un aspecto horroroso (se parecía al de las novatas de un instituto que, al salir al recreo, caminan con el pelo pringado de huevos podridos fermentados por los veteranos); y, en un atisbo de seguridad, no pude menos que echarme hacia atrás y mirarlas con desprecio, a las dos zombies que tenía ante mí...; por un instante brevísimo, me sentí más que ellas por saberlas novatas de su libertad, por no saber que la libertad es un conjunto de restricciones que hay que acatar...; ¿qué coño habéis estado haciendo?, les pregunté, investido de una seguridad ajena; nos lo hemos pasado de puta madre, tío; hemos ligado y todo fíjate Carlos, dijo lo que quedaba de Lidia, ¡anda Mary!, dile lo que hemos probado, ordenó dirigiéndose a Bea; y, en aquel largo segundo, las miré a las dos, y me horroricé sólo de imaginar que hubieran llegado a drogarse o algo así; y, por si fuera poco, /sentí cómo la vaga sospecha de la infidelidad me destronaba de mi cama, arrojándome al frío suelo/...

Carlos..., je, je, dijo entre dientes Bea (la que se había mostrado reservada o recuperándose), nos hemos fumado cinco porros con dos tíos que estaban buenísimos, je, je (quizá nunca llegue a saber quiénes estaban buenísimos: si los tíos o los porros), y Lidia se ha follado a uno de ellos...; ya no pude aguantar más y me puse de pie, quedándome desnudo ante ellas, creyendo que (por aquel esfuerzo) la cabeza me iba a estallar; vamos Bea, dile lo que has hecho tú..., exclamó la otra sin inmutarse, como labrando un camino a un niño pequeño; de veras que lo intenté, pero no pude entender lo que Bea quiso pronunciar; las palabras le salieron atropelladas, sin unidad lógica que permitiera su asimilación...; y, justo después, como asustadas de no poder contarme más, se dieron la vuelta y empezaron a bajar la escalera; recuerdo que Lidia se resbaló una vez pero se pudo agarrar; Bea se rió de mí, o de ella (o de los dos), con un estruendo sonoro desconocido por mí; ¡Lidia...!, ¡eres... una puta!, le grité desde la baranda de madera; y ésta, ya abajo, me miró largamente, sin prisas; que soy una puta, ja, ja, ja..., ¡una puta...! ja, ja, ja..., qué putada, tío...,

una puta en tu piso, ja, ja, ja..., tu novia con una puta..., gritaba doblándose sobre sí misma y apuntando a Bea...; y cuando dejaron de reírse, Lidia se me quedó fija, como estudiando mi anatomía (yo estaba completamente desnudo; la palabra pudor no existía aquella noche en aquel piso); ¡y tú no eres capaz de follarme aquí, delante de Bea...!, ¡no eres capaz de pegarme un buen polvo con esa mierda de polla que tienes...!, vomitó Lidia abriéndose el pantalón y metiéndose una mano en las bragas; ¡venga!, ¡ven maricón...!, ¡ven y me demuéstreme porqué te las das de follador...!, ¡venga, cojones...!

Me puse algo, creo que el pantalón del pijama, y me dispuse a bajar por la escalera; antes de llegar abajo, pude ver (no sin cierto vértigo) que Lidia estaba tendida en el suelo y se había bajado el pantalón y las bragas; además, tenía las piernas abiertas y mostraba el sexo; y por si fuera poco, con una mano, se acariciaba el pubis y se introducía un dedo...; me va a follar..., Bea, tu novio me va a follar delante tuya, ¿tú crees que va a ser capaz?; ya está, ¡ya!, había llegado el momento (como en todas las escenas turbias) en que no supe quién era el inquisidor y quién el ultrajado; llegué abajo y me sentí mareado; ¡esto es demasiado...!, üno...ü; articulé y me fui derecho al cuarto de baño a vomitar; y allí, envuelto en el ruido de mis arcadas, las oí chillar como locas desprovistas de su moralidad; no tiene picha, ja, ja..., Bea, tu novio no tiene picha... jo, jo, jo... uahajuuu... ju..., no sabe follar porque no tiene picha, ¿lo ves...?, tía díselo; proclamaba repúblicamente Lidia; e inundado por el ruido de mis vómitos, me acordé de una frase de Aldous Huxley, que había leído días antes en el diario, y a la que no había prestado mucha atención; ¿te has agarrado?, espero que sí; ésta es la cita: «¿Cómo sabéis si la Tierra no es el infierno de otro planeta?»; ¿verdad que es una frase horrorosamente cruel?, dime que sí, que lo es..., y lo malo, es que puede ser hasta cierta; te aseguro que a mí, aquella noche, en aquellos instantes de desastre, me pareció que la Tierra era ya el infierno de muchos planetas, y yo su primera víctima..., tenlo por seguro, tío, así me vi...

Pasé un rato volcado en el bate, desangrándome desde el corazón y desde mi alma, y esperando a que la marea bajase; sabía que mi presencia haría más difícil las cosas, por lo que encerrarme en el cuarto de baño, me pareció lo mejor; y allí, en el infierno de mis recuerdos, mi mente viajó a una velocidad inmensa, abismal, y deseé ser un ignorante, un necio incapaz de discurrir, un vegetal de mi pasado, algo así; y cuando salí de mi manicomio higiénico, Lidia estaba de pie en medio del salón, pero seguía en pelotas; hablaba y gesticulaba exageradamente, y Bea, casi de rodillas, cerca del televisor, la miraba como si su compañera fuera el mismo Hitler mandándole matar a miles de judíos con sólo apretar un botón, más fácil todavía, con decir «sí»; tienes que decírselo tía, le decía la borde a mi novia; ¿qué es lo que me tiene que decir Bea?, ¡venga dilo!, grité enfadado y con motivos; mi novia parecía divisarme más que verme, sus ojos tenían la mirada ausente, perdida en otra dimensión, hasta el punto de parecer invidente; pero la noté tan indefensa, tan títere de su amiga, que me pareció oportuno seguirla queriendo; más que nunca hasta

entonces, necesita mi apoyo; todo ha sido una manipulación, una sucia manipulación en contra de su moral, me repetía constantemente a mí mismo; y ella no decía nada, sus labios sólo sabían temblar; entretanto, Lidia, viendo que su alumna fracasaba en el intento, se había subido las bragas ajustándoselas como un tanga (su pubis rubio asomaba amenazante a ambos lados de la minúscula tela roja); vamos tía..., vámonos a follarnos a algún tío hecho y derecho y deja a ese mierda que se pudra en su cama de papá, sentenció Lidia, ahí te quedas cabrón, ¡que te jodan!, que tu novia ha encontrado una polla más grande que la tuya, díselo tía, dile que te has follado al calvo de los «Siniestro», dilo so tonta, que no te va a pegar, ¡es un mierda!, ¿no ves que no es nada...?, pude oír, cuando ya habían salido del piso y se arrastraban por el patio; un escalofrío me sacudió y me quedé impotente, sentado en el suelo, corroído por una imagen brutal: mi novia penetrada en medio del escenario, a la vista de todos...; y allí mismo me dormí y soñé barbaridades que no me gustaría contar si siquiera aquí, en este diario; lo siento...

Ahora lo recuerdo todo a trozos, mutilado por el tiempo y la incertidumbre; a veces, me parece haberlo soñado, pero a veces no; no quiero ni siquiera pensar que fue real (como no hubo ningún contacto físico entre nosotros no estoy completamente seguro de todo); de lo que sí estoy seguro es que estuvieron allí, y que Bea subió arriba en aquel estado tan lamentable; y, por más que lo intento, no acabo de creerme lo que Lidia hizo delante de mi novia; cómo pudo desnudarse y querer que la fornicara allí sin más; la verdad es que no me explico cómo pudo ser tan cruelmente retorcida, la odio a muerte desde entonces; no sabía bien Tony en lo que se quería meter; y aún hoy, después de que haya pasado una semana, la veo tan cabrona, tan sarcástica, con tanta mala leche, que no creo que pueda perdonarla por lo que le hizo a Beatriz; y si yo, al menos, hubiera tenido la suficiente lucidez para pegarle dos hostias bien dadas...

A Beatriz la vi el martes en la Facultad, y estuve hablando con ella...; al principio, se mostraba reticente a mencionar lo de aquella noche, pero le solté la lengua; no me acuerdo de casi nada de aquella noche..., explicó, estábamos allí dando saltos y llegaron dos tíos que se pusieron al lado nuestra a fumarse un porro, Lidia empezó a hablar con ellos y fumó también; yo no quería pero al final lo probé...; a partir de entonces, recuerdo sólo algunas cosas pero no estoy segura de nada, ¿sabes...?; lo veía todo desde lejos..., las cosas se me hacían grandes y pequeñas por momentos...; otras veces (siguió relatando mientras veía mi cara cambiar de color) miraba a mi alrededor y lo veía todo oscuro; y sentía miedo...; después, me pareció que Lidia se había ido con uno de los tíos y me había dejado allí sola...; Carlos... fue muy doloroso, me aseguró angustiada, creo que el chaval con el que te peleaste en la Fiesta de la Primavera, el músico, estuvo por allí cerca pero no fui capaz de decirle nada...; Carlos... no podía hablar..., las palabras no me salían...; te lo juro, todo aquello me pareció no una noche sino varias semanas; hasta me atrapó, incluso, la idea de que nunca saldría de aquel rincón, que era como una cárcel,

aquel rincón de la nave adosada, la que es más fresquita...; dejó de hablar un momento, creí que para llorar, pero siguió contando: lloré mucho, Carlos... tenía frío y me sentía sola...; no sé darle explicación de lo que le pasó a mi camisa y no sé qué opinar sobre lo que tú dices que Lidia hizo y dijo...; si te digo la verdad, no recuerdo haber estado en tu piso..., si tú lo dices, será así, pero yo no recuerdo nada de eso...; lo que sí sé es que Lidia está con un tío feísimo desde el domingo; llevan desde entonces en el piso, y no paran en todo el día de fumar porros y de follar como animales...; es asqueroso cómo gritan cuando lo hacen...; por favor, Carlos..., no escribas nada de esto en tu diario, te lo ruego; si lo que me has contado es cierto, es demasiado feo para que alguien lo lea alguna vez...; /ya tenemos suficiente con el dolor del recuerdo y la incertidumbre de si ocurrió o no debió ocurrir/..., me suplicó Bea en un tono más roto; pero yo pienso que no, que no será tan feo como ella dice, para agarrarme a alguna esperanza...

Odio a Lidia por haberme dejado sola aquella noche..., la odio de verdad, me confirmó Bea llorando sobre mí...

Y, después de charlar algo más, quedamos en que lo mejor sería descansar el uno del otro hasta después de Semana Santa; argumentó que necesitaba tiempo para pensar, para poner en orden sus recuerdos; escribe Bea, escribe lo que te ocurre, así te irá mejor..., y acuérdate de que te quiero, y de lo que nos dijimos la noche anterior, acuérdate de todo y sopésalo con calma, te espero; y se despidió de mí hasta el Domingo de Resurrección en que decidiremos qué hacer...

El jueves siguiente (a los dos días de aquel martes que la vi), se prorrogaron las clases hasta el martes de la semana que viene (después de Semana Santa); y ¿cómo no?, aquel día fui al piso a buscarla, por si estuviera allí (la verdad es que me resistía a dejarla sola); llamé y me abrió Victoria que se abrazó a mí; le pedí que me contara algo de lo que ella supiese y me dijo esto: cuando llegué el domingo, Beatriz estaba muy mal en su cuarto; había vomitado mucho y estaba hecha una mierda; cualquiera que la hubiera visto, habría dicho que se moriría aquella misma mañana de SIDA o de algo peor..., me explicó Victoria, y no pude menos que estremecerme porque su comparación podía ser hasta posible; pude oírle algo de que habían estado fumando porros y que estaba muy mala, ¿sabes...?, Bea me contó que estaba enfadada contigo porque le habías dicho a Lidia que era una puta...; Carlos... lo siento, pero se ha ido esta mañana, e iba como si partiera hacia un cementerio...; he estado todo el tiempo posible con ella esta semana y he podido ver que está algo confusa, no tiene las ideas claras; dice que te vio el martes y que te contó lo que pudo; te aseguro que no sabe nada más; está muy dolida por culpa de Lidia, y me rogó que te dijera que no vayas a buscarla, por favor, hasta el Domingo de Resurrección; dice que necesita relajarse y pensar; así que ya sabes Carlos: vigílala...; simplemente, vigila que no vuelva con Lidia, no es buena amiga para Beatriz... (aquí cambió de tono Victoria), y como siga trayendo al tío feo ése con el que fuma porros me voy del piso después de Semana Santa, ¡vaya si me voy...!, y lo sentiré por tu novia..., no hay derecho a tanta

manipulación Carlos, me dijo con un gesto sabio que me recordó a Bea; me dio un beso y me dijo: ante todo Carlos..., ¡haz caso a tu corazón...!, las cosas nunca son lo que parecen; ¡recuérdalo...!

La he llamado varias veces y su madre dice que no quiere hablar conmigo; la he ido a buscar y no quiere que entre a verla; pero..., ¿qué le ha pasado a mi niña..., Carlos?, me pregunta angustiada la madre, está muy rara últimamente; está depresiva por algo que la ha sofocado, ¿sabes?, hay que esperar al domingo de la semana que viene, le confesé a la madre; por supuesto, le conté que yo no tenía nada que ver, le expliqué que el sábado no pude salir con ella y que cuando la vi el martes me demostró que necesitaba pensar; omití, sin dudar, el episodio del piso; ayyy, Carlos, los novios de hoy sois demasiado tranquilos, ¿cómo podéis dejar a las novias salir solas por ahí?, si la niña tiene novio y el novio no sale, pues ella tampoco, comentó la madre de Bea; sí, pero no iba sola..., iba con Lidia, dije, no sé si para bien o para mal; y debió tranquilizarse un poco porque dijo: bueno, espero que sepa lo que hace..., ya es mayorcita, me parece; eso espero, Luisa, que sepa lo que hace, le hice ver yo, asumiendo la espera como única vía posible entre los dos...

Voy a dormir, si puedo...

(Mediodía del lunes. En la salita.
MI PADRE y NOELIA *almorzando*).

NOELIA.—Bueno, yo ya he terminado...

ABUELO.—¿Y ahora qué vas a hacer?

NOELIA.—Pues, ¿qué voy a hacer?, escribir.

ABUELO.—Ahora te toca contar lo que viene una vez que ya llegaste del hospital, ¿sabes?

NOELIA.—Después de llegar, ¿no?

ABUELO.—Eso es..., hasta que te parezca.

NOELIA.—Muy bien, voy para allá... (*Sale*).

Después de aquel accidente en el Parque, volví pronto a casa. Cuando me quitaron los puntos, estuve tres semanas yendo a rehabilitación. La mayoría de las veces me llevaba mi padre, pero otras era el de Sergio el que me llevaba. Sergio no había vuelto a montar más en bicicleta. Tampoco había participado en el campeonato que fue a las dos semanas de lo mío. Venía mucho a verme y me ayudaba por las tardes a hacer lo que fuera. Nunca se lo dije, pero le estoy muy agradecida. Sé que se sentía mal por lo de aquella tarde. Mi abuelo me explicó que Sergio tenía miedo de que, por su culpa, me fuera a quedar coja. Pero ya me puse bien. Por eso ya viene menos. Aún así, seguimos siendo buenos amigos. De vez en cuando, lo animo a que siga corriendo en bicicleta. Pero no. Dice que no quiere seguir el mismo camino que yo.

Y ahora me gustaría hablar sobre Rosario. Cuando ya todo volvió a la normalidad, algo cambió entre ella y mi padre. Los rumores que mi abuelo oyó se volvieron ciertos. Ya eran una pareja medio formal.

Por las tardes, ella iba a buscarlo y se iban al Parque a pasear. Entonces, yo tenía que ir a buscar a mi abuelo al bar para que despachara a la gente. Mi abuela los había acostumbrado mal, a la gente. Como era verano, venían a comprar a partir de las nueve de la noche. Pero a mi padre le daba igual. Se iba con Rosario de paseo y dejaba allí a mi abuelo solo ante el peligro. Y otras tardes, en vez de irse al Parque, subían a la casa y se encerraban en el dormitorio.

Una vez los oí. Eran las ocho y media de la tarde y estaban en el dormitorio. Estaban haciéndolo. Yo ya sabía lo que era aquello. Y no me gustaba que lo hicieran de aquella forma, y a aquella hora. Por eso, y otras cosas, a mi abuelo tampoco le gustaba ella. Decía que era demasiado larga. No sabía qué quería decir con eso pero

me lo imaginaba. No era muy alta pero sí muy provocativa. Mi abuelo la llamaba con una palabra que no sé bien qué significa. La busqué en el diccionario pero me quedé igual. Repetía una y otra vez que era una ninfómana.

*(MI PADRE entrando en la habitación del Norte.
NOELIA está escribiendo).*

ABUELO.—¿Cómo va la cosa?

NOELIA.—Bien, va bien..., ya voy a lo importante.

ABUELO.—Eso es, yo voy a ver si ordeno un poco lo que escribí ayer...

NOELIA.—De acuerdo...

Cuento ahora lo que pasó algunas semanas después, una noche de finales de agosto. Era viernes y mi padre había llegado con mi abuelo de Sevilla hacía un rato. Se habían puesto a descargar y estaban cansados. Rosario vino a buscar a mi padre, pero no salió. A las diez y pico, ya estábamos todos acostados en la casa.

Como nos habíamos acostado pronto, desperté a las cuatro de la madrugada. Salí al balcón de la cocina a tomar un poco el fresco. Y, desde allí, pude ver a mucha gente, a lo lejos, gritando:

—Otra, otra, otra...

Por lo visto, habían acabado de cerrar el pub y los chavales querían más música. Entonces, empezaron a salir grupos de cuatro o cinco, muchas parejas, algún solitario, hacia todas partes. Y yo, que estaba en el balcón, vi que la calle parecía un hormiguero. El ruido de las motos y de los coches era el punto y final a aquella noche. Intenté ver en los que se marchaban a Rosario pero no lo conseguí. Sí vi a algunos que conocía de verlos por el pueblo, pero no a ella.

Después, divisé a dos o tres que iban bien borrachos y se mearon encima de un coche negro que estaba aparcado detrás de nuestra furgoneta. Era un coche muy bonito, me parece que como el que mi padre se quería comprar. Pero no, dije para mí aquella noche, no te lo compres papá, que la gente no respeta las cosas de los demás.

Entré dentro y puse un poco la tele, aquí en esta habitación. Pero no había nada que valiera la pena. Y hacía calor dentro de la casa. Como seguí sin tener sueño, salí otra vez al balcón.

Y en la calle Granada ya no había nadie. El pub ya estaba cerrado. Todo estaba como tenía que estar. Había la tranquilidad de siempre. Las casas de siempre. Y casi los mismos coches de siempre, porque había uno nuevo aparcado detrás de la

furgoneta de mi padre. Pero llegaron un hombre y a una mujer y se metieron dentro. Y, por lo visto, no se les ocurrió cosa mejor que hacer esa cochinateda allí mismo. Rompieron la tranquilidad de la noche. Y yo, enfadada, cogí y me acosté otra vez.

Pero al ratillo todavía estaba dando vueltas en la cama, y salí al balcón para apagar mi curiosidad. La verdad es que quería saber si la pareja aún seguía en el trote del amor (así es como lo llama Sergio). Pero el coche tenía ya las luces encendidas y venía hacia la esquina donde yo estaba. Asustada, me agaché para que no me vieran. Pasó muy cerca de mí y vi que no era negro, sino verde oscuro. Era realmente precioso. Paró en la esquina de la tienda, debajo de la farola, y se bajó la mujer. Ella se dio la vuelta hacia la parte del conductor. El sacó la cabeza mientras ella llegaba, y así pude verlo. Era un hombre joven, rubio y muy guapo. Ella se acercó a él, se agachó y lo besó. Se dijeron adiós. No estaba segura al principio, pero se giró para mirar hacia la tienda, y la reconocí. Era Rosario.

Entonces, corrí rápido a llamar a mi padre. Pero, en el camino, me lo pensé mejor y llamé a mi abuelo. Se despertó nada más tocarlo en la mano, porque tenía un sueño ligero. Le expliqué lo que había visto y se quedó un poco pensativo.

—Ve y acuéstate. Ya veremos mañana —me dijo.

A la mañana siguiente, era sábado y había más trabajo. Estábamos en la tienda mi padre, mi abuelo y yo, despachando a la gente, cuando entró Rosario. Y venía, como siempre, un poco provocativa. Entonces, ella le preguntó a mi padre si podía subir un momento a dejarle un libro. Aunque todo el mundo lo sabía, ella no había cambiado de táctica. Siempre que quería acostarse con él, se lo decía, «enséñame un libro». Y subieron. Y mi abuelo me dijo que me quedara con él, que le hacía falta. Eran las doce y había bastante gente en la tienda. Al rato, cuando ya estaba más vacía, fui arriba. Escuché gemidos en la puerta del dormitorio de mi padre. No había duda. Estaban haciéndolo. Bajé y se lo dije a mi abuelo que se enfureció mucho. Cuando cerramos la tienda y subimos, ella todavía estaba allí. Estaban en la salita poniendo la mesa. Ella también comía algunas veces en casa. Y otras hasta hacía la comida. En casa de ella era la madre la que cocinaba y hacía las faenas. Por lo que no la echaban de menos. Recuerdo que comimos tortilla con patatas, cómo olvidarlo.

Ella tuvo que ver algo raro en mi abuelo, porque se marchó después de comer. Mi padre se dio cuenta también. Y cuando ella se fue, mi abuelo no aguantó más. Lo hizo sentarse en el comedor frente al cuadro de la mujer en cueros que le regaló. Yo estaba en la cocina, fregando un poco los platos, y me enteré de todo.

(Entro YO furioso.

NOELIA se va a jugar, sin advertir mi enfado).

NOELIA.—Hasta luego... *(Sale).*

MI PADRE.—Adiós Noelia..., ¿qué te pasa hijo?

YO.—Desde luego... ¡qué gente más cabrona hay en el mundo!

MI PADRE.—¿Qué te pasa?

YO.—Pues, ¿qué va a ser?, los Hernández, que me tienen ya hasta los cojones...

MI PADRE.—¿Qué ha pasado?

YO.—Que han llegado diciendo que me deje de novelitas y de tonterías, y que trabaje...

MI PADRE.—¿Quién de ellos ha sido?

YO.—Bartolo el padre y el Basilio.

MI PADRE.—¿Y qué te han dicho?

YO.—Pues eso, que trabaje más y me deje de payadas, que abra a las cinco de la tarde como todo el mundo...

MI PADRE.—Tendrán mala leche...

YO.—A mí me sacan de quicio.

MI PADRE.—¿Y por qué no les has dicho lo que tú piensas de ellos?

YO.—No lo sé.

MI PADRE.—¿Cuánto tiempo hace que os peleasteis?

YO.—Pues, ya hace tiempo, sí.

MI PADRE.—¿No les dijiste por lo que ya no querías saber nada del hijo?

YO.—No.

MI PADRE.—¿Y por qué?, no te he explicado ya bastantes veces que todo lo que hacen es por envidia, porque creen que todo el mundo trabaja menos que ellos, que le dan más importancia a su trabajo y se la quitan al de los demás...

YO.—Sí.

MI PADRE.—Desde luego..., ¿y qué más te han dicho?

YO.—Pues eso..., que trabaje más que no pierda el tiempo con lo que estamos haciendo, con la novela.

MI PADRE.—¿Y no le has dicho que el que pierde el tiempo es su hijo, que ha estado ocho años para sacar Filología Hispánica, y ahora está en el paro?

YO.—No.

MI PADRE.—Y no sabe que con criticarte acentúa aún más su vulgaridad. De modo

que ha estudiado Literatura y ahora no le gusta que alguien la practique. ¿No te parece un poco absurdo?

YO.—Sí...

MI PADRE.—Pues ahí lo tienes..., será imbécil...

YO.—Sí, pero..., a fin de cuentas, lo que me han criticado es el trabajo...

MI PADRE.—Pues, diles eso, que su trabajo sí que es una mierda, que lo dice todo el mundo, que la Ferretería Hernández es la más carera de por aquí, y que no se merecen tener una aquí y otra en Riotinto, como tienen, a fuerza de engañar..., serán hijos de puta...

YO.—Bueno, tranquilo..., no te pongas así...

MI PADRE.—¿Qué coño tranquilo?, lo que tú tienes que hacer es mandarlos a tomar por culo y ya está..., ¡a tomar por culo!

YO.—Sí pero es que han sido buenos clientes nuestros.

MI PADRE.—Eso no importa. Nadie tiene culpa de que la madre sea una santa...

YO.—Sí, pero...

MI PADRE.—Nada, nada, que lo más importante eres tú. Y si no les gusta lo que tú haces, a mamarla...

YO.—Sí, pero es que..., suena duro, ¿no? El hermano mayor se ha portado bien con nosotros, cuando nos ha arreglado los frigoríficos, las veces que ha venido sin cobrarnos..., y el peso que nos vendió a precio de costo...

MI PADRE.—Nada, nada, eso no tiene nada que ver..., ¿acaso no hemos tenido los mismos detalles con ellos?

YO.—Papá, ¿qué te pasa?

MI PADRE.—Nada hijo, que ya estoy harto de todo esto. Que tiene mucha mala leche la gente, siempre metiéndose en lo que no les importa.

YO.—Digo.

MI PADRE.—Pues ya sabes...

YO.—Hombre, me hubiera encantado decirles eso, que se metan en lo suyo...

MI PADRE.—¿Y por qué no lo has hecho...?

YO.—Por respeto.

MI PADRE.—¿Qué respeto ni pollas? ¿No ves el respeto que te tienen a ti?

YO.—Ya.

MI PADRE.—No sé cómo estuviste tanto tiempo aguantando al Basilio, el niño; después dice... en la puta vida le he encontrado una ilusión, ¿es que no lo ves?, está muerto; tú mismo lo dijiste, que no hacía más que quejarse...

YO.—No sé qué será, pero algo los ha cambiado, antes no eran así...

MI PADRE.—Sea lo que sea, ya no son compatibles con tu vida, tenlo claro...

YO.—Humm jumn...

MI PADRE.—Si ha llegado un momento en que lo que dicen y hacen te repele, más vale que los evites, que tomes otro camino y en paz...

YO.—Sí, papá.

MI PADRE.—Yo soy muy bueno, pero cuando me tocan los cojones me da igual todo.

YO.—Tranquilo...

MI PADRE.—Tienes que buscar a gente optimista, gente que sepa ver la vida tal y como es, ¿sabes?, y no el niño ése que ha estudiado Filología Hispánica para... irse al ejército y que lo echen de allí por vago, ¿te enteras?, por vago...

YO.—Ya.

MI PADRE.—Busca gente como Carlos, si hubiera mucha gente como él, la vida sería otra.

YO.—Claro...

MI PADRE.—Por Dios, Juan Antonio que esto es más viejo que andar para adelante.

YO.—Sí...

MI PADRE.—¿Cuántas veces te he dicho que si alguien te contradice en tu camino te apartas de él..., y ya está?

YO.—Muchas..., papá, muchas veces...

MI PADRE.—Y que todavía haya algunos que digan que la Literatura es el oficio de los que están muertos en vida...

YO.—Entonces, ¿qué es, según tú?

MI PADRE.—Yo más bien diría que es el arte de saber vivir antes de morir, cosa que no siempre se consigue...

YO.—Eso es verdad...

MI PADRE.—Ni tanto..., así que ya sabes, tú a lo tuyo, aunque haya mucha gente que nos apoye, hagas lo que hagas, siempre habrá alguien a quién no le parecerá bien.

YO.—Eso es verdad.

MI PADRE.—No puedes dejar que te pisen, recuérdalo, eres lo que quieras o te permitas ser...

YO.—Tienes razón, papá..., muchas gracias...

Cuando Noelia me corroboró aquello, no podía creerlo, o más bien, no quería. No quería que mi hijo sufriera más pero tampoco quería que tuviera un segundo error. Había que pónérle las cartas sobre la mesa. Y así lo hice:

—Pero, ¿es que no te das cuenta?... —le repliqué, en cuanto vi que Noelia se había marchado a la cocina. Sabía que estaba escuchando, pero daba igual, ella lo sabía mejor que yo—, no sé qué te ha hecho esa mujer para tenerte como te tiene. De verdad Juanan..., recapacita, no puedes seguir así...

Habíamos hablado ya en numerosas ocasiones del atributo carnal de aquella muchacha. Le había dicho más de una vez, y más de dos, que no era nada bueno tener una ninfómana en casa. Y volví al ataque:

—Hijo, esa mujer te está engañando, sólo te quiere para lo que te quiere, no es buena para ti.

A lo que él respondió:

—Pero, ¿por qué?, ¿qué es lo que ha hecho? —me preguntó exasperado, harto de oír aquello, siempre la misma retahila de palabras.

Vacilé un poco más en echar mano de lo que Noelia había visto la noche anterior. Si no era preciso, no debía enterarse. Así que estuvimos discutiendo un rato más, probando argumentos, para ver si lo convencía pero, realmente, mi hijo estaba cegado por aquella joven. No es que fuera mala gente, sino que no le pegaba, sencillamente, no le iba bien a su talla. Oí a la niña lavar los platos y me dije que no había más remedio. Había que decírselo.

—¿Sabes lo que vio ayer por la noche tu hija, en esta misma calle?, eh, ¿lo sabes? —y conseguí hacerle ver que aún me quedaba una carta por jugar, la decisiva: el as de corazones.

—¿Qué es lo que vio...? —profirió en tono aburrido...

—Pues bien, te lo voy a decir. Se despertó a las cuatro de la madrugada y salió al balcón. Dice que vio un coche muy bonito, matrícula de Cádiz... —dejé la frase en el aire contemplándolo—, vio entrar a un hombre y a una mujer en el coche que se pusieron a follar. Tu hija dice que se acostó otra vez pero que no era capaz de dormir. Entonces, se levantó y fue de nuevo al balcón.

En este punto, miré hacia la cocina. Noelia estaba en la puerta mirándonos, y parecía una reina, con el delantal, secando un plato con un trapo blanco. Y se me pareció, en la mirada, a Eva.

—El individuo era un hombre rubio algo más joven que tú. ¿Y la mujer?, la mujer era Rosario —agachó la cabeza—. No te has dado cuenta todo este tiempo. La noche que Noelia estuvo en el hospital debió ocurrir igual. Tú mismo me lo contaste después. Seguro que aquella noche también se la cepilló, había quedado contigo y se fue con él; si no, cómo explicas la actitud del administrativo (lo dije así porque pareciera menos insultante) cuando ella te besó... —y me fui a la salita a ver la tele.

Creí que ya era suficiente. Pensé que ya estaba libre, exorcizado, absuelto de su condena, la condena de sus piernas, la condena de viajar en su vientre. Ya podía decir que había dejado de ser un condenado a existir dentro de ella. Dio un portazo y se vino aquí, a la habitación del Norte.

Aquella misma tarde, Rosario vino a buscarlo para salir. Pero, cuando llamó, bajé yo y le dije que mi hijo estaba acostado y que tenía fiebre. Le pedí que no lo despertara y que viniera al día siguiente. Se marchó. Entonces, subí arriba y lo vi. Allí estaba, sentado en el comedor, contemplando el cuadro de la Venus.

—A veces, el mejor camino no es el menos doloroso, hijo, me alegro de que hayas sabido rectificar tu error. No tienes que culparte por ello —lo rodeé con el brazo—. Y mañana tienes que decírselo.

Por la noche, no salí al balcón a comprobar si el coche verdinegro seguía allí. Tampoco lo hizo él. Ni la niña, creo.

A la mañana siguiente, llegó y no esperó más. Se lo dijo allí mismo, en el zaguán de sus sentimientos:

—Rosario, no vengas a buscarme más, lo nuestro se ha terminado. Se ha terminado por culpa de un coche verdinegro —yo mismo le dicté aquello que tenía que decirle, porque sabía que él se quedaría en blanco. Sabía que se quedaría buscando un argumento ante aquellos ojos que tanto lo vieron viajar por su cuerpo—. Lo siento, Rosario, de verdad que lo siento... —se lamentó.

Yo, que estaba en el sótano recordando otra escena dolorosa, la sentí llorar. Pero no me dio lastima, porque ya lo dice el refrán: «En cojera de perro y en llanto de mujer nunca has de creer».

Y, a partir de aquel día, Juan Antonio pudo decir, de nuevo, que se arrastraba por la vida. Intenté encontrarle un provecho a aquella relación que había terminado, pero no lo logré. Llegué a la conclusión de que el sexo es un pilar tan efímero que éste no puede mantener, por sí solo, la unión entre dos personas. Y peor aún era el caso de mi hijo porque, el día que él no se lo daba, ella lo buscaba en otra parte. ¿Había motivo más vulgar que aquél para abandonarla? No, creo que no. Así y todo, la contradicción vino a sentarse en su cama las noches siguientes. Me confesó, sin palabras, que el arrepentimiento le acompañaba en sus divagaciones, en sus recuerdos. Me reveló que echaba mucho de menos su calor de hembra ardiente, su pelo moreno, sus ojos, sus caderas: toda ella.

Aquella tarde, lo vi llegar, cargado de nostalgia, llamando a la puerta, golpeando los cristales con su mano ventisca. Lo examiné y comprobé que estaba cansado de

vagabundear por el mundo arrastrando pasiones, cortándole las orejas al verano siempre que lo pillaba despistado y desprovisto. Y lo dejé pasar, le hice un hueco en esta habitación, en la habitación del Norte. La llamamos así porque, mirando por la ventana, conduce hacia ese punto cardinal, y porque está en el Norte de la casa, siempre hacia adelante.

Y aquí pasé muchas horas con mi hijo y el otoño. Jugábamos a las cartas con otro compañero más que se llamaba remordimiento, pasado, nostalgia; era como muchas cosas a la vez: un amasijo de sentimientos, los que le recordaba aquel cuadro a mi hijo. El cuadro de *La Venus de Urbino*. Lo cambiamos de sitio y lo pusimos aquí, a mi derecha, en la habitación del Norte. Es muy grande y ha servido, en parte, para ocultar la humedad que nació cuando la lluvia empezó a caer sobre la nostalgia que quedaba del verano, en el sur del otoño (ya pronto habrá que quitarlo para pintar).

Desde el momento en que rompió con Rosario, Juan Antonio cambió mucho. Parecía que había esperado a entonces para madurar del todo. Se le veía serio y callado, absorto en su trabajo. También ocurrió que algunas noches de aquel otoño lo sorprendí llorando, ¿dónde?, aquí. Temía que estuviera enfadado conmigo por haber sido el que le abrió los ojos, pero no estaba seguro. Noelia también lo decía: «abuelo, mi padre ha cambiado mucho, aunque desde que se fue mamá no es el mismo».

—Eso ya lo sé Noelia, y nunca será el mismo. Tú no eres la misma de hace un mes, ni mucho menos. Es más, nadie es el mismo que hace tan sólo unas horas, nunca lo olvides —le expliqué, seguro de que evitaría más preguntas suyas.

—Entonces..., ¿por qué me acuerdo de cómo era...?

Preferí no contestar.

Sinceramente, ha llegado la hora de inmiscuirme un poco en la historia. Tenía el concepto de que el narrador no debe transparentarse mucho, pero no tengo más remedio. No puedo evitarlo, porque soy parte de la historia. Además, ya me lo dijo Ramón hace muchas páginas, en aquel diálogo teatral, que tenía que demostrar las circunstancias que me han condicionado a la hora de escribir ésta, nuestra historia. Pero, pensándolo bien, y puesto que estoy en mi novela, considero que ya entonces, en aquella propuesta, que también ha aparecido en páginas anteriores, quedó patente todo lo que había que decir. Sería, por tanto, absurdo redundar en ello.

Sin embargo, me gustaría aclarar aquí mi historia personal, el final de ella, ya que a mí también me ocurrió algo fuerte en el otoño del pasado año, el 95, hace unos meses. Una temporada que se saldó triste y agravada con la ausencia de Carlos (se había echado novia, y no venía mucho por aquí). El otoño, todos lo saben, supone una ruptura, un desgaste, un marchitamiento del año. Y es verdad. En el pasado asistí a demasiadas rupturas: la de mi hijo con Rosarip, Carlos que se dedicó un poco a su vida (e hizo bien), y la mía, en el trabajo. He dicho, a lo largo de esta novela, que trabajaba en una empresa de transportes de Riotinto. Y es verdad, trabajaba. En

octubre del 95 la empresa cerró. ¿El motivo? Uno de los cinco socios que componían la empresa la disolvió. Pero espera, es mejor que empiece por el principio.

La empresa la fundamos yo y cuatro socios más, amigos míos y compañeros de otros trabajos, allá por el 70. Por entonces, la mina iba bien y se daban continuamente muchos viajes a Sevilla para transportar herramientas, piezas, derivados de la maquinaria y accesorios de la Compañía. Pero pasó, lo que conté un poco antes, que cada vez la organización minera iba perdiendo más credibilidad y trabajo. Y ello repercutió mucho en nosotros. Así, cada año, el trabajo era más escaso. Sin embargo, íbamos tirando, como se dice. Un viaje de aquí, otro de allá, mantenían a los cinco socios que componíamos la empresa (hay que decir que teníamos una sucursal en Sevilla regida por uno de los cinco). Pues bien, hace unos meses, en octubre, ocurrió lo que veníamos temiendo desde hacía ya algunos años. Manuel, el más viejo de todos los socios, cumplió 64 años. Y eso significaba, para él, el retiro. Y para nosotros significó que todo se iba al carajo. El tenía la misma potestad que los otros cuatro para salirse y exigir que la empresa se disolviese. ¿Y por qué?, me parece oír ahí, detrás del papel, pues porque es una de esas personas que vienen a la vida para nacer, trabajar lo justo y morir. Es una pena que haya gente así, gente que no busca sino permanecer en lo que la vida les aguarda. Tan simple como eso.

Y si algo me ha insuflado esta novela es una nueva calidad de vida. La lectura del diario de Carlos me sedujo como ningún libro lo había hecho hasta entonces y nos obligó a esto. Pero es pronto todavía para zanjar la cuestión literaria.

Volviendo a lo de mi hijo, he de decir que decidí escuchar lo que me dijo uno de los viajantes que tenemos en la tienda (Enrique). Este me expuso que conocía a una psicóloga muy buena de Valverde que trataba cualquier caso que se le pusiera delante. Me lo contó porque lo vio un día, a los pocos de aquello, muy triste y fuera de sí. Me dio su teléfono y, cuando me pareció oportuno, me puse en contacto con ella. Le conté por encima la historia y me explicó que de todas formas tenía que verlo antes de confirmarle si se hacía cargo de él. Le pregunté la edad que tenía ella y me la dijo sin reparos.

—Treinta años.

Seguí hablando con la psicóloga, más por saber de ella que porque ella supiera de mi hijo. Le conté que mi mujer nos dejó hacía un par de años casi, que la de él lo abandonó algunos meses antes —este dato pareció interesarle—.

—Está claro que habrá que estudiar bien ese punto —argumentó, demostrando interés.

—Mi hijo y yo sabemos —le dije—, y lo llevamos en el corazón, que si Virginia siguiera aquí, Eva aún estaría haciendo punto abajo en la tienda. Pero lo importante es saber hasta qué punto eso es verdad. Y hasta qué punto nos ha afectado a nosotros. Creemos que es el punto de partida de toda nuestra mala suerte, pero no queremos arrojar toda la culpa a una sola persona, ¿sabe...? —le pregunté yo.

—Sea como fuere, su hijo debe habituarse a vivir de nuevo su vida; debe asimilar

aquello como un callejón sin salida del que, por suerte, pudo salir —me respondió con una tranquilidad que me recordaba a la parsimonia del doctor Gómez. Sin duda, aquella mujer tenía fuerza de convicción, y eso es lo más importante de una psicóloga: que convenza de lo que no es.

Pasé después a saber de su tarifa de precios. Me contó que, en su consulta en Valverde cobraba cuatro mil, pero que si no podía ir él, tratándose de El Campillo que está a veinte kilómetros, cobraba cinco mil. Me pareció bien. Más que bien.

Quedamos en que vendría una vez en semana el día que mejor nos viniera a los dos. Le propuse los lunes porque era el día de menos venta.

—De acuerdo..., el lunes estoy ahí a las cinco de la tarde —me aseguró con firmeza. Me despedí y colgué el teléfono. Era un jueves por la tarde y Juan Antonio estaba en la habitación del Norte leyendo (le había dado por leer mucho). Nos veíamos, por tanto, después del fin de semana. ¿Su nombre?

Amaya Toledo Maestre.

Jueves 4 de abril de 1996. Jueves santo. 21:04 horas.

Esta mañana temprano, mi padre me llamó diciéndome: hay un camión esperándote en la puerta del patio para que lo descargues, ya sabes, es bueno que no te olvides de manejar el torito; hazlo tú que eres más rápido, le contesté...; pero él, viendo que no cooperaba, se sentó en la cama para comentarme esto: Carlos, tu madre dice que desde que llegaste el jueves pasado no has salido para nada..., ¿qué te ha pasado con Beatriz?, me preguntó de una forma que me costó asimilarla; sin duda, aquella pregunta me había dolido más que si me hubieran arrancado uno a uno los pelos de la cabeza; mejor era preguntar qué le había pasado a Bea conmigo y con Lidia, quedaba más correcto...; pero me miró firme y me obligó a pensar en su propuesta; la sopesé un poco y, en efecto, no había hecho sino estar horas y horas tumbado en la cama, devanándome los sesos, buscando una solución a mi problema; fíjate, ni siquiera he estudiado para los exámenes que tengo la semana que viene, me resulta imposible...; y creo que tú sabes bien lo que te digo; tú conoces de sobra, por lo de tu ex-mujer, y por lo de tu madre, el dolor que se siente ante tamaños golpes...; sin embargo, acepté la oferta de mi padre y nos dirigimos al polvo; me puse a descargar el camión de ladrillos y, lógicamente, tardaba mucho; luego, pasó que, cuando quedaban cuatro palets, se me cayó uno al suelo provocando las risas de mi padre y el camionero que se estaban tomando una cerveza en el bar de enfrente; y no sé cómo pero no me lo tomé a mal, nos pusimos a recogerlo bromeando y logré olvidarme así un rato de ellas...

Después de comer, me quedé frente a la tele, en un canal en el que estaban echando Verano Azul por enésima vez y, viendo uno de los capítulos (el archiconocido que se pierden algunos en las cuevas de Nerja), me acordé de Javi; entonces, como si de una esperanza infalible se tratase, me levanté repentinamente y fui a buscarlo a su casa...

Pero, antes de describirte la llegada a la casa de Javi, es bueno que te actualice en cuanto a mi relación con él; te cuento...

Sabes que, este verano, y los tres anteriores, había sido uno de mis mejores amigos, pero eso, había sido...; tú lo conoces bien ya que se vino un par de veces con nosotros a Punta Umbría, en el verano del 94, ¿te acuerdas?, claro que sí; pero, de un tiempo a esta parte, nuestra relación se ha deteriorado mucho; no lo veo desde diciembre, sí eso es, y te explico el motivo; no sabes nada de esto porque ocurrió en octubre, cuando se celebra la Esquila en Riotinto, y tú ahí ya estabas despistado; fue el primer fin de semana después habernos ido a estudiar, Javi ya estaba en Huelva y yo en Sevilla con Ignacio; entonces, cuando volvimos aquel «weekend», decidimos ir a la Esquila de Riotinto y, concretamente, en el botellón que se forma en la puerta del Instituto de F. P., vimos a Andrés (el que estuvo con nosotros de compañero en el piso el año anterior, y al que vi el día de la Fiesta de la Primavera, ¿te acuerdas?); como estábamos solos, Andrés nos dijo que nos fuéramos con él y sus colegas, y

aceptamos; pues bien, estuvimos por allí y nos presentó a mucha gente, entre otras, a Lidia y a Bea; al principio, cuando empezamos a charlar y tal, se notaba que a Javi le gustaba Bea, y a mí también; pero al final fue ella la que se decidió por mí; de esa forma, Lidia, que desde el principio había elegido a Javi, vio la cosa más clara; estuvimos allí, en el botellón, charlando un buen rato y privando, me parece que bastante; más tarde, nos fuimos al pub a bailar y, casi sin darnos cuenta, nos enrollamos cada uno con la que nos había tocado...; pero el resultado más perenne de aquella noche era que habíamos quedado en vernos el domingo a mediodía para tomar café los cuatro; Javi, quería salir con Lidia, y yo con Beatriz; parecía una ocasión de ensueño: dos buenos amigos con dos buenas amigas...; y, para mayor asombro nuestro, dijeron que sí y, por una vez, pudimos contar que la cosa había salido a pedir de boca; el único (y no pequeño) inconveniente era que Javi estudiaba en Huelva, por lo que vería a Lidia sólo los fines de semana (me gusta pensar esto ahora para ver si, volviendo a las raíces del asunto, encuentro una solución); yo, en cambio, veía a Bea casi todos los días; nos queríamos mucho y siempre me decía a mí mismo que aquella relación parecía prometer...; pasó un fin de semana en que Lidia y Javi se vieron, y otro más, pero, al siguiente, decidieron quedarse cada uno en su sitio de estudio (nosotros lo pasamos en Sevilla, fue la primera vez que lo hicimos y fue maravilloso); y llegó el martes siguiente a aquel fin de semana, el día en que Bea me reveló algo un tanto duro: Lidia se ha enrollado con otro...; así que, el viernes siguiente, a los tres días, cuando llegué al pueblo, fui a casa de Javi y lo invité a que diera un paseo conmigo; le confesé la verdad y me sentí desgraciado (y a la vez afortunado) de ver aquellas dos lágrimas que resbalaron por la mejilla de mi amigo...

Pero el tiempo pasó y las cosas entre él y yo cambiaron; debió ser la distancia, pero lo cierto es que lo veía poco, y cuando coincidía con él no hacía sino lamentarse de todo y fastidiarme mucho; como era muy amigo mío, iba algunos fines de semana a verlo, a preguntarle cómo le iba; pero llegó un momento en que la compasión ya resultaba pesada, y me cansé de sus quejas, de su monótona existencia; sin duda, me cansé de que le echara las culpas de lo que le pasara a todo menos a él mismo, se negaba a cambiar y a buscar una solución; y pasó lo de siempre, en esto de las relaciones todo es bien parecido: me harté de que no hiciera nada para solucionar sus problemas...; además, había empezado a comportarse de una manera despectiva, no se aseaba, infravaloraba las cosas de los demás y a mí, por ejemplo, me decía que qué carajo hacía perdiendo el tiempo con Psicología si había estudiado letras puras; ocurrió que una serie de cosas me llevaron a desprenderme de él, y lo malo es que, por mucho que hubiera querido explicárselo, no lo hubiera entendido, te lo aseguro; esto lo sé por varios temas que estudié en Segundo, es así de inevitable; llega un momento, en la relación entre dos personas, en que el desgaste es demasiado acentuado y no hay más remedio que romper; y lo peor es que una de las dos, normalmente la que necesita más ayuda (pero no la facilita), se sentirá ofendida y abandonada; tan real como la vida misma...

Pero espera, espera...; no pienses que me ha pasado eso contigo, nada hay más lejos de ello; ya te expliqué las circunstancias, pero te las repito: mis estudios y Bea, sólo eso, han sido los dos factores que tanto me han cambiado en estos meses; de verdad te lo digo, tengo muchísimas ganas de que llegue el día 6 de mayo para regalarte este diario y volver a vivir otras juergas como antaño; y otra cosa: en estos días, he aprendido que, si hay algo en lo que tú y yo coincidimos, es en que nos hemos dejado llevar demasiado por las mujeres; y no es que tenga nada en contra de ellas, al contrario, sé que el problema es más bien nuestro; pero ahora, después de este revés con Bea, me siento solo y culpable de haber llegado hasta aquí; espero que todo se solucione pronto, y después te aseguro que todo será distinto, ya lo verás...

Estaba con Javi, sí; pues resulta que no lo veía desde diciembre por ahí, ya no nos hablábamos casi, aunque la verdad es que no nos hemos encontrado más; yo salía en Riotinto y en Sevilla, y él, por lo visto, en Huelva solamente...; puede parecer algo extraño que después de describirte mi relación con Javi en los últimos meses haya decidido ir a verlo, y la verdad es que yo mismo me he asombrado, en el desorden de estos días, como culpable de todo ello; lo cierto es que, mientras que me dirigía a su casa, he intentado encontrar algún tipo de rencor hacia él y no lo he hallado; y no es sólo eso, sino que además me he sentido yo el pesado, el importunante, y el que pedía ayuda (también sin saber cómo); ahora pienso que, a lo mejor, si yo le hubiera dado una solución, la cosa hubiera sido distinta; pero no la tenía, no la encontraba, me abrumaba con sus soliloquios y sólo pensaba en alejarme; por eso, esta tarde, cuando me dirigía a su casa, buscaba, al menos, que me escuchara, igual que yo hice con él tantísimas veces, merecía que me escuchara una vez; no era una premisa muy fuerte, pero había que arriesgarse; y además, no había nada que perder...

Es cierto que me gusta la aventura y que me gusta romper con todo, como lo demostré aquella vez con Javi, pero hay veces en la vida en las que tienes que tragarte el orgullo y ser menos para llegar a ser más...

Javi estaba estudiando, pero me recibió (empezaba bien); entré en su habitación y, de golpe, noté algo raro en él; me fijé mejor y caí en que se había rapado la cabeza; ¿qué has hecho con tu pelo, viejo...?, le pregunté extrañado (¿te acuerdas de la melena que tenía antes?, más o menos igual la tengo yo ahora); me rapé el día que entró la primavera, porque a mi novia no le gustaba tanto pelo, me confesó entusiasta, y me deshizo la cola en forma de amistad; luego, nos quedamos mirándonos, en silencio, como calibrando el resentimiento que pudiera quedar entre los dos, hasta que él dijo: ¡dame un abrazo, Carlos!, ¿cómo te va la vida?, añadió efusivamente; me extrañó mucho que tampoco se acordara de nada, parecía como si no nos hubiéramos llegado a enfadar o algo así, estaba de muy buen humor; la cosa iba viento en popa; por fin he encontrado a alguien de mi generación con quién compartirme, pensé mientras duró el gesto; ¿y tú qué tal?, exclamé, sin responder a su pregunta: ¡de puta madre tío...!, va todo muy bien por Huelva, pero... te he echado mucho de menos, de verdad, colega, no sabes lo contento que estoy de volver a verte...; ¿cómo te va con

Bea...?, me preguntó con un entusiasmo que me recordaba al Javi de hacía varios años, cuando éramos uña y carne; ¿tienes tiempo para pasear un rato por ahí?, le pregunté más serio, observando los libros abiertos sobre la mesa...; la verdad es que me dejó flipado tío; creí que me iba a mandar a hacer leches, pero no; se percató de mis ánimos y recogió lo que estaba haciendo para abrirse a mi desahogo...

¿Qué te ha pasado, Carlos?, cuéntame; es sobre ella, ¿verdad?, ¡venga!, dímelo, me animó mientras que salíamos de su casa; vive no muy lejos de mí, por lo que propuse ir hacia las Ventas; y por allí, bajo el sol de las cinco de la tarde, me acordé de que, hacía sólo algunos días, Beatriz y yo estábamos pisando el mismo suelo, una tarde cualquiera, como la de hoy; le conté la historia con todo detalle...; ¿y qué crees respecto a lo que dijo Lidia sobre Bea?, preguntó muy interesado, después de pensar un rato; pues..., si te digo la verdad, ya no sé qué creer..., dime tú, dime qué puedo hacer...; no recuerdo bien lo que vi, ni oí, pero quiero seguir con Bea; a pesar de todo, creó que la manipuló, que era una venganza personal..., le supliqué a Javi, acordándome de las muchas veces en que él me exasperó a mí...

La vida está por asombrarme, te lo juro, tío; Javi no sólo me ha escuchado, sino que ha conseguido darme una solución; pero no nos precipitemos...

En vez de abordar directamente la cuestión, decidió contarme él la historia de su vida en estos meses; al principio, creí que lo hacía para fastidiarme, pero no, me convencí de que no era así; mira Carlos, yo la verdad, no sé muy bien qué decirte ahora mismo; pero, para que lo veas todo un poco más claro, te voy a contar qué ha sido de mí en los últimos meses, ¿de acuerdo?; sí, te escucho, asentí un tanto sumiso, /la vida se vuelve contra uno de vez en cuando/, el efecto boomerang está presente en la vida, lo sé, pensé mientras que empezaba a contarme; ¿sabes Carlos?, me he echado novia en Huelva; se llama Sonia y es muy guapa; y además, me es completamente fiel...; me quiere mucho, tanto como yo a ella..., me ha dado tanto..., ayyy, Carlos, a veces me parece que mi vida se ha hecho para morir en su cuerpo y en su corazón, me explicó como atontado; ¿a qué no sabes una cosa?, es posible que nos casemos pronto...; en agosto le termina el contrato a ella, que trabaja en un supermercado, y yo voy a dejar lo que estoy haciendo porque tampoco me convence, ¿sabes?; tengo un tío que trabaja una Casa de Seguros y ha prometido colocarme a trabajar en julio...; pero ahí no queda la cosa; lo más cojonudo es que hemos coincidido en tener un hijo...; hace dos fines de semana, hicimos el amor copiosamente, y sin precauciones..., y fue maravilloso, Carlos...; además, hemos estado mirando también para comprar el piso donde paro actualmente, en las Américas, y no va a resultar muy difícil...

Seguro que te has quedado como yo me quedé: de piedra; no pude menos que quedarme asombrado por cómo había recompuesto su vida en los meses que había estado sin verlo; y así, como lo vi, no acababa de creérmelo; no me esperaba eso de un tío tan liberal, con tantas ganas de juerga siempre y dispuesto a todo, menos a encadenarse; pero está claro, la solución la ha encontrado en otra mujer que lo ha

apoyado y le ha abierto la mente (para que luego digan que las mujeres no son importantes en la vida de los hombres); está convencido en que quiere aferrarse a la vida sedentaria que le ofrece su novia y me parece muy bien...; y no pude aguantarme más, antes de que siguiera hablando, fui yo quién comenté: ¿sabes una cosa Javi?, ahora mi problema me parece más pequeño y franqueable...; gracias a tu revelación me he dado cuenta, una vez más, de que hay solución para todo...; me alegro de que así sea Carlos..., me dijo; lo miré a los ojos y pude ver que se le acuaban; sentí unas ganas irresistibles de decirle que lo quiero, que amigos como él no hay muchos en el mundo, y que hagamos lo posible para no perdernos nunca, pero me abrazó como anticipándose a lo que iba a decir, como si me debiera aquel ademán: el abrazo de la derrota ajena; sin embargo, el asombro llegó al límite en mí cuando, mientras duró el abrazo, me subrayó esto acerca de Bea: las cosas se solucionan hablando; creo que, si habéis quedado para el domingo, es bueno esperar y estar preparado para lo que venga..., ¿de acuerdo...?; sí, Javi, le revelé, voy a seguir tu consejo, te lo aseguro, y nunca dejes que me enfade contigo, ni te abandone, recuérdame siempre lo que me has ayudado esta tarde, por favor, restrégamelo si alguna vez es necesario...

Ahora ya sé quiénes son mis mejores amigos en esta vida; está claro que Javi y tú; por favor, nunca, repito, nunca dejes que te abandone por nada, ni novia, ni nada..., la amistad es lo primero...

Y ya sabes quién va a ser mi invitado de honor en la boda, dijo Javi; ¿seguro?, pregunté impresionadísimo; a ver dime: ¿cómo podré pagarte todo esto...?; ¿qué dices tío?, es lo menos que puedo hacer; tu retirada de hace unos meses no me ofendió, al contrario, me hizo ver que el problema estaba en mí y que era yo el que tenía que cambiar; ¿sabes?, no me gustó verme solo, pero como encontré a Sonia todo fue más fácil; te lo digo de verdad, no te guardo ningún rencor; yo creo que no hay nada como volver a ver a un verdadero amigo...; de verdad, Carlos, en todas las relaciones hay altibajos, y de hecho, es necesario incluso que los haya, porque si la relación es verdadera y se siente, vuelve y se hace más fuerte, ¿sabes...?; recitó emocionado; ¿quién te ha dicho todo eso?, le pregunté; ¿quién va a ser?, mi querida Sonia, que ha nacido para insuflarme vida, es mi pareja ideal, te lo aseguro...; y creo, Carlos, siguió Javi, que mi relación con Sonia se resume en dos versos de Pedro Salinas; demoró un tanto la pronunciación de lo que iba a decir, degustando mi asombro; ¡fíjate!, ahora Javi, hasta sabe poesía, pensaba yo, horrorizado de alegría; y lo dijo:

*“¡Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido!”.*

Después, cambiando un poco de tema, me ha preguntado que cómo ando de deporte y

le he confesado que fatal, que la gripe me ha dejado el cuerpo fofo y desgano; ¿ves?, eso es lo que te hace falta, un poco de deporte; consultó su reloj y, mirando hacia el sol, aseguró: es un poco tarde, pero mañana podemos quedar a las cuatro para correr, ¿que te parece...?; de acuerdo, respondí y me animó con un fuerte golpe en la espalda; y así, tan fortachón, me pareció más maduro que nunca, ahora que me siento tan niño; además, esto me recuerda a aquella teoría de Nietzsche (el filósofo alemán) que decía que el hombre, a lo largo de su vida, pasa continuamente por tres fases claramente metafóricas y palpables: el niño, que crece; el camello, que soporta la carga de la vida; y el león, que se subleva contra todo para volver a ser niño; /y justo después de esa insumisión me encuentro yo: inmerso en el vacío de mi experiencia.../

Dimos la vuelta y regresamos a casa; hemos quedado en vernos mañana para correr y seguir contándonos cosas de otros tiempos; ahora lo veo todo más claro por él que me ha hecho sentir una vez más que no hay que desesperarse ante las situaciones de la vida (como dije ya una vez), que siempre hay un camino correcto; yo, que siempre había sido tan fuerte, reconozco que había llegado un momento en que no sabía qué hacer; y, gracias a él, ahora pienso más benignamente en Beatriz; estoy completamente dispuesto a olvidar el asunto de la noche del sábado y reciclar nuestra relación; tenemos que ir a la boda de Javi, ¿te parece poco...?

Voy a acostarme, que me parece que me he llevado quince días en una pesadilla sin fin....

((MI PADRE y NOELIA en la habitación del Norte)).

NOELIA.—Abuelo, hoy no tengo ganas de escribir...

ABUELO.—Es bueno que sigas, hija.

NOELIA.—Pero es que no me gusta recordar más el pasado.

ABUELO.—Noelia, ¿sabes una cosa?

NOELIA.—¿Qué?

ABUELO.—Sin pasado no hay futuro..., ¿sabes...? Además, tú eres, con creces, la que mejor escribes de nosotros tres.

NIÑA.—¿De verdad?

ABUELO.—Claro que sí, con tu forma correcta y exacta de escribir lo que recuerdas, eres la que llega más hondo al lector, créeme.

NOELIA.—Pero es que me aburre recordar lo pasado.

ABUELO.—Noelia, hay que terminar esto que hemos empezado. Ya no podemos echamos atrás, ¿tú crees que estaría bien, por Carlos?

NOELIA.—No, no lo estaría.

ABUELO.—Ya tenemos bastante con haber tardado el doble de lo previsto, ¿no te parece?

NOELIA.—Sí.

ABUELO.—Además, a mí me pasa que al escribir voy enterrando en el olvido todo lo que recuerdo.

NOELIA.—¿Cómo?

ABUELO.—Al escribir, me deshago de todo lo que he soportado estos últimos años, me sirve de terapia.

NOELIA.—¿De qué?

ABUELO.—De desahogo.

NOELIA.—Ya entiendo.

ABUELO.—Así que ya sabes, sigue escribiendo que esta novela va camino de serlo.

NIÑA.—¿Tú crees que el lector querrá seguir leyendo?

ABUELO.—Yo digo que sí; si ha llegado hasta aquí, debe saber que lo bueno está por venir todavía.

NIÑA.—Sí.

ABUELO.—Si ha llegado hasta aquí, seguirá leyendo, te lo aseguro.

NIÑA.—Sí, abuelo, tú, como siempre, tan seguro de todo.

El día que mi abuelo me dijo que venía una psicóloga, me asusté.

—No hay ningún loco en casa —le dije.

—Pero es que no tiene nada que ver. Una psicóloga te ayuda a vivir mejor. Es una persona tan preparada que logra saber cosas de ti que tú mismo no sabes —me comentó muy entusiasmado.

Me la describió tal y como era, pero yo me la imaginé a mi manera. La veía vestida con un traje largo y negro, con un sombrero de pico y muy fea. Al estilo de las brujas. Porque saber más que uno sólo lo saben las brujas. Ya me lo decía mi abuela, que creyera en las brujas, que ellas son las dueñas de todo.

La psicóloga llegó un lunes por la tarde. Yo estaba viendo la tele, cuando llamaron al timbre abajo. Bajé corriendo a abrir, sabiendo que era ella. Estaba muy nerviosa porque iba a conocer a una bruja. No me daban miedo, sólo respeto. Las respetaba en mis sueños porque sabían más que yo. Pero, cuando abrí, me pregunté quién era aquella mujer tan guapa.

La verdad es que me gustó mucho. Era muy mona ella. Tenía el pelo como de oro, y muy limpio. Era un pelo largo y lacio que le llegaba a media espalda. La cara era como la de un ángel: blanca beil. Y me encantaba mirarla a los ojos. Tenía unos ojos verdes rajados muy bonitos. Además, aquella mujer olía muy bien. Me gustaba su olor. Cualquier hombre que supiera oler, se vería obligado a amarla un poquito por lo menos. Todo eso fue lo que pensé nada más verla en la puerta de la tienda.

Mi abuelo me había dicho que tenía treinta años. No sabía si estaba casada o no. Por eso, cuando la vi tan apañada, algo me dijo que Amaya se iba a quedar con nosotros un buen tiempo. Me gustaba. Quizá mi abuelo la hubiera buscado para mi padre. Después de lo de Rosario, me dijo una noche que teníamos que buscarle una mujer a mi padre. Y, por lo visto, con Amaya quería matar dos pájaros de un tiro.

Mientras que la dejaba pasar, la miré de cuerpo entero. Vestía una falda verde muy bien planchada y un jersey, también verde. Tenía unas piernas muy bonitas. Daba gusto verla cómo andaba. Era, lo que se dice, un modelo. Pero, cuando entró en la tienda, se quedó un poco pensativa.

—¿Seguro que aquí vive Juan Antonio Bernal Sousa?

—Sí, Amaya, aquí es.

—¿Cómo sabes mi nombre? —me preguntó extrañada.

—Me lo ha dicho mi abuelo, dice que usted es una buena psicóloga.

—Gracias y..., ¿cómo te llamas tú?

—Me llamo Noelia y tengo doce años.

—Muy bien, ¿y tu madre..., cómo se llamaba? —me preguntó sin dejar de mirar las estanterías. Ahí está. ¿Cómo sabe que mi madre es algo que ya no está presente en nuestras vidas?, me pregunté.

—Virginia, se llamaba Virginia, señorita.

Pareció quedar satisfecha, porque sonrió y siguió andando observándolo todo. Ya en la escalera, me atreví a preguntarle:

—¿La ha traído su novio?

—No tengo novio, sólo un amigo médico con el que salgo de vez en cuando —me dijo bajito, y se puso un dedo en los labios para que no dijera nada. Y yo estaba muy contenta porque mi abuelo había buscado la mujer perfecta: hecha y derecha, y sin novio. ¿Qué más se podía pedir? Vi entonces que el sueño de papá de ser feliz se vería al fin cumplido.

Al llegar arriba, el abuelo ya estaba despierto. Cuando llamaron al timbre, estaba dormido. Pero, antes de bajar, lo zarandé un poco. Cuando mi abuelo vio entrar a Amaya, la recibió como a una reina. A las mujeres nos gusta que nos reciban como a una reina, o como a una princesa. Mi abuelo, un poco cortado por su atractivo, le dio la mano. Y ella sonrió. Siempre sonreía. Sin duda, es su sonrisa roja una de las soluciones que da a sus pacientes, pensé.

La guiamos por el pasillo hacia el Norte. Mi padre estaba en su habitación, en la habitación del Norte.

Desde que pasó lo de Rosario, se pasaba muchas horas allí, o sea, aquí. Se ponía a leer libros. Le había entrado el hambre de leer. Cada dos días se leía un libro. Y después me los contaba a mí. Pero algunos eran muy raros y yo no los entendía. Una vez me contó uno de un viejo que pescaba una ballena él solo en el mar. Me dijo que le había gustado mucho.

—¿Sabes hija —me dijo aquel día—, los libros ayudan a hacer la vida más soportable?

—Pero papá..., en realidad —le dije—, no tienes tantos problemas.

Pensé un poco y sólo encontré uno en su vida. Tiene un trabajo. Me tiene a mí, que lo quiero mucho. Tiene a mi abuelo. Tiene una casa pagada y en paz con todo el mundo. Y lo que no tenía era mujer. Yo creo que es porque, desde lo de Rosario, vive mucho para él mismo. Le da igual todo y eso no vale.

Llamamos a la puerta y mi padre dijo que pasáramos. Se levantó bruscamente cuando la vio. Quizá comprendió porqué su padre le había buscado una psicóloga. Y la miró, me parece que a las manos.

—Es una de las formas de saber el estado civil de la persona —me dijo una vez mi abuelo—. Si tiene una alianza en la mano derecha es que está casada. Si es en la mano izquierda es que tiene pareja más o menos estable —y si no tiene, es que no tiene. Y no tenía.

Le miré yo también a las manos y le vi unas uñas pintadas de rojo marroncito,

pero muy bonitas. Llevaba una pulsera de oro en la mano derecha y un reloj de señorita en la mano izquierda. Pero quizá no notó que la observábamos, porque estaba como hipnotizada. Sus ojos se habían parado en el cuadro de la mujer en cueros y estaba callaba. A mí no me gustaba que ella lo viera, podía pensar mal.

Pero le gustó.

—Es un buen ejemplar ese óleo. Yo tengo en casa más de veinte cuadros de mujeres desnudas —así lo dijo—. Me gusta la desnudez..., porque implica pureza, bondad y, sobre todo, vida y juventud. Además, he posado un par de veces para un pintor amigo mío —explicó, para demostrar que entendía de pintura.

Mi padre y mi abuelo se quedaron mirándola y pensando. Quizá querían ver aquellos cuadros. Yo también quería verlos.

Y mi padre, que se había puesto un poco nervioso, se presentó con un beso. Yo creo que a ella le pareció más natural que el saludo de mi abuelo. Pero eso tampoco es tan importante ahora, digo yo.

—Entonces, ¿ésta es la habitación del Norte? —preguntó ella.

—Así es, mirando por esa ventana está el Norte —dijo mi padre con una gran sonrisa, a buen seguro, contagiada por la de Amaya.

Y ésta, al poco de verlo todo un poco más, se sentó de espaldas a la ventana. Hacia el Sur. Frente a mi padre. Y, cuando mi abuelo y yo cerrábamos la puerta, la oí decir:

—A partir de ahora, yo seré tu Norte.

Mi abuelo estaba muy contento. Le había gustado mucho aquella mujer dorada.

(A partir de ahora, me voy a limitar a escribir lo que mi hijo me ha querido contar, ya que con la psicóloga ha tocado temas que son de una intimidad que, a la postre, no vienen a esclarecer nada en esta novela. Sería, por tanto, farragoso entrar en detalles nimios que no van a contribuir al desenlace de la historia. Ahora sí que viene la labor difícil. La historia de Carlos se está terminando y la de mi hijo está empezando. De la manera en que lo explique todo, dependerá el impacto).

Aquella primera cita produjo en nosotros tres una sensación no muy fácil de explicar. Era como si toda la espera, todo lo sufrido en los últimos años, tuviera como recompensa la impagable presencia de Amaya. Mi nieta quedó encantada con aquella mujer de cabellos de oro que amaba la desnudez. Yo me quedé prendado de su olor y de sus buenas maneras. Además, estaba claro, según Noelia que nunca miente, no tenía novio. Era un regalo de Dios, y no podíamos desperdiciarlo.

Me contó mi hijo que, en la primera entrevista que mantuvo, ya perdió los estribos de su vida; mucho más que con la ardiente Rosario, o con los ojos azules de Virginia, había sido hechizado por toda ella —al final, pensaré como mi nieta acerca

de las brujas—. Y es que Amaya tenía esa capacidad de sonrisa y comprensión que él tanto había buscado en la vida. Me explicó que no daba pie con bola y que no acertaba a mirarla demasiado por miedo a que se esfumara. Tan celestial la veía, al trasfondo de la ventana, que le parecía que se trataba de la misma Virgen María aparecida ante él para purificarlo.

Más o menos.

Las semanas pasaron y a mi hijo, cada vez que llegaba el lunes, se le veía, al contrario de todos los mortales, contento de ver nacer la semana. Se mostraba muy cordial con todo el mundo porque sabía que por la tarde vería a su psicóloga de oro. Y la verdad es que se forjó, poco a poco, entre mi hijo y Amaya, una relación muy intensa basada en la compasión. Ella lo compadecía porque yo creo que él era, para ella, un niño descarriado que necesitara de una madre que lo guiara por el mundo. Y para él, ella era, además de eso, la mujer con la que siempre había soñado.

Y eso, es fuerte.

Pero el tiempo, como siempre, nos enseñó cosas nuevas de ella. Por pesquisas que hizo mi hijo pudo averiguar que estaba saliendo con un médico del Hospital de Ríotinto —que no era el doctor Gómez, ya sería el colmo de los colmos—. Y, por eso, desde que lo supo, allá por enero, la veía más lejos. Me contaba que veía imposible el día en que llegara a besarla. Y yo le explicaba que la relación que mantenía con el médico era un tanto dudosa —por comentarios que oí—, que aquello no podía durar mucho, que no desesperara.

Y una mañana, el día justo después del 14 de Febrero de este año 96, llegó ella y le pidió que subiera a su habitación. El hecho en sí me recordó a Rosario, pero no, no era lo mismo. Me extrañé un poco de lo inusual de la hora y el día, jueves, pero dejé las cosas correr...

Mi hijo me lo contó cuando se marchó:

—¿A que no sabes qué me pasó ayer...? —le propuso ella a mi hijo.

—Pues, no, aun no me han dado el título de adivino... —respondió irónicamente él, que estaba contento.

—Pues, resulta que ayer me peleé con Pedro..., hemos terminado nuestra relación... —le reveló, dejando en el aire la última palabra.

—¿Y eso...? —se preguntó mi hijo en voz alta.

—Pues, porque sí, ya estaba harta de él..., tenía otra mujer, ¿sabes...?, yo he sido la otra todo este tiempo..., la otra de él... —le confesó ella angustiada.

Me aseguró mi hijo que vio en aquellas palabras aquel refrán tan fatal que dice que No hay mal que por bien no venga, ya que ahora lo tenía todo más fácil.

—Me parece que he estado, como tú, apostando en el juego equivocado, ¿no me

dijiste eso alguna vez...? —le preguntó Amaya.

—Sí, me parece que sí —asintió él.

Y sintió Juan Antonio cómo, en aquella mañana de febrero, estaban intercambiando los papeles. Me confirmó que pocas veces se había sentido mejor que en aquella tergiversación de su vida: ella confesaba, él exculpaba. Me contó que ella estaba muy afligida y que no sentía ganas de hablar de él. El caso es que quería desahogarse y lo hizo.

—La semana que viene no podré venir... —le comunicó Amaya.

—¿Por qué...?

—He decidido presentarme a unas oposiciones en junio..., no me queda otra posibilidad...

—Vaya...

—Además, es la única forma de quitarme estos pensamientos de la cabeza. Así que..., no nos veremos mucho; si acaso una vez al mes...

—Pero yo... necesito que me ayudes... —le sugirió mi hijo, en un tono plañidero que lo delató casi.

—No, Juanan, tú ya estás mejor, has comprendido lo más importante. Has comprendido que el tiempo es lo que lo cura todo. Hoy ya, a los cinco meses del fin de tu aventura con Rosario, eres ya una persona psicológicamente apta para enfrentar la vida. Además, esos libros que has leído te han ayudado mucho... —le explicaba mirándolo fijamente Amaya—, te envidio ahora por estar tan acorde contigo mismo, de verdad.

—Pero una vez al mes será poco. Tú misma has dicho más de una vez que existen continuas recaídas y que es posible que, por una negligencia en el tiempo, toda la terapia se venga abajo —le argumentó mi hijo.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste la primera vez?, de que todos vamos por nuestros intereses. Te acuerdas, ¿verdad? Pues imagínate, ahora mismo me debo mucho tiempo a mí misma, me he volcado en las vidas de mis pacientes para dejar la mía casi abandonada..., no quisiera que esto te molestase Juanan, de verdad, te aprecio mucho, sé que me necesitas como psicóloga, pero ahora permíteme un descanso y déjame ser yo misma..., además ya sabemos lo que a ti te hace falta...

—Sí, lo sé...

—Búscate una mujer, Juanan. Sal por ahí, ve a la capital los fines de semana con algún viajante que sé que conoces. Ellos son gente abierta y, aunque tengan pareja, aceptarán que salgas con ellos...; ¡inténtalo! La vida es así..., si te la complicas, tienes que pagarlo..., si quieres ser un poco extraño..., lo tienes que pagar con tu dolor..., ¡recuérdalo Juanan...!, recuerda estas palabras... Porque tú ya le has pagado demasiado a la vida, ya es hora de que empieces a recoger lo que has sembrado —le recitó la psicóloga de oro.

—Pero no es tan fácil...

—Mira Juanan... tienes que tomar de una vez las riendas de tu vida. Tienes que

olvidar lo que digan los demás de ti. Tú no vives de los demás, vives de ti..., comprender eso es lo más importante que te puede pasar. Tienes que asumir que si tú no haces algo por ti, nadie lo va a hacer, ni siquiera yo, ¿sabes...? Yo soy un simple instrumento de apoyo y de empuje, un espejo limpio en el que te ves mejor. Pero eres tú, sólo tú, quién tiene la potestad de cambiar lo que está mal en tu vida, ¿sabes? Y quiero que sepas que es precisamente lo que yo voy a hacer ahora. Voy a olvidarme un poco de mi exterior y me voy a sumergir en mí. Porque yo soy lo más importante para mí, recuérdalo, aunque suene egoísta, es así.

—Está bien..., como quieras, pero dentro de un mes nos vemos...

La recuerdo cuando se marchó aquella mañana. Se la notaba un poco desordenada, decaída, tropezando con las cosas que había en el suelo. Me fijé en sus ojos y descubrí señales de que había llorado. Se marchó, antes de tiempo, y sin cobrar aquel mes.

Y, tras aquello, mi hijo volvió a la carga. Muchas mañanas iba a buscarlo a su dormitorio y veía la cama sin deshacer. Llegaba entonces a la habitación del Norte y lo veía como su hija se lo encontró aquel viernes después de leer el diario de Carlos. Pero no nos precipitemos, aún falta un poco para eso.

Viernes 5 de abril de 1997. Viernes santo. 14:08 horas.

¿Cómo te va la vida, colega?, espero que bien, yo aquí que me he despertado con muchas ganas de vivir; me he levantado mucho más despejado, con la fuerte convicción de que en la vida siempre hay un camino que nos abre las fronteras de los complejos, y recién salido de un sueño flipante; en éste, en el sueño, íbamos a la boda de Javi en agosto, la celebrábamos por todo lo alto y mi querida Bea estaba conmigo, nos llevábamos muy bien y nos sentíamos muy a gusto los dos; en el sueño, comprobaba que nada de lo que pasó en aquella noche del 22 al 23 de marzo era cierto, que era un simple sueño, una jugarreta de la memoria...; y todo ello me ha hecho despertar con un sabor de boca muy placentero, tanto que hasta pensé en llamarla, pero hice caso de Javi, es mejor esperar al domingo...; después, he estado escuchando el disco de Lagartija Nick, el Su, que me lo dejó Javi ayer cuando volvíamos a casa; estuve comentándole sobre el concierto en cuestión (del que no sabía cómo había terminado) y me dijo que se había comprado el disco hacía un par de meses porque le gustaba a su novia; ahora me asombro de que tenga una novia tan de esa forma que, por lo visto, no veas la marcha que tiene; en cuanto al grupo, tiene mucho contenido, sobre todo eso, y las letras son muy cosmopolitas y modernistas (que si estratosfera o desintegración, estimulante o transfusión, cibernética o equalizador, etc.), ¿sabes?; utiliza las palabras de tal forma que parecen letras sobre espacios siderales, mundos extraños, situaciones nuevas...; y la música es asombrosa, la euforia que te contagia es evidente, te lo aseguro; hay una canción, en especial, que me gusta mucho: es una que se titula *El próximo lunes*, y me parece que habla sobre un suicidio o algo así, un joven que se siente invadido por el exterior, por los días, y espera al próximo lunes, igual que yo, que deseo ya conocer el desenlace de esta historia que me trae de cabeza...; bueno, te dejo, que voy a comer...

Son las siete de la tarde, y acabo de llegar de hacer «footing» con Javi; no veas, tío, hemos llegado corriendo hasta las Ventas y hemos vuelto; al parar, una irreductible sensación de seguridad me recorría las venas, sentía la sangre correrme por los brazos y el cuello; me creía vivo, sobre todo, muy vivo dentro de mí; ha sido una impresión extraordinariamente reconfortante, en contraste con el sentimiento de impotencia que me abordó cuando desperté aquel domingo fatídico en el que, recuerdo, intentaba asirme a la realidad pero no podía; Ignacio, no ha venido menos mal, recuerdo que pensé, ya que hubiera sido peor; aunque, quién sabe, si llega a estar él, ella no hubiera vuelto al piso de esa forma...; pero a quién no puedo olvidar es a Lidia, no tengo más remedio que odiarla desde entonces; cuando la recuerdo, en el suelo y con las piernas abiertas, con aquella mirada sádica, y mi novia al lado mirándola como si nada; no puede ser, es una cerda, no tiene otra palabra; ya le hizo la putada a Javi y ahora a Bea; una cosa que no llego a comprender es porqué mi novia sigue apreciándola; ¿qué pasa, no se da cuenta de que es una persona cruel e influyente?, la verdad, no sé qué le habrá visto; por ejemplo, yo contigo me llevo

bien, pero es porque eres buena gente y me respetas, y yo te respeto; si no lo fueras o hubieras cambiado, la cosa sería distinta, está claro; y lo que ocurre, echando mano de mis estudios (aplicable al caso de Béa), es que a veces nos damos cuenta, quizá un poco tarde, de que nuestros amigos nos han sido impuestos y que no hacemos nada por cambiarlos, o cambiar en nosotros ciertas actitudes para mejorar y progresar; no alcanzo a entender del todo cómo Lidia puede arruinar de esa forma las relaciones que nacen a su alrededor; cada vez me convenzo más de que haría buena pareja con el cabrón del camión de la basura, estoy seguro; además, ambos tienen algo en común: reciclan su resabio e inaptitud en odio y ganas de hacer mal a la gente; sí, seguro que es eso, la vida que le habrá hecho germinar las semillas de la violencia, y eso, bien mirado, le puede ocurrir a cualquiera...

No sé si te conté un caso que me pasó con una chavala de ahí del Campillo, me parece que no; bueno, en todo caso te lo vuelvo a contar; ¡oye!, ¿te has dado cuenta de que ya voy por el mes de julio escribiendo en el diario?; ¡anda que no!, voy tela de rápido, ¿verdad?; si todo va bien, que me parece que sí, para tu cumpleaños ya lo tendré listo; aunque... con Javi he hablado otra cosa que te contaré ahora después de lo que te iba a escribir ahora; perdona, pero es que me despisto al escribir, me gusta pasar de una cosa a otra sin terminar la anterior, ¡qué le voy a hacer!, soy así...

Pues bien, ocurrió sobre el 91, más o menos, que pasé por un trance que me provocó eso: medró mis semillas del odio (ya te conté hace algunos días de qué iba eso de las semillas, ¿recuerdas?), y la causa fue una relación mutilada por el silencio, sí eso es, por el silencio...; ella era una chavalita de mis tiempos de instituto, me parece que estaba yo en Segundo de BUP; yo sabía que ella quería salir conmigo (al igual que yo sentía lo mismo por ella), pero había algo que lo estropeaba; las veces que nos poníamos a hablar, llegaban amigos de ella y míos, y parecían confabularse para hacernos la vida imposible; recuerdo que, por aquel entonces, yo era bastante tímido (mucho más que cuando lo de Anabel, en Valencia), y no le había dicho nada a ella todavía; eso sí, notaba que cierto magnetismo se encendía en sus ojos cuando estábamos juntos; pasaba también que había días que la veía y no me hacía ni caso, iba a hablarle y estaba enfadada como si yo hubiera hecho algo para estarlo; sin embargo, había otros días que, cuando me encontraba, se ponía muy contenta, me contaba muchas cosas..., y yo siempre esperando una oportunidad para decírselo; por las tardes, yo iba con la bicicleta al Campillo, a verla, y allí estaba siempre: en el paseo, con los amigos y las amigas; tenía además una prima que hablaba mucho conmigo y hacía de celestina; me contaba que sólo hablaba de mí con ella y que le pidiera salir ¡ya!, que la cosa iría bien; entonces, una noche de fin de semana, que había fiesta allí en la discoteca, mi padre nos acercó a mí y a otro amigo más; recuerdo que llevábamos un buen rato allí pero no la habíamos visto; mi amigo, que era un despabiladillo, se había puesto a bailar en la pista y se lo estaba haciendo con una amiga nuestra de clase que lucía una mini falda de cuero muy provocativa; yo estaba en la barra, charlando con otros compañeros, pero lo cierto era que no les

prestaba mucha atención: estaba pendiente sólo de la puerta, de que ella llegara; y pasó que, una vez que estaba mirando a la chica de mi amigo (con la que, por cierto, se enrolló), volví la cabeza hacia la puerta y allí estaban ella y su prima María; aún recuerdo con total exactitud que mi corazón, que momentos antes parecía un músico en perfecta armonía con sus «tun-tuh» rítmicos y acompasados, pareció perder una baqueta logrando un ritmo trepidante, /como si golpearas desordenadamente un bidón con un palo/; estaba claro que el parche de mi personalidad parecía a punto de reventar por haberme pillado mirando la falda de cuero; Amalia, tan insospechable como siempre, no se percató de mi azoramiento y me saludó; la invité a un refresco y me puse a contar las gilipolleces que se dicen en estos casos; la prima se puso a hablar con uno de los que estaban conmigo (la verdad es que me gusta recordar esto para darme ánimos y sentirme, desde luego, que he progresado desde entonces; es una forma de aprovechar el pasado, ¿no crees?, y es la demostración de que los errores sirven para algo); bueno, hay que decir que yo estaba muy enamorado de ella, la quería mucho, de verdad; sus ojos azules me tenían loquito (aquel año había sido la Dama de Honor en la Romería, su belleza era, por tanto, indiscutible); pero no sabía qué hacer, estaba desconcertado (yo había tenido un par de rollos antes pero habían sido ellas las que me buscaron, por lo que no me había ejercitado en el arte de seducir por palabras); debió ser frustrante para ella que pasó un buen rato conmigo hasta que llegó la hora en que se tenía que ir a casa, esta vez con su prima; te acompaño, me ofrecí, y lo mismo hizo el que se puso a hablar con la prima (quizá para no dejarme solo); y, en el camino, una vez en que pasamos alejados de la prima y mi otro amigo, separados por un camión que estaba aparcado en la calle Málaga, pude decírselo; pero no lo hice...; pasé de espaldas a mis sentimientos, junto al camión de combustibles, que no sé cómo no ardió de lo caliente que yo estaba; fui, como tantas veces en la vida, víctima del silencio que uno mismo se antepone, cuando debería hacer lo contrario; he ahí lo vulgar de mi inacción; me sentí cobarde ante mí, cobarde ante ella y, por eso, pasó lo que pasó...

A la tarde siguiente, no me habló siquiera; la vi que iba con otro amigo suyo y ni me miró; como consecuencia de ello, me deprimí bastante y llegué a pensar, cosas de críos, que no me volvería a enamorar más; lo pasé muy mal, de verdad...; y ello hizo que mi forma de ser se viera un tanto perturbada; por eso, apagaba mi rencor interno con «pequeños fraudes» a la gente, con malos modales hacia mis padres, etc.; en definitiva, pagaba con odio a quién me daba amor o, al menos, no me exigía nada; recuerdo que, preso de aquel resabio, llegué incluso hasta a tirarle piedras a un gato; /y ahora me arrepiento, porque no era yo/, estaba cegado por una ira sin fundamento, como casi todas las iras, que me impedía ver lo bueno que había a mi alrededor; una cosa sí me gustaría destacar, y es que todo aquello se me hizo muy amargo por la presencia de mis padres; tú mismo te habrás dado cuenta de que es imposible estar triste en esta sociedad, ¡no te dejan!; me pasó que quería encerrarme en mi habitación y mi madre no paraba de preguntarme que qué me pasaba; y creo que es uno de los

problemas de esta vida: nunca puedes sentirte totalmente desligado de ella; por eso, ahora veo claro, un poco más cada vez, la forma de actuar de Lidia, intento comprenderla desde ese punto de vista, y espero que sea sólo eso: un estado transitorio, el que la está llevando a hacer ese tipo de actos tan inmorales (lo malo es que tenga que pagar después por ello); respecto a mí, todo aquello terminó cuando llegó Isabel; el amor entró de nuevo en mi corazón y la ira se apagó...; así que ése es el antídoto: amor y comprensión, que no demagogia e hipocresía, y querer cambiar, eso es lo fundamental, querer...

Y bueno, voy con lo que te mencioné antes de Javi; le he contado lo de este diario y el fin que tiene, y le ha parecido bien; sin embargo, conociéndote como te conoce, dice que sería bueno que fuera a verte antes de mandarte el diario; así que me ha propuesto que vaya y te visite como si no pasara nada, que no te cuente nada del diario, ni de lo de Bea; me ha explicado que, aunque nos vincule una gran amistad, no es bueno perder el contacto tanto tiempo; le he vuelto a contar que ése precisamente es el móvil que me ha impulsado a escribirte este diario; como hemos descuidado, por decirlo así, nuestra relación de una forma vulgar, pues he decidido romperlo, contrarrestarlo (el descuido), de una manera más original, y ésa es esto; así que nada, yo pienso eso y creo que va bien, te aprecio y es lo que importa...

Sin embargo, ya en casa, los planes han vuelto a cambiar; resulta que mañana temprano vienen unos tíos míos de Córdoba a pasar el fin de semana aquí; mi madre me ha dicho que hay que comprar chacinas, que a ellos les gustan mucho, para que se lleven algunas; mañana abren aquí las tiendas, dijo ella, sí pero..., es mejor comprárselas a Juanan, ¿no?, argumenté yo, sin medir el tamaño de mi respuesta; pues ya sabes, coge el coche y llégate a por tres kilos de chorizo y dos de morcilla, /y ya que estás allí, te traes un par de pollos/, me sugirió mi madre; me pilló, tío, me pilló; bueno, mañana voy, que es sábado, hoy estoy cansado de ir a correr, aduje; no, no, vas hoy que Juan Antonio abre todos los días; además, en Campillo, no hay Semana Santa, la gente abre casi todos los días igual que aquí; y es verdad, aquí en estos pueblos no hay Semana Santa, eso es algo que no nos concierne para nada; bueno, pues nada, voy a ver cómo me presento en tu casa, tan cansado como estoy de correr, y sin decirte nada de este diario y de mi tropiezo en el amor; yo creo que sí, que lograré no contártelo; o a lo mejor estás por ahí con la chavala con la que estabas este verano y me despacha tu padre, sería mejor para no destrozarme la sorpresa; aunque la verdad es que tengo muchas ganas de verte, ¡ay!, ¡qué complicado es esto!; sí, voy a ir, no lo dudes; ya basta de tantas tonterías, como dice Javi, que con las personas no se juega...

Ya era primavera. Había entrado el día antes (hace un mes). El pueblo parecía más feliz y ya pronto me darían las vacaciones de Semana Santa. Era, por tanto, sábado y estaba viendo la tele en la salita. Sonó el teléfono y lo cogí yo.

—¿Sí...?

—¿Noelia, eres tú...?

—Sí, soy yo..., ¿quién es...?

—Soy Amaya..., ¿no está tu padre...?

—Estará durmiendo.

—¿Y tu abuelo...?

—Vengo de la salita y se ha quedado dormido también en el sofá...

—Bueno, es igual. ¿Cómo le va a tu padre...?

—Desde que viniste la última vez, ha vuelto a sentirse triste..., ya no va a Sevilla a comprar porque dice que está cansado. Se pasa otra vez horas y horas en la habitación. Siempre que voy a verlo está leyendo o escribiendo...

—Esa maldita habitación lo tiene embrujado... —dijo enfadada Amaya.

—¿Cuándo vas a venir...?, mi padre quiere verte. Le hace falta alguien con quién hablar de su preocupación. Se siente muy solo Amaya.

—Le hace falta una mujer, Noelia, le hace falta una mujer que lo quiera.

—¿tú?, ¿tú no le quieres?

—¿Yo...?

—A mi padre le gustas...

—Pero...

—¿Sabes...? La tarde que llegaste, lo vi muy contento, como nunca lo había visto.

—Hum juhnm...

—Pero el problema es que él no sabe decírtelo. Es muy tímido y no sabe lo que tú piensas de él. Me gustaría que vinieras y hablaras con él.

—Hum jumh...

—¿Amaya...?, estás ahí...

—Sí, sí, estoy aquí...

—Desde la primera vez que viniste, le dije a mi padre que tenías novio, que no podía salir contigo. Pero él insistía. Algún día, me decía..., pero ese día no llega. Y yo también te quiero Amaya.

—Gracias...

—Me gustaría mucho que te vinieras a vivir con nosotros...

—Sí, pero..., entonces..., ¿por qué no me lo dijo la mañana que fui a hablar con él?

—Aquella mañana dice que lo pillaste de sorpresa, y que no fue capaz de comentártelo porque te veía muy triste...

—Comprendo. Pero..., ¿cómo es que no me he dado cuenta en todo este tiempo...?

—Dice que ha procurado ocultártelo por miedo a que no vinieras más...

—Ya..., de verdad..., Noelia me has dejado de piedra..., no me esperaba esto, no me lo esperaba..., de verdad que no.

—¿Y qué piensas hacer...?

—Pues..., no lo sé..., dime tú... ¿qué hago?

—Pues eso..., ven y habla con él, por favor. Sácalo de esa habitación. Está envejeciendo mucho. Cada vez lo veo más viejo al pobre. Si lo vieras como está ahora, sin afeitarse y sin arreglar, dirías que tiene cincuenta años en vez de treinta y dos como en realidad tiene... —le expliqué a Amaya.

—Pues..., no sé..., no pensaba ir hasta finales de abril por lo menos pero..., viendo que está así, iré el lunes a verlo...

—Sí, Amaya, ven y haz que te diga lo que siente por ti..., obligale a sincerarse, te lo pido por favor. He leído algunas de las poesías que te ha escrito y me gustan mucho..., sé que te quiere mucho, de verdad...

—De acuerdo Noelia, dile que el lunes estaré ahí a las cinco. Dile que se arregle y que se ponga guapo..., ya sabes...

—Gracias Amaya..., te quiero...

—Hasta luego cariño...

—Hasta luego... —y colgué.

Fui a ver a mi padre a su habitación y estaba durmiendo sobre la mesa. Estaba apoyado en varios libros con la luz del flexo encendida. Lo miré a la cara. La barba negra lo afeaba mucho. Está mejor afeitado, parece más joven. Apagué la luz del flexo. Ya se lo diría después...

Estoy muy contenta porque mi abuelo me ha dejado contar el penúltimo capítulo de la novela también. Me ha dicho que consigo llegar al corazón con lo que escribo. Y dice que, como sea así, voy a ser muy querida por los que lean la novela. Me gusta mucho saber que ahí, detrás de esto que estoy escribiendo, habrá alguien desconocido leyendo. Y me alivia saber que le gustará lo que cuento. Es lo que quiero, que lo que digo sea algo bonito y que llegue al corazón. El corazón es maravilloso cuando se quiere a alguien. Mi padre quiere a Amaya. Mi abuelo quiere a Amaya. Yo quiero a Amaya. Todos queremos a Amaya. Pero ninguno de la misma forma. ¿A que sí...?

Bueno, sigo, que sé que te gusta leer.

Era el lunes 25 de marzo de este año 96. Pongo el año por si lo lees dentro de algunos. Dice mi abuelo que las novelas no envejecen. Me ha demostrado que, con el tiempo, las buenas se hacen jóvenes y las malas se olvidan. Pero nunca mueren. Siempre habrá alguien que las resucite al leerlas. ¡Quién pudiera ser novela para no morir nunca!

Amaya tocó el timbre a las cinco menos cinco. Mi padre estaba leyendo en su habitación. Se había afeitado y estaba recién duchado. Parecía otro, pero era el

mismo. Sin duda, era mi querido padre, el que tengo. Mi abuelo se había quedado durmiendo en el sofá, frente a la tele. Yo también estaba viéndola, pero bajé a abrirle a Amaya. Y, cuando le abrí, vi algo distinto en ella. Se había cortado el pelo y lo tenía muy corto, casi como un hombre. Pero estaba guapísima, le sentaba bien así, también. Además, seguía oliendo muy bien, estaba muy contenta y no traía maletín. Subimos a la casa y la hice pasar a la habitación de mi padre. Y, cuando lo vio, le dio un beso y se sentó frente a él.

Ya era su Norte.

Yo me fui a ver la tele otra vez. Desperté a mi abuelo y le dije que Amaya estaba con papá en la habitación del Norte. Le pareció bien.

(Una cosa sí tengo que decir, antes de que sea tarde, y es que yo no les conté a ninguno de los dos lo que hablé con Amaya. Sólo les dije que vendría aquel lunes a verlo, como siempre. Y ya está. La verdad es que no me dio tiempo a referírselo, aunque no creo que lo hubiera soportado, no hubiera resistido verla venir sabiendo que ella sabía que él la amaba. Y que la sigue amando).

Mi abuelo me mandó a por agua y, cuando vine, me dijo:

—Mira..., mira los gorilas esos lo que hacen...

Estábamos viendo un reportaje de animales. Me encantan los documentales de animales. Son muy educativos. Y aquél iba sobre unos monos que iban a capturar a otro.

—Echa cuenta... —dijo mi abuelo, viéndome distraída—, esos gorilas van a cazar a un chimpancé para comérselo.

—Pero ¿por qué...?

—Porque tienen que comer Noelia. Es el único motivo por el que matan.

Mi abuelo dice que los animales son más listos que las personas porque, aunque matan, nunca lo hacen con los de su misma especie. Matan siempre a otros más pequeños. Entonces, ¿por qué las personas se matan entre sí? Es algo que siempre me he preguntado.

—Mira Noelia, fíjate si son listos..., después de localizar a la víctima, se colocan tres o cuatro en los árboles más cercanos para taponar las salidas...

—Igual que las personas...

—¡Que va...!, las personas no son capaces de hacer eso.

Mi abuelo me contó una vez que las personas no saben cazar. Me contó que odia a esos cazadores que llegan a la tienda los domingos por la tarde con un montón de conejos y se los venden a mi padre para que él los venda. Otras veces traen jabalíes.

Y una vez, trajeron un ciervo, qué pena. Además, mi abuelo dice que son todos unos mentirosos. Dice que salen a cazar a los montes y que después cuentan de todo menos la verdad.

—Anda que no..., después de colocar los tapones, uno de ellos se encarga de asustar a la víctima y así la cogen... ¡mira...!, ¡anda!, ¡ya la han cogido...! —exclamaba mi abuelo entusiasmado con el documental.

—Son listos..., sí, son listos... —dije yo.

—Ni tanto, aunque sean animales tienen claro que trabajar en grupo siempre es más beneficioso que hacerlo individualmente. ¿Te das cuenta?, cada uno cumple con su función y se llevan todos parte de la recompensa...; son más listos que las personas veinte veces. Al final, trabajan menos y consiguen más —me explicaba mi abuelo mientras veíamos cómo los monos despedazaban y se comían al que habían atrapado.

—Yo creo que las personas también deberían hacer lo mismo. Deberíamos dejar de ser tan egoístas y luchar por lo que es más importante para todos. Así habría menos hambre y menos miseria —opiné.

—Eso es algo utópico, Noelia. Es lo que todos quieren, pero no es fácil —respondió mi abuelo—. Yo creo que nos queda un poco grande hablar de eso.

—No es tan difícil, abuelo. Basta con que venga otro Cristo y que diga que hay que luchar por el esfuerzo en común. Que diga que ése es uno de los mandamientos sin el que no se va al cielo —seguí.

—Tendría que ser un Cristo más creíble y menos misericordioso. Un Cristo que tuviera poder sobre el poder. Un Cristo que exigiera una parte de todo lo que tenemos, que propugnara un culto al «nosotros». El problema es que, como está la vida, nadie está dispuesto a dar nada. Habría que empezar de cero, y eso..., no. Sería imposible —me aseguró.

—Pues es una pena, abuelo. Es una pena, porque así no habría tanta envidia, ni tanta maldad como hay. Al tener todos más o menos igual, el mundo sería otro.

—¿Qué le vamos a hacer...? Así es la vida, hija. Es la que nos ha tocado vivir.

Y, cuando terminó de decir estas palabras, se oyó un portazo al fondo de la casa. El ruido me asustó mucho, pero más me asustó ver la cara que traía Amaya. Estaba muy seria. Se paró frente a nosotros y nos miró muy rara.

—¿Qué pasa?, ¿te vas ya...? —pregunté.

—¡Me voy!, ¡adiós! —y se marchó, ella que siempre decía hasta luego.

Dejé a mi abuelo viendo a los monos y fui a ver a mi padre. Antes de llegar a la habitación del Norte, lo oí. Estaba llorando.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

Pero no me contestó. Me miró, así como estaba, con la cara mojada de lágrimas, y no dijo nada. No estaba triste, más bien parecía estar enfadado. Y lo estaba.

Cerré la puerta y lo dejé sólo con su rabieta. Era lo menos que podía hacer.

Al día siguiente, me contó que se había peleado con Amaya. Me explicó que ella

le había obligado a hacer una serie de cosas que él no estaba dispuesto a hacer. Me comentó que ella quería que saliera por ahí y que viviera su vida.

Y me repitió que no fue capaz de expresarle lo mucho que la quería. Así que Amaya le dijo que ya estaba bien. Le dijo claro que no pensaba seguir con la terapia si él lo hacía nada por cambiar su vida.

Y se marchó.

Domingo 7 de abril de 1996. Domingo de Resurrección. 21:23 horas.

Ayer sábado por la tarde, estuve charlando otro ratillo con Javi y, entre otras cosas, me dijo que me quería ver esa noche en Riotinto en el pub; estaba explicándole que sí, que ya tenía ganas de salir, cuando bajó (del piso de arriba) la novia; por lo visto, estaba en su casa desde el viernes por la noche y me la presentó; es una morena muy linda que se nota a leguas que tiene un corazón muy grande; la verdad, es que se le ven muy enamorados a los dos, me encantó verlos tan atados a sus sentimientos; y no importa, pensé, mañana hablaré con Bea y todo quedará solucionado, volveremos a ser dos parejas de amigos, o mejor, tres contigo...

Por la noche, salí solo, de momento, porque Javi tenía que esperar a su novia; llegué al pub y, para esperarlos, me pedí un whisky; después, me puse a charlar con alguna gente que conocía por allí y me entretuve un poco; pero, al cabo de un ratillo, los dejé porque vi entrar por la puerta (a Beatriz no) al chaval con el que me peleé en la Fiesta de la Primavera (menos mal los guardias de seguridad, ja... ja, que lo arreglaron todo); era el músico, como dijo Bea; no puedo negar que me puse muy contento de verlo allí solo, como yo...; lo llamé y me saludó con un fuerte abrazo; luego, se paró ante mí, estupefacto, examinándome como si me faltara un brazo o algo por estilo, y me preguntó: ¿y tu novia...?; y me vinieron de un golpe, como un saco, todos los pensamientos que han revoloteado en esta semana por mi cabeza; yo creo que adivinó mis pensamientos porque se pidió otro whisky y me dijo que saliéramos, que allí no se podía hablar con la música...; afuera, cómo no, reconocí muchas caras del pueblo, y creí notar cierto rumor subliminal en las miradas, como si me dijeran, con los ojos, que no tenía que haber dejado sola a mi novia aquella noche, chismes que uno se inventa para joderse más la vida...

Le conté toda la historia, con pelos y señales, a Justo (que es como se llama el ex-saxofonista del grupo de Nerva), y lo vi que se sintió un poco molesto por los detalles; pero me sorprendió con esto: tienes que asumirla por el lado bueno, está claro que ha sido una manipulación; no te creas nada de lo que dijeron, seguro que fue una distorsión de lo que ellas habían tomado..., o de tu gripe, ¿quién sabe...?, pero real no puede ser, me dijo, ¿sabes una cosa?, a mí me pasó algo parecido no hace mucho; resulta que me emborraché de tal modo que, al día siguiente, no sabía qué había hecho durante toda la noche; mis amigos me contaron las cosas que hice pero, aunque fueran verdad, esto es, que hubieran ocurrido, yo no era totalmente responsable de ellas; sin duda, había sido ese otro yo que llevo parejo a mí y del que no puedo responder..., recitó como aprendido de memoria; le pregunté a Justo que dónde había sido aquello, lo de la borrachera, pero no hace falta decir más...; a continuación, me sugirió: el caso es que no hay que preocuparse por algo pasado, límitate a vivir en el presente, recuérdalo..., de la misma forma en que no podemos controlar el futuro, está feo manipular el pasado...

Aquella tesis intrínseca sobre distorsiones y vidas paralelas, como consecuencia

del exceso de algunas drogas, amplió aún más, si cabía, nuestra amistad; rompimos los bastidores de todo lo que nos diferenciaba, abrimos el picaporte de la comprensión y nos entregamos a una orgía de filosofía y alcohol que nos supo muy a bien...; a mí no se me suele olvidar nunca lo que hago cuando bebo, y por ello puedo contar ahora esto que ocurrió ayer sábado en que se conmemoraba la muerte de Jesucristo acaecida muchísimos años atrás, exactamente 1963 años...

A las tres de la madrugada, hora en la que Justo tenía un ciego quizá más acentuado que el que llevaba en Sevilla (ayer, no me dio pena ni desprecio, sino envidia por verlo tan fuera de sí), decía cosas que me ponían los pelos de punta, hablaba de esferas realmente alejadas de nuestra realidad; no me acuerdo de todo lo que dio de sí pero, cuando cerraron el pub, nos quedamos en la puerta, sentados en los bancos de madera, charlando sobre él y sobre mí; y una vez que estábamos riéndonos a reventar, se puso a cantar a voces una canción que sonaba muy bien; me explicó que era de su grupo (en el que ya no está), y que era la que más le gustaba de todas; decía algo así...

*De tus manos brotan mariposas muertas
de vivos colores...
Inertes formas de alas transparentes...
parecen echar a volar...
pero es sólo tu llanto que las mueve...*

En la vida, hay momentos muy felices: en el amor, con tu pareja, están la mayoría; sin embargo, otros como Justo piensan que a nivel individual hay también sentimientos y emociones muy gratas y reconfortantes, y me lo demostró; anoche viví sensaciones que habían estado muy escondidas para mí hasta entonces; la magia que se encendió entre nosotros se podía oler casi (aparte de nuestro aliento); se podía sentir incluso que, entre los dos, había como otro par de espíritus paralelos que nos empujaban, nos hacían bailar, nos sacaban de la boca palabras que no habíamos ni siquiera soñado nunca..., otro par de espíritus que nos hacían cantar versos perfectos que nacían en el mismo instante, etc.; es más, yo creo que si algún cazatalentos nos hubiera observado, habría pagado, guiado por la convicción plena de que sería un aserto infalible en el mundo artístico, porque representáramos aquello ante un colosal público, estoy seguro; aunque lo malo era que aquello había que sentirlo...; decía que su coche estaba al lado del mío pero, cuando llegamos, no lo encontraba; no sólo no se preocupó, sino que se limitó a decir que se lo había llevado la grúa, cuando los dos sabíamos de sobra que en Riotinto no hay grúa; ¡nooo...! la grúa que arrastra nuestros sentimientos intrínsecos y morfológicos, aquellos que respiran de nuestro odio y se nutren de nuestras ideas..., recitó, como dictado por un ente pensante que le aconsejara cómo sobrellevar el «show» que supone vivir temeroso del futuro,

arrepentido por el pasado, redimido del presente...; a fin de cuentas, consciente del arte de vivir...

Pero, al rato, cuando estábamos apoyados en mi coche, tomé un poco de aire sobrio y recapacité: así, con el ciego que llevamos encima, no podemos ir a ninguna parte; si nos paran los picoletos y nos hacen la prueba del globito, yo doy 2 con 8, por lo menos; no podemos ir a ninguna parte, tío, le dije; ¿cómo que no podemos...?, dijo, ¿tú no sabes el chiste del que estaba meando en la calle y lo pilló un municipal...?, anunció; y me quedé mirándolo fijamente, envuelto en un frágil pensamiento: lo amaba...; lo adoraba de una forma que no se podía equiparar a ningún amor; no un amor físico, ni siquiera platónico, iba mucho más allá; lo veneraba porque había decidido mostrarme su desdoblamiento, lo idolatraba porque el alcohol hizo en él de una palabra un libro, porque cada gesto que hacía me lo dedicaba a mí; lo quería porque había dedicado todo lo que él era a darme su compañía en esa noche que no podré olvidar jamás; lo amé más que a nadie, entonces, porque sabía que yo seguía amándola, a Bea, a pesar de todo...; y siguió con el chiste: pues, resulta que le dijo: «¿usted no sabe que no se puede mear ahí?», y le dijo el borracho: «pues mira como yo meo...», ja, ja...; se rió con estruendo contagiándome...; he de reconocer que la sutileza era poco ocurrente y archiconocida, pero nos sirvió para tirarnos de espaldas al suelo; te lo juro, aquello fue igual que si estuviéramos al filo de una piscina y nos dejáramos caer al agua; el problema era que había más sólido que líquido; no obstante, te lo digo de verdad, me pareció entregarme a la comodidad de una piscina llena de algodón; no sentí nada (en aquel momento) que me hiciera ver que estábamos tirados en mitad de la calle de piedra y no en la supuesta nube que imaginábamos...

Resultó que, cuando nos levantamos, su coche sí estaba a unos pocos metros del mío; se fue a comprobar si estaba en condiciones (o al menos eso creí yo, porque lo que hizo no fue consecuencia de lo que pensé) y, sin vacilar, arrancó el espejo derecho de su automóvil y lo tiró a la carretera; justo ahí, y no antes, me di cuenta de lo que mal que estaba Justo; opté entonces por hacerme un poco el serio y consentí en adueñarme, no sin cierta duda, de la situación; cogí el espejo, lo guardé en mi maletero y le dije que se montara que yo lo llevaba; aunque no veo nada, tengo que llevarlo, me decía en silencio...; nos montamos en mi coche y a Justo no se le ocurrió otra cosa que empezar a cantar la canción de los «Chanclas», sí ésa que entonan como un borracho que llega a su casa en las condiciones típicas de su ebriedad; y, ¿cómo no?, provocó que yo me animara de nuevo y me pusiera a cantarla a la par de él; te aseguro que, si algo tenía Justo anoche, era una capacidad irresistible de contagio, me influía sobremanera con su inagotable entusiasmo; «no veo ná..., no, no, no veo ná...», cantábamos en mitad de la noche...; después, en el stop que hay al salir del pueblo, había dos chavales haciendo dedo que se pusieron delante cuando vieron el coche; yo no los conocía, y la verdad es que los hubiera montado, pero cuando paramos y nos vieron cómo íbamos, no lo dudaron, se fueron andando;

aquello nos hizo descojonarnos de risa, tanto que estuvimos casi diez minutos en el stop riéndonos; es más, estando en ello, se me fue el coche para atrás y, como no tenía conciencia del espacio (ni de mucho más), no me di cuenta; menos mal que fue a dar contra el bordillo de la rotonda que hay para entrar en el pueblo y no pasó nada; nos dio igual y seguimos partiéndonos el culo de risa con más ganas todavía...

Después de tanto jolgorio etílico, arranqué otra vez y seguimos el camino ya en carretera; los dos que habían desechado nuestro coche para viajar, al puerto de nuestro puntazo, estaban casi a la mitad del camino; iban corriendo, y mi amigo que los vio, al pasar junto a ellos, les gritó: ¡cabrones!, ¡a mamarla...!, y yo pitaba con el coche: ¡piii...!, ¡piii...!; la verdad es que no íbamos muy rápido porque no se veía nada, te lo juro, llevábamos una pea encima que no te la puedes ni imaginar; las que tú y yo hemos cogido no se parecen en nada a la forma en que descontrolamos ayer por la noche, créeme; pasamos por el pantano del Balneario y no había guardias; la cosa está salvada, es demasiado tarde para que haya picólos, pensé...

Más adelante, quizá como celebración a nuestra escapada, Justo se puso a tocar con las manos la canción que iba sonando en la radio, que no sé cuál era; el tío estaba frenético, parecía un diablo en celo...; y estaba tan entusiasmado que creo que no se dio cuenta de que me pasé la primera entrada al pueblo, la del Punto (que está en obras por una lluvia demasiado larga que la destrozó); y, por el segundo acceso a Nerva, que acompaña al matadero que está cerrado, era por el que fuimos a entrar...; sabes que es una bajada un tanto pronunciada, que hay que girar a la izquierda y entrar bajando para acceder al pueblo; el matadero queda a la derecha, y frente a la rampa, a unos cien metros, está la Costa Blanca; hasta ahí, estamos, ¿no?...; pues ocurre que no sé bien qué pasó, ni cómo; el caso es que entramos un poco deprisa en la rampa y el coche empezó a derrapar hacia la terraza blanca; Justo, que no había dejado de tocar en el salpicadero del coche en todo el tiempo, empezó a gritar cuando sintió el brusco vaivén: ¡¡yuuujuu...!¡, ¡¡yyeejaa...!¡, exclamó, un poco alienado de la situación; además, había baches grandes lo que contribuyó a que el grito de Justo se oyera un poco intermitentemente, ¿y yo?, dirás tú; yo me até como pude al volante, intentando averiguar (entre el ruido del salpicadero con las manos de Justo, su inoportuno grito y el rechinar de las ruedas del coche) qué maniobra era la que había que hacer para que todo fuera bien...; creo que si, en ese momento, alguien hubiera grabado aquello, me hubieran dado un premio en los «Videos de Primera»; imagínatelo, al cámara, desde dentro, grabando mi cara asustada, tensa y los ojos fuera de mí, a Justo desgañitándose, ¡¡yuuujuuu...!¡, golpeando con las manos desenfrenadamente en el salpicadero del coche y en sus piernas (igual que si fuera el batería de los Beatles con un ataque de epilepsia), y todo deslizándose hacia la derecha dando saltos y chirriando...

Cuando creí ver la maniobra correcta, giré el volante hacia donde el coche se había desplazado...; y todavía hubo varias suertes más que nos ayudaron un poco a morir mejor...

Domingo 7 de abril de 1996, Domingo de Resurrección. 22:08 horas.

Aquí estoy de nuevo, es que me estaba meando, tío...

Menos mal, menos mal que me había colado más bien por el centro de la entrada, invadiendo el carril contrario, y no venía nadie saliendo; los quitamiedos quedaban entonces a unos dos metros a mi derecha, los justos para que el coche tuviera espacio y tiempo de brincar un par de veces, como una cabra montañesa...; ¡mierda...!, ya volcamos, pensé antes de mover el volante hacia el barranco que separa la terraza blanca de la carretera...

Y llegamos abajo...; habíamos pasado de la entrada que moría en el matadero...; a estas alturas, creo que no hace falta que te explique que la palabra «morir» significa otras cosas como, por ejemplo, llegar a un sitio (esta calle muere en tal otra, el río aquél muere en tal cual...); aahh..., dirás tú..., aahh...; pero así y todo, creí fallecer antes de morir en la Plaza Reina Victoria, la encargada de recibir a todos los coches que siguen el río de la carretera por el arroyo del matadero (y es que la vida es un río que nos lleva a la mar, que es el morir; ¿se nota que he leído a Jorge Manrique...?; y, sin embargo, hay ocasiones en las que, antes de sentir la sal, te arrepientes y te vuelves salmón; coges río arriba en tu propia vida y a luchar); después, ya en la plaza, paré el coche y le pregunté a Justo cuál era su calle pero..., no hablaba, estaba un poco serio y tampoco tocaba ya en el salpicadero; no me acuerdo, dijo; y empecé a desternillarme de risa, no sé si de que no se acordara de su calle o de haber salido ileso de aquel desliz deslizado, ¿te has dado cuenta del valor de la redundancia...?; lo llevé hacia el centro del pueblo porque musitó que vivía por allí cerca...; y, cuando llegamos, nos bajamos del coche y lo abracé; pero, recordando algo de pronto, anoté unas palabras y mi número de teléfono en una hoja y se la metí en un bolsillo; en la hoja le explicaba dónde estaba su coche y que me llamara, si es que no lo encontraba; era lo menos que podía hacer por él...; sin embargo, antes de irse, me regaló varias palabras que me dejaron pensando y observándolo muy detenidamente: y recuerda, tú no has hecho nada de lo que ha pasado esta noche; ha sido el otro que llevas dentro, el que no puede sino arrebatarnos el cuerpo cuando no somos fuertes, ¡recuérdalo!, no dejes nunca que ese «tú» te amargue la vida; déjalo poseerte algunas veces, cuando no te sientas a gusto con el que eres, entonces, él llegará y te reciclará, te desfogará..., recitó de una tirada, me lo he pasado de puta madre contigo tío..., hay que repetir otro día eeh..., añadió, y asentí...; ten cuidado colega..., le comenté antes de montarme en el coche; arranqué y miré hacia donde se marchaba; estaba bailando una extraña danza y gritando: ¡¡no siento el dolor...!!, ¡¡no me dan miedo los polísss...!!; solté el embrague y lo perdí de vista...

Después del simulacro de accidente, el ochenta por ciento del estado soporífero en el que me encontraba se había evaporado; me sentía como el primer conejillo de indias de un experimento capaz de quitar una borrachera de golpe, sin resaca; el problema está en que te puedes quitar alguna que otra cosa más importante, ya sabes,

eso que todos maldicen, que está muy mala, que es larga y dura (cuidado, no confundas), y que viene durándonos unos setenta años aquí en España...; me dirigí otra vez a la salida del matadero y, al llegar a éste, las piernas me empezaron a temblar tanto que tuve que parar el coche y bajarme para que la tranquilidad me volviera; pero ahora me sentía como si me hubiera acaecido una especie de fobia o alergia a aquella entrada; todo era tan extraño: miraba hacia el colegio que estaba detrás mía y me tranquilizaba, pero volvía la cabeza y las piernas me volvían a temblar...; sin duda, era algo prodigioso (lo malo es que no se trataba de algo aprovechable por la ciencia, como tantas cosas que se descubren al cabo del año que no tienen aplicación práctica); no obstante, al rato de estar allí, me puse a pensar en Bea (de la que me había olvidado por completo en el arrastrado descuido; estaba claro que en el rechinar de aquella bajada fortuita, sólo había tenido tiempo de acariciar una idea muy general: me arrepentía de haber vivido tan poco, de no haber exprimido más el limón) y no conseguí encontrar nada en contra de ella; era como si todo lo que había pasado en aquella incierta noche de concierto en Sevilla, hubiera sido borrado ya definitivamente de la memoria igual que si de un archivo en el disco duro de un ordenador se tratase, algo irrecuperable, irreversible, y, por tanto, inservible en el presente...

Pero, por fin, llegó un momento en que me encontré más desfobiado de mi pasado y me monté en el coche; me dirigí hacia la salida y vi, justo en el repecho, a una chavala haciendo dedo; me dio pena dejarla allí y la monté; pero, hasta que no estuvo ya en el coche, no me percaté de que la persona a la que había montado era una verdadera preciosidad; me llamo Macarena y soy de Riotinto, yo te conozco a ti de algo..., me dijo, tú estás saliendo con una tal Bea, ¿verdad?; y asentí, más que nada, por no contar otra vez la consabida historia; pues yo estaba ahí sola porque me he peleado con mi novio que es de Nerva, me comentó ella que se había quedado más tirada que una colilla, imagínate, siguió, quería hacerme chantaje; decía que si, lo dejaba, no me llevaba a Riotinto, será cabrón; asentí y caí en que, desde que había entrado en el coche, no había hecho otra cosa que agradecerle su presencia; me había descubierto a mí mismo respirando el rico olor que emanaba toda ella (no sé cómo, pero hay mujeres que se perfuman de una forma tan acertada que se diría que es su olor propio; las miras y te das cuenta de que sus formas, sus gestos, sus palabras y todo parece estar encadenado, en consonancia, con el perfume que emanan; Macarena era un ejemplo viviente de lo que he dicho), ese aroma de jazmín salvaje que la envolvía; pero no me importa, ¡que se joda...!, ya encontraré otro mejor que él..., exclamó; y, de repente, sentí que sería también inconcebible recordarla sin esos ojos tan azules como el mar, y sin esas palabras de fuerza que me estaba regalando...; cuando llegamos al pueblo, la dejé en la Plaza del Minero; ya se disponía a despedirse cuando le pregunté: ¿oye, cómo decías que te llamabas...?; Macarena..., dijo; ¡¡hey...!., entoné, coreando su nombre (gastado porque otros lo han arrastrado por todo el país, y no porque ella lo hubiera usado mucho; nada de eso); y se rió

diciendo: que te vaya bien, Carlos, gracias por todo...; me quedé observándola cómo se marchaba calle arriba, risueña, como si le hubieran soltado las alas, más o menos; y en esto se parecía un poco a Justo, en la forma prepotente de marcharse, de reencontrarse con la soledad...; y me alegré por haber conocido a una mujer tan fuerte ante la vida; di la vuelta y me marché; llegué a Campofrío y me acosté...; ahora vuelvo, que me llaman para cenar...

Domingo 7 de abril de 1996. Domingo de Resurrección, 23:34 horas.

No veas tío, ya he llegado al mes de septiembre en el diario, y me parece que, como siga así, no voy a poderte contar mucho más; aunque, en tal caso, continuaré en otro diario, todo sea por ti, lo que importa es la sorpresa; menos mal que cuando fui ayer a tu tienda no estabas, tu padre me dijo que estabas en el Parque con tu hija; ¡oye!, ¿sabes?, ayer por fin supe a quién se parece tu padre; de verdad, te lo juro, tío, tu padre es clavado al actor que hace de Ghandi en la película, no sé cómo se llama, ahhh, y también tiene un papel muy importante en *La Lista de Schindler*, ¿la has visto verdad?, pues tu padre es clavado, igual de tranquilo, de buenazo se le ve...; y ayer me lo demostró; le pedí las chacinas y se las pagué; estuve un rato charlando con él y le pregunté algo sobre ti; me explicó que ya no estás con la chavala esa con la que yo te creía, ¿cómo se llamaba?, Rosario, me parece; me contó que te ponía los cuernos y que, a pesar de todo, tú no te dabas cuenta, o no te querías dar cuenta; lo cierto es que no me esperaba eso, de verdad, no me lo esperaba; y, sin embargo, hice de tripas corazón y me callé lo mío; pero ahora te lo confieso: quise ir al Parque a verte y romper este diario, todo lo que ha supuesto, destrozando mi intención para consolarte, para ayudarte ahora que me necesitas, ¿sabes?; pero me aguanté las ganas...; lo que no sé es por qué no me has llamado, tío, quizá sea porque ahora cuentas con la ayuda de una psicóloga; pero eso no tiene nada que ver, sabes donde estoy, y si hace falta le dan por el culo al diario, ¿entiendes picha?; he escrito esto porque, con los giros que da la vida, igual te lo llevo mañana cuando hable con Bea; y ésa es otra, ahora te lo cuento; bueno, termino con lo de tu padre; cuando ya me iba, me acordé de que mi madre también quería dos pollos; entonces, se los pedí a tu padre y me los preparó muy bien, los arregló y todo eso; pero a la hora de pagarle, coge y se sale del mostrador; pero Antonio, le dije, ¿cuánto es los dos pollos?; no, nada, no te los cobro, me susurró amable; pero, ¿por qué?, le pregunté; para que te convides con tu novia, me dijo muy seguro; y la verdad es que me quedé estupefacto, no le había dicho nada de Bea, te lo aseguro, llegué a pensar que era un adivino y tuvo que vérmelo en la cara porque se acercó a mí y me cogió la mano izquierda y me la levantó; y allí estaba la premisa que le hizo saberlo: la alianza que me regaló Bea el día de los enamorados me delató; asentí y lo miré cómplice; no le diré nada a Juan Antonio, tranquilo, me contestó sin yo preguntar; tu padre es un genio, colega, es un tío de puta madre, de verdad; siempre me llevé bien con él, pero el viernes por la tarde me dejó flipado; cuídalo, por favor, que ya no es tan joven, y hazle caso, que sabe...

Y paso a relatarte lo que me ha ocurrido hoy, el día del reencuentro, ¿te acuerdas?, hoy era el día del reencuentro con Bea...

Cuando desperté esta mañana, miré el calendario y me sentí como protegido: era Domingo de Resurrección; pero, por otra parte, me parecía que había resucitado de un interminable descanso de cientos de años, porque tenía una resaca impresionante y estaba hecho polvo; entonces, acudieron a mí los pensamientos que creí olvidados

acerca de Bea, y me deprimí mucho al recordar todo lo que había pasado durante la noche, y lo que pudo haber pasado; pero, para aliviarme de ello, me agarré desesperadamente a las palabras que me regaló Justo: no era yo sino mi otro «tú» el que hizo todo anoche, me dije, y me digo todavía; bajé a la cocina y desayuné...; luego, con la comida en el estómago, la vida parecía distinta, al menos más rellena si estaba; estuve un rato charlando con mis tíos de Córdoba, que habían llegado el sábado por la mañana como estaba previsto, pero me vestí y fui a casa de Bea, como también estaba escrito...; la madre de Bea me explicó que su hija se había ido a Sevilla por la mañana y me dio una carta que me había dejado; le di las gracias a Luisa y me marché con la carta y un sentimiento pegajoso en la boca; me monté en el coche y puse la carta en el asiento; no puedo leerla aquí, me dije, y decidí ir a un lugar que siempre me ha recibido muy bien...

En el puente que corta el Gossam hacía mucho viento; el sol azotaba con su recia luz y los coches pasaban raudos y veloces; aparqué el mío al lado de la maquinaria de bombeo y me dirigí, andando, hacia la mitad del puente con la carta en la mano; iba caminando por la parte izquierda (la del agua sana), por fuera del arcén, a poca distancia del agua; ya en la mitad, junto a un gran árbol que subsiste medio ahogado en el pantano, abrí la carta; pero, antes de leerla, miré al vacío del horizonte y me sentí bien frente a aquel medio mar que me acompañaba; la leí...; y la escribo aquí para no perderla tampoco...

Querido Carlos:

Siento mucho que cuando llegues a mi casa yo no esté. Ya sé que habíamos quedado en eso, pero aún no me ha dado tiempo a decidirme. La vida da muchas vueltas y te puedes marear, has dicho tú alguna vez. Y es cierto. Así que te espero mañana lunes a las seis en mi piso. No vayas al tuyo siquiera antes, te espero en el mío.

Y, ahora, me gustaría que leyeras uno de los relatos que he escrito en estos días. Como en el anterior, la forma es muy importante. Aquí ocurre que cada intervención tiene una palabra menos que la siguiente, desde una hasta once, y viceversa, y ello en dos partes. Pero, además, todo forma una figura muy perfecta. Al principio, no sabía de qué se trataba pero ya sí lo sé. Parecen los pechos de una mujer. Así que léelo y ya nos veremos mañana.

(Una cosa sí te digo: no intentes buscarle un mensaje al relato, porque no lo tiene, es la absurda fuga de dos presos en una remota prisión de Norteamérica, ¿sabes?, deja tus silogismos para otra ocasión). Deléitate con la lectura, y con su contemplación; disfruta de:

«Los senos de la derrota»

YO.—¿Qué?

TU.—Que sigas.
 YO.—¿Seguro que sí?
 TÚ.—Que sí, de verdad.
 YO.—Si sigo, te dolerá mucho.
 TÚ.—No tranquilo, tú sigue dando.
 YO.—Como quieras, pero cierra los ojos.
 TÚ.—¿Qué más da los ojos? Apresúrate, ¿no?
 YO.—Pero, ¿a qué viene tanta prisa?, es temprano.
 TÚ.—Claro, pero pueden llegar y pillamos en lo peor.
 YO.—No temas que ya acabo. Está dura pero ya tiembla.
 TÚ.—Venga, sí así. Aguantaré un poco más y ya podré correr.
 YO.—¿Podrás correr los seis segundos que hay que salvar después?
 TÚ.—Me he pasado mucho tiempo esperando. Sé que podré, estoy listo.
 YO.—Bueno, pues ya queda menos. Espera que me relaje. Genial.
 TÚ.—Por favor, no intentes parar ahora. Sigue dando fuerte.
 YO.—Luego no vengas diciendo que te dolió mucho.
 TÚ.—Luego todo quedará olvidado. Creo que sí.
 YO.—Tienes que estar seguro. Esto agota.
 TÚ.—No pares. Hay cosas peores.
 YO.—¿Te refieres al morir?
 TÚ.—¿A qué entonces?
 YO.—Tienes razón.
 TÚ.—Hombre...
 YO.—Ya termino.
 TÚ.—¿Has oído eso?
 YO.—¿Qué diablos es? Di.
 TÚ.—Los pasos de los guardias.
 YO.—¡Ya está!, ¡ya eres libre!, ¡vamos!
 TÚ.—Sí, soy libre, ¡huyamos!, muy lejos, sí.
 YO.—Al fin, vuelves con nosotros, ven y abrázame.
 TÚ.—¡Lo que nos faltaba ya! ¡Que sonara la alarma!
 YO.—Dime, ¿qué pasa ahora tío?, ¿qué cono me dices ahora?
 TÚ.—Digo que no vamos a llegar muy lejos esta noche, ¿entiendes?
 YO.—No empieces con tu pesimismo de siempre. Así no, ¿sabes?
 TÚ.—Pues, ¿qué hacemos? No sé volar como un pajarraco.
 YO.—Se me ocurre algo. Acuéstate como de costumbre.
 TÚ.—Me llamarán la atención. Estoy muy seguro.
 YO.—No seas maricón. Es tu oportunidad.
 TÚ.—No infravalores mi vida, ¡eeh!
 YO.—¡Callay hazlo!, cobarde.
 TÚ.—¿Que harás tú?
 YO.—Ya veré.
 TÚ.—Vale.
 YO.—¿Ok?
 TÚ.—Ok.

Espero que te haya gustado esta forma lúdica de escribir. Ya me contarás.

Un beso. Beatriz.

P.D: No vayas antes a tu piso, recuerda.

¡¡Basta...!!, grité al viento con los brazos abiertos; ¡¡por favor..., ya basta!!; mi tía de Huelva me aseguró una vez que sacar lo que llevas dentro, en la forma que sea, te libera y te ayuda a sentirte mejor (y cuánto se parece a lo que me dijo Justo anoche);

me di la vuelta y el pelo se me vino a la cara; me cogí la cola y salté a la carretera por la que no venía ningún coche; llegué al otro lado y caminé cerca del agua ácida; lo pensé, te juro que lo pensé, saboreé la posibilidad de arrojarme al agua y acabar de una vez con toda esta mierda; pero me faltó valor, quizá porque me acordé de una frase del diario, de Moliere, que dice que: «La muerte es el remedio de todos los males; pero no debemos echar mano de éste hasta última hora»; y tú te preguntarás que porqué carajo me apoyo en estas frases que dijeron otros que nada tienen que ver conmigo, y es verdad, me dije, preguntándome lo mismo; sería muy triste que mis padres no pudieran comerse los pollos que me regaló tu padre, porque tuvieran que enterrarme, pensé macabro; ya sabes, «El muerto al hoyo, y el vivo al “pollo...”».

Pero, aliviado ya del absurdo pensamiento anterior, por el viento que me acariciaba, seguí andando hacia el coche y, a pocos metros de la bomba, vi algo que me resultó demasiado doloroso para ignorarlo; allí, en la orilla del agua ácida, estaba anclado un trozo alargado de chapa, corroído por el agua; me acerqué y comprobé, por las medidas que mostraba, que no podía ser de un coche; quise no recordarlo pero era así: se trataba de un desconcertante vestigio del parachoques del camión que cayó al agua de azufre hace más de siete años...; metí la mano en el agua y lo toqué, pero la mano empezó a dolerme en un corte que me hice el jueves cortando jamón, y tuve que sacarla rápido; me escocía, me dolía mucho..., tanto que creí que me moriría allí, por la mano, y sentí miedo de ello; y pensé: hace un momento querías suicidarte y ahora tienes miedo de que te escueza la mano, ¿no te jodes?; y me sentí poco, un resto de mí, tanto que tuve envidia del trozo de hierro que se desmoronaba como si fuera arena; metí la otra mano y extraje un trozo; estaba frío pero parecía como si quemara, así de extraño, pero, sin duda, se trataba de una sensación producida por el pestilente olor que lo subyugaba; lo tiré a lo lejos y me marché al coche...

Y, esta tarde, cuando descansaba de la resaca de la carta de Bea, me puse a releer las citas del diario y encontré una, de Honoré de Balzac, que decía que: «La resignación es un suicidio cotidiano»; y la verdad es que me hizo sentir mejor, «resignación» fue la palabra que me vino a la mente al leer la carta de Bea por cuarta vez ya en casa; estaba claro, no me quedaba más que someterme algunas horas más a la decisión de Bea; y, ¿sabes una cosa?, me gusta esa frase porque permite concederle un poco de respiro a lo que se me viene encima; pero lo que no acabo de entender es porqué está jugando (aunque puede que no sea la palabra exacta) conmigo de esta forma...; ¡oye!, ¿te has fijado en el paralelismo que existe entre lo que cuenta el relato y lo que estoy pasando actualmente?; se cuenta a un preso que es rescatado por otro, o por un exterior; y, por lo visto, el salvador tiene que romper unas cadenas que el preso tiene en los pies y en las manos, y el que está encerrado se queja; ¿te das cuenta?, es como nuestro caso: ella es la que tiene ahora el poder de sacarme de aquí; yo me veo representado como el «TÚ» del relato, y ella es el «YO», ¿lo pillas?, mira que me lo ha advertido, que no busque más allá, pero no puedo, es tan inoportuna esta carta que no sé si podré soportarlo, aunque..., mejor dejo de pensar ya y me acuesto;

pero también estoy pensando es escribir una carta al programa de Olga y Mariano a ver si les parece buena historia la mía...; ¡qué contradictorio es todo esto...!

Lunes 8 de Abril de 1996, Lunes de Pascua. 23:38 horas.

Al llegar esta tarde a Sevilla, hice caso de la posdata de Bea: no podía venir a mi piso antes que al suyo; y así lo hice; eran las seis menos cinco, cuando llamé al portero del piso de las tres estudiantes; me abrió Victoria y le pregunté ansioso: ¿está Bea...?; pues no, ha salido, contestó un poco apurada, y más debió de sentirse, cuando me vio maldecir en voz alta: ¡¡sus muertos...!!; tranquilo Carlos, no te sofoques que así no llegas a ninguna parte, me pidió pausadamente; después, me preguntó qué cómo me había ido en la Semana Santa y no me corté en decirle que: ¡fatal!, las peores de mi vida..., pero, ¿dónde está Bea que ya me tiene hartado...?, exclamé mosqueado; y, sin más ni más, se levantó del sofá y fue a la habitación de Bea; cuando llegó, traía un papel doblado; es para ti, me dijo dándomelo; y miré el papel como si nada, en aquel momento, me parecía tan absurdo como un concierto para sordos o algo así, algo horrorosamente antipático; ¿no lo vas a leer...?, me preguntó Victoria; ¡no lo voy a leer!, ¡no...!, ¡no me da la gana...!; bueno, pues lo leo yo, argumentó ella...

Querido Carlos. He salido para ver a Estefanía, ya sabes, la escritora. Le he llevado otros relatos que he escrito en estos días. Es posible que tomen forma de novela pero quiero contar con su aprobación. En cuanto a ti, lo mejor será que te vayas a tu piso, y a eso de las ocho iré yo para allá. ¿Ok?

No lo comprendo, de verdad que no; no me explico cómo puede hacerme esto a mí; primero no está en su casa el domingo y ahora... ¡esto!; ¿pero, por qué...?, yo no merezco esto; ¿es que no soy nada para ella?, me torea como quiere, exclamé casi a punto de llorar; y Victoria me miró fijamente; recuerdo que su mirada era muy rara, parecía que me comprendía, pero por otra parte, era como si se riera de mí; te aseguro que esta vez no te va a fallar; ve a tu piso y espérala allí, estoy segura de que esta vez va a ir, te lo prometo, me confesó; ante aquello, ¡qué remedio!, otro suicidio cotidiano; me acompañó hasta la puerta y, ya allí, sostuvo algo que me extrañó un poco: recuerda, Carlos, mira en tu corazón, allí tienes todo lo que eres..., ¿sabes?, me encantaría acompañarte, pero no puedo...

Me dirigí al coche dándole vueltas a aquellas palabras tan inverosímiles; lo de que mirara en mi corazón ya me lo había dicho antes, me parece: era una repetición de la historia; me parecía que estábamos otra vez donde empezamos; Dios quiera que no, pensé; pero, referente a lo de que le gustaría acompañarme, no sabía qué pensar; aquello rompía con lo establecido...; dejé el coche en un sitio que había en la placita triangular, y no vi el de Ignacio por ninguna parte; vendrá mañana, mejor, pensé...; cogí el macuto y me dispuse a andar hacia el piso; desde que entré en Sevilla, llevaba oyendo un rechinar continuo por todas las calles, parecía que había perros esparcidos

por la calzada y, al circular los coches, los pisaban y gritaban; eso era lo que me parecía el ruido, ya ves; como siempre, pensé caminando, en la semana siguiente a la Santa, los decibelios de ruido se han multiplicado en las calles por el continuo chillido de los coches matando perros encerados...; llegué al portal de mi piso, pero no encontraba la llave; ¿cómo iba a encontrarla, si la había dejado en el coche?; entonces, me sublevé contra mí de pura rabia, pero me contuve; suicidio cotidiano; y, mientras desandaba el camino hasta el coche, me acordé de otro refrán de mi padre que dice que: «El que no tiene cabeza tiene que tener pies»; luego, llegué otra vez al portal, tras haber oído de nuevo el chillar de los neumáticos encerados, abrí y me paré un momento a observar la fuente que está en el centro del patio estilo árabe, con sus arcos, sus columnas y todo; triste y desolado ya, a esas alturas, miré el reloj, y eran las siete; todavía falta una hora para el desenlace de la historia, deduje...; llegué a la puerta del piso, metí la llave y abrí, todo estaba en silencio y oscuro; metí el macuto y me giré para encender la luz...

¡¡Cumplea... ños fe... liz!!, ¡¡cumplea... ños fe... liz...!!!, te dese... o Car... los..., cumple... ños fe... liz...

Al encender las luces, vi que el piso mostraba el típico decorado de una gran fiesta; había serpentines colgando de todas partes, cuadros de papel de colores; había matasuegras por los muebles y bolitas de papel derramadas por todo el suelo; en la barra de la cocina, había una tarta preciosa, y detrás de ella estaba... mi Beatriz querida...

Pero la sorpresa no había hecho más que empezar; estoy seguro de que mi cara tuvo que adquirir una alegría incontenible, cuando vi bajar por la escalera a Javi con su novia, a Estefanía, a Ignacio con Rocío y a... Justo con Macarena...; ¡hostia...!, dije..., y me cantaron de nuevo, ahora los ocho, el cumpleaños feliz...; la verdad es que, en medio de toda esta semana, no me había acordado de que hoy lunes era mi vigésimo segundo cumpleaños...; miré hacia Bea, que se había acercado, y me dijo llorando: Carlos..., te quiero, ¡¡felicidades...!!; y me besó largamente, mientras que las otras tres parejas aplaudían y vitoreaban nuestro reencuentro...

Cuando separamos nuestros labios, me sentí el hombre más feliz del mundo; me acerqué a la tarta y soplé el número que contenía mi edad, 22 castañas...; sin embargo, un momento antes, había visto que Justo subía arriba corriendo, como en busca de algo...; y, después de soplar las velas, oí a Bea decir: ¡¡ahora Justo...!!!, ¡¡ahora...!!

Sólo sé decir que lo que siguió me desmontó por completo; las lágrimas acudieron a mis ojos, igual que los labios de mi querida Bea, que me regalaron de nuevo su sabor eterno a miel; la verdad es que no me atrevía a creer lo que oía; ¿es verdad...?, le pregunté a Bea, ¿de verdad que es verdad...?, volví a preguntar, olvidándome de sinonimar mi asombro; por supuesto que sí..., me dijo ella, mirando hacia arriba...; de allí provenía una música que me recordaba a algo; sin duda, se trataba de una melodía que llevaba muy dentro de mí, escondida en alguna parte del

olvido; pero al poco, ya sí estaba seguro; en el aire, brillaba un sonido cristalino de saxo y lo sentía nacer arriba, en el piso entarimado donde están las camas...; entonces, con exagerada parsimonia, me acerqué a la escalera pasando entre mis amigos, Javi me abrazó, Ignacio me palmeó la espalda y, al fin, llegué arriba; mientras subía, había pensado en una posibilidad remota; por un momento, me anticipé a la sorpresa; creí ver, antes de llegar, que Justo no estaba solo...; y así fue; allí estaban...; eran ellos, sabía que eran ellos; habían apartado las camas y lo habían montado todo allí arriba, batería incluida: allí estaban los tres que monté en Zalamea, el guitarra, el bajo y el batería, y Justo interpretando, con un saxo precioso, la canción que me cantó el Sábado de Gloria por la noche...

Cuando dejó de tocar el instrumento, y entonó la canción... un escalofrío me recorrió todo el cuerpo; creía que me iba a caer al suelo del temblor que me entró...; Justo estaba cantando aquella canción, la de las mariposas, tal y como lo hizo para mí aquella noche...

*De tus manos brotan mariposas muertas
de vivos colores...
Inertes formas de alas transparentes...
parecen echar a volar...
pero es sólo tu llanto que las mueve...*

Y, a medida que la cantaba, hice como ya conté en la Fiesta de la Primavera: me concentré en aspirarlo todo, en absorber hasta la última nota de aquello que sonaba; sin duda, quería que aquella canción fuera la banda sonora de mi vida, la canción del día que volví a la vida; y, no sé cómo, pero cada verso destruía una parte de aquella noche fatídica; no sé cómo fue pero, aquel amargo recuerdo, estaba siendo perfectamente reemplazado por los momentos tan mágicos que estaba sintiendo...

*Refugiada entre sábanas y estrellas
tu mirada está muy lejos muy lejos de aquí...
En días de agua hilos de seda
forman velos a tu alrededor,
no los podré romper...
no los puedo romper...*

La canción terminó..., y Bea abrió la puerta del piso; y yo, que ya no esperaba nada más de aquel eterno instante, vi cómo empezaba a entrar mucha gente, mucha, aplaudiendo y gritando (entre ellos, había vecinos, compañeros míos, profesores, Victoria...), y todos, todos juntos, empezaron a cantarme, por tercera vez, a coro con

el saxo de Justo, el cumpleaños feliz...

No pude evitarlo, ¿sabes?, me sentí el hombre más afortunado del mundo por el esfuerzo tan impagable que me habían dedicado...

Y no podía reaccionar; miraba a Javi, a Estefanía, a Bea, a Justo, a Victoria y lo agradecí desde el fondo de mi alma; gracias a ellos, he pasado de sentirme injustamente tratado por la vida a crearme grande..., ¡enorme!, ¡por los cielos!; y, desde ese momento, supe que mi vida ya nunca sería la misma; y pensé: sobran motivos para luchar en la vida, sobran corazones por los que desangrarme a diario...; aunque llegue un momento en que lo pierda todo, siempre me quedará el impreciable recuerdo que estoy viviendo, estoy seguro...

Pero la fiesta continuó, y seguimos hasta las diez y pico en que los músicos se tenían que ir...; nos hemos comido toda la tarta y todo lo que había para beber...; luego se fueron todos, incluso Ignacio se fue a llevar a Rocío; Justo se fue con los músicos y su recién estrenada novia (aún no sé cómo la conoció, te lo juro); y Javi se fue a Huelva después de darme la enhorabuena; hace un rato, nos quedamos los dos solos, Bea y yo, yo y Bea..., y no hizo falta nada para seguir como los dos queríamos: entre sábanas, que es como se piensa mejor...

Y tú te preguntarás: ¿y no me has echado de menos a mí, colega?; y la verdad es que sí, te he echado de menos en esta fiesta que merecías haber vivido conmigo, te lo aseguro; me siento un tanto mal por ello; pero, sin embargo, no hubiera sido posible, porque Bea y Justo, los dos que se han encargado de la preparación de la sorpresa, no te conocen, ¿entiendes?; aunque, eso sí, te prometo que todo va a cambiar; ahora que Bea ya está conmigo de nuevo, todo va sobre ruedas; ¿los exámenes?, si los suspendo, me da igual, hay otras convocatorias; es algo solucionable; lo que realmente importa es que este diario va a terminar aquí, ¿sabes?, no voy a seguirlo, no voy a hacerte esperar un mes más sabiendo en las condiciones en las que te encuentras; el viernes, cuando estuve con tu padre, supe todo acerca de ti, me lo contó todo; la verdad es que me dio mucha pena dejarte al amparo de esa habitación que habéis bautizado como «La habitación del Norte», pero él me lo pidió así; me explicó lo que te ocurrió con Amaya, sí, la psicóloga; me contó todo lo que te había pasado desde que no te veía, y se me encogió el corazón al pensar que he sido, en parte, culpable de haberte dado más dolor todavía; lo siento; y lo voy a arreglar gracias a que tu padre me confió algo que va a cambiarlo todo, verás como sí; él cree que la disputa que tuvo Amaya contigo es parte de la terapia, sí, así como suena; tu padre piensa que ella lo que quiere es que tú reacciones y lo ha hecho por medio de una situación forzada; ella ha renunciado a seguir contigo para que evoluciones en tus deseos; lo malo en que tu deseo es ella; y ahí está el problema; además, ¿sabes una cosa?, para cerciorarme de que todo irá bien, he hablado con mi tía de Huelva, sí la que también es psicóloga, y me ha confirmado la hipótesis de tu padre; mi tía Manoli dice que es una de las formas más estimulantes que existe para llevar a un paciente a una situación determinada; ya lo ves, todo va bien...

Tío, estoy que me salgo; la verdad es que es posible que suspenda los exámenes pero eso me da igual, mi vida ya marcha camino de ser la que siempre he querido; y ya lo verás, el viernes por la tarde, cuando termine aquí en Sevilla, iré a verte con Bea, te la presentaré a ella y te regalaré el diario, regalo anticipado de tu cumpleaños; espérame que vamos a solucionar la vida; ahora es cuando la mía ha empezado a ser útil, cuando voy a ayudar de nuevo a alguien que me necesita...

Y, para terminar, la frase que aparece en el último día de este diario (no, no lo he acabado, lo dejaré aquí en octubre, pero me las he leído todas), del autor de *Los viajes de Gulliver*, Jonathan Swift: «¡Ojalá vivas todos los días de tu vida!», de verdad que sí; pero yo voy todavía más lejos, y digo: ¡Ojalá vivamos todos los días de nuestra vida... en compañía de la gente a la que queremos!, ¿acaso no es lo más importante...?

—La... una y treinta de esta madrugada de domingo a lunes...

—Tan sólo media hora para el crepúsculo del primer programa de la semana...

—Y el segundo de mayo...

—Eso es..., a ver, ¿buenas noches...?

—Buenas noches...

—¿Cómo te llamas...?

—Me llamo Juan Antonio Bernal, y soy de El Campillo, un pueblo de Huelva...

—Hum jum... muy bien..., ¿qué nos quieres contar...?

—Pues..., la verdad es que se trata de una historia un poco larga... eehh...

—Si eres capaz de contarla en lo que nos queda de tiempo, adelante...

—Eeh..., muchas gracias Mariano..., vamos a ver..., yo trabajo en una tienda de comestibles que tengo en el pueblo. Vivo con mi padre y mi hija. Mi mujer y mi madre no están presentes ya, porque nos dejaron en unas circunstancias algo penosas. Pero..., no es eso lo que voy a contar, sino la huella de otra persona muy importante para nosotros.

—Hum jum..., parece interesante...

—Todo empezó hace varios años, cuando conocí a Carlos, un chaval de un pueblo de aquí al lado, Campofrío. Yo estaba en Sevilla para sacarme el carnet de conducir, el primera. Tenía pensado comprarme un camión que, por cierto, aún no hemos comprado..., y bueno, cuando terminó el examen teórico que, por cierto, aprobamos los dos..., me lo traje para los pueblos...

—Hum jum...

—Pero, por aquel entonces, ninguno de los dos sospechamos que aquello significaría el germen de una fortísima amistad. Esto... después, él venía de vez en cuando a verme..., cuando le parecía, se llegaba y echábamos el rato, o salíamos por la noche por ahí. La verdad es que se portó muy bien cuando me hizo falta, cuando murió mi madre y tal..., ¿sabes...?, me ayudó mucho emocionalmente hablando... Pero pasó que... no lo veía desde el verano del 95...

—Y lo has vuelto a ver ahora, ¿no?

—Sí, pero espera, espera...

—Venga..., sigue...

—Hace ya... tres semanas..., me llegó a casa un diario y un periódico, ¿sabes? Y de éste último, fechado el 7 de abril de 1996, Domingo de Resurrección, paso a leerte una noticia:

«Carlos Sánchez Prior, de veintiún años de edad, natural de Campofrío, falleció ahogado en las aguas ácidas del embalse “Gossam” en la madrugada del Viernes al Sábado Santo... El joven estuvo el viernes por la noche en El Campillo, en casa de un conocido, Juan Antonio Bernal, para comprar unas cosas que la madre le había encargado. “Se hizo tarde, lo invité a cenar y se hartó —explicó el amigo—. Después, me dijo que estaba muy cansado, entre otras cosas, porque había hecho

mucho deporte antes de venir a verme. Le propuse que se quedara a dormir en mi casa, con tal de que descansara, pero se marchó argumentando que era tarde”. El vecino de El Campillo, que conocía a la víctima desde hacía varios años, y lo apreciaba enormemente, aseguró también que el joven no había ingerido nada de alcohol en toda la jornada. A eso de la una menos cinco, Carlos abandonó el pueblo del citado amigo y se dirigió a Campofrío, su lugar de residencia familiar. El muchacho tenía que pasar por el pueblo Minas de Riotinto, por las instalaciones de la mina, y por la localidad de La Dehesa. A pocos metros de ésta última, habría de atravesar el “Gossam”, un embalse que la compañía utiliza para lavar lo que extraen de los pozos, conteniendo así aguas impregnadas de mineral, lo que las convierte en ácidas, según el cartel que figura en una de las orillas. Pero en la llamada “Curva de la serpiente”, que muere en una recta que atraviesa el citado embalse, el coche de Carlos se salió de la calzada, sin apenas control, y cayó al agua...».

—¡Dios mío!

—«No obstante, a los pocos minutos, la guardia civil fue puesta en alerta por un conductor que, al pasar por la recta que atraviesa el embalse, divisó algo extraño en el agua. El conductor que dio la alarma, y que no ha querido facilitar su identidad, afirmó que la luna llena lo ayudó a ver que algo raro pasaba en el agua. En principio, pensó que se trataba de algún animal, un caballo o algo así, pero con una potente linterna que llevaba, pudo ver el color rojo del coche del joven, sumergido sólo un metro por debajo del nivel del agua. Con un teléfono móvil que disponía, llamó a la guardia civil, pero ya nada se pudo hacer; Carlos Sánchez Prior, estudiante de Tercero de Psicología en Sevilla, había huerto en la madrugada del Sábado Santo, a la una y cuarto».

—¡Vaya por Dios...!

—Pero..., aún hay algo más que creo que es importante. Sigo leyendo: «Según amigos del fallecido, y corroborado por los padres de éste, Carlos gustaba mucho de pasear por la recta que atraviesa el embalse, seducido por la vista panorámica que posee. En consecuencia a ello, todo apunta a que el joven se quedó dormido, debido a la fatiga que su último amigo acentuó, más que a un desconocimiento de la zona. Y es ya la segunda víctima que acoge este embalse de aguas ácidas situado en la Cuenca Minera de Huelva. Hace, exactamente, seis años y diez meses, un camionero pereció en las mismas circunstancias que el estudiante. Y la pregunta es: ¿hasta cuándo habrá que esperar?».

—De verdad..., Juan Antonio..., es una historia impresionante...

—Sí...

—Y lo sentimos mucho...; de verdad, sentimos que ya no puedas hacer nada por él...

—Ése fue el sentimiento que me inundó en las horas siguientes a su muerte... Pero, a los pocos días, ocurrió algo que me ayudó a poner en práctica un honor del

que, estoy seguro, Carlos se sentiría muy orgulloso, si estuviera con vida...

—Hum juhmn..., ¿de qué se trata...?

—Como dije antes, me llegó el periódico, del que he leído la noticia, y un diario...

—Sí, es verdad...

—Pues..., se trata de un diario que Carlos escribió pensando en mí, ¿sabes? Como no nos veíamos desde hacía meses, casi un año, pues pensó que sería un buen regalo de reconciliación...

—¿Qué pasó, os peleasteis?

—No, que va..., nada de eso. Lo que ocurrió es que yo inicié una relación con una mujer y tal...; y él también se echó novia... y..., eso; fue algo...

—Sí, ya hemos comentado en alguna noche ese tipo de historias, ¿no?, el amigo que se olvida un poco de su vida y se abandona en su pareja...

—Eso es...; entonces, Carlos había estado escribiendo este diario para obsequiármelo como regalo de cumpleaños...

—Que los cumplías a los pocos días...

—No, los cumplo... hoy, es decir, en este lunes que está empezando...

—Ah, pues... ¡Felicidades...!

—Gracias...

—¿Cuántos cumpleaños?

—Treinta y tres...

—La edad de Cristo...

—Humn juhmn...; entonces..., eso..., a los pocos días de aquello, concretamente el miércoles 10 de abril, vino el padre de Carlos a traerme el diario y el periódico...

—Hum jumn...

—Yo estuve en el entierro de Carlos, sabía algo del diario porque él me lo comentó un rato antes de marcharse..., ¿sabes?, después de todo, me había revelado la sorpresa, él nunca fue capaz de ocultarme nada...

—Sí...

—Así que..., yo creí que era un diario y ya está..., pero no lo que recibí aquel miércoles.

—Humn jumh...

—Entonces..., el padre me dijo que ya lo había leído, que se dirigía a mí en numerosas partes, y que, más que nadie, era yo quién merecía tenerlo. Por tanto, me lo dio a mí que, además, fui el que oí sus últimas palabras...

—Claro...

—Pero, antes de marcharse, el padre, no pude evitar decirle... *Nunca podré olvidar a Carlos, cuando se montó en el coche y se disponía a marcharse..., y lo que me dijo: «Tío, en el fondo sabemos que la vida de todos es la misma; dejémonos llevar por nuestros corazones, ¿de acuerdo?...».*

—Profundas palabras...

—Cuando Carlos las pronunció, no les presté mucha atención, pero cuando el padre vino a traerme el diario y me preguntó todo acerca de aquella noche, no pude evitar recitarlas con cierta divinidad en el tono. Además, yo estaba muy consternado por la acción del padre: el diario había sido uno de los últimos deseos de Carlos, era, sin duda, la llave que abriría de nuevo nuestra relación, pero...

—Debiste quedarle muy agradecido al padre de Carlos... ¿no...?

—Por supuesto. Coincidió, además, en unos días en que yo estaba muy afligido por un enfrentamiento que había tenido con mi psicóloga. Aunque..., creo que... más ganó el padre por haber oído, un poco tarde ya, las palabras sabias de su hijo.

—Claro...

—Entonces, me puse a leer el diario y me quedé profundamente impresionado por lo que allí contaba Carlos. Estaba claro que se dirigía a mí y que me tenía muy en cuenta en su vida. Mi padre también lo leyó y nos pareció que debíamos recompensarle de alguna forma. Sabíamos, por el diario, que a su novia le gustaba escribir, y que quería escribir una novela...

—Hum jumm...

—Sí..., Beatriz, la novia de Carlos..., conoció a una joven escritora que se llama Estefanía Turia. Entonces, Bea, encandilada por su amiga, se puso a escribir relatos y se convenció de que iba a escribir una novela para presentarla a un certamen literario...

—Ah jah...

—Entonces, hemos recogido ese deseo suyo y, con nuestra mejor intención y no poca maña, hemos escrito una novela..., la de nuestra familia, los Bernal, hasta los días presentes, intercalada con el diario íntegro y varias apariciones de vuestro programa de radio...

—Vaya, vaya, ¡qué interesante...!

—Sin embargo, la duda nos asaltó al principio, ya que no sabíamos si la novia de Carlos seguía con él...

—¿Pero no era su novia?

—Sí, pero habían peleado por un turbio asunto dos semanas antes del accidente, y habían quedado en verse el Domingo de Resurrección para reconciliarse y aclarar las cosas...

—Y claro, como murió el Viernes Santo por la noche...

—Eso es..., el pobre Carlos se fue en un momento terrible para él...

—¿Y tú no hablaste con la novia en el entierro de Carlos?

—Ahí iba...; yo no la vi en el entierro..., aunque el que yo no la viera no quiere decir que no estuviera...

—Claro...

—Y, además, no la conocía, cosa que ahora tampoco ha cambiado, sólo sé cómo es por una foto que aparece en el periódico, y por las descripciones de Carlos en el diario...

—Entonces, ¿Carlos no te contó nada acerca de su novia aquella noche?

—Sí que lo hizo, pero no se fiaba mucho de que ella quisiera volver con él, aunque..., quizá ello fuera producto de su cansancio..., no tenía que haberlo dejado marchar...

—Claro...

—Pero ya es tarde...

—Y..., ¿de qué va la novela, Juan Antonio...?

—Pues, te cuento, Mariano..., la novela es un resumen de nuestra vida, la forma en que nos ha tratado el tiempo, cómo se han marchado seres queridos de nuestra familia, cómo la gente nos ha cambiado, cómo, en definitiva, hemos vivido desde que mi hija Noelia nació...

—Has dicho antes que también aparecen intervenciones nuestras, del programa...

—Sí, es verdad..., yo no lo había escuchado nunca. Fue Carlos quién me lo dijo aquella noche, que lo escuchara..., y también lo dice en el diario...

—Entonces, ¿Carlos qué quería, regalarte el diario sin contarte nada?

—Sí, claro, él quería ponerme al día con su diario, como regalo de cumpleaños, pero se le turbio tanto su empeño que no pudo ser...

—Ya...

—Y..., en cuanto a vosotros..., como me ha gustado mucho el programa, pues, he decidido incluir varias de vuestras intervenciones...^[1]

—Muchas gracias...

—He incluido cuando comentasteis lo del chaval de Huelva que estaba solo...

—Hum jum...

—Lo de la Pena de Muerte, que me pareció algo realmente loable..., lo de Sting, ¿sabes?

—Síh..., no veas...

—Y algunas historias más que me han emocionado...

—Pues, está muy bien...; entonces, aparece vuestra historia, los programas de radio y el diario..., ¿y... cómo habéis hecho para enlazar las tres cosas?

—Pues no ha sido fácil..., pero lo hemos conseguido. Uno de los méritos de la novela es que el lector asiste a la elaboración de ésta. El lector, por medio de un teatro que yo mismo he confeccionado (con la ayuda de mi padre que, con una grabadora, ha recopilado todos esos momentos), puede sentir buena parte de lo que mi hija, mi padre y yo hemos sentido al escribir la novela..., aparecen reflejadas las distintas respuestas por parte de la gente, buenas y malas..., en fin, todo lo que rodea a la creación de una novela...

—Muy interesante...

—Es más, se da un cierto juego en cuanto a Carlos... A mi hija Noelia, la hemos tenido que engañar con que Carlos era un viajante, para que no desvelara demasiado pronto la verdad, ¿sabes?, como es tan sincera, no le hemos revelado la identidad de Carlos hasta ayer...

—Pero el lector sí sabe quién es Carlos...

—Bueno, el lector, al menos, sabe que Carlos no es un viajante, y sí un estudiante, pero no sabe qué ha sido de él..., hasta que sigue leyendo y se encuentra con este capítulo...

—Muy bien..., y al final, ¿qué pasa?

—Bueno, pues..., finales... hay varios. Resulta que, como el diario termina de esa forma tan inesperada..., pues la novela tiene dos finales, uno ficticio y otro real, ¿sabes? En el diario de Carlos, lo último que aparece es el reencuentro con otro amigo suyo, Javi, y un día más, el Viernes Santo, justo antes de venir a verme a mí...

—Sí...

—Entonces, el final ficticio se da después de las últimas palabras escritas por Carlos, del Viernes Santo por la tarde, «*que con las personas no se juega...*», en que mi padre y yo hemos seguido la historia hasta abrocharla completamente. A partir de ahí, de esas últimas palabras de Carlos, las intervenciones del diario ya no van entre comillas, único vestigio de que ya no es él el que las ha escrito... Entonces, hemos plagiado su estilo para que el lector creyera que era Carlos el que seguía contando, ¿sabes?, y... esas cuatro últimas intervenciones del diario forman la única invención que hay en la novela, después de que hubiera muerto...

—Humn juhmn...

—Y me imagino ahora al lector volviendo páginas atrás y comprobando que los capítulos más emocionantes del diario no son sino pura fantasía...

—Pues, ¡vaya chasco...!, ¿no...?

—Bueno, no exactamente...; te lo voy a explicar con un ejemplo muy claro..., eehh..., en vez de contar que: *yo tenía un perro que se llamaba Toby, que tuvo una novia pequinesa llamada Deisy, y que lo pilló un coche...* En vez de contar eso, que no atrapa al lector, escribo que: *yo tenía un perro que se llamaba Toby, que tuvo una novia pequinesa llamada Deisy, pero se perdió en la ciudad, y fue a buscarla, y allí, conoció a otros de su raza, se enamoró otra vez, se peleó con otro perro y triunfó ganándose el amor de muchas perritas...; pero ahora digo que no, que lo de que fue a la ciudad, y todo lo demás, es mentira..., y que la verdad es que lo mató un coche al día siguiente de conocer a su citada novia...*, ¿sabes?, más o menos, eso..., doy un rodeo que hace que la impresión sea mucho más fuerte que contada de una forma convencional y lineal...

—Sí, señor... Excelente ejemplo...

—Eso es parte de la originalidad de esta novela...

—Humn jumn...

—Y el real es este mismo instante que «Tú» puede que no quieras aceptar. El instante en que estoy contándote todo lo que nos rodea. Esta, y no otra, es la verdad..., pero yo no mando en la fantasía de nadie.

—Claro...

—Entonces..., me gustaría que comprendieras que este preciso instante que

estamos viviendo es justamente el último capítulo de la historia. Y lo he hecho así porque me ha parecido más original... Más original en el sentido de que todo el mundo sabe terminar una historia en la novela. Yo, en este caso, estoy grabando esta llamada porque es el final de una historia de la que tú eres, de la que nosotros somos, parte..., y que está terminando en este preciso momento, después de haberte contado el móvil que nos impulsó a novelar nuestra vida.

—Hum junmn...

—Entonces..., Juan Antonio, casi se diría que soy una mujer ficticia también, ¿no?, como estamos en una novela...

—Eso iba a decirte, con el intento de escribir nos hemos convertido en seres ficticios, hemos novelado nuestra vida, y, si cabe, hemos sido marionetas de esta novela...; pero hemos nadado en ella con más libertad, con más ecuanimidad, con que lo hacemos en la vida. Hemos literariado nuestra vida, la historia de nuestra familia, los Bernal, en forma de crónica, a la vez que degustábamos la vida de Carlos. Y es posible que el lector crea que el final que he contado al leer la noticia no es el verdadero, sino que es el que se despliega en el Sábado, el Domingo y el Lunes de Semana Santa...; pero..., créeme, ojalá pudiéramos decir que fue así, pero esos anecdóticos episodios son sólo fruto de nuestro deseo de evasión... Y comportan, a la vez, nuestro deseo de mostrar, a la principal destinataria de esta novela, Beatriz, que la historia puede ser inventada, que no hay que vivir la historia que nos toca, sino la que llevamos dentro en el corazón.

—Humn junmn...

—En algún momento, puedes pensar que la novela no es como digo sino como la has leído..., y eso es verdad, la novela es como «Tú» la vivas, porque, si bien una de sus características es la de fantasear con la realidad, otra es la de que «Tú», lector o lectora de esta novela, puedas hacer realidad lo que crees fantaseado.

—¿Te has fijado, Olga, somos entes ficticios de una novela?

—Sí, sí..., claro..., tú contribuyes a oxigenar la historia cuando ésta está un poco cargada. Con tu entusiasmo logras que todo sea más asimilable...

—Ah, pues, muchas gracias...

—Pero lo que sí es cierto es que todos somos personajes de una novela, la que vamos escribiendo día a día con nuestros actos, la que pudimos escribir con aquellos otros de los que nos arrepentimos, ¿sabes? En parte, la novela es el cajón de lo real entremezclado con el cajón de lo que pudo ser y no fue. Y todos tenemos nuestra parte ficción, la que es y la que podía haber sido —o la que será—. Por tanto, en la novela, hemos mostrado, en la historia de Carlos, esos dos «tus»..., como bien dice uno de los personajes, Justo, que viene a hacer el efecto cremallera en todo el libro y que logra que Carlos se vea a sí mismo como doble. Este personaje, ampliado de un chaval de Nerva, a quién Carlos conoció en Sevilla, y a quién me gustaría conocer personalmente, es el que le hace saber a Carlos, en el diario ficticio, que siempre hay dos caminos, el real y el que inventamos..., y que siempre está de nuestra parte llegar

al ficticio cuando la realidad no nos aboca a una forma digna de vivir una situación.

—Hum jum. ... muy interesante...

—Oye, Juan Antonio, ¿sabes?, tengo ya muchísimas ganas de leer la novela, porque, por lo que me cuentas, tiene que ser algo que raya en la perfección.

—Te equivocas... Nada está más lejos de la novela. No es perfección lo que asoma entre sus líneas sino sentimiento: el de Carlos, el mío y el vuestro en la radio. Es algo tan humanamente frágil que me parece casi una persona, deslizándose a través del tiempo con sus altibajos y sus monotonías...

—Y, ¿para cuándo estará lista?

—Estamos ya ultimándola, la quería haber terminado para el Día del Libro, el 23 de Abril, pero ha sido imposible. Ramón, un amigo mío, que es bibliotecario, y que nos ha ayudado mucho en todo, ha estado varios días enfermo por la alergia, lo que ha influido en la novela... Así que, a finales de semana se la llevaré a Bea y se la entregaré..., ¿sabes?, estoy deseando que llegue el momento.

—Claro...

—Además, por las señas que aparecen en el diario, gracias a que Carlos me lo confió todo, la hemos escrito acorde con algunos certámenes literarios, y está apta y preparada para que ella la presente en el que le parezca. No sé a cuál lo iré a hacer, o si lo hará. Lo que sí sé es que la novela, sin este capítulo, que hace las veces de apéndice, tiene otro final... otra historia. Seguro que «Tú» lo sabes. Pero, por desgracia, éste es el verdadero final, la meta que me ha hecho llegar hasta aquí, que no es poco. Y lo demás no importa demasiado, sólo el haber llegado hasta aquí.

—Y entonces, ¿se la vas a mandar con este final..., o con el otro, el ficticio?

—Pues..., hemos decidido mandarle cuatro copias, dos con este final, el real, y dos con el ficticio, es decir, sin éste..., y ya ella elegirá el mejor..., aunque creo que va a elegir la primera opción..., porque... este capítulo le da un matiz extraordinario a la novela que, me atrevo a afirmar, no se había dado muchas veces...

—Yo creo que sí, vaya...

—Y, bueno, me gustaría decir también, que la novela ha supuesto un cambio muy repentino en nuestra forma de vida. Llevo casi un mes durmiendo por las tardes, para escuchar el programa, grabar las partes que me han interesado, y pasarlas a máquina. Después seguía repasando lo que mi padre y mi hija habían escrito a lo largo de la tarde...

—Hum jum. ...

—Y, al escribir ésta, nuestra primera novela, hemos sentido emociones muy difíciles de explicar con palabras. He llegado a sentir algo que, me atrevo a decir, no se siente muchas veces en muchas vidas.

—Eso iba a preguntarte, ¿cómo te sientes, ahora que la habéis terminado?

—Pues, gracias a este intento de escribir una novela, he visto con más claridad varias partes de mi vida. Y he conseguido darme cuenta de que hay que aprovecharla... Además, he encontrado en mi familia un verdadero tesoro que no he

de malcuidar nunca..., mi hija Noelia. Gracias a ella soy una persona realmente realizada. Fíjate, ha utilizado la novela para desvelarme que había hecho lo posible porque fuera feliz..., hay un capítulo en la novela, escrito por ella, que revela una entrevista que mantuvo con mi psicóloga..., ¿sabes?, yo no sabía nada de eso, y al leerlo hace unos días me quedé estupefacto...

—¿Cómo, cómo?

—Vamos a ver que me explique..., a mí me gustaba, y me gusta, estoy locamente enamorado, de Amaya, mi psicóloga..., ¿sabes?, pero no era capaz de declararme, y mi hija hizo el trabajo por mí, sin decírmelo..., Amaya aceptó, pero yo volví a fracasar ignorando que la niña la había seducido por mí..., ¿sabes?

—Entonces, tu hija, ¿qué hizo?

—Mi hija Noelia, que aún no tiene trece años, le dijo a Amaya lo que yo pensaba de ella, y la psicóloga, aturdida por oír tanto sentimiento en boca de mi hija, se quedó prendada..., ¿te lo imaginas?, ¿te imaginas a una mujer llamando a casa de su paciente, que se ponga la hija, y que ésta le diga que su padre lleva enamorado de ella seis meses...?

—Eso es fuerte..., muy fuerte...

—Ya ves..., pero, así y todo, quedó conmigo un día para que yo, supuestamente enterado de la confesión de mi hija, me declarara ante ella..., y yo, como no sabía nada, y seguía ensimismado, temeroso de que me rechazara, pues no fui capaz...

—Vaya..., vaya...

—Y ahora, pues, también le voy a enviar un ejemplar de la novela a Amaya, para demostrarle que lo he conseguido, que he logrado sentirme vivo..., aunque no sé qué pensará ella...

—Ojú tío, no veas qué historia..., eeh..., tu hija es un tesoro, de verdad, cuídala...

—Desde luego...

—¿Y desde cuándo no ves a Amaya?

—Pues, desde aquel día en que vino, a finales de marzo, y como no le dije nada, ni acepté su terapia, pues se fue y no ha vuelto a saber más de mí...; decía que hasta que no tomara conciencia de que tenía que actuar, y actuara, que no la llamara..., pero lo malo es que es a ella a quién quiero..., y nada más...

—Pues..., llámala..., y se lo dices...

—¿Ves Juan Antonio?, Mariano lo tiene claro...

—Sí, pero yo, como soy así, pues me he sumergido en este proyecto y así creo que podré conseguirla..., ¿sabéis?

—Hombre, es más original, pero...

—Sí, ya, ¿quién me asegura que no es demasiado tarde...?

—Ahí va...

—Pero ése era un riesgo que había que correr, y que sólo he percibido cuando mi hija escribió lo que hizo aquella tarde..., yo no tenía la solución..., me la ha dado ella

en esta novela, ¿sabes?, ese capítulo aparece en la novela, y como Amaya lo va a leer..., ésta novela es la solución, si es que la hay...

—Oye, de verdad tu historia..., no es muy común..., eeh...

—Ya lo creo que no...

—No veas...

—Entonces..., lo que, en principio, era un ejercicio de Literatura se ha convertido en un camino para encontrarme conmigo mismo.

—Claro...

—Entonces, gracias a esta novela dirigida por mí, he conseguido encontrar una prueba irrefutable de que tomar el camino más amargo nos lleva al mismo sitio y con menos beneficios. Ahora estoy convencido de que es mejor tomar el más alegre, el más recto y agarrar todo lo que sale a tu paso, sea bueno o malo, que lo importante es seguir y no quedarse sentado viendo pasar la vida ante tus narices. Eso es lo que he aprendido... Así que..., por eso..., digo que... haz lo que haz, sé feliz. Es lo máximo. Seas lo que seas, sé tú y no te dejes llevar por los demás. Arrójate al jardín de tus emociones, y degusta los pétalos de tus deseos, saboréalos desde la semilla hasta el fruto, incluso si se marchitan o malaventuran. Exprime todo a tu alrededor y llegarás al umbral de tu inexistir con el corazón lleno de recuerdos y la conciencia libre de remordimientos.

—Ahí va...

—Te aseguro que es la sensación más placentera que existe. Gracias a esto, he logrado sacudirme más de la mitad del dolor que he llevado auestas durante mucho tiempo. Me ha servido para ver que, a veces, por muy brutal que nos parezca la fantasía de un libro, en la vida existen momentos de igual o mayor magnitud en cuanto a increíbles se refieren. Y, acorde a mi experiencia, digo que entonces, y sólo entonces, si has vivido una experiencia difícil de digerir, lo mejor que puedes hacer es sacarla de tu corazón, de tu existir y pegarla en una novela, como un residuo pegajoso que has llevado desde que lo sentiste... Y así, sólo así, podrás levantarte con fuerza para volver a caer cuando sea necesario.

—Muy bien...

—Yo pienso que es más que una forma de evasión, mucho más que la música, mucho más que el cine..., «escribir» implica ver desde una distancia más lejana aquello que te ocurrió, hasta el punto de que no sabes si te ocurrió a ti o a otro que dejó ya de existir en ti, ¿sabes...? Pero lo que realmente intento decir es que..., para vivir la vida, hay que saber soñar, hay que saber sentir lo que se escapa por el caño del tiempo sin dejar rastro porque no lo has vivido tú...

—¡Qué tío...!

—Y lo más importante es que me ha servido para concienciarme de que he de agarrarle las manos a la vida... Voy a decir sí a lo que puedo coger. Esto me ha enseñado, con la historia de Carlos, que la meta no es sino el camino. Porque, ¿quién me asegura que mañana seguiré vivo...? ¡Nadie! Por eso, voy a hacer lo posible, si no

es demasiado tarde, para conquistar a Amaya. Ya sabes, para ella, y para la novia de Carlos, he escrito esta novela. Y para demostrarme que soy capaz de algo más que de existir. Que soy capaz de soñar y encontrar en los surcos de mi pasado la solución a mi vida.

—Humn jumn...

—Y, además, he logrado encontrar tres palabras que iluminan mi vida. Esas tres palabras son: «¿Por qué no?».

—¿Por qué no?

—Eso es, ¿por qué he de echarme tierra encima?, ¿no me basta la que la vida me arroja cada día con su dudoso devenir?

—¡Ahí va...!

—¡Qué monstruo señores...!, tenemos esta noche con nosotros a un verdadero escritor que está despellejando sus sentimientos para nosotros...

—¿Cómo vamos de tiempo...?

—Bien..., aún queda bastante..., aunque..., yo, por mí, me quedaría toda la noche escuchándote hablar sobre lo que has sentido con tu novela...

—Oye, y a todo esto..., Juan Antonio, ¿cómo se llama la novela?

—Se llama: *La habitación del Norte*...

—Humn jumn..., muy sugerente..., ¿y por qué ese nombre?

—Es la habitación donde ha nacido la novela, la idea...

—Ya...

—Eh..., oye, Olga..., permíteme una cosa más antes de marcharme...

—Sí, sí, por supuesto...

—Resulta que, he estado investigando un poco acerca del diario, y he encontrado algunas claves que posee. No son claves para un tesoro ni nada de eso; el tesoro son las claves, ya que demuestran que este joven era mucho más que eso.

—Cuenta, cuenta...

—Esas... claves..., demuestran que el diario es mucho más complejo de lo que parece... Resulta que, cada ciertas líneas, hay una frase que aparece entre barras... Pues bien, estas frases son las más connotativas e importantes del diario..., y hemos llegado a la conclusión de que se podría sacar un párrafo que resumiera todo el diario, compuesto por esas varias docenas de frases autónomas, que tienen mucho significado, y que sirven para dar una idea muy acertada de la forma de pensar de Carlos, y de lo que veía...

—Muy interesante...

—Entonces, hemos recopilado un párrafo que, a veces, parece un poco incoherente, pero que «Tú», amigo lector, amiga lectora, agradecerás con suma delicadeza por ver en cada una de esas frases una escena o parte de este gran diario...

—¿Lo tienes ahí?

—Sí, te lo leo, ¿no?

—Sí, sí, claro...

—Ahí va...; eeh..., a ver...: /¿Quién soy yo?, quién eres tú?/, /hay que ver cómo ha llovido este año/, /no sabía yo que le gustara mojarse de aquella forma/, /si es difícil conocerse a uno mismo, ¿cómo lo será en otra persona...?/, /lo veíamos todo a nuestra medida, un poco torciéndose todo hacia et deseo/, /toda mi psicología se ha venido abajo por dos copitas de más/, /no es bueno adentrarse en las mareas del sexo sin control/, /dijeron que el chófer había muerto porque no sabía nadar/, /podría producirle un rechazo la próxima vez que la dejara conducir/, /es la gripe que me anestesia los sentidos/, /se trataba de un bello poema de reconcilio consigo misma, que me abría las puertas a su corazón/, /dentro de ella, fuera de mí/, /es capaz de joderse un poco la vida con tal de hacerse notar/, /es cierto que trabajan con la mierda que tiran los demás, pero eso no les da derecho a tratar las pertenencias de los otros como si fueran una mierda/, /a ver si sacamos una artista en la familia, ¿quién sabe...?/, /al final caemos todos, colega/, /intentando comprender que las necesidades prevalecen sobre todo/, /estar cansado y parecerlo es la única forma de no pasártelo bien en una fiesta/, /allá cada uno con su cruz/, /sentí cómo la vaga sospecha de la infidelidad me destronaba de mi cama, arrojándome al frío suelo/, /ya tenemos suficiente con el dolor del recuerdo y la incertidumbre de si ocurrió o no debió ocurrir/, /la vida se vuelve contra uno de vez en cuando/, /como si golpearas desordenadamente un bidón con un palo/, /y ahora me arrepiento, porque no erayo/, /y ya que estás allí, te traes un par de pollos/...

—Jo, joh..., es muy bueno...

—Hombre, así..., a voz de pronto, parece algo chabacano y absurdo, pero el lector de la novela, o la lectora, verá en cada frase, de un golpe, las escenas del diario de Carlos...; es una forma de reforzar la impresión que ha dejado su vida en nosotros...

—Entonces, ya que estamos, en una frase, ¿qué filosofía has extraído de este gran proyecto que has hecho para sacarte tres espinas de una vez?

—La filosofía de la novela se demuestra en una frase, que aparece en el diario de Carlos, de Eleanor Roosevelt, que dice que: «*Nadie puede hacer que te sientas inferior sin tu consentimiento*», ¿sabes?

—Explica mejor eso...

—Implica el hecho de que, si algo te pasa, es porque tú, en alguna medida, lo estás permitiendo.

—Claro...

—Pues, Juan Antonio, de verdad que... Mariano y yo nos hemos quedado como...

—Nos hemos quedado flipados, ¡colega...!

—Y..., bueno, nos tendrás que mandar un ejemplar de la novela, ¿no?

—Por supuesto...

—Y una cosa más, entonces ¿qué ha pasado con Bea?, ¿seguía queriendo a Carlos?, ¿querrá mandar la novela a un certamen?, ¿ya no querrá saber nada de él...?

—Eso no lo sé, de verdad..., si lo supiera, te lo diría...

—Hombre, pues... cuando lo sepas, nos llamas y te invitamos una noche aquí al programa..., ¿de acuerdo?

—¿No me digas?, ¿seríais capaz de hacer eso?

—Por supuesto..., así, si lo de la novia de Carlos sale bien, y manda la novela a un certamen, venís los dos, o con Amaya..., con quien quieras, y charlamos más tranquilamente sobre la novela...

—Aunque, si la manda a un certamen, me parece que no vamos a poder darle mucha caña...

—Ya, pero lo que importa son los sentimientos, Juan Antonio..., lo que se desprende de esa historia, imagínate la cantidad de oyentes que estarán ahora intrigados por saber qué hay detrás de todo lo que hemos comentado...

—Y no sólo eso, sino que si llegan a leerla se sentirán parte de este momento...

—Eso es..., este momento, este preciso instante..., va a aparecer en la novela..., y sentir eso ya es un disfrute...

—Muchas gracias... a los dos...

—Sería estupendo que lo hicieras..., además, si vienes aquí, cautivarás para siempre a los lectores que han leído esto, que están leyendo esto..., y que están esperando el final de esta novela que ya tiene dos finales...

—Ahí va..., tiene dos finales y exige otro más..., para que veas lo profunda que es...

—Y después, está lo tuyo con la psicóloga...

—Eso es..., después eso..., yo tampoco sé si ella me querrá...; en realidad, me he apoyado en la ilusión y en la sinceridad de mi padre y mi hija..., al creer que su marcha era parte de la terapia...

—Oye, Juan Antonio, ¿no que tienes material para escribir otra novela?

—Pues, es verdad, igual hago una segunda parte de la habitación...

—Depende de cómo vaya todo...

—Eso es...

—¿Algo más?

—Pues sí..., me gustaría, para terminar, leeros una frase del escritor Aldous Huxley, que dice lo siguiente: «¿Cómo sabéis si la Tierra no es el infierno de otro planeta?».

—Ahí va... ¡qué profundo!

—Pero..., yo voy más lejos todavía..., y digo... ¿Cómo sabemos que no somos personajes de una novela madre que engloba a todas las demás, ehh..., que esto que me pasa no es más que el capricho de un autor, y ese autor de autores es el tiempo?

—Muchas gracias Juan Antonio, se nos acaba...

—El tiempo...

—Eso es..., el tiempo..., con su miserable prisa...

—Buenas noches a los dos..., y a todos los que lean esto...

—Por supuesto...

—Un saludo, querido desconocido, a ti que estás detrás de las ondas, y a ti que estás detrás del papel...

—Sin él no seríamos nada...

—¡Cuánta razón tienes, Mariano!

—Adiós...

—Adiós..., buenas noches.

—Buenas noches...

—Y bueno..., ya casi hemos terminado por hoy, y lo hacemos con una canción que se me antoja grabada para este momento tan precioso..., tan mágico..., tan literario...

—La grabó Manolo Tena para un disco dedicado a Antonio Vega, y es incomparable...

—Me gustaría decir que admiro a este hombre porque demuestra, con sus canciones y su forma de ser, que se ha abierto camino en la vida a golpes de fe, que ha luchado mucho y ha sufrido otro tanto... Nos demuestra que la vida, pese a no ser un paraíso, merece ser vivida y exprimida..., ya sabes, como decía Juan Antonio..., tú eres el que tienes la posibilidad ante el mundo. Recuérdalo, tú eres quién puede luchar por ti. Y nadie más.

—Tienes razón...

*Si soy molino quién es el viento...
si soy la música quién el instrumento.
Si soy camino quién el viajero...
quién es la noche si yo amanezco,
si soy la ola y el mar no encuentro.
Si soy amor y el odio no entiendo.
Absurdo y esencial
antes y después del bien y el mal.
Siempre y nunca, nunca y siempre
una y otra vez más.*

—Mira dentro de ti.

—Mira también fuera...

—Descubrirás que no está tan lejos...

—Que no hay tanta distancia...

—Que no hay tantos pasos...

—Entre lo que piensas y lo que puedes hacer...

—Ya sabes: si quieres, puedes...

—Y si no quieres, tienes lo que te mereces...

—Recuérdalo..., el esfuerzo es el consuelo...

*Si soy latido no estoy latiendo,
si soy la nube no encuentro el cielo.
Soy un reloj Juera del tiempo
absurdo y esencial
antes y después del bien y del mal.
Siempre y nunca, siempre y nunca,
siempre y nunca, nunca y siempre
una vez y otra vez más...*

El Campillo, madrugada del 6 de mayo de 1996.



JOSÉ MIGUEL DESUÁREZ, seudónimo literario de JOSÉ MIGUEL SUÁREZ MADRID (Valencia, 1975), es un escritor español. Es autor de las siguientes obras: *La habitación del norte* (1999), *Las plazas* (2006, con Mercedes Monfort), *Escritores y editoriales, modo de empleo* (2009), *Palabras de demora* (2009, con José Julio Cabanilla), *Cuentos alígeros* (2010), *Amigos para siempre* (2011), *Alquimia de los sentidos* (2011), *La plazas, modo de empleo* (2011, con Mercedes Monfort), *Cuentismos y espejos* (2012), *Reunión del aire* (2014) e *Idilio del presente* (2017).

Notas

[1] Se supone que esta versión es la que Beatriz logró publicar luego de algunos intentos, dos años más tarde, en el otoño del 98, sin los mencionados capítulos que recogen algunos fragmentos del programa de radio porque consideraba que éstos, más que aclarar, ralentizaban demasiado el ritmo interno de la novela sin aportar nada totalmente imprescindible. *(N. del T.)* <<